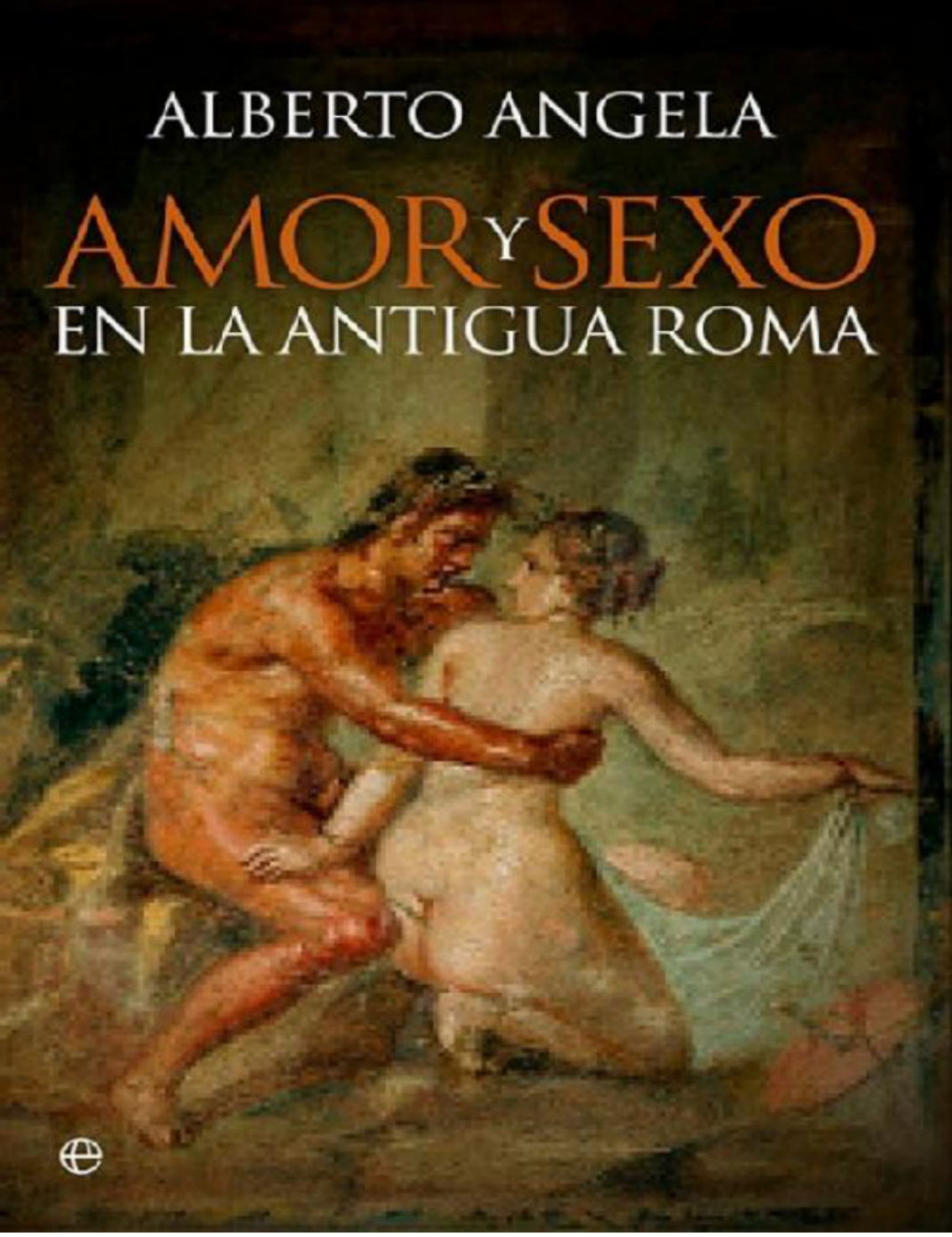
ALBERTO ANGELA

AMOR Y SEXO EN LA ANTIGUA ROMA



Alberto Angela

Amor y sexo en la antigua Roma

Traducción del italiano

Alejandro Pradera

A Venus y a su mundo,
que ha encendido sueños,
enardecido corazones
y embriagado los sentidos
desde el inicio de los tiempos.

«Omnia vincit amor».
(El amor lo puede todo).
VIRGILIO

Introducción

¿Cómo amaban los antiguos romanos? ¿Qué se decían un hombre y una mujer cuando se miraban a los ojos? ¿Se llevaban rosas rojas a una cita? Y... ¿cómo se amaban dos enamorados romanos en la cama? Cuántas veces nos lo habremos preguntado...

Al contemplar las pinturas y los frescos de Pompeya o de los museos, la primera expresión que nos viene a la boca es: «Pero entonces, ¡eran exactamente como nosotros!». Después, cuando vemos una película o una serie de televisión sobre la antigua Roma, o bien cuando escuchamos lo que nos dice un guía turístico, cambiamos de opinión: «¡Madre mía, qué pervertidos eran!»...

¿Dónde está la verdad?

Este libro pretende justamente averiguar la verdad sobre el amor en tiempos de los antiguos romanos. Aspira a descubrir si efectivamente ellos amaban libremente, como nosotros, y cuáles eran las diferencias. Pretende desvelar las reglas del cortejo, los tabúes en la cama, las preferencias en el ideal de la belleza física... Pero también «cómo lo hacían»...

De ahí surgirá, como el lector podrá comprobar, un mundo sorprendente. Yo mismo, a pesar de que llevo muchos años escribiendo libros sobre el mundo romano y realizando reportajes y programas de televisión sobre el tema, me he quedado sorprendido.

Así pues, he querido escribir un libro que a mí me habría gustado hallar en las librerías y que nunca he conseguido encontrar, un libro que hablara del amor en la antigua Roma en una completa panorámica. Verdaderamente existe muy poca bibliografía sobre el tema en comparación con todo lo que se ha escrito, por ejemplo, sobre las legiones romanas, sobre Pompeya o sobre los distintos emperadores.

Muchos de los libros que el lector puede encontrar sobre el amor son excelentes. Este no pretende ser mejor. Pero cuenta con una característica que lo diferencia de los demás: tiene un enfoque «de investigación», es decir, que no se concentra en un argumento o en un tema específico, sino que los analiza todos.

Tiene como hilo conductor nuestra curiosidad y aspira a responder a las preguntas que cada uno de nosotros se plantea sobre el amor y el sexo en tiempos de los romanos: desde el tipo de besos que se daban hasta los anticonceptivos empleados, desde la lencería de las matronas

hasta las estrategias de hombres y mujeres para seducir al sexo opuesto y subyugar a la persona amada, desde las infidelidades hasta los amuletos de buena suerte, desde las acrobáticas posturas en la cama hasta los afrodisíacos para mejorar las «prestaciones», desde los mensajes que se dejaban en las paredes hasta las reglas del matrimonio y del divorcio...

¿Cómo podía yo enlazar unos argumentos tan distintos en un único viaje? Con una estratagema. Vamos a imaginar que retrocedemos en el tiempo y nos encontramos en una plaza de Roma. Ante nosotros hay una serie de personas que deambulan en un día normal de la Roma del año 115 d. C. Pues bien, ahora vamos a imaginar que «congelamos» esa imagen, como cuando se para un vídeo. Observemos bien a esas personas: un noble con su esposa, una muchacha y un muchacho enamorados, un gladiador que lanza una mirada a una joven patricia, otro joven apoyado contra una columna, un eunuco, un padre con su hijo, un rico noble con su amante-efebo, una prostituta de altos vuelos, una actriz, tal vez una prostituta, etcétera.

¿Serían capaces, precisamente estos personajes, de contarnos lo que significa amar en la antigua Roma? ¿Un grupo de una docena de personas, escogidas así, al azar, en una plaza? La respuesta es sí. Efectivamente, si volvemos a poner «en movimiento» esa escena, nos bastará con seguir a esas personas a lo largo de su jornada, y ellas nos permitirán descubrir el mundo del amor y del sexo en la antigua Roma. Es más, ellas nos mostrarán «su» forma de vivir el amor y el sexo.

En resumen, cada uno de esos personajes va a constituir una pincelada de este enorme fresco que es el amor. A todos los efectos, el auténtico protagonista es el amor, no las personas a las que seguiremos.

Pero, ¿cómo podemos descubrir hoy en día los secretos amorosos de una época tan remota? ¿De dónde nos llegan los datos y las informaciones? En efecto, ningún beso, ninguna declaración de amor han dejado el mínimo rastro en los yacimientos arqueológicos... No obstante, las pintadas, las estatuas, las escenas eróticas grabadas en las lucernas o pintadas en los frescos a menudo nos han llegado intactas, como en Pompeya.

Así pues, el viaje que va a realizar el lector es el fruto de un largo trabajo sobre las publicaciones, los descubrimientos, las investigaciones, los ensayos y los estudios sobre el tema del amor en tiempos de la antigua Roma. Y no solo eso: es también, y sobre todo,

el resultado de una rigurosa investigación en las bibliotecas, los institutos, las universidades, y de conversaciones con los expertos en los distintos ámbitos, a las que hay que añadir mi experiencia de tantos años en grabaciones y programas de televisión rodados directamente en los yacimientos arqueológicos y en los museos desperdigados por toda Europa, en la cuenca del Mediterráneo.

Por último, muchas contribuciones proceden de los propios romanos, que «contestaron» a nuestras preguntas y nos «explicaron» sus costumbres y su época a través de sus propias obras: Ovidio, Marcial, Juvenal, Catulo, etcétera.

Se trata de un trabajo muy completo también gracias a la contribución de Emilio Quinto, colega periodista e incansable investigador en bibliotecas y universidades, que curiosamente se llama igual que el famoso comandante de la guardia pretoriana que hace más de mil ochocientos años puso fin al demencial dominio del emperador Cómodo (el «malo» de la película *Gladiator*...).

Muchas veces el lector entrará en el mundo romano a través de relatos «novelados»: para sumergirle mejor en la mentalidad de los antiguos romanos he intentado utilizar la pluma como una cámara de cine, a fin de darle la sensación al lector o la lectora de que realmente se halla entre la gente de la antigua Roma, en sus calles, en sus banquetes o en sus alcobas.

Los gladiadores que veremos luchando en el Coliseo son los mismos de mi primer libro (*Un día en la antigua Roma*[1]), pero contemplados desde un ángulo diferente, para poder explicar una escena de amor: la idea es que una misma escena pueda conducirnos a dos relatos contemporáneos, pero totalmente distintos, y ser el punto de contacto entre dos mundos tan opuestos como la muerte y el amor. Así pues, mientras que en el primer libro el lector se encontraba en las gradas, asistiendo a las luchas, aquí va a seguir los pasos de una mujer rica que abandona los graderíos atestados de gente y se cuela por los oscuros pasadizos subterráneos para gozar de un encuentro amoroso con el gladiador que salga victorioso del combate.

En resumen, en este libro se combinan diversos estilos. Aúna tres géneros: el de los libros sobre arqueología (para los contenidos), la divulgación (como género) y la novela, para poder «zambullirnos» en el mundo de aquellos tiempos.

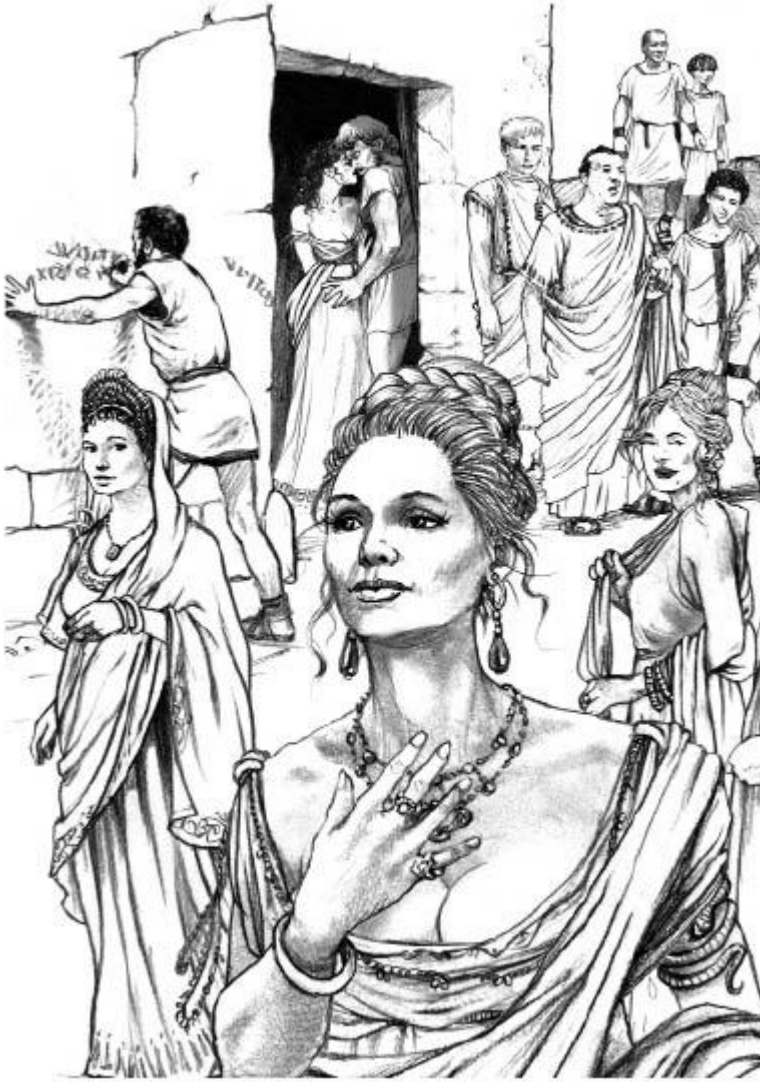
Así pues, idealmente, después del primer libro, *Un día en la antigua Roma*, y del segundo, *Impero, viaggio nell'Impero di Roma seguendo una moneta*, este libro supondría el tercer capítulo de la serie, que explora

lo que, a todos los efectos, es *El imperio de los sentidos* de los romanos (esa habría podido ser una segunda opción para el título de este libro)...

Por último, esta obra ha sido escrita con una particular atención a las lectoras, también en lo referente al estilo, porque ellas, más que nadie, conocen bien las reglas del juego de la seducción, son muy sensibles a ese respecto y hoy en día, igual que hace dos mil años, son precisamente las que hacen girar el extraordinario carrusel del amor.

Buena lectura,
vale.

Roma, 20 de octubre de 2012



[1] Publicado por La Esfera de los Libros en 2009. *(N. del E.)*.

prólogo. el imperio de los sentidos

En la semioscuridad sus ojos negros nos miran fijamente. Son profundos, intensos, y la sonrisa serena intensifica la fuerza de su invitación. Avanzamos hacia ella. Poco a poco, en la penumbra de la habitación van tomando forma otros detalles de su rostro. Sus ojos no se despegan de nosotros. Su belleza envuelve todos y cada uno de nuestros pensamientos. Llaman la atención la carnosidad de sus labios, la suavidad de su piel, sus pómulos altos y pronunciados, la densidad de su cabello oscuro y su rostro, que parece hecho únicamente de luz tenue.

Estamos muy cerca de ella, nuestro aliento ya acaricia su cara. De repente su mirada se estremece, parece apagarse... y después vuelve a mirarnos fijamente con esa profunda seguridad en sí misma: ¿qué ha ocurrido? Lo que ha provocado el estremecimiento ha sido una ráfaga de viento que ha alborotado la llama de una lámpara que hay junto a ella. Ahora el viento sigue jugando con la llama, modificando la luminosidad de sus ojos. Pero ella no reacciona... ¿acaso podría? No es una persona... es el rostro de Venus pintado en un fresco. En la oscuridad parecía real.

El resplandor de la lucerna ha creado esa isla de luz en la oscuridad, con Venus en el centro de la pared, la única claridad en esta habitación sumida en el silencio y en las fragancias de una noche de verano. Avanzamos unos pasos. Ahora estamos en un corredor iluminado por unos pocos, perfectos, rayos de luna. Al fondo hay una habitación. El viento, con sus vaivenes, abraza un finísimo visillo en un baile lento, sinuoso. Es tan fino que alcanzamos a entrever lo que hay detrás: dos amantes abrazados. Están esculpidos por la luz de la luna, que juega con sus cuerpos, mostrando... pero sin revelar. Exactamente lo mismo que ocurre en el mar por la noche: tan solo la danza de las crestas blancas revela los movimientos del agua. Y el mar de la pasión que se agita detrás de este visillo está hecho de lentas caricias, de prolongadas sonrisas, de manos que se hunden entre el cabello, de labios que se deslizan sobre la piel endulzada por la luz de la luna. Y después, los besos, los gemidos, unidos a respiraciones profundas que aumentan progresivamente de intensidad y parecen elevarse como invisibles plantas trepadoras por las paredes decoradas con frescos.

Ahora es ella quien lleva la voz cantante. Sus finos dedos acarician

las anchas espaldas de su hombre... los músculos de sus brazos... y después sus ojos miran fijamente esas gruesas venas que parecen estar esculpidas en sus manos. Es demasiado, ya no puede resistirlo: la mujer estrecha esas manos como quien aferra las riendas de un caballo antes de partir al galope, se sube encima de él e inicia una larga carrera en mitad de la noche. La luna parece haberlo comprendido y envuelve con su luz azul ese cuerpo sensual que se agita con los vaivenes de una llama. Igual que un pintor, dibuja en la oscuridad a la mujer con unos pocos trazos de luz: he ahí su pecho ondeante, el perfil de sus costados en los que ahora se clavan como garras las manos del hombre, y por último el rostro, idéntico al de la Venus del fresco, que entreabre sus labios carnosos y gradualmente se vuelve hacia las estrellas, presa ya del fuego interior, que consume a la mujer entre gemidos cada vez más sonoros. Hasta que sus ojos se cierran y su semblante se contrae en un intenso, prolongado y placentero esfuerzo de amor animado por sacudidas que recorren todo su cuerpo...

Así pues, ¿los romanos hacían el amor igual que nosotros? Es una pregunta que se plantea todo el mundo, sobre todo al contemplar los frescos de Pompeya o las estatuas de los museos. Por cierto, hace dos mil años, la postura «encima» del hombre que ha adoptado esta mujer tenía un nombre concreto: *mulier equitans*, es decir, la «mujer montada a caballo», y no es casualidad que la hayamos descrito al comienzo de nuestro relato. En efecto, si se quiere conocer el estatus y la consideración de una mujer en una sociedad de la antigüedad, muchos expertos dirán que a menudo basta con observar las posturas sexuales que aparecen pintadas en los jarrones o en los frescos: mientras que la mujer griega, por ejemplo, siempre está en una postura «pasiva», sumisa frente al hombre, como un objeto de su posesión, la mujer romana aparece en unas posturas que a menudo sugieren una paridad y, raramente, incluso un «dominio» sobre el hombre. Pero en cualquier caso, siempre participando del juego amoroso.

Esa relación entre el hombre y la mujer, que no tiene precedentes en el pasado y que tan solo reaparece en nuestra época y en nuestra sociedad occidental, es una de las sorpresas del mundo romano. Con sus matices, por supuesto, porque, a pesar de todo, estamos en una sociedad antigua, donde el hombre es quien manda. Pero nos da a entender lo «moderna» que podía llegar a ser en muchos casos la relación de pareja.

Y entonces, ¿los romanos hacían el amor como nosotros? Descubriremos la respuesta en este viaje a la antigua Roma. Imaginémonos deambulando por sus callejas hasta llegar a una pequeña plazuela. Allí nos encontraremos con uno de los personajes que teníamos ante nosotros en la introducción, en concreto con el muchacho apoyado contra la columna. Ahí arranca nuestro viaje por el amor. Es un día cualquiera en la capital del Imperio romano, un martes del año 115 d. C.

I. «amor mío, dame mil besos»

Besar... al estilo romano

En el centro de la pequeña plazuela crecen dos árboles que parecer buscar la luz extendiendo sus verdes brazos hacia el retazo de cielo azul que se atisba por encima de las grandes construcciones de viviendas. Pero las ramas solo llegan a la mitad de la altura de las *insulae*, y debido al viento han ido dejando arañazos semicirculares en el enlucido: como si se tratara de unos prisioneros en el fondo de un pozo. Pero, a ras de suelo, hay algo que atrae nuestra atención: es la sombra que crean los mechones de una melena... Se trata de un muchacho. Pasea nerviosamente de acá para allá sin salir nunca de la isla de sombra. Después se queda quieto.

Mira fijamente a un par de mujeres que salen de un portón. Son una muchacha y su corpulenta esclava, probablemente su antigua nodriza, teniendo en cuenta la diferencia de edad. Como ocurre a menudo, la nodriza acompaña a la niña incluso durante la adolescencia. El joven abre los ojos de par en par cuando la luz del sol ilumina a la muchacha: su cabello rizado y negro brilla bajo los rayos. Coronando su cabellera lleva un chal azul celeste (*palla*) que le cubre parcialmente la cabeza y cuelga mansamente sobre sus hombros. Sus ojos negros y profundos están fijos en el suelo, como si tuviera miedo de cruzar alguna mirada con los transeúntes. Después levanta poco a poco la cabeza y, como un arco que dispara su flecha, alcanza al muchacho con una ojeada larga e intensa...

El mundo se detiene: en esta plazuela parece que tan solo están los ojos de ambos. En esos pocos segundos, sus pupilas se dilatan, su respiración se vuelve jadeante, el corazón aumenta el ritmo de sus latidos preparando sus cuerpos... Y entonces, de repente, todo se desvanece, la nodriza indica con una seña que tienen que irse y las dos mujeres reemprenden su camino. El muchacho sale de la sombra y las sigue entre los escasos transeúntes. A izquierda y derecha va dejando atrás los establecimientos de los artesanos y los barberos, pero para él son invisibles... En efecto, sus ojos verdes están clavados en el andar desgarbado, pero ya femenino, de la muchacha. Al cabo de unos minutos las dos mujeres entran en una tienda. El chico llega hasta la puerta, atestada de cestos repletos de dátiles e higos secos, y se cuela

dentro.

Pero de la oscuridad emerge la nodriza, que le corta el paso igual que un oso defiende su cueva. Sus miradas se cruzan unos instantes. Después la mujer se aparta y deja pasar al muchacho, que franquea la cortina tras la que se oculta la trastienda. Estaba todo acordado. El joven pertenece a una familia muy rica y ha recompensado generosamente la complicidad de la nodriza. Sabe muy bien que, si surgiera algún problema con la familia de la muchacha, de rango inferior, el dinero lo solucionaría todo, incluso una violación; así lo demuestran numerosos estudios sobre la legalidad en el mundo romano, entre ellos los del profesor Jens-Uwe Krause, de la Universidad Ludwig-Maximilians de Múnich. Pero aquí hay amor verdadero entre los dos jóvenes, uno de esos amores que le marcan a uno para toda la vida. Y la nodriza, que ahora vigila la entrada de la tienda mientras charla con el propietario, un familiar suyo, es la que ha organizado el encuentro entre ambos.

¿Qué ocurre al otro lado de la cortina?

Los dos jóvenes se han abrazado. Sus rostros están a pocos centímetros, y se susurran palabras de amor. Se nos antoja una escena totalmente normal; cuántas veces, en nuestra vida cotidiana, yendo a trabajar, a hacer la compra o volviendo a casa, hemos visto a dos enamorados de esa guisa... Ya, pero aquí estamos en la antigua Roma: ¿cómo hay que comportarse? ¿Y cuáles son las palabras que se intercambian dos enamorados en esta época? Adaptando las que escribieron los antiguos —como Catulo o Marcial— podemos volver a escucharlas...

«Amor mío, dame mil besos, uno después de otro...», dice él aproximándose cada vez más al rostro de la chica.

«¿Cuántos?», murmura ella, mostrando sus labios carnosos y entrecerrando los ojos...

Y él: «¿Cuántos? Amor mío, eso es como pedirme que cuente las olas que hay en el océano, las conchas que hay en la playa, las abejas que vuelan de flor en flor, las voces que están diciendo “te quiero” en este momento, o las manos de los que están acariciando el cuerpo de la persona amada. Has de saber, mi dulce Venus, que quien pide pocos besos es alguien que sabe contarlos... Y yo contigo quiero perder la cuenta mientras me pierdo en tus ojos».

Los labios se tocan, los ojos de los enamorados se cierran, y empieza un beso prolongado.

Bueno... ¿pero los romanos se besaban igual que nosotros? La

respuesta es sí. Exactamente igual que nosotros. Con algunas diferencias: no todos los besos eran iguales: ellos distinguían entre tres tipos diferentes (que descubriremos en breve). Y además, en público, había que comportarse de acuerdo con unas normas muy concretas.

¿Las parejas de jóvenes romanos se besaban en público?

Contrariamente a lo que se ve hoy en día, por las calles de la antigua Roma nunca veríamos a una pareja besándose. Iba en contra de la moral. En efecto, besarse en público estaba mal visto, porque era contrario a la *pudicitia* que debía observar en todo momento una mujer romana. Por consiguiente, nunca veríamos a una matrona besando a su marido delante de todo el mundo (ni tampoco permitiendo que un hombre la tocara en público). Y tampoco lo haría una muchacha que perteneciera a una familia aristocrática.

Y dado que el comportamiento de la clase aristocrática era tomado como ejemplo por los «nuevos ricos», es decir por las familias de orígenes humildes que aspiraban a ascender socialmente, acaso gracias a un reciente enriquecimiento, es muy probable que tampoco lo hicieran las jóvenes que pertenecían a ese estrato de la sociedad romana.

De acuerdo, los ricos no se besaban en público, pero, ¿y los demás? Ellos tampoco. El beso «pasional» por la calle entre dos jóvenes novios, por ejemplo, se consideraba escandaloso, contrario a la moral, algo parecido a lo que ocurría en Italia en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. En efecto, ¿cuántos besos se veían por las calles de Roma durante la posguerra? Son famosas las fotos en blanco y negro de aquella época, donde se ve a una mujer estadounidense vestida al estilo «moderno» que va paseando por una calle italiana, rodeada de miradas masculinas que juzgan, escrutan, desean... Es decir, que, en el fondo, la «antigua» moral romana estuvo presente hasta hace muy poco también entre nosotros... Ese es el motivo de que la pareja a la que estamos siguiendo haya decidido besarse a escondidas en una trastienda. Los esclavos tenían que adoptar esa misma actitud recatada. Un caso distinto, obviamente, era el de las prostitutas, que repartían besos a sus clientes por la calle para arrastrarlos a sus «alcobas».

Por consiguiente, en general, en la antigua Roma brillaban por su ausencia todos esos gestos pasionales que habitualmente vemos hoy en día en nuestras plazas, junto a las mesas de los bares o sobre los poyos que hay delante de los institutos, como justamente los besos, las carantoñas entre las parejas o los abrazos intensos. Para la moral de entonces, en las relaciones de pareja, esos gestos pasionales estaban reservados para la intimidad de las paredes domésticas. En efecto, pensándolo bien, tan solo existen unas pocas imágenes (eróticas o no) de la época romana donde figure una pareja en actitud de besarse (tal vez la más bonita es un mosaico de la plaza Armerina, donde aparecen dos amantes besándose, y ella, que está de espaldas, deja entrever un generoso escote en la espalda). En suma, nadie habría podido jamás hacer una foto como la famosa de Robert Doisneau donde se ve a dos amantes besándose apasionadamente en medio de la indiferencia general, delante de un *bistrot* en una calle de París.

¿Cuántos tipos de besos conocían los romanos?

Exactamente igual que nosotros, los romanos conocían distintas categorías de besos, dependiendo de las circunstancias. Como subraya la profesora Eva Cantarella, existía, por ejemplo, un beso de saludo entre militares, un beso de despedida, un beso fúnebre, uno de reconciliación, uno de felicitación, etcétera.

Y además, obviamente, existían los besos de amor. Y hay una sorpresa. Si para nosotros entre un hombre y una mujer existe fundamentalmente un solo beso de amor, los romanos utilizaban tres nombres distintos para distinguir los diferentes orígenes, características y finalidades.

OSCULUM: es el beso con los labios cerrados, no pasional. Deriva de *os*, es decir, «boca», y es un diminutivo, tal vez como referencia a que se fruncían los labios para dar un beso. Es el término más antiguo. Se utilizaba para designar los besos castos, los que se daban en presencia de terceras personas, o en las ceremonias. Era el único tipo de beso que le estaba permitido a una mujer en público y constituía una «obligación» para ella incluso en casa: en efecto, todos los días una mujer tenía la obligación de besar de esa forma a su marido (e incluso a sus familiares), en cumplimiento del *ius osculi* (una norma férrea que descubriremos en breve).

SAVIUM: es el auténtico beso pasional, erótico, en el que interviene la lengua, el beso de los enamorados. Deriva de *suavis* (dulce, suave). Era el «beso francés». Apuleyo escribió algo a este respecto en *Las metamorfosis* (o *El asno de oro*), cuando narra el célebre mito de Eros y Psique (Venus, madre de Eros, celosa de Psique, que había salido huyendo del palacio de Eros porque estaba asustada, promete una recompensa al que primero la encuentre): «[a título de recompensa]... recibirá de Venus en persona siete dulcísimos besos, más otro todavía más delicioso, dado con el toque acariciador de su lengua» («... *ab ipsa Venere septem savia suavia et unum blandientis adpulsu linguae longe mellitum*»).

También existen diminutivos (por ejemplo, *saviolum*), como nos revela Catulo refiriéndose a un muchacho al que amaba: «Te he robado, mientras jugabas, dulcísimo Juvencio, un besito [*saviolum*] más dulce que la dulce ambrosía».

Y por último:

BASIUM: del que deriva la palabra española «beso». Este término surgió en un segundo momento (pocas décadas antes del nacimiento de Cristo), primero coexistiendo con la palabra *savium*, para acabar progresivamente sustituyéndola. Por consiguiente, en un principio denotaba un beso erótico, a la francesa, pero posteriormente, en el periodo tardoimperial, vino a designar el beso afectuoso, el que uno da a su pareja y a sus hijos.

Curiosamente, el único de los tres términos que sobrevivió después de la era romana fue precisamente *basium* (beso), y también el verbo *basiare* (besar), que los romanos empleaban para designar indistintamente todos los tipos de beso (eróticos o no), igual que nosotros. Una curiosidad: en las paredes de Pompeya, la palabra *basium* aparece mal escrita y habitualmente figura con «v», es decir *vasium*; lo más seguro es que la gente lo pronunciara así al hablar. Una costumbre que ha perdurado hasta hoy en día, dos mil años después. En efecto, en Nápoles, para pedirle un beso a la persona amada, se dice: «*Damme 'nu vase*...».

¿Besar en la boca al marido? Era obligatorio por ley

Los romanos tenían una curiosa costumbre. El marido tenía por ley «derecho al beso» (*ius osculi*). Es decir, que *por ley* la esposa tenía la

obligación de besar en la boca a su marido todos los días. Y no solo a él, sino también a todos los familiares (los suyos y los de su esposo) hasta los primos de segundo grado cuando los veía por primera vez.

¿De dónde procede esa costumbre que a nosotros nos resulta tan desconcertante? Sus orígenes se pierden en la noche de los tiempos, hasta los albores mismos de Roma, tal vez incluso hasta los tiempos de Rómulo, y siguió practicándose mucho tiempo, también durante la época imperial. Su finalidad principal era muy sencilla: ¡averiguar si la mujer había bebido!

¿Y por qué se hacía eso? Se cumplía con una ley antiquísima que prohibía totalmente que las mujeres bebieran vino y que otorgaba al marido el derecho de matar a su esposa en caso de que lo hubiera hecho a escondidas. Sabemos que, aunque esa prohibición ya había caído en desuso antes del Imperio, seguía aplicándose. Normalmente el castigo era el repudio de la consorte, pero también sabemos que no era raro que el marido acabara con su esposa encerrándola en una habitación de la casa (la misma donde se habría castigado a un amante sorprendido in fraganti) y dejándola morir de hambre. Y el historiador Valerio Máximo, que vivió entre los siglos I a. C. y I d. C., nos informa de que el caballero Egnacio Mecenio asesinó a su esposa nada menos que a palos.

¿Por qué tanta maldad? Porque beber vino se equiparaba a un adulterio. En suma, el beso era... el control de alcoholemia de la fidelidad. La ecuación es sencilla. En efecto, beber se consideraba la antesala del adulterio. Porque, al beber, una mujer perdía el control y podía cometer fácilmente una infidelidad o, más en general, comportarse de forma indecorosa. «La mujer ávida de vino cierra la puerta a la virtud y se la abre al vicio», se decía.

Naturalmente era imprescindible, como ocurre hoy en día con el dopaje en el deporte, un «contraanálisis», y eso corría a cargo de los familiares del marido. Basándose en el olfato, llevaban a cabo el segundo test para respaldar o desmentir la acusación del esposo. O para salvar el honor de la *gens*, en caso de que este no se hubiera dado cuenta de nada.

Pero el *ius osculi* tenía un lado oscuro: el contagio del herpes (*labialis*). Los constantes besos cotidianos favorecían su difusión. Y así, para poner coto a una auténtica «epidemia» de herpes, el emperador Tiberio llegó a prohibir el *ius osculi*, sobre todo durante las ceremonias públicas.

Otros besos al estilo romano

Mientras los dos jóvenes siguen intercambiándose besos y carantoñas al otro lado de la cortina de la trastienda, volvemos sobre nuestros pasos, hasta la entrada del establecimiento, y apoyamos el hombro en una de sus esquinas para observar la vida de la calle (la nodriza está junto a nosotros y ella también vigila la calle, con una mirada de mayor preocupación).

¿Qué otros besos existen en la vida cotidiana de la antigua Roma? Los vemos uno por uno ante nosotros, entre los transeúntes. He aquí un grupo de jóvenes que acaban de reunirse. La escena es idéntica a la que se ve en nuestras calles: los jóvenes se estrechan la mano y se dan un beso en la mejilla como señal de amistad y de saludo. Si el beso pasional es escandaloso, en cambio el beso «normal» entre amigos (y amigas) es algo habitual. En resumen, igual que en la era moderna, también en tiempos de la antigua Roma existía la costumbre de intercambiarse besos. Es más, un humorístico epigrama de Marcial, un poeta latino que vivió entre los siglos I y II d. C., da fe de que dar besos a la gente que uno iba encontrándose por la calle era algo habitual: «Oh, Póstumo, tú das besos a algunos, la mano derecha a otros. Me dices: "¿Cuál de las dos cosas prefieres? ¡Elige!". Yo prefiero la mano».

Los besos eran habituales no solo por las calles, sino también en el Senado, como gesto de reconciliación. En un pasaje del *Panegírico de Trajano*, escrito precisamente en la época de la que estamos hablando, Plinio el Joven describe cómo el emperador se levanta de su escaño en el Senado para ir a felicitar a sus candidatos al cargo de cónsul. Trajano se congratula con ellos, escribe Plinio, «besándoles como si se tratara de un ciudadano particular». En general, el intercambio de besos suponía una forma de reconocer implícitamente la misma dignidad a la persona que uno saludaba. En caso de que hubiera diferencias de clase sustanciales, como por ejemplo entre un esclavo y un noble, el intercambio no tenía lugar, y en cualquier caso nunca en público. Así pues, el episodio de Trajano que cuenta Plinio puede interpretarse en el sentido siguiente: el emperador se había congratulado con los nuevos cónsules «tratándoles como iguales», justamente como ciudadanos particulares, sin hacer valer la

superioridad social que le confería el cargo de emperador.

¿Y si alguien no devolvía el gesto? No responder a ese beso de saludo se consideraba una falta de respeto y un gesto de enemistad. Para testimoniarlo podemos citar un pasaje de la obra *De ira*, de Séneca (II, 24), donde el filósofo invita a estigmatizar a quienes no devuelven el saludo con un beso («*...ille osculo meo non adhaesit*»), pero al mismo tiempo recomienda no dejarse llevar por una cólera excesiva por culpa de esas omisiones.

besar las manos

Un romano rico avanza con paso lento y con aire solemne por la calle: lleva una toga de un blanco inmaculado envuelta alrededor de su cuerpo macizo, con elegantes pliegues que le cuelgan hasta las sandalias. Por delante de él, un esclavo va dando empujones a quienquiera que se le acerque demasiado, mientras que a sus espaldas un grupo de personas le sigue igual que una manada de perros hambrientos iría detrás de una bandeja sobre la que humeara un asado apetitoso. El pequeño cortejo avanza por la calle con la misma lenta solemnidad que una novia dirigiéndose al altar. Estamos asistiendo a una verdadera demostración de fuerza y poder típica de la sociedad romana. A ese noble, en virtud de sus numerosas propiedades (tiendas e *insulae*, es decir esas enormes construcciones de viviendas que forman el tejido inmobiliario de Roma), se le considera un hombre poderoso en el barrio. Muchos de los artesanos y de los clientes de las tiendas lo reconocen de inmediato y le saludan con respeto. En varias ocasiones, algunos consiguen «perforar» la pantalla de protección que crea el esclavo que va abriendo el paso y logran besar la mano del *dominus*, que la tiende una y otra vez, dejando ver sus anillos de oro y un semblante indiferente, casi aburrido. En realidad no se trata de ciudadanos libres normales —a quienes ese gesto les parecería contrario a la mentalidad romana, una auténtica humillación—, sino de esclavos y libertos.

Así pues, ¿también en la época romana existía la costumbre de «besar las manos» a los poderosos? La respuesta es sí. Ese gesto empezó a difundirse en la sociedad europea precisamente desde entonces. Pero en la época en la que nos encontramos todavía no está tan presente. Muchos estudiosos consideran que es un gesto importado por los romanos de Oriente en tiempos de Nerón o de Domiciano, y que posteriormente se difundió durante la segunda parte de la historia de Roma, sobre todo en la época tardoimperial. También en aquellos tiempos besar la mano tenía un significado muy concreto: se trataba de un gesto de deferencia, de sumisión. Por consiguiente, quienes lo hacían eran en su mayoría esclavos o libertos, no ciudadanos libres. Y es muy probable que todas las mañanas, cuando un *dominus* poderoso abría su casa a una multitud de postulantes y de personas que acudían

a pedir favores, la denominada *salutatio matutina*, y algunas entrevistas, las de las personas más necesitadas, empezaran precisamente con un besamanos. Pero no en la mano, sino en el anillo con el sello que el señor llevaba en el dedo.

Como testimonio de que en la antigua Roma besar la mano se consideraba un gesto servil hay un pasaje del ya citado *Panegírico de Trajano* donde Plinio el Joven, al enumerar las virtudes del emperador, cita el hecho de que Trajano no tenía por costumbre responder a las adulaciones de la multitud «tendiendo la mano». Es un testimonio más del carácter insólito de aquel emperador, poco recordado, pero tal vez el más «moderno» de todos. El que llevó al Imperio a su máxima extensión.

Por último, también conocemos algunos casos de niños que le besaban la mano a su padre. Y eso todavía está vigente hoy en día en algunos países, donde un hombre joven (es decir, que ya no es un niño), como muestra de respeto hacia su padre, al presentarse ante él empieza besándole la mano. Yo mismo asistí, hace unos años, en un país del norte de África, al besamanos que un amigo mío, licenciado en Medicina y que acababa de regresar de un largo viaje, le dispensó a su padre, que se encontraba sentado sobre unos almohadones en la sala principal de la casa. Aunque hacía bastante tiempo que no se veían, y a pesar de que ambos se tenían afecto, el padre no se levantó para abrazar a su hijo, sino que simplemente le tendió los dedos de la mano, cuajada de anillos, para que le diera un beso justamente sobre ellos. Por lo demás, se trataba de una persona afable y educada, pero esas eran las reglas de las relaciones con los hijos, y ese mismo distanciamiento emocional (que, no lo olvidemos, era la norma entre nosotros hace tan solo un par de generaciones) también era lo más habitual en el mundo romano.

En nuestra sociedad el besamanos se ha convertido en una rareza y, al margen del que mucha gente dispensa a los religiosos, ya no es más que un gesto de educación y de clase. Además, algunos olvidan que el chasquido de los labios, tan apreciado hace dos mil años, hoy en día tan solo es un indicio de vulgaridad: cuando un hombre besa la mano de una mujer, sus labios no deberían tocarla nunca, como mucho rozarla.

¿Existían los «chupetones»?

Sí, existían los besos que dejaban marca, y aunque no había una palabra específica para designarlos, por los textos antiguos sabemos que eran muy habituales.

He aquí un pasaje de Ovidio, el famoso poeta elegíaco del siglo I a. C. (*Amores*, I, VIII, 95-98): «Guárdate de que tu hombre esté seguro de amarte sin rivales: no dura bien el amor si le quitas sus contiendas. Que él vea por toda la cama rastros de hombre y los moratones en el cuello provocados por mordiscos lascivos» («*Ne securus amet nullo rivale caveto; non bene, si tollat proelia, durat amor. Ille viri videat toto vestigia lecto / factaque lascivis livida colla notis*»).

¡Hoy en día, ese consejo de Ovidio a las mujeres desencadenaría en cualquier hombre una oleada de celos tal que provocaría casi con seguridad una amarga ruptura de la relación! Pero demuestra a qué sutiles estrategias recurrían las romanas en el juego del amor. Un asunto sobre el que volveremos, con un montón de sorpresas.

Un gesto que ha llegado hasta nosotros: besar a distancia

Entre los muchos gestos que nos han llegado desde la antigua Roma está la costumbre de mandar besos a distancia. El gesto, muy común en Italia, en España y en general en el sur de Europa y en Latinoamérica, consiste en acercar a los labios los cinco dedos de la mano cerrada, hacer el gesto de dar un beso y volver a abrir la mano de inmediato. Los romanos hacían lo mismo y lo llamaban *iacere oscula* o *iacere basia*, es decir, literalmente, «lanzar besos».

Pero, ¿de dónde nace esa costumbre? No la inventaron los romanos, es más, en el fondo es uno de los gestos más antiguos de la historia de las civilizaciones: en efecto, los romanos lo copiaron de los griegos, y ya existía un gesto parecido entre los sumerios, los asirios y los babilonios.

Lo curioso es que el beso a distancia proviene del ámbito religioso. En efecto, en la antigüedad, y también entre los romanos, a menudo estaba prohibido besar físicamente la efigie de las divinidades, y por esa razón, durante las ceremonias religiosas, se enviaban «besos a distancia» a la estatua de la divinidad o a su representación simbólica.

Sin embargo, se trataba de un gesto ligeramente distinto del actual: en efecto, no se utilizaba toda la mano, sino tan solo el pulgar y el

índice. Por lo demás, el gesto era el mismo que el de hoy en día. Según los expertos, el «beso a distancia» debía de ser, tanto en Grecia como en Roma, una de las formas habituales con las que se adoraba a las divinidades.

Plinio el Viejo, el famoso naturalista-almirante fallecido durante la erupción del Vesubio sobre Pompeya en agosto de 79 d. C., añade otro detalle en su *Naturalis historia*: el beso que se enviaba a la divinidad debía hacerse con la mano derecha. E incluso podemos imaginar escenas con ese tipo de besos al leer los textos antiguos, por ejemplo, los de Minucio Félix, abogado y escritor de origen africano que vivió en Roma en los siglos II-III d. C. y que en su obra *Octavius* describe el gesto de Cecilio, un pagano, ante la estatua de Serapis: «Cecilio, al observar la imagen de Serapis, elevó la mano hasta su boca, como acostumbra a hacer la gente supersticiosa, y le dio un beso con los labios».

No hay que extrañarse por la palabra «supersticiosa». Así consideraban los cristianos a los paganos. En efecto, Minucio Félix era cristiano, y la obra *Octavius* es muy parcial: está basada en un diálogo entre tres personajes, Octavio, Minucio (ambos convertidos al cristianismo) y el pagano Cecilio, que tiene lugar en Ostia y que concluye con la conversión de Cecilio al cristianismo, convencido por las tesis de Octavio.

Pero el beso a distancia, que primero fue pagano, muy pronto se hizo cristiano: en efecto, más tarde ese gesto lo realizaban justamente también los cristianos, que enviaban «besos a distancia» a la efigie de Cristo crucificado.

Como es fácil de imaginar, con el tiempo el gesto salió de los templos y entró en la vida cotidiana como señal de afecto, pero también de alabanza, de gratitud y de perfección: un significado idéntico al que tiene hoy en día. Y... llegó incluso a los escenarios. Si hoy observamos a los cantantes o a los futbolistas —al final de una actuación o después de marcar un gol— enviando al público un beso a distancia, no debemos olvidar que eso ya lo hacían los romanos desde el siglo I d. C. al final de los espectáculos. Da fe de ello Marcial en uno de sus epigramas (*Epigramas*, I, 3): «... Después de oír un clamoroso "bravo", y precisamente mientras estás enviando tus besos [*basia iactas*], serás lanzado hacia el cielo por una capa que se agita fuertemente debajo de ti».

Pero no lo hacía todo el mundo, porque, aunque era muy frecuente, lanzar besos al público se consideraba un gesto «grosero»,

indigno de un aristócrata. Hasta el extremo de que el historiador Tácito, que vivió entre los siglos *i* y *ii* d. C., criticó duramente al emperador Otón, que había lanzado besos al público con motivo de la ceremonia de su ascenso al trono en 69 d. C.: a juicio de Tácito, se trataba de un gesto servil, indigno de un emperador...

¿Los jóvenes salían a cenar con sus novias?

Proseguimos nuestro viaje por la antigua Roma en busca del amor. Ahora nos encontramos de nuevo por la calle, en medio del gentío. Dejemos que los jóvenes den rienda suelta a sus amores en la trastienda. Es uno de los muchos subterfugios que han ideado. La moral romana, como hemos dicho, no consiente la expresión libre del amor por la calle, y por consiguiente aparta de nuestra vista unas escenas que son habituales en la vida cotidiana de nuestro mundo: no vemos parejas de jóvenes cogidos de la mano, ni dándose besos abrazados en un banco. Y, a mayor razón, no existe la costumbre de que los muchachos salgan a cenar fuera con sus novias...

Los romanos no conocían las invitaciones galantes a cenar, acaso como primera aproximación después de conocerse. Y no era solo una cuestión de ética: ni siquiera existían esos pequeños restaurantes adecuados para ese tipo de citas. Un romano no habría sabido indicarnos ningún local romántico a la luz de las velas... en la antigüedad eran desconocidos. Tan solo existían las tabernas y las posadas poco recomendables, con camareras-prostitutas o con prostitutas propiamente dichas que echaban el anzuelo a los parroquianos. Por no hablar de los clientes, que a menudo eran borrachos, ladrones, jugadores, conductores de carros en busca de un desahogo sexual o de una buena pelea... Aquellos locales tenían la misma atmósfera y la misma «fauna» que los *saloons* de las películas del Oeste. ¿Llevaría usted a su pareja a un local semejante para una primera cena en la intimidad? Obviamente no, también porque, por lo pronto, eran lugares impropios de personas «decentes».

¿Los enamorados se cogían de la mano o se hacían caricias?

En resumen, para una pareja de enamorados de la antigua Roma la vida resultaba mucho más difícil en comparación con hoy en día. Estaba prohibido besarse en público, no se podía salir a cenar fuera... Pero, ¿por lo menos era posible cogerse de la mano paseando por la calle y hacerse alguna que otra caricia? Terminantemente prohibido. Exactamente igual que con los besos, cualquier tipo de contacto en público se consideraba escandaloso y contrario a la moral, a la *pudicitia*. Téngase en cuenta que ni siquiera las parejas casadas (por lo menos las de las clases altas) podían cogerse de la mano en público. Tan solo era posible en casos excepcionales, como por ejemplo durante la boda, que contemplaba el contacto entre las manos.

No se hacía ni siquiera en las comedias, lo que da una idea de lo muy condicionada por la formalidad que estaba la relación entre un hombre y una mujer, una formalidad que hoy ha caído en el olvido en nuestras sociedades occidentales (pero que todavía seguía muy presente en la época de nuestros abuelos). Uno de los rarísimos casos, en la literatura latina, en que una mujer coge a un hombre de la mano lo encontramos en *Anfitrión*, una comedia de Plauto, donde Alcmena toma a su esposo de la mano y le da un beso: y en cualquier caso, lo hace en privado, no en medio de la calle...

Naturalmente, esas eran las reglas generales de la vida de los romanos, no podemos saber si efectivamente todo el mundo las cumplió a lo largo de tantos siglos de civilización, sobre todo entre las capas bajas de la sociedad, donde las costumbres eran más flexibles en comparación con la rigidez de las familias nobles. Es posible que, en las calles donde vivía el pueblo llano, como el barrio de la Suburra, pudiera tolerarse un fugaz contacto entre los cuerpos (caricias, abrazos, como mucho un beso), pero hay que recordar que para los romanos las consecuencias de la conducta de cada uno no le afectaban únicamente a él, sino también a la honorabilidad de toda su familia. Por consiguiente, es lógico pensar que todo el mundo tendía a comportarse conforme a las normas y a la moral.

Una ley contra el acoso

Efectivamente, para las mujeres romanas, y sobre todo para las que pertenecían a las clases altas, las matronas y las *virgines* (mujeres jóvenes que todavía no estaban casadas), las prohibiciones eran severísimas. Sabemos por el historiador Valerio Máximo que, en público, ningún hombre podía tocar con la mano a una matrona, porque con ello habría manchado y «contaminado» la *pudicitia* de la mujer, lo que en la práctica equivalía a su honorabilidad sexual. Esa prohibición tenía consecuencias sorprendentes y embarazosas. Los magistrados, por ejemplo, tenían las manos atadas: si no se podía tocar a una matrona, ¿cómo había que proceder en caso de que hubiera que detenerla? Como ha aclarado la historiadora Danielle Gourevitch, de todas formas la matrona tampoco «se iba de rositas», porque era entregada a su familia y tenía que afrontar la ira de su padre o de su marido por haber deshonrado el buen nombre de la familia. Asimismo resulta fácil imaginar las dificultades de los guardias de aduanas cuando se presentaba en la frontera (había fronteras en todas las provincias del Imperio, y en Italia a lo largo de todo el arco alpino) una matrona que ellos sospechaban que ocultaba bajo la ropa perlas o mercancías preciosas que no quería declarar... Cachearla u obligarla a bajar del carro por la fuerza habría supuesto un auténtico sacrilegio para la mentalidad romana.

Pero lo que se protegía no era solo la integridad física de la matrona. También se protegía su integridad moral. Hacia el año 200 a. C. se promulgó una ley (*Lex de adtemptata pudicitia*) que tutelaba la honorabilidad de una mujer romana hasta el mínimo detalle. Aunque no nos ha llegado el texto íntegro de la ley, los estudiosos han logrado reconstruir su contenido a través de distintas fuentes alternativas. Protegía la honorabilidad sexual de tres categorías de mujeres: las casadas (*nuptae*), las viudas (*viduae*) y las vírgenes (*virgines*), así como a los chicos que todavía no eran adultos.

En efecto, esa ley castigaba no solo a quien tocara a una mujer (de forma intencionada o molesta), sino también a quien le dirigiera (*appellare*) palabras ofensivas o le hiciera proposiciones indecentes. A ese respecto, el jurista Ulpiano (siglos II-III d. C.) lo decía muy claro: por *appellare* (literalmente «dirigirle la palabra a alguien») debía

entenderse no solo el uso de palabrotas o de palabras vulgares, sino también de palabras «normales» como las que se utilizan para una sencilla interpelación por la calle, pero que a fin de cuentas tenían como finalidad incitar a la mujer a un comportamiento amoral. Dicho de otra forma, también se castigaba a un hombre si ponía en un aprieto a una mujer mediante presiones psicológicas o siguiéndola por la calle. En ese sentido, la *Lex de adtemptata pudicitia*, que estuvo en vigor durante toda la época imperial, se asemeja a nuestras actuales leyes contra el acoso.

En resumen, esa ley iba sobre todo en contra de quien «lo intentara», cortejando a una mujer e intentando convencerla, de un modo insistente, para que mantuviera relaciones sexuales con él: eso se consideraba un delito... Por consiguiente, en la antigua Roma, los «ligones» tenían que andarse con cuidado: evidentemente era lícito intentar seducir a una mujer, pero si uno escogía la mujer equivocada (por ejemplo, una matrona de alto rango) o el método equivocado y la cortejaba de una forma vulgar o insistente, podía ser perseguido penalmente... También era un delito intentar apartar al esclavo-guardaespaldas que acompañaba a la mujer para poder tener el campo libre y cortejarla.

Las penas eran pecuniarias y variaban en función de la posición social de la mujer. Cuanto más alta era la posición social de su familia, más ingente era la suma que el culpable tenía que abonar como indemnización.

La *Lex de adtemptata pudicitia* se aplicaba en todo el Imperio y tutelaba a todas las ciudadanas romanas libres y sin tacha. Quedaban excluidas las mujeres de vida licenciosa o las que ya hubieran sido condenadas por adulterio, además de las esclavas. No podemos saber en qué medida se aplicaba la ley en realidad. Es sumamente probable que quienes interponían demandas por ese delito fueran sobre todo las matronas de las familias adineradas, teniendo en cuenta lo que costaba un juicio.

Tampoco sabemos con certeza cómo se aplicaba la ley en las provincias, que a menudo mantenían legislaciones autónomas junto a las leyes de Roma. Sin embargo, lo que sí es seguro es que la ley tutelaba a las matronas romanas que residían en las provincias, por ejemplo, las que acompañaban a sus maridos en el desempeño de sus cargos administrativos o militares.

Tal vez también por ese motivo las mujeres decentes nunca salían solas por la calle, siembre iban «escoltadas» y protegidas por el *comes*,

es decir un esclavo o un familiar de confianza... de confianza, sí, pero sobre todo de la de su marido, quien de ese modo se aseguraba de que no se produjeran infidelidades... Por consiguiente, una mujer «decente» que salía sin un *comes* estaba muy mal vista y corría el riesgo de embarrar la honorabilidad de su familia: en efecto, cabía la posibilidad de que la tomaran por una esclava, o, peor todavía, por una prostituta. Le habrían puesto esa misma etiqueta si hubiera accedido a que le dieran besos, que le hicieran caricias, carantoñas...

¿Los hombres regalaban flores a sus mujeres?

De acuerdo, las parejas no se besaban por la calle, no iban cogidas de la mano, no salían a cenar. ¿Pero por lo menos los hombres regalaban flores a sus amadas? Otra decepción: la respuesta es no, entre los romanos no existía la costumbre de que un hombre le llevara un ramo de flores o unas rosas rojas a su novia. Simplemente, no era una tradición de los romanos.

En realidad, a las mujeres, y a los romanos en general, les encantaban las flores, sus colores y sus perfumes, pero en su mentalidad las flores estaban más vinculadas al mundo de la religión y de las ceremonias, o bien se utilizaban para embellecer las casas. También podía ocurrir que alguien llevara flores para darle una sorpresa a su amada, pero era algo excepcional, no se hacía con la frecuencia y el significado con que lo hacemos nosotros.

Para entenderlo mejor, imaginemos una vela. Hoy en día, ¿para qué sirve? Se ven velas encendidas en las iglesias (en lugares religiosos), sobre una tarta de cumpleaños (ceremonia), o en un candelabro para embellecer una habitación o para crear una determinada atmósfera (decoración). A nadie se le pasaría por la cabeza llevarle a su novia un candelabro con doce velas encendidas, como se hace hoy en día con las rosas rojas. Simplemente, no es una tradición nuestra. Y eso mismo pensaban los antiguos romanos de las flores... con algunas excepciones, como descubriremos a continuación.

Seguimos nuestro camino. Hemos dejado a los dos jóvenes enamorados dando rienda suelta a sus amoríos en la trastienda. El destino será el que decida su futuro. Ahora vamos siguiendo a dos matronas romanas que van charlando, precedidas por su respectivos *comes*, que las protegen como si fueran sus guardaespaldas,

abriéndoles paso y asegurándose de que nadie se les acerque demasiado. Una curiosidad: con la palabra «matrona», nosotros pensamos instintivamente en una señora fea, gorda y madura, cubierta de joyas. En realidad, en la antigua Roma la palabra «matrona» equivalía a «mujer noble», y por consiguiente era a menudo una mujer joven, hermosa y esbelta... como estas a las que vamos siguiendo. Las dos mujeres doblan la esquina y de repente aparece, imponente, la silueta de una litera (*lectica*) que avanza lentamente por en medio de la calle. Para quienes, como nosotros, no estamos acostumbrados a este tipo de visiones, el único símil que podemos hacer en la época moderna es el de un cortejo fúnebre o el de una procesión religiosa con una imagen sagrada que se lleva a hombros bajo un palio. En efecto, la litera que aparece no es más que una cama con un palio que se lleva en volandas por las calles. Los esclavos que la transportan son ocho, vestidos todos iguales, soportando sobre sus hombros los largos varales. Sus piernas se mueven de forma sincronizada, lo que confiere a la litera el aspecto de un gigantesco insecto, de un ciempiés que avanza sobre el empedrado. Al cabo de unos instantes pasan a nuestro lado. Nuestra mirada se concentra en los rostros de los esclavos: están tensos, tienen hinchadas las venas de la frente y las gotas de sudor surcan sus sienes y sus mejillas... Deben de llevar mucho tiempo en marcha, pero sobre todo, ¡la litera debe de ser muy pesada! En efecto, es imponente, el equivalente de un Rolls-Royce de la antigüedad, fabricada no ya para que sea ligera sino para provocar admiración por su riqueza, un auténtico símbolo de estatus: tiene muchísimos adornos en bronce dorado, por no hablar de las esculturas de marfil y madera que asoman por doquier. Y por último, tampoco debe de ser indiferente el peso del ocupante, a juzgar por el esfuerzo de los esclavos... Pero no sabemos quién es: unas pesadas cortinillas, finamente trabajadas (el equivalente de los cristales ahumados de nuestros coches de lujo) nos impiden ver quién va tumbado en su interior.

Hemos visto esas literas en muchas escenas de películas, pero hay un detalle que nunca se cuenta, y que estamos a punto de vivir «en directo»: la litera, a su paso, va dejando tras de sí un olor extraño: una mezcla de madera aromatizada (que siempre está presente también en la decoración más lujosa de las casas de los ricos, y por consiguiente también en sus literas), del perfume del pasajero, de esencias orientales con las que se han rociado los almohadones y el colchón (el equivalente antiguo de los «ambientadores de pino» en forma de árbol

que cuelgan de los retrovisores de muchos de nuestros coches...). Por último, lo que llega hasta nuestra nariz es... el olor acre del sudor de los esclavos. La sensación que se experimenta es claramente visible en el rostro de las dos matronas cuando se ven envueltas por los efluvios de ese cortejo: una mezcla de placer que concluye con un toque de desagrado... Por suerte, una vez que la litera pasa de largo, nos vemos envueltos por otro perfume de esta calle. Lo emiten las innumerables macetas de flores alineadas a lo largo de los balcones y las ventanas de las *insulae*, las grandes construcciones de viviendas que constituyen el tipo de inmueble más generalizado en la antigua Roma. Pese a la dureza de la vida en esas *insulae*, siempre se aprecia un placer de vivir que se desprende de muchos pequeños detalles como estos. En este barrio, la calle es muy conocida y apreciada precisamente por sus flores, sus colores y sus perfumes, y hoy diríamos que es una calle «de postal».

No debería extrañarnos. En efecto, las flores son un elemento muy habitual de la vida cotidiana de los romanos. Téngase en cuenta que todas las casas de los ricos tienen sus propios jardines privados (*horti*) donde se cultivan flores, y que en las grandes villas existen incluso áreas específicas (*ambulationes*, propiamente senderos utilizados sobre todo para los paseos después de comer) destinadas exclusivamente al cultivo de distintas especies de flores, a veces en macetas, a veces directamente en el terreno.

¿Y cuáles son las flores más apreciadas por los romanos? Sobre todo las rosas, las violetas (de distintas variedades), los lirios, los irises, las rosas del azafrán, las amapolas, los narcisos, los gladiolos, los claveles, los amarantos, las madreselvas, etcétera.

Si no es por los vivos, por... los muertos

Un aspecto curioso es que, si bien no existe la costumbre de llevar muchas flores a los vivos, en cambio los romanos sí acostumbran a llevar flores a... los muertos. El último día (*Feralia*) de la festividad dedicada a los difuntos (*Parentalia*), que se celebra entre el 13 y el 21 de febrero, los romanos llevan regalos a las tumbas de sus seres queridos, y son muy comunes las coronas de flores (habitualmente de color rojo y violeta). A veces esas coronas están hechas no de flores, sino de auténticas «borlas» de color rojizo realizadas con una

amalgama de pétalos, para que sean más duraderas. Y sobre todo para que estén disponibles en los funerales fuera de temporada, cuando no hay flores.

Téngase en cuenta que las flores se utilizan en tal medida para adornar las tumbas de los difuntos que existen incluso fiestas y conmemoraciones para los muertos vinculadas exclusivamente a las flores. Como los *Violaria*, a finales de marzo, o los *Rosaria* (o *Rosalia*), entre mayo y junio, durante las que los familiares organizan un banquete sobre las tumbas, decorándolas con violetas o rosas, dependiendo de la temporada.

Pero las flores también son protagonistas de una gran ceremonia que, al contrario, celebra la vida: el matrimonio. Donde se convierten en un símbolo de felicidad y de prosperidad. Y una de las flores más demandadas en esos casos son las rosas... ¡¡¡miles de rosas!!! Como en el caso de la boda del hijo de Dionisia. Van a ver qué historia.

Dos mil rosas para casarse

En un papiro hallado en Oxirrinco, en Egipto, que se remonta a la antigua Roma, precisamente al periodo en que nos encontramos con este libro (el siglo II d. C.), se habla de dos comerciantes de flores, Apolonio y Serapia, empeñados en pedirle disculpas a una mujer, Dionisia, por no haber conseguido encontrar todas las variedades de flores que ella había encargado para la boda de su hijo. La mujer no reparaba en gastos y les exigía... ¡dos mil rosas y dos mil narcisos! Sin embargo, los dos comerciantes habían logrado reunir «tan solo» mil rosas, a las que eventualmente habrían podido añadir hasta cuatro mil narcisos... Nunca sabremos lo que les contestó Dionisia ni cómo acabó el asunto. Pero una cosa es segura: entonces como ahora, las rosas estaban muy solicitadas para festejar el amor.

De ese papiro también se desprende otro detalle. En efecto, ha quedado claro (también por otros indicios) que, en las bodas, generalmente a la familia del novio le correspondía adquirir las flores y el vino, mientras que la familia de la novia tenía que encargarse de toda la organización y, por supuesto, de las invitaciones.

Cómo encontrar flores fuera de temporada

Hemos visto que no era habitual que un *latin lover* (nunca mejor dicho) le regalara rosas a su amada. Pero aunque hubiera querido hacerlo, se encontraba ante un obstáculo insuperable: no existían los invernaderos ni los cultivos industriales, como hoy en día, capaces de suministrar rosas o flores incluso durante el invierno.

En realidad sí existían pequeños invernaderos, es más, puede que fueran precisamente los romanos quienes los inventaron (por lo menos los más antiguos, como atestiguan las fuentes históricas), para los cultivos fuera de temporada. En efecto, al leer a Plinio el Viejo, descubrimos que el emperador Tiberio sentía una gran pasión por... ¡los pepinos! Para poder comer pepinos todo el año había mandado construir «invernaderos móviles». Se trataba de «cajones con ruedas dotadas de placas de vidrio» que se trasladaban y se colocaban en lugares templados, y siempre buscando el sol, para cultivar pepinos

incluso en invierno.

No obstante, se trataba de una excepción. En aquella época no existían los invernaderos industriales. Y nadie, salvo el emperador, podía disponer de legumbres, frutas o flores fuera de temporada. Pero había una forma de sortear el problema: traerlos de los países lejanos, donde la temporada era la adecuada.

Hoy en día nadie se lo plantea, pero detrás de las flores que vemos en las floristerías de nuestras calles hay un increíble comercio que se extiende por todo el planeta. La rosa que alguien compra para una cita galante o las flores que otra persona adquiere con motivo de una cena en su casa o en casa de un amigo a menudo provienen de países muy lejanos. Y transitan por Aalsmeer, cerca de Ámsterdam, donde cada mañana se celebra la mayor subasta de flores del mundo. Allí los mayoristas de todos los países compran las flores y después las hacen llegar frescas a nuestro barrio. En la antigua Roma no existían los aviones Boeing o Airbus capaces de transportar en el plazo de unas horas las flores frescas, a través de los continentes, hasta nuestra ciudad. Sin embargo, los romanos habían ideado un sistema muy parecido e igual de eficaz. El motor de todo aquel sistema era el ansia de los ricos de provocar admiración.

El regalo más bonito: las rosas invernales traídas de Egipto

A diferencia del pueblo llano, que no tenía más remedio que recurrir a las flores de temporada, la élite romana podía permitirse el lujo, en casos extraordinarios, de encargar auténticas joyas por las que se pagaban precios altísimos: las «rosas invernales» traídas de Egipto.

En aquella provincia del Imperio, el clima más cálido permitía que las rosas florecieran antes. Y hubo quien, intuyendo el negocio, organizó envíos de rosas por mar, embarcándolas en los cargueros con destino a Roma. Aquellas rosas eran el equivalente de los diamantes y se regalaban en ocasiones especiales, como nos informa el poeta erótico griego Crinágoras de Mitilene, que vivió en Roma en tiempos de Augusto en calidad de embajador y que entró a formar parte del círculo de los poetas de la corte.

Crinágoras le regaló a Antonia la Menor, sobrina de Augusto, el día de su cumpleaños un ramo de rarísimas rosas invernales traídas de

Egipto junto con esta poesía (*Antología palatina*, epigrama votivo VI, 345): «Hace tiempo, en primavera, florecían las rosas, pero ahora, en pleno invierno, hacemos que se abran los cálices purpúreos, sonriendo alegremente a la aurora de este cumpleaños, tan cercanas a tu tálamo nupcial. Es mejor verse envueltas alrededor del templo de la más amable de las mujeres que esperar la llegada del sol en primavera».

Ahora, mediante dos cálculos, podemos establecer la fecha de aquel regalo. Sabemos que Antonia la Menor, hija de la hermana de Augusto y del apuesto Marco Antonio, había nacido el 31 de enero, y por consiguiente el poeta se las había apañado para conseguir esas rosas en pleno invierno, cuando incluso se interrumpía la navegación debido a las borrascas. Es un pequeño misterio cómo, a pesar de todo, llegaban a Roma aquellas rosas egipcias, teniendo en cuenta además que se trataba de una mercancía muy delicada y sumamente perecedera. Evidentemente, aunque las grandes rutas del Mediterráneo estuvieran desiertas durante los meses que van de octubre a marzo-abril, algunos comandantes, a cambio de una buena compensación, se aventuraban igualmente a realizar aquella travesía, acaso recorriendo las rutas costeras, más largas pero más seguras, y adentrándose en alta mar únicamente en los tramos imprescindibles.

En la época imperial se «abría» oficialmente la navegación con el rito del *Navigium Isidis*, una fiesta —que también describe Apuleyo al final de *El asno de oro*— dedicada a Isis, que se celebraba el 5 de marzo. Con la llegada del otoño (octubre), normalmente se interrumpía la navegación comercial. Pero de todas formas subsistía un tráfico naval menor, de pequeño cabotaje, a lo largo de la costa, que mediante una especie de «cadena humana» de un puerto a otro lograba hacer llegar muchas mercancías a Roma, con un riesgo mayor y unos trayectos más largos.

Eso nos da a entender el valor de aquellas rosas. Detrás de aquellas flores había unos hombres que se habían jugado la vida o que habían muerto. Por eso eran un regalo de altísima calidad. También lo dice Marcial, en un epigrama que subraya lo mucho que gustan las rosas invernales, porque son raras y también por su alto precio: «Gusta lo que es raro: por eso los primeros frutos son más apreciados y las rosas de invierno tienen un precio muy alto; por eso la renuencia hace más deseable al amante que te desnuda, y la puerta siempre abierta ahuyenta al joven...».

Según algunos expertos, los romanos, estimulados por el lucrativo negocio y por la demanda constante de rosas invernales, mejoraron las

técnicas de cultivo de las rosas en Italia y a partir de la época en que nació Cristo empezaron a producirlas, sobre todo en la zona de Paestum, que se hizo famosa en la época imperial por la producción de rosas rojas muy perfumadas. Según el historiador Mario Melo, en las rosaledas de Paestum (*rosaria*) se logró desarrollar una variedad de rosas que florecía dos veces al año: en primavera y bien entrado el otoño. Los romanos descubrieron ingeniosas técnicas para mejorar la producción de las rosas, como cuenta el propio Plinio: «Para conseguir un florecimiento más precoz [...] basta con excavar alrededor de la raíz un surco de un pie de profundidad y verter en él agua caliente cuando el cáliz de la rosa empieza a brotar...».

De todas formas, la producción de rosas de Paestum era limitada y carísima, y por consiguiente seguía siendo un regalo exclusivo. Si, además, la rosa iba acompañada de una poesía, como en el caso del poeta de corte Crinágoras de Mitilene, ¡más no se podía pedir! En efecto, entre las clases acomodadas, regalar una obra literaria se consideraba un gesto de gran relevancia.

Poesías y rosas para una mujer... hoy en día el móvil romántico-sentimental o sexual resultaría evidente. Pero en la antigua Roma no lo es de una forma tan automática. En efecto, a menudo quienes reciben ese tipo de regalos son las mujeres, por dos sencillos motivos: en primer lugar, porque las mujeres se consideran, de modo romántico, las «musas inspiradoras» de la poesía, y además porque a menudo, como en el caso del poeta «erótico» Crinágoras de Mitilene, en realidad la destinataria es también la mecenas de su vida y de su actividad como poeta.

En resumen, más que el amor, el motor del mercado invernal de las rosas en la antigua Roma es el sentido práctico y las ganas de provocar admiración... Pero, con el regreso de la estación cálida, la rosa vuelve a tener, igual que hoy en día, un papel asociado a la vida, a la felicidad y al amor. Es Marcial quien nos lo dice. Para él la rosa es la flor del amor por excelencia (aunque no sea el amor por una mujer, sino por un hombre, que Marcial tenía en gran consideración por ser su amigo... y su mecenas), es una flor que hay que llevar entre el cabello a modo de corona (*Epigramas*, VII, 89): «*Ve, bella rosa, ve, / con trenza suave ciñe la cabellera de mi Apolinar; no olvides ceñirla también cuando se vuelva blanca. Pero antes, que pasen muchos años y que siempre te ame Venus, / rosa mía*».

¿Qué se regalaban los novios?

Llaman nuestra atención unos pasos decididos, casi marciales, que retumban entre los muros de la calle de las macetas de flores. Nos damos la vuelta y divisamos a un hombre alto, corpulento, de pómulos prominentes y ojos pequeños, hundidos en las órbitas. Camina con decisión, como si fuera el amo de este lugar: por su forma de comportarse y por su ropa intuimos que el hombre pertenece a una elevada clase social, la de quienes están acostumbrados a mandar y a que les respeten. A su paso, dos esclavos se apartan y agachan la cabeza. En cambio, cuando pasa junto a nosotros, nos envuelve su perfume, muy intenso, que nos hace olvidar por un instante el hedor de la calleja. Es un personaje que despierta nuestra curiosidad. ¿Quién es, y dónde va? Decidimos seguirle. La respuesta nos llega casi de inmediato. Doblamos la esquina con él y nos encontramos en una de las calles más elegantes del barrio, con un ir y venir de personas semejantes a nuestro hombre, elegantemente vestidas y con un aspecto cuidado en los detalles. El resplandor de las joyas de oro y de los colores de las telas más preciadas contrasta con los tonos más apagados (gris, marrón, blanco sucio) de la ropa que se ve en las calles más pobres. Aquí la gente parece ignorar a los que no pertenecen a su mismo nivel social. Es una calle por la que la gente se pasea más para dejarse ver que para ver...

Nuestros oídos sufren la agresión del constante repiqueteo de pequeños martillos. El hombre va derecho hacia un taller del que sale ese ruido incesante y molesto y desaparece en su interior. Seguimos la estela de su perfume. ¿De qué negocio se trata? Nos detenemos ante la entrada y nos fijamos en el cartel: hay pintados dos elegantes collares de oro con perlas y unos anillos sobre los que destacan unos rectángulos verdes y azules, evidentemente esmeraldas y zafiros. ¡Es una joyería! Una *taberna gemmaria*, como la llaman los romanos. Como es habitual, este tipo de taller siempre está situado en una calle elegante, igual que ocurre hoy en día con las joyerías de mayor renombre. Está claro que el hombre ha entrado para comprarle un regalo a su amada: no sabemos si se trata de su esposa, de su amante, de su concubina o de su novia... Pero una cosa es segura: también los hombres romanos hacían regalos a sus mujeres, igual que nosotros. Ya, pero, ¿qué les regalaban?

Sabemos que durante la celebración de su compromiso, los dos

futuros cónyuges se intercambiaban regalos (volveremos sobre el tema del compromiso de boda más adelante). Era una costumbre antiquísima, y la que recibía más regalos era la novia: sobre todo ropa, objetos de decoración, joyas, cofres de belleza o accesorios para el aseo. Naturalmente, cada uno elegía los regalos en función de su propio bolsillo (aunque todavía no existían los bolsillos, ya que probablemente surgieron más tarde, a base de coser a los pantalones, una prenda importada por los bárbaros, las bolsas de cuero o de tela que habitualmente se llevaban colgando del cinturón: una solución práctica y útil contra los robos). Y tan solo podemos imaginar lo suntuosos que debían de ser los regalos de las clases dominantes. Es más, conocemos un caso: ¿quieren ustedes saber lo que le regaló el hijo de un emperador a su prometida? Maximino el Joven, hijo de Maximino el Tracio (que vivió en el siglo *iii* d. C.), le regaló a su querida Junia Fadilla, tal y como relata Julio Capitolino en la *Historia Augusta*, «un collar de una sola vuelta de nueve perlas blancas, una redecilla con once esmeraldas, un brazalete con un broche de cuatro "jacintos" [piezas de zircón rojizo], además de vestidos decorados con oro y gemas y otros objetos preciosos».

¿Qué joyas gustaban más a las mujeres?

Al margen de la élite, los regalos que se hacían dos enamorados eran en cualquier caso siempre simbólicos y preciosos. Los más solicitados por los hombres para darle una sorpresa a una mujer eran habitualmente los perfumes más demandados (como los de Cosmo, uno de los perfumistas más famosos de la capital y amigo de Marcial), brazales y pulseras, collares, anillos, pendientes de grandes dimensiones (muy apreciados por las mujeres romanas), diademas, etcétera. Obviamente, la factura dependía no solo de lo que pudiera permitirse el hombre, sino también de lo comprometido que estuviera sentimentalmente...

Como ocurre hoy en nuestras joyerías, de acuerdo con lo que pedía el cliente, los joyeros romanos abrían distintos cajones que contenían joyas de oro o de plata, con perlas o piedras preciosas de distintos precios, cuidadosamente envueltas en suaves telas. Y esa es precisamente la escena a la que estamos asistiendo ahora. El hombre joven se ha sentado en una de las elegantes butacas con relleno (de

lana o de pluma de oca) que habitualmente están a disposición de los clientes en este tipo de tiendas. Está apoyado en un mostrador de madera lujosamente taraceado, delante del propietario: un hombre de baja estatura, de pelo blanco y ojos avispados que emergen de entre las mil arrugas de su rostro como dos veleros que intentaran no irse a pique entre las olas de un mar tempestuoso. A nuestro alrededor, por todos lados, hay armaritos elegantemente decorados que contienen joyas y metales preciosos. Y pequeñas estructuras de madera con distintos compartimentos y salientes de los que penden collares y pulseras. También hay una pequeña balanza de dos brazos para pesar el oro. El joyero ha abierto algunos cofres que tiene encima del mostrador, y de uno de ellos está sacando, con calculada lentitud, un gran collar de oro y ámbar. Casi parece un prestidigitador, sigue levantando el collar mientras mira fijamente al hombre; ahora sus ojos ya no parecen veleros en apuros, sino barcos piratas a punto de abalanzarse sobre su presa. Va desgranando detalles sobre la pureza del ámbar, sobre la dificultad de su confección, sobre la rareza de la hechura del collar, etcétera. En realidad son las frases que le repite a todos sus clientes, a media voz, de acuerdo con un famoso adagio: «La gente se cree cualquier cosa si se la susurran al oído».

En un momento dado, el joyero agarra un cilindro de bronce que tiene un cristal en su interior, tal vez un cristal de roca o de otro tipo, y se lo acerca a un ojo para utilizarlo como una lupa. Después se lo entrega al cliente para mostrarle un detalle del enganche del collar, una auténtica obra maestra. No disponemos de pruebas de que los romanos utilizaran lupas, pero muchos investigadores están casi seguros de ello, como el profesor Lucio Russo, que enseña Historia de la Ciencia en la Universidad Tor Vergata de Roma. Según Russo, las lupas ya eran conocidas desde tiempos de los griegos, y los romanos heredaron esa «tecnología» para utilizarla con provecho en el campo de la orfebrería y también para la elaboración de las monedas. Pero, más que un objeto de uso común entre la gente (obviamente también en aquella época había gente que, por su avanzada edad, no veía bien de cerca), la lupa no pasó de ser un instrumento técnico limitado a los laboratorios de los artesanos.

Mientras el cliente sigue evaluando el collar, echamos un vistazo a nuestro alrededor y observamos cómo es el taller del joyero. Como cualquier otra *taberna gemmaria*, no es solo una tienda para la venta, sino también su «laboratorio» interior, donde se confeccionan las joyas. A eso se dedican más personas. Unos trabajan las piedras

preciosas en un rincón (*gemmarius*). Más allá distinguimos al autor del repiqueteo incesante: es un *aurifex* (de *aurum* y *facere*), es decir, el orfebre, que en aquella época no siempre podía diferenciarse del joyero, en el sentido de que la persona que vendía joyas era probablemente la misma que las producía. Está sentado en el suelo con toda una serie de martillos y una pequeña fragua. Es una escena que podríamos contemplar hoy en día en la India o en algunos países de Oriente Próximo. El orfebre ha estado largo rato martilleando una lámina de oro hasta dejarla muy fina y ahora empieza a trabajarla. Es un hombre joven, delgado, con una barbita puntiaguda, y tiene la mirada concentrada en esa lámina, como si fuera la llama de un soldador. Como todos los que trabajan aquí, es un antiguo esclavo, un liberto, y por el color ambarino de su piel intuimos que es originario del Mediterráneo oriental. Realiza un trabajo de precisión: en efecto, las joyas de las mujeres romanas son vistosas, por supuesto, pero casi siempre están hechas de una finísima lámina de oro que posteriormente se rellena con cera o con otro material para evitar que se deforme. Detrás de la creación de una joya hay una auténtica cadena de montaje: unos se dedican a martillear (*bractearius*), otros a labrar (*caelator*), otros a hacer los dorados (*inaurator*), otros a trabajar las piedras preciosas (*gemmarius*) y otros a fabricar anillos (*anularius*). Y luego están los que se han especializado en confeccionar y vender joyas con perlas: se denominan *margaritarii* y en Roma se concentran a lo largo de la Vía Sacra que conduce al Foro Romano, donde se les puede encontrar formando una hilera de puestos en el *Porticus Margaritaria*. En el fondo, es lo mismo que se ve también hoy en día, en Nueva York o en Amberes, en el caso de los vendedores de diamantes.

¿Cuánto costaba una joya?

Volvemos al mostrador. El cliente, al que el propietario no ha conseguido embaucar en absoluto con sus «juegos de manos», ahora está concentrado en un bonito collar de oro. Está hecho de anillas ensartadas una dentro de otra, y a intervalos regulares van engarzadas piedras preciosas. Es un modelo que está muy de moda y también es muy apreciado por las mujeres romanas. La elección del cliente no es desacertada: en efecto, ese collar es sin duda alguna la joya más

llamativa, excelente como regalo. ¿Pero cuánto va a tener que desembolsar? Evidentemente, eso depende del tipo de piedras preciosas y del trabajo empleados para su elaboración, y sobre todo del peso del oro... Para que nos hagamos una idea, por el edicto de Diocleciano sobre los precios —*Edictum de pretiis rerum venalium*— de 301 d. C. (poco menos de dos siglos posterior a la época del Imperio en la que nos encontramos) sabemos que aproximadamente 327 gramos de oro (una libra) tienen un valor de 288.000 sestercios. Si damos por bueno un «cambio» hipotético de dos euros por sestercio, y una prosperidad tal, en tiempos de Trajano, en comparación con Diocleciano, como para suponer que el oro fuera sesenta veces más barato, eso significa aproximadamente 9.600 euros, es decir menos de 30 euros por gramo. Considerando que la cotización actual del oro está en 43 euros por gramo, llegaríamos a la conclusión de que el oro era más barato que hoy en día. Algo totalmente verosímil, teniendo en cuenta que con la conquista de Dacia y de sus minas de oro, a Roma llegó un auténtico río de dicho metal precioso. Naturalmente, se trata de puras especulaciones... Resulta verdaderamente difícil establecer equivalencias y comparaciones.

No obstante, algunas joyas podían alcanzar cifras astronómicas. Plinio el Viejo contaba que había asistido a una fiesta de compromiso de dos miembros de la aristocracia romana y que vio cómo la riquísima Lolia Paulina, futura tercera esposa del emperador Calígula, se ponía joyas de oro, esmeraldas y perlas por todo el cuerpo, por un valor total de 40 millones de sestercios, es decir, 80 millones de euros...

El atraco

Mientras asistimos a las negociaciones entre el cliente y el joyero, nuestra atención se vuelca en un repentino alarido que desgarra el elegante paseo de la gente por la calle. Salimos corriendo a la calle, como todo el mundo. A pocos metros divisamos el cuerpo de un hombre, tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre que va esparciéndose progresivamente sobre el enlosado de basalto. Un violento porrazo le ha partido el cráneo. Un poco más allá, sentada y apoyada contra la pared, hay una matrona: tiene los ojos abiertos de par en par, la mirada perdida en el vacío y la boca abierta con el grito todavía estrangulado en la garganta. Todos están alrededor de ella e intentan ayudarla. Está en estado de *shock* y tiene la mano en una de sus orejas, de la que sale mucha sangre.

¿Qué ha ocurrido? Ha habido un atraco. Comienzan a prestarse los primeros auxilios. Ya no hay nada que hacer con el hombre, el criado y guardaespaldas de la matrona, que no ha podido hacer nada ante el repentino ataque de dos hombres que se han esfumado por un oscuro callejón de las inmediaciones. El lugar de la agresión no es casual, teniendo en cuenta la ruta de escape. Los ladrones le han echado el ojo al collar y los pendientes de la matrona, la han seguido y han escogido el momento oportuno: en un instante se han quitado de en medio al esclavo y se han abalanzado sobre la mujer, arrancándole el collar y los pendientes y desgarrándole los lóbulos de las orejas. Nadie ha sido capaz de detenerles... De las espléndidas joyas de la matrona solo ha quedado una perla, blanquísima, que se le ha caído durante la agresión y que ahora poco a poco va siendo rodeada por la sangre que sigue extendiéndose.

Las calles de Roma pueden volverse peligrosas para cualquiera, sobre todo para las mujeres: en efecto, no solo están llenas de seductores, sino también de ladrones. Llevar joyas de gran valor por la calle significa ponerse en el punto de mira de potenciales agresiones, más o menos lo mismo que ocurre hoy con los relojes Rolex. En realidad, en la antigua Roma, ese fenómeno es todavía más grave, teniendo en cuenta la enorme diferencia económica entre ricos y pobres. Y muchos atracadores no tienen el mínimo reparo en agredir a una mujer que lleva encima joyas por un valor superior a lo que ellos

podrían ganar durante una vida entera.

En una estela funeraria, colocada sobre las cenizas de una mujer en un columbario, el marido llora la muerte de su esposa durante un atraco en que los ladrones le robaron las joyas. Y el marido describe incluso el tipo de joyas: «Quienquiera que lea esta inscripción, si es un joven que ama a su mujer, que se abstenga de envolverle los brazos con oro. Aunque ella te estreche el cuello con sus brazos adornados y te suplique que le dejes ponerse regalos a la altura de sus méritos, dale gusto con los vestidos pero déjate de joyas: eso alejará a los ladrones y a los seductores. En efecto, fue una vistosa serpiente [*draco*, en el texto] que llevaba en el brazo lo que provocó la muerte de mi señora, que a mí, su marido, me hirió en el corazón. Y esa herida la llevaré siempre».

Ese hombre confirma que una de las joyas más apreciadas por las mujeres romanas, y que se ha hecho famosa por el vestuario de muchas películas, es el brazalete con forma de serpiente. ¿Por qué? En efecto, en la época imperial se difunde enormemente la moda de ponerse joyas con forma de serpiente (brazaletes o anillos) gracias al culto de Isis, muy seguido por las mujeres, que hizo su aparición en Roma durante el siglo I a. C. y que posteriormente se consolidó con Calígula, durante el siglo I d. C. Da fe de su gran difusión el templo dedicado a la diosa en el Campo de Marte. Para esta divinidad de origen egipcio, asociada a la fertilidad y a la maternidad, la serpiente es un animal sagrado; todo el mundo sabía que Isis la dominaba y que era capaz de neutralizar su mordedura venenosa; por consiguiente, la serpiente y los amuletos que reproducían su forma y su apariencia se consideraban elementos protectores; en cualquier caso, en el ámbito de la joyería, la serpiente aparece habitualmente con escamas en la piel, formando numerosas espiras, y con ojos hechos de esmeralda o de pasta de vidrio.

Los ladrones no solo agredían a las mujeres adultas y a las matronas, sino también a las niñas. En otra inscripción funeraria hallada en Solin, no lejos la ciudad de Split, en Croacia, se habla de dos progenitores, Julio Restituto y Estacia Pudentila, que lloran a su hijita Julia, de tan solo diez años, asesinada por unos atracadores que le robaron las joyas que llevaba encima.

Otro regalo muy apreciado por una mujer: la ropa «de marca»

Volvemos al lugar de la agresión. Todo ha vuelto a la normalidad, se han llevado a la matrona y también el cuerpo de su esclavo. Alguien ha limpiado la sangre arrojando agua con un balde. Y han desaparecido de los balcones las cabezas que se habían asomado, atraídas por los gritos. Ahora, por la calle, los transeúntes han reanudado su ir y venir. Como ocurre en la sabana, una vez que han pasado de largo los depredadores, los herbívoros han vuelto a «pastar» plácidamente como si nada hubiera ocurrido.

Observando a las matronas que avanzan a paso lento, noble y calculado, como si fueran autómatas, nos damos cuenta de que las mujeres de la alta sociedad romana se visten todas de la misma forma y según los mismos esquemas, a diferencia de lo que ocurre hoy en día, donde la originalidad y las novedades mandan en la moda y van modificándola a lo largo de los meses. Es más, podríamos incluso afirmar que la moda, tal y como la concebimos nosotros, en la antigua Roma no existe en absoluto: ninguna prenda cambia de corte, de color ni de aspecto de un año para otro. Una mujer romana se sorprendería ante la histeria consumista de nuestra época, que cada temporada propone nuevos modelos y colecciones. La moda romana se basa en la tradición, no en la innovación. Las variaciones se producen exclusivamente con los cambios de guardia en lo más alto, cuando una nueva emperatriz lanza un nuevo estilo de peinado o de vestido. Así pues, estamos hablando de años y décadas, desde luego no de meses. Exactamente lo mismo que ocurría entre nosotros hasta el siglo XIX o como sigue ocurriendo en muchos países del mundo. Y el motivo es muy sencillo: la gente se pone la ropa que indica su estatus social, la clase a la que pertenece.

Una matrona romana no puede contar con armarios llenos de vestidos distintos, como las mujeres de hoy: desde luego, también la mujer romana tiene mucha ropa, pero falta variedad. Cuando sale a la calle, en el fondo los modelos que lleva puestos son siempre los mismos. Pero con una característica: son muy preciados y elegantes. Son los «Rolls-Royce» que tiene en el garaje y que saca del armario cuando se trata de mostrarse en público. La finalidad de la moda femenina no es tener un vestido más original o más a la moda que las demás mujeres, sino mostrarle a todo el mundo, a través de la ropa, que pertenece a la élite. Así pues, cuando va paseando por la calle, la matrona romana lleva modelos «clásicos», de una calidad y una factura inalcanzables para la mayoría de las demás mujeres, y naturalmente joyas muy vistosas: eso sirve para distinguirla a primera

vista de las mujeres de las clases inferiores, de las esclavas, de las libertas...

Entonces, ¿cómo se viste una matrona? Sus prendas son una suave túnica (*stola*) que le llega hasta los pies, con elegantes pliegues y drapeados, sujeta con alfileres por la espalda. Alrededor de la cintura y por debajo del pecho lleva un lazo o una cinta que ciñen un poco la *stola*, resaltando las formas femeninas, como los senos y las caderas, y a veces lo hacen de una forma tan perfecta que resulta sorprendente que hoy en día ningún creativo de una casa de modas haya vuelto a introducir este sistema, tan sencillo y eficaz.

Sobre la *stola* va siempre la *palla*, es decir una capa que cubre la cabeza y los hombros de la mujer y que ninguna matrona se deja en casa a la hora de salir a la calle...

Algunos expertos, como la profesora Francesca Cenerini, docente de Historia Antigua en la Universidad de Bolonia, han definido esa forma de vestir no solo como un símbolo del estatus de la mujer, sino también como una «coraza», como una barrera entre el cuerpo de la matrona y la mirada de los demás, que no debía penetrar. Y, efectivamente, se ve muy poco, o nada, del cuerpo de la mujer. Lo mismo tenía que hacer una liberta, para que no la confundieran, por ejemplo, con una esclava, con una prostituta o con una mujer de clase baja, que en cambio sí podían ponerse ropa más provocativa y prendas más cortas. Como la bellísima actriz que ahora está cruzando la calle que conduce al teatro, donde la veremos actuar dentro de poco. Va vestida únicamente con una túnica blanquísima y semitransparente que deja entrever las areolas oscuras de sus senos, que se balancean a cada paso como si estuvieran a merced de una tempestad.

¿Cuánto costaba la ropa de las mujeres?

Las mujeres de hace dos mil años no son distintas de las de hoy: les encanta ponerse vestidos elegantes. Y aunque existen unas férreas normas sobre la forma de vestir, la mujer romana puede desmelenarse en materia de tejidos y de colores. Existen *stolae* y *pallae* hechas de tejidos muy valiosos, de lana muy fina e incluso de seda procedente de la lejanísima China. Y a una mujer romana son justamente esos los regalos que le gusta recibir.

Las mejores tiendas de la capital del Imperio, las más elegantes, se

encuentran ubicadas en determinadas zonas del Campo de Marte, como, por ejemplo, en las inmediaciones del edificio llamado Saepta Julia, pero difícilmente se ve entrar a las matronas en esos establecimientos: en efecto, una mujer romana rica llama al sastre (*vestitor* o *vestificus*), o bien al comerciante de ropa (*vestiarius*), para que acuda directamente a su suntuosa casa...

Pero, ¿cuánto costaba regalarle un vestido a la mujer amada? Bastante dinero, si era de una calidad normal, y muchísimo si era de máxima calidad. Precisamente durante la época imperial la producción de ropa fue especializándose cada vez más y llegando a un altísimo nivel con telas valiosísimas, tintes, bordados (incluso dorados), chales, echarpes, zapatos, sombreros. No es casual que surgieran auténticos artesanos especializados en todos los sectores: *lintearii* (prendas de lino), *plumarii* (bordadores), *serarii* (prendas de seda), *sagarii* (sayas y capas), *pelliones* (peleteros), *offectores* (capaces de dar resalte con determinadas técnicas a los tonos originales de las telas procedentes de Oriente), *infectores* (que en cambio se dedicaban a modificar los tonos originales de dichas telas), etcétera. En resumen, ¿cuánto costaban aquellos Rolls-Royce de tela de las matronas? El edicto sobre precios promovido por Diocleciano, a principios del siglo IV, puede darnos una idea. Con la debida cautela, porque aquel edicto se redactó casi doscientos años después de la época en que nos encontramos, tras varios periodos de crisis, de inflación galopante (tal vez hasta del mil por mil), de devaluación del sestercio, etcétera. Según algunos autores, entre un periodo y otro los precios aumentaron entre 67 y 73 veces. Según otros, tan solo 20 veces, en Roma. Nosotros hemos elegido un aumento de 30 veces, basándonos en distintas comparaciones y consideraciones. En otras palabras, dividiendo por 30 el precio en denarios de un producto incluido en el famoso edicto de Diocleciano, se obtendría su precio en la época de Trajano (donde nos encontramos nosotros). Y de ahí no hay más que aplicar el cambio de 1 denario = 4 sestercios, y se obtiene su valor en euros (al «cambio» teórico de 1 sestercio = 2 euros).

Consideremos, por ejemplo, una dalmática, es decir una sobrepelliz que a partir del siglo III d. C. fue sustituyendo progresivamente la larga túnica (*stola*) que durante siglos había sido el símbolo de la forma de vestir de la mujer romana. La dalmática, habitualmente de lino, era una prenda corta o larga hasta los pies, muy ancha y con mangas amplias, y podía costar hasta 3.000 euros, o 500 si el lino era de calidad media, hasta llegar a los 130 euros si era de lino basto y de

mala calidad, para el pueblo llano. En resumidas cuentas, unos precios no excesivos para las distintas clases sociales, si tenemos en cuenta que se trataba de ropa «de fiesta». En cambio, si la dalmática era de seda, con franjas de valiosísima púrpura oscura (que se obtenía de miles de moluscos que se pescaban en el mar), podía llegar a costar más 13.000 euros... Un auténtico lujo de la moda, como decíamos (sin contar los hilos de oro de los bordados ni las piedras preciosas que podían ir engarzadas). Por supuesto, es un cálculo puramente teórico, pero en cualquier caso acota y nos da una idea del valor de la ropa de una mujer en el contexto de una vida cotidiana donde con un denario se podía comprar una garrafa de vino de máxima calidad, como el falerno, o algo más de un litro de aceite o más de ocho kilos de pan.

En definitiva, esas prendas costaban lo mismo que algunos coches de hoy en día, y hay que tener en cuenta que, como ocurre actualmente en la India o en Arabia, al lado de los pobres de solemnidad que viven con un sestercio o poco más al día, están los millonarios, con unos patrimonios incalculables. Es decir, que un sestercio tiene un valor distinto en función de quien se trate: puede valer todo, o puede no valer nada. Es evidente que solo las mujeres ricas podían permitirse ese tipo de prendas. Y, por consiguiente, es evidente que si un hombre quería darle una sorpresa a la mujer amada, no solo tenía que pensar en las joyas, también podía apostar por la ropa cara, sobre todo si estaba elaborada con seda y bordados preciosos. Y si no quería gastar demasiado, podía comprar accesorios, como un chal o un cinturón. Pero también ahí los precios podían ser elevadísimos. Por el edicto de Diocleciano también sabemos que: – Un chal finamente bordado, importado de Tarso, una ciudad del sur de la actual Turquía, famosa por la calidad de sus tejidos y de sus vestidos, como puede serlo hoy Italia en la moda, costaba 7.000 denarios, es decir, casi 1.800 euros.

– Un cinturón de lino de máxima calidad podía costar incluso 1.000 denarios (260 euros).

– Eran sumamente caras las capas, que podían llegar a costar 15.000 denarios (4.000 euros) en el caso de una «capa con capucha nérvica, de color leonino» (en este caso, una prenda de hombre), o bien hasta 12.500 denarios (3.300 euros) en el caso de una capa de Recia con broche, y hasta los 2.000 denarios (500 euros) de una capa con capucha frigia.

¿Y la ropa interior? ¿Era un regalo «cómplice» entre dos enamorados, como lo es hoy en día? En efecto, a las mujeres romanas les encantaban, como veremos a continuación, las braguitas bordadas con elegantes arabescos de flores. Es muy probable que, como ocurre actualmente, se pusieran ese tipo de lencería refinada cuando iban a tener un encuentro con su enamorado. Sin embargo, a ningún hombre romano se le ocurriría regalarle a su amada un conjunto de ropa interior... Porque se consideraba un regalo indecoroso y muy vulgar.

Mujer vs. hombre

Estamos de nuevo en la calle, entre la gente. En medio de este ir y venir de rostros y olores divisamos dos pequeñas figuras que desaparecen entre las túnicas multicolores para volver a aparecer más allá, como ocurre con los gorriones entre las hojas de los árboles. Salen corriendo, se persiguen y se ríen. Algunos transeúntes, irritados, los apartan sin demasiados miramientos, otros les gritan algo al pasar y otros les ignoran. Y puede que tengan razón: son dos niños. Dos de los muchos niños que se ven por las calles. Las ciudades romanas están llenas de niños y de jóvenes. Efectivamente, al mirar a nuestro alrededor, solo vemos rostros jóvenes o infantiles. Los rostros de personas maduras ya son menos numerosos, por no hablar de las personas ancianas, que se ven esporádicamente. En efecto, la sociedad romana es una sociedad donde escasean los viejos y abundan los jóvenes.

Si ustedes han tenido ocasión de viajar a Oriente Próximo, a Sudamérica o a la India, se habrán dado cuenta de la cantidad de niños que hay por las calles, a menudo en medio de la suciedad, a diferencia de lo que se ve entre nosotros. Pero es normal, en una población en la que el hombre vive una media de cuarenta y un años y la mujer, una media de veintinueve. Ya tendremos ocasión de volver sobre esta realidad que también influye notablemente en las relaciones de pareja. Ahora lo que nos interesa son esos dos niños que juegan y se persiguen despreocupadamente. Intentamos seguirles, pero no es fácil entre el gentío: los transeúntes nos dan empujones y nos insultan. Finalmente advertimos que entran por el portal de una *insula*, como si se tratara de uno de esos grandes peces que se tragan a sus crías para protegerlas. Nos aproximamos hasta la entrada: el enlucido,

blanquísimo, deslumbrante, hace de marco al portal y no alcanzamos a ver el interior, que está oscuro. De entre las sombras de la entrada salen, revoloteando, unos puntitos luminosos que vuelven a entrar de inmediato en la oscuridad: son un puñado de moscas y algún mosquito, un indicio de la insalubridad de este lugar. Vacilamos durante un instante. Pero las voces de los niños en el interior del edificio son un reclamo irresistible. ¿Qué habrá más allá de la entrada de la *insula*?

Nos decidimos a entrar. De repente, el aire se hace más fresco y huele a rancio. Damos los primeros pasos en la oscuridad, nuestros ojos tienen que acostumbrarse a la penumbra. Al fondo del pasillo, en una mancha de luz, vemos unas escaleras de obra. El ambiente es sucio, y hay huellas de manos en las paredes y en los pasamanos de madera. Ahí están los dos niños. Están sentados en los escalones. Tendrán no más de seis u ocho años. Están jugando con unos cascarones de nuez y con unas fichas improvisadas sobre el damero que hay grabado en uno de los peldaños. Recuerda mucho al juego del molino, como los muchos que todavía pueden verse en los mármoles y en los peldaños de casi todos los yacimientos arqueológicos a partir del Foro Romano, aunque los guías turísticos no siempre los enseñan. Son un niño y una niña. Lo más curioso es que no van vestidos de forma distinta, porque, a su edad, la moda es... ¡unisex! Nada de faldas para las niñas y de pantalones para los niños: en esta época todos ellos llevan túnica, que es el equivalente de unos pantalones vaqueros, por el uso que se le da y por lo práctica que resulta.

Sí, pero entonces, ¿cómo se distinguen? Por el corte de pelo: corto para los niños y largo, con la posibilidad de unas trenzas, para las niñas. Y además por los adornos y los collares que a menudo se ponen las niñas.

Sin embargo, ambos llevan siempre la *bulla* colgada del cuello, exactamente igual que los soldados de hoy en día nunca se separan de sus placas de identificación... En realidad es un portaamuletos para que los defienda de las enfermedades, de la mala suerte y de los maleficios. Es del tamaño de un reloj y está formado por dos valvas unidas, como una concha. Dentro está el amuleto propiamente dicho, que suele ser una pequeña lámina de metal, o un pequeño trozo de papiro, donde van escritas o grabadas figuras o fórmulas mágicas protectoras. Pero también sabemos que los amuletos obedecen a auténticas «tradiciones familiares»: a veces contienen pelos o dientes de animales, como el lobo o el tejón, hierbas secas, conchas o

piedrecillas... Las valvas pueden ser de distintos metales hasta llegar al más noble, el oro, con elegantes decoraciones, que utilizan los hijos de las familias más adineradas. Todavía hoy, en la zona sahariana y subsahariana de África, es fácil ver a niños con amuletos en el cuello, llamados *grigrí* o *gris-gris*, que son saquitos de cuero o de tela que contienen, justamente, distintos tipos de amuletos y cuyo uso es prácticamente el mismo. Mientras que en Mongolia, para proteger a los niños de los espíritus malignos que se los llevan con las enfermedades, el «amuleto» consiste en un truco: vestir de niña a los niños y viceversa, para que los espíritus del mal, al llegar, se queden confusos y se marchen.

La *bulla* nos dice algo: que estamos ante dos ciudadanos romanos libres; los niños extranjeros, los esclavos o incluso los esclavos liberados no pueden llevarla.

La *bulla*, los juegos y las pequeñas túnicas del mismo color son elementos comunes de los niños y niñas de corta edad en la vida cotidiana. Más adelante, dentro de poco, las cosas cambiarán y estos dos niños seguirán caminos completamente distintos. Al llegar a la pubertad, los muchachos de las familias ricas se pondrán una toga especial, la *toga praetexta*, con bordes de color púrpura, la misma que también se pondrán las muchachas; pero lo que cambiará radicalmente entre los sexos será la vida cotidiana: mientras que las chicas se quedarán en casa, los chicos irán con su padre al Foro, y a dondequiera que él les permita acompañarle, para que aprendan la vida de un hombre romano libre. Después, a la edad de dieciséis o diecisiete años, tendrá lugar un rito particular. Siempre en compañía de su padre, los jóvenes acudirán al templo para hacer entrega de la *bulla* y de la *toga praetexta* y se afeitarán la barba por primera vez a modo de ofrenda. Con ese rito, el adolescente romano entrará oficialmente en el mundo de los adultos. Es un verdadero rito iniciático que, sin embargo, brilla por su ausencia en el mundo femenino. En efecto, para una muchacha, el único rito iniciático de entrada en el mundo adulto será el matrimonio. El cual, como veremos, no se produce a una edad fija y puede ser espantosamente precoz.

De repente, la niña le hace un desaire al niño y sale corriendo escaleras arriba. El niño se levanta de un salto y corre tras ella. Así da comienzo una persecución que durará, escaleras arriba y abajo, en general... toda la vida. Ahora ambos corren y juegan despreocupadamente. Pero es la primera y la última vez que lo harán

durante su existencia. Dentro de un año ella será entregada en matrimonio a un hombre mucho mayor que ella, y en cambio a él habrán empezado a enseñarle que, en las relaciones con una mujer, el amor es secundario: tendrá que dominar a las mujeres, y no solo a ellas, sino también a otros hombres de rango inferior. Tanto moral como sexualmente...

¿El hombre romano? Un bisexual violento

El hombre romano era bisexual. En efecto, la moral de la época obligaba a educar y a encauzar a los hijos varones en esa dirección. ¿Por qué? Puede que a nosotros nos parezca sorprendente, teniendo en cuenta la moral en la que nos hemos criado y la educación que hemos recibido. Pero hace dos mil años las cosas eran muy distintas. Y es preciso entrar en la mentalidad romana para entender el motivo. El hombre romano, el *civis romanus*, ante todo es instigado, desde su infancia, a ser un dominador y a imponerse dondequiera que le sea posible. Tanto en la guerra como en la política y en la sociedad, pero sobre todo en la familia. En efecto, entre las cuatro paredes domésticas, el hombre, el *pater familias*, es el amo absoluto, un semidiós que incluso tiene el poder de la vida y la muerte sobre su esposa, sus hijos y sus esclavos (sobre todo en las épocas más arcaicas y en el periodo republicano). Es una ideología distinta de la nuestra, típica de una sociedad machista. En efecto, el hombre romano es un «macho»...

Pero entonces, ¿por qué un hombre romano tiene que ser bisexual, en vez de marcadamente heterosexual, dado que, para demostrar su papel de macho, le «bastaría» con dominar a la mujer? Porque su idea de dominio va más allá de la mujer: tiene que dominar a todo el mundo. La mentalidad del hombre romano consiste en ser un ganador, en imponer su voluntad sobre todo el mundo: sobre los pueblos enemigos por la fuerza de las armas y con las leyes, sobre los demás romanos con su riqueza y su estatus social (que habitualmente van de la mano) y sobre las personas de rango inferior incluso con... su sexualidad. En resumen, su virilidad es un instrumento para demostrar su superioridad y para someter a los «demás». Y con eso queremos decir todo el mundo: hombres, mujeres y muchachos.

No es casual que la profesora Eva Cantarella, profunda conocedora

de la sexualidad de la antigüedad griega y romana, señale al hombre romano como un hombre de una sexualidad prepotente, arrogante, por no decir incluso depredadora. Mientras que el profesor Paul Veyne, otro gran experto del mundo romano, habla nada menos que de una «virilidad de estupro».

Así pues, el hombre romano aflora bajo una luz inesperada. Entonces, ¿cómo debemos entender las poesías de Catulo: «*Dame mil besos, después cien / y después otros mil...*» que dedicaba a su querida Lesbia, de la que estaba profundamente enamorado? Eran poesías sinceras: el hombre romano sabía ser romántico, pero se trataba de intervalos en una relación con la mujer (y con los «demás») siempre caracterizada por la prepotencia. No es casualidad que, como recuerda Eva Cantarella, en materia sexual un hombre romano nunca jamás debía verse sometido. Y he ahí por qué los romanos tenían la costumbre de sodomizar a sus enemigos derrotados. Y no solo a ellos. Existía la costumbre de sodomizar incluso a los esclavos de la casa y a los antiguos esclavos, es decir, a los libertos, que, aunque fueran libres, mantenían una relación de subordinación con su antiguo amo.

Así pues, podríamos concluir que el órgano sexual de un hombre romano tenía, en resumidas cuentas, tres usos bien diferenciados: procrear, experimentar placer (o dar placer, y en esa cuestión el varón romano se arrogaba el monopolio) e imponer su dominio sobre los demás.

Así pues, si volvemos a la pregunta inicial, «¿por qué los romanos criaban a sus hijos varones para que fueran bisexuales?», la respuesta es que desde luego no era por el placer, sino por motivos «políticos» y culturales; en una palabra: para imponer su poder. En ese sentido hay que interpretar también la leyenda del «rapto de las sabinas», es decir, el secuestro de mujeres para el sexo y la reproducción, o si se prefiere una violación en masa, que se halla nada menos que en la base misma de los orígenes de Roma.

Naturalmente, todo lo anterior es en líneas generales, ya que muchos romanos eran cariñosos y atentos y no les gustaba mantener relaciones sexuales con otros hombres: eran «heterosexuales» a todos los efectos. Y además habría que ver en la práctica en qué medida lograban ser «depredadores» de otros hombres. Pero aquí estamos hablando del contexto ético de la sociedad romana. De la práctica, de la cultura y la mentalidad que todo hombre romano llevaba dentro.

En cualquier caso, ese planteamiento, bien arraigado sobre todo durante los primeros siglos de la historia de Roma, seguirá estando

presente hasta el final. Pero sin remontarnos a hace dos mil años, son muchas, incluso hoy en día, las regiones del mundo donde la violación de un hombre por parte de otro es una señal de dominio.

Una última consideración: es evidente que, por su obligación de ser un dominador, un romano nunca debía ser pasivo en la cama. Y eso nos obliga a hablar de los tabúes sexuales de la época.

Tabúes sexuales de los romanos

Los tabúes sexuales de los romanos eran básicamente cuatro.

En primer lugar, el hombre que quería tener relaciones extraconyugales tenía que hacerlo con mujeres de un rango inferior (para evitar que, en caso de embarazos no deseados, el *nasciturus* pudiera algún día llegar a reclamar una parte de la herencia).

En segundo lugar, en las relaciones homosexuales el hombre romano tenía que adoptar siempre la parte activa y nunca la pasiva.

En tercer lugar, en las relaciones homosexuales orales, por el contrario, tenía que ser pasivo: es decir, recibir placer.

En cuarto lugar, nunca debía practicar el sexo oral a una mujer, es decir proporcionarle placer. Porque en caso contrario se estaría sometiendo a la mujer, tanto por la postura como por el hecho de darle placer.

Naturalmente, cabe preguntarse en qué medida se respetaba todo esto en la intimidad. En particular, el último tabú puede parecer poco comprensible en nuestra época, pero resulta más claro si tenemos en cuenta que la sociedad romana era sumamente machista. Para un romano la boca, que se utilizaba en el Senado para hacer las leyes, era sagrada y no debía «mancharse» con comportamientos que no estuvieran a la altura del estatus del hombre romano.

Es posible que estos tabúes nos parezcan muy distantes de lo que ocurre hoy en día, pero lo mismo pensaría de nosotros un hombre romano. En nuestra época él vería demasiadas etiquetas, demasiadas distinciones y demasiada moral en la cama. Porque para él no existían categorías en la forma de hacer el amor: nada de «hetero», «homo» o «bi»...; para él el sexo era el sexo y sanseacabó, independientemente de quién se metía en la cama con quién. Se consideraba que el sexo era un regalo de los dioses y había que practicarlo bien. Sobre todo si uno quería tener hijos sanos. Y, a propósito de los hijos,

evidentemente también los romanos habían advertido una particularidad anatómica del hombre, a saber, que el testículo derecho siempre está más alto que el izquierdo, que tiende a caer un poco más... Para los romanos, el varón siempre se engendraba del testículo derecho, mientras que la mujer nacía del izquierdo, más bajo, algo que casi venía a legitimar desde la procreación la diferencia de estatus entre el hombre y la mujer... Por consiguiente, cuando un hombre quería tener un hijo varón, se le aconsejaba que se atara el testículo izquierdo con un cordón durante el coito.

II. la primera vez

La primera relación

Delante de nosotros van dos hombres caminando en silencio por la acera. Se trata del adulto y del muchacho que veíamos al principio del libro transitando por la plaza, en medio de muchas otras personas que nos habíamos propuesto seguir para descubrir el mundo de la sexualidad de los romanos. ¿Dónde irán? ¿Y por qué no hablan? El joven va envuelto en una toga de color blanco, que lleva en los bordes una franja púrpura: es la *toga praetexta*, típica de los adolescentes. Tendrá unos trece años, su rostro es todavía el de un niño, y sin embargo está a punto de dar un primer paso hacia la edad adulta. Está a punto de ocurrirle algo que recordará toda su vida. Va a tener su primera relación sexual.

El que le acompaña es su padre, un hombre robusto, de ojos pequeños, que lleva el pelo echado hacia adelante para disimular una calvicie incipiente. Nadie se fija en ellos, pero forman una extraña pareja: el muchacho, tenso y un tanto asustado, camina dando pasos vacilantes, muy distintos de los pasos seguros de su padre, que parecen martillazos sobre el empedrado. Casi parece una ejecución, donde el condenado avanza hacia el patíbulo, ya sin la mínima esperanza, acompañado por su verdugo: al menos así es como se siente el joven, un muchacho muy tímido. No resulta fácil ser tímido en una familia donde impera el concepto de «dominio» del varón romano. Tan solo podemos imaginar cuántos adolescentes, introvertidos y sensibles, se sintieron abrumados por esa mentalidad y se vieron obligados a asumir una actitud de arrogancia cultural. En la cultura machista no hay sitio para la timidez ni los sentimientos.

Ya hemos llegado. Los dos han enfilado por una estrecha bocacalle de la gran avenida donde nos encontramos, en el corazón de la Suburra, el barrio más popular de Roma. Su destino es un burdel. El padre ha elegido un lupanar al que acude a menudo, donde sabe que hay una prostituta en particular —una nubia muy sensual, de ojos grandes y profundos— que siempre ha sabido acoger y satisfacer sus impulsos y que sabrá también hacerle de guía a su hijo en esos primeros pasos. En efecto, es precisamente ella la que está apartando la cortina de la entrada del lupanar para echar un vistazo al exterior.

La joven les ve llegar a lo lejos y reconoce de inmediato al hombre. Y ahora que el padre le ha puesto la mano en la nuca a su hijo como gesto de solidaridad (mientras que el chico lo percibe como un cepo que le impide emprender la huida), la mujer lo entiende todo. Y sonríe. También porque, si hace bien su trabajo, la recompensa será sustanciosa.

Nada más llegar los dos al umbral, la prostituta aparta la cortina y mira fijamente al hombre, al tiempo que proyecta hacia fuera sus labios carnosos y exhibe un vistosísimo escote en el que se clavan las miradas de ambos hombres. Una vez obtenido el efecto deseado, la mujer se da media vuelta y les invita a entrar. El padre se dirige de inmediato al proxeneta (*leno*, es decir, «tratante de esclavas», «alcahuete») que dirige el lupanar y negocia el precio, explicándole la situación. Mientras el hombre habla, el proxeneta le hace un gesto a la muchacha, señala al chico con la barbilla y ladea bruscamente la cabeza, indicándole uno de los cuartuchos del pasillo.

La mujer se acerca al muchacho. Balancea las caderas a cada paso, y su túnica ligera y transparente ondea como una cortina agitada por una suave brisa. El padre la observa atentamente, desnudando cada detalle de su cuerpo con los ojos, repentinamente enardecidos por un creciente deseo. Por su parte, la joven acribilla con sus miradas al hombre, concentrándose en su boca, prieta por la tensión, en sus amplios hombros y en sus pectorales esculpidos, que conoce de sobra. Se aproxima a pocos centímetros de él. El hombre siente sobre su piel el embate de los perfumes y del aliento de la prostituta. Instintivamente, está a punto de abrazar a la muchacha. Pero hoy no, no es su turno. La joven prostituta nubia de piel oscura se da media vuelta, acaricia al hombre con una larga mirada sensual, coge de la mano al muchacho y se lo lleva. Ambos se alejan por el pasillo, ella con sus andares sinuosos, él rígido como una marioneta. Efectivamente, el muchacho tiene la garganta seca y la respiración entrecortada, se encamina por el pasillo con el corazón latiéndole a toda máquina y con una creciente sensación de náusea.

El lupanar está en penumbra, con unas pocas islas de luz que crean los candiles que cuelgan del techo. Cuanto más se adentran por el pasillo, más se desvanece la luz y más ásperos se vuelven los olores: son los mismos olores que percibiríamos en una casa que hubiera permanecido mucho tiempo cerrada, mezclados con los olores indefinibles de cuerpos humanos. Pasan delante de numerosos cuartuchos donde se está consumando el sexo de pago. Aunque es por

la mañana, y hay poquísimos clientes, al otro lado de algunas cortinas se oyen muchos gemidos femeninos y jadeos masculinos. Pues bien, este va a ser el marco donde el muchacho va a tener su primera relación sexual...

Ya están ante la cortina de su cubículo. El muchacho vacila, como petrificado. Se da la vuelta y ve al otro extremo del pasillo la mirada vigilante de su padre. La nubia aparta la cortina con una mano, y con la otra empuja suavemente al chico. Frente a ellos tan solo hay un viejo colchón lleno de manchas, apoyado sobre un banco de obra. El muchacho permanece inmóvil en la habitación. Solo alcanza a ver la mirada sonriente de la muchacha, que con un sencillo gesto deja caer su túnica, dejando al descubierto una desnudez perfecta. Sin apartar la mirada de los ojos del muchacho, se tumba lentamente sobre el colchón y poco a poco va abriendo las piernas para mostrar su feminidad. Pero ante esa invitación el chico no se mueve. Le sudan las manos, está al borde de una crisis de pánico... De modo que la mujer se levanta y se le acerca, le mira fijamente y, para tranquilizarle, apoya sus labios carnosos sobre los del chico, que sin embargo están duros como una piedra. Con un dedo levanta la barbilla del joven, que se siente desbordado por la visión de las formas sólidas e incontenibles de la mujer. Agarra una de sus manos y se la apoya en los pechos, pero en vez de sentir un tacto decidido tan solo siente unos dedos temblorosos... Como un león que estudia a su presa, la muchacha mira al chico de arriba a abajo, después le besa con pasión y lentamente le desnuda. Dejando la toga a los pies del muchacho, le sienta en la cama, se arrodilla delante de él y empieza a familiarizarse con el cuerpo del joven, despertando sus instintos. Tiene que hacer uso de toda su experiencia, pero al final sale vencedora: lentamente el deseo empieza a invadir el cuerpo del muchacho, y, tranquilizado por la dulzura y por la sonrisa de la joven, su miedo va disipándose poco a poco. No necesitará muchos esfuerzos para incitar al chico a que la posea: el mensaje va a quedarle muy claro desde esa primera relación: él es quien tiene que ir en busca del placer, ignorando las exigencias de la mujer...

Eso es lo que el muchacho recordará en lo más profundo de su mente y durante toda su vida de este primer encuentro sexual, que ha tenido lugar en esa cama mugrienta. Una experiencia difícil, en algunos aspectos traumática. Y sobre todo, es el punto de partida de un trayecto en el que todo el mundo esperará de él, como buen varón romano, una actitud depredadora, egoísta y violenta, que sin embargo

es totalmente contraria a su timidez y a su carácter introvertido... Tendrá que encontrar la forma de conciliar ambas cosas. Y no va a resultarle fácil en absoluto.

¿Se practicaba el sexo antes del matrimonio?

Este episodio es esclarecedor sobre un hecho esencial de la antigua Roma: los chicos no tenían que llegar «vírgenes» al matrimonio, mientras que las chicas sí. Por consiguiente existía la costumbre de que los varones hicieran «prácticas» con prostitutas o, más frecuentemente, con alguna esclava de la casa. Y no solo eso: era completamente normal que, antes de casarse, un hombre tuviera relaciones amorosas y sexuales con otras mujeres, e incluso relaciones estables con concubinas (a las que, sin embargo, debía renunciar obligatoriamente en el momento de casarse). Por otra parte, basta con leer las inscripciones de las paredes de Pompeya para comprender lo mal visto que estaba socialmente que un muchacho llegara al matrimonio sin haber tenido experiencias sexuales.

En efecto, una de esas pintadas reza: «Un muchachito [*adulescentulus*] no es "guapo" [*bellus*] si antes no ha amado a una mujer».

En cambio, en el caso de la mujer, se aplicaba el discurso contrario. Para las muchachas de las familias ricas era impensable tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Tenían que llegar vírgenes e inmaculadas al altar. El motivo puede intuirse fácilmente. Y no es solo por el valor psicológico y social que un varón romano le daba a una mujer que no se hubiera entregado a ningún otro hombre. También existía un motivo más práctico: el peligro de que la novia llegara embarazada al matrimonio, con el riesgo de que el marido tuviera que criar a un hijo que no fuera suyo. Además de la evidente deshonra para el marido, también estaba el problema de la herencia, así como el hecho de que se introducía en la familia la sangre de un extraño (*commixtio sanguinis*), algo inaceptable para la mentalidad romana porque iba en perjuicio del culto a los difuntos, que tan solo podían practicar los consanguíneos y sobre todo los hijos varones. Por esa misma razón, una viuda no podía volver a casarse antes de un año, un plazo más que suficiente para asegurarse de que no llevara en sus entrañas el hijo de su difunto marido. Además, si un embarazo revela

que una novia ha tenido relaciones sexuales con un amante antes del matrimonio, puede ser juzgada por adulterio, con la obligación de devolver los regalos que ya le hubiera entregado el novio, la cancelación de la boda, etcétera.

Precisamente para resolver el problema de las infidelidades y de los hijos ilegítimos, todavía hoy algunas etnias africanas tienen una línea hereditaria «en diagonal»: no heredan los hijos de la pareja, sino los de la hermana del marido, es decir sus sobrinos. De esa forma existe la certeza de que son parientes consanguíneos.

En la antigua Roma a nadie se le había ocurrido una solución parecida. Sin embargo, era algo que podía ocurrir, por lo menos en el caso de que una mujer no hubiera llegado virgen al matrimonio y de que al futuro marido no le preocupara demasiado... Ocurría cuando una pareja, cuya boda ya hubiera sido acordada muchos años atrás entre las familias, tenía relaciones antes de casarse. No era un escándalo, pero en caso de que ella se quedara embarazada, había que recurrir inmediatamente a una boda rápida.

Una curiosidad: en la mentalidad romana, una muchacha de familia noble tenía que llegar inmaculada al matrimonio no solo sexualmente, sino incluso... ¡en cuestión de besos! No podía haber besado nunca a un hombre. Es decir, que también existía la virginidad de los besos, cosa por otra parte difícilmente verificable...

Evidentemente estamos hablando de las familias que formaban parte de la élite de la sociedad romana, con unas normas férreas debido a su estatus. ¿Y qué pasaba con el resto de la gente? La virginidad prematrimonial no era solo una prerrogativa de las familias nobles. También lo era entre las familias de las clases inferiores, que tendían a imitar las conductas de los ricos: lo hacían tanto para darse importancia como con la esperanza, en caso de que los negocios les fueran bien en el futuro, de que algún día pudieran formar parte de la alta sociedad. Por consiguiente, también para ellos era muy importante que la mujer llegara virgen al matrimonio.

Eso es lo que se desprende de muchas inscripciones descubiertas por los arqueólogos, como la que figura en la tumba de la esposa de un panadero, que por tanto pertenecía a una clase social claramente no adinerada, pero que hoy calificaríamos de «clase media». Ella se llamaba Claudia Earine y él Marco Junio Prudente, y vivieron en Roma aproximadamente en la misma época que estamos explorando (siglos I-II d. C.). En su estela funeraria puede leerse que estuvo casada treinta y cinco años con su marido, «desde el momento en que perdió

la virginidad» (*cum quo vixit a virginitate annis XXXV*). La insistencia con la que se subraya el hecho da a entender la importancia de la virginidad para esas familias.

En el caso de las exesclavas, de las libertas, el discurso era distinto. Probablemente eran las mujeres que gozaban de más libertad en la sociedad romana. Sobre todo en caso de que hubiera fallecido su antiguo amo, que, mientras viviera, gozaba de la potestad de decidir quién podía relacionarse con la muchacha. En efecto, una liberta tenía contactos más frecuentes con otros hombres y, en caso de que hubiera sido manumitida siendo joven, gozaba de mayores posibilidades de tener relaciones sexuales antes de su boda.

Pero, al margen de esas excepciones, la sociedad romana, como puede apreciarse, se caracterizaba por una gran diferencia entre los sexos: de una mujer se esperaba un gran rigor y un comportamiento ejemplar, mientras que, en comparación, un hombre podía hacer lo que le diera la gana. Es un concepto con el que volveremos a encontrarnos numerosas veces a lo largo de nuestro recorrido.

¿Una chica podía salir de casa?

Nosotros eso ni nos lo planteamos. Al margen de las diferencias que pueda haber entre una familia y otra, hoy en día una adolescente sale normalmente de casa sola (para ir al colegio, a casa de una amiga, de compras, a cenar a casa de unos amigos, a una fiesta, a la discoteca o incluso de vacaciones). Tiene una libertad de movimientos que su madre no conoció cuando era joven. Por no hablar de su abuela y de su bisabuela. Y si nos remontamos al siglo XIX, descubriremos que las chicas de las familias ricas estaban literalmente enclaustradas en casa.

También era así en la antigua Roma. Las jóvenes de las familias aristocráticas, es decir, las que pertenecían a la *nobilitas*, no salían de casa salvo en rarísimas ocasiones (bodas, espectáculos, fiestas, carreras de carros o combates de gladiadores, desfiles triunfales...), y en cualquier caso siempre iban «escoltadas» y bajo la atenta mirada de algún sirviente, de sus familiares o de sus tutores. Así pues, las posibilidades de un encuentro con un chico, de flirtear o de iniciar una historia de amor fuera de casa eran prácticamente inexistentes. Incluso sus madres, las matronas, tenían dificultad simplemente para salir de compras, como por ejemplo para ir a la perfumería, a una tienda de

ropa o a una joyería... Habitualmente sucedía lo contrario: eran los artesanos quienes acudían directamente a casa de las clientas para vender sus productos.

Así pues, ¿cómo podía una joven aristócrata conocer a un chico? En realidad, disponía de algunas ocasiones. Como los cumpleaños o las conmemoraciones familiares, cuando venían de visita a su casa familiares y conocidos. Se trataba siempre de eventos diurnos, nunca nocturnos (las chicas tenían estrictamente prohibidos los banquetes). En esas ocasiones, las muchachas podían conocer a algún joven, no necesariamente para enamorarse, pero sí para charlar, jugar o trabar amistad con él.

¿Y las muchachas de las demás clases sociales? Para una adolescente plebeya, la situación era más fácil. Es cierto que muchas familias adoptaban las mismas restricciones que los aristócratas, como hemos visto, y por consiguiente las chicas no podían de ninguna manera salir solas de casa. Pero, en general, una adolescente de familia humilde gozaba de mucha más libertad en comparación con una chica de su misma edad perteneciente a una familia de clase alta. En efecto, podía, por ejemplo, salir con su madre para acompañarla en sus compras. Eso le permitía hacerse amiga de distintos muchachos, y por consiguiente de potenciales «novios». En particular, cada nueve días tenían lugar en Roma las denominadas *nundinae*, es decir, el día de mercado. Como cabe imaginar, era una auténtica oportunidad para conocer gente, porque familias enteras confluían desde el campo a la capital para vender sus verduras, su ganado y sus productos de artesanía. Podemos imaginar las miradas furtivas, los flechazos, las palpitaciones durante la espera hasta volver a verse en la siguiente ocasión... Son pequeños aspectos de la vida cotidiana que no aparecen en las excavaciones, pero que debían de poblar los sueños, los pensamientos y los días de muchos jóvenes, chicos y chicas...

No obstante, por las calles de Roma se podía ver a muchas chicas completamente solas, paseando, yendo a comprar al mercado o a las tiendas. Eran las libertas, es decir, antiguas esclavas que, como hemos visto, cuando todavía no estaban casadas (y por consiguiente no sujetas a la *potestas* de su marido) eran tal vez las únicas que se asemejaban, aunque muy de lejos, a las chicas de hoy en día, sobre todo en lo referente a su libertad de movimientos y a su sexualidad. En determinados casos podían realmente gestionar libremente su vida cotidiana. Y probablemente eran la envidia de las demás muchachas, porque podían conocer chicos, tener historias de amor, practicar el

sexo y después «elegir» al hombre adecuado.

¿Las madres de las adolescentes eran cazadoras de jovencitos?

Si el universo de las adolescentes era variado, pero en cualquier caso siempre estaba sometido a una moral severa (a ojos de los romanos, las adolescentes de hoy en día habrían provocado un escándalo con casi todos sus comportamientos), ¿qué puede decirse de sus madres? También en este caso existían todo tipo de situaciones. Como ya hemos tenido ocasión de ver, las reglas sociales para las mujeres, y sobre todo para las matronas, eran muy rígidas.

Cuando una matrona salía de casa, a menudo tenía una acompañante, una esclava que la seguía a todas partes y que se denominaba *pedisequa* («la que sigue a pie»). En sus salidas por Roma, la matrona podía utilizar dos tipos de «vehículos»: una silla (*sella*) que tenía dos largos varales, de modo que dos esclavos la llevaban de aquí para allá como hacen los camilleros con las camillas; o bien una litera (*lectica*) que, como ya hemos visto, requería un mayor número de esclavos.

La matrona llevaba siempre consigo un pañuelo (*mappa*) para el sudor y el polvo. Y además, dos accesorios indispensables: un abanico (*flabellum*), que a veces estaba hecho de plumas de pavo real y se utilizaba para combatir el calor pero también para espantar a las moscas, y, en verano... ¡una pequeña sombrilla (*umbraculum*)! Puede sorprender que en la antigüedad existieran las sombrillas, que por lo demás ya se utilizaban antes de la era romana, por ejemplo, entre los etruscos (en algunos museos se exponen sus «esqueletos», hechos de marfil, indudablemente los más lujosos, y que se depositaban en las tumbas). Aquellas sombrillas eran muy parecidas a los parasoles de bambú que hoy se utilizan en el Extremo Oriente. Pero la gran diferencia con la época actual es que las sombrillas[1] de los romanos no servían para cobijarse de la lluvia, sino del sol... como por otra parte siguió haciéndose hasta el siglo pasado.

Durante su trayecto, como ya hemos tenido ocasión de mencionar, a una matrona romana no le estaba permitido el contacto físico con ningún hombre, es decir, no podía permitir que un hombre la tocara ni siquiera, por ejemplo, para saludarla. Téngase en cuenta que se

llegaba al extremo de que algunas pequeñas compras las hacían sin apearse de la litera. Una especie de *drive-in* (o *drive through*) de la antigüedad. Ello, como cabe imaginar, eliminaba gran parte de las posibilidades de interactuar con el otro sexo. Pero, obviamente, había formas de saltarse esa barrera moral. Por ejemplo, acudiendo a las termas.

En algunas épocas las termas tuvieron horarios separados para los hombres y las mujeres. Pero sabemos que en otros periodos fueron mixtas (una costumbre debidamente criticada por los moralistas). En ese caso, una mujer, si así lo deseaba, podía conocer o encontrarse con nuevos amantes sin llamar la atención. No sabemos en qué medida se aprovechaban de ello las matronas, aunque resulta verosímil que la moral y sus maridos las obligaran a lavarse en las termas privadas que tenían en su casa, en caso de que su adinerada familia dispusiera de ellas. En caso de que no tuvieran termas en casa, cosa verosímil en una ciudad como Roma, con una escasez crónica de espacios edificables, las mujeres acudían a las pequeñas termas de barrio, a la altura de su rango, y, más raramente, a las inmensas termas que ya forman parte de la historia de Roma (las termas de Trajano, de Caracalla, etcétera).

Pero si una mujer romana rica y emprendedora quería buscar o encontrar un hombre, los lugares favoritos no eran solo las termas, sino también los pórticos donde se podía ir de paseo, como veremos, los teatros, los anfiteatros como el Coliseo (aunque había localidades separadas para hombres y mujeres) y por último el Circo, donde tenían lugar las carreras de carros. No obstante, la mujer tenía que ser muy hábil, con un ojo siempre puesto en su conducta en público.

Efectivamente, hay que admitir que, a pesar de que la moralidad imponía unas severas reglas de conducta, a muchas matronas simplemente eso les tenía sin cuidado (aunque casi siempre eran de una elevada posición social, y por consiguiente con una sólida autonomía económica). En determinados casos cabría hablar de verdaderas *mujeres puma*, como se las denomina hoy en día, es decir mujeres maduras (en la actualidad, mujeres de cincuenta años que han pasado la menopausia: en la antigua Roma, teniendo en cuenta la baja esperanza de vida, seguramente más jóvenes...), auténticas cazadoras de parejas más jóvenes, que preferían esencialmente el sexo ocasional y las aventuras rápidas, incluso de una noche, en vez de relaciones largas.

Un momento concreto en que podían eludirse las normas y los

controles eran las «vacaciones». Hoy, precisamente durante las vacaciones, surgen más oportunidades para las infidelidades, para el sexo no programado y para el nacimiento de nuevos amores. En efecto, uno se encuentra en un lugar diferente (donde no rigen las reglas de la rutina cotidiana), en contacto con gente distinta (y por tanto con potenciales compañeros sexuales) y, sobre todo en verano, entre cuerpos destapados, desnudez parcial y en atmósferas cargadas de connotaciones románticas o eróticas.

¿Ocurría lo mismo entre los romanos? Los romanos no tenían vacaciones como nosotros. Tan solo las familias ricas podían permitirse el lujo de trasladarse al campo o a la orilla del mar para veranear en sus fincas, huyendo del agobio del calor de la ciudad. Igual que hoy en día están de moda Cerdeña, Ibiza, Formentera, la Costa Azul o Acapulco, en la antigua Roma la costa del Lacio al sur de Roma y sobre todo la costa de Campania, en la zona de Nápoles, Pompeya o Pozzuoli eran los lugares de mayor renombre. En particular, la localidad de Bayas (como tuvimos ocasión de ver en un libro anterior, *Impero*) era verdaderamente el lugar de la transgresión por excelencia. Con su mar encantador, su clima perfecto, sus grandes termas, las excursiones en barco, sus villas con viveros de ostras (que se servían directamente en los banquetes) Bayas era el auténtico corazón de la *dolce vita* en la antigua Roma. En efecto, la costa de los Campos Flégreos, al norte de Nápoles, se hizo famosa no solo por su belleza, sino sobre todo por la vida que llevaba la gente... Tenemos constancia de fiestas, banquetes, espectáculos, orgías, festines nocturnos a bordo de veleros en alta mar, etcétera. A juzgar por lo que decían los antiguos, era realmente un lugar de perdición. En sus *Sátiras*, Marco Terencio Varrón, un literato latino que vivió entre los siglos II y I a. C., va incluso más allá y añade que las vírgenes se convierten en un «bien» común, los ancianos rejuvenecen y los muchachos se transforman en mujeres: «No solo las solteras se convierten en mujeres públicas, sino que también los ancianos vuelven a comportarse como los jóvenes y muchos mozos se transforman en mozas». Una clara alusión a las orgías con chicas jóvenes, a la pedofilia y, suponemos, a los festines organizados por hombres maduros que, gracias al poder y la riqueza que habían conseguido con la edad, no tenían dificultades a la hora de obtener los favores de muchas mujeres en sus villas. Marcial (*Epigramas*, I, 62) afirma que ninguna mujer es inmune a la atmósfera del lugar y subraya que las mujeres llegan a Bayas castas como Penélope y se marchan de allí

como Helena, es decir, encantadas de entregarse a distintos hombres: «*La casta Levina, en nada inferior a las antiguas mujeres sabinas y que era más rígida que su rigidísimo marido, mientras pasaba de los brazos de Lucrino a los de Averno y a menudo se solazaba con las aguas de Bayas, cayó en el fuego del amor: abandonó a su marido y huyó tras un joven. Así pues, llegó Penélope y se marchó Helena*».

Para Ovidio (*Ars amatoria* I, 253-258), en aquel lugar las mujeres son tan transgresoras que incluso los *latin lovers* acabarían siendo sus víctimas: tras partir en busca de grandes conquistas eróticas en las famosas instalaciones termales, acababan infaliblemente regresando de allí con el corazón partido: «Me resulta imposible decirte los mil lugares para la caza de mujeres. Sería más fácil contar la arena de la playa. Piensa en Bayas, la hermosa, en el amplio mar que ciñe Bayas y en sus manantiales que humean con vapores de azufre. Más de uno, marchándose de allí con el corazón herido, dijo: "¡Estas aguas no son tan saludables como se dice!"».

El sexo en las noches ardientes de Bayas, en el interior de las villas, en la playa o a bordo de las embarcaciones, era conocido por todo el mundo en la época imperial y, como el lector habrá comprendido, era un lugar verdaderamente idóneo para las mujeres más libertinas y emancipadas. En cambio, las matronas, más atentas a su imagen, evitaban aquellos lugares tan «amorales» y preferían la vida en la tranquilidad de sus villas de campo, como nos cuenta Propercio, un poeta latino del siglo *i* a. C., en sus *Elegías* (II, 19): «Oh, Cintia, aunque te marches de Roma contra mi voluntad, me alegro porque lejos de mí vivirás en la solitaria campiña. En los campos castos no habrá ningún joven que pueda corromperte, que con sus halagos te impida ser honesta; no surgirá ninguna pelea ante tus ventanas ni te será amargo el sueño por las constantes rondas; estarás sola, Cintia, y contemplarás los montes desiertos, y los rebaños, y el campo del pobre agricultor...». Pero eso no quita que también allí las matronas pudieran encontrar la ocasión de transgredir sin ser vistas y sin el clamor de los banquetes. En efecto, nunca faltan los seductores, ni siquiera en la paz del campo...

La rebelión de las mujeres

Existe una semejanza verdaderamente sorprendente entre el

mundo de las mujeres de entonces y el de la época moderna. En efecto, hubo un momento en que las mujeres dijeron «¡basta!» a las restricciones que les imponían los hombres y «conquistaron» su libertad. Fue un episodio que recuerda mucho a nuestra década de 1970, con las batallas por el aborto y el divorcio, y que marcó profundamente la historia de Roma.

En 215 a. C., durante la Segunda Guerra Púnica, inmediatamente después de la clamorosa derrota de Cannas, en un clima de austeridad moral, se promulgó una ley muy severa contra las mujeres, para contrarrestar una manifiesta relajación de las costumbres que se había generalizado tras la Primera Guerra Púnica. Era la *Lex Oppia* (por el tribuno Cayo Oppio que la propuso). Aquella ley imponía que las mujeres no pudieran ponerse ropa de colores demasiado vivos, que no pudieran poseer más de media onza de oro (para que no tuvieran joyas demasiado valiosas), que no pudieran desplazarse por la ciudad en carro, salvo con ocasión de alguna ceremonia religiosa, etcétera. Sin embargo, la ley estuvo en vigor menos de veinte años. Y en 195 a. C. fueron precisamente las mujeres las que decretaron su abolición.

El historiador Tito Livio, que vivió entre los siglos I a. C. y I d. C., en su obra *Ad urbe condita*, nos cuenta que durante los debates sobre el proyecto de derogación de aquella ley, las mujeres se echaron a las calles exigiendo enérgicamente a sus hombres que aprobaran esa propuesta. Al día siguiente, aumentó el número de mujeres, y todas acudieron en masa al Foro Romano. Fue una auténtica «rebelión» femenina: ejercieron tal presión sobre el debate de la *Lex Oppia* que al final... ¡se derogó! A juicio de los expertos, aquel fue un momento histórico, porque marcó la primera manifestación callejera de las mujeres en la historia de Roma.

Y no se trata de un caso aislado. En otra ocasión las mujeres llegaron incluso más lejos. Cuando Augusto, para proteger la familia e incrementar el número de nacimientos, mandó promulgar la ley Julia «sobre los adulterios» (*Lex Iulia de adulteriis coercendis*) que castigaba con el exilio a una isla la infidelidad de una mujer casada, se desencadenó un tumulto. En efecto, como subraya la profesora Cantarella, era la primera vez que el adulterio no se juzgaba y se castigaba en el ámbito familiar, sino que se convertía en un delito «público» y cualquiera podía denunciarlo, poniendo en marcha el procedimiento judicial. Pero Augusto había infravalorado a las mujeres y sus ansias de autonomía. En efecto, la ley obviamente no perseguía a las prostitutas, y un gran número de mujeres romanas

salió de su casa para acudir al registro e inscribirse en las listas de las prostitutas, en cierto sentido burlándose del poder masculino. Se convirtió en una costumbre muy difundida, incluso después de la muerte de Augusto...

De todas formas, y pese a que seguía siendo una sociedad machista y firmemente gobernada por los hombres, la civilización romana llevaba en su ADN todas las semillas de una progresiva liberación de la mujer. Porque, una vez superada la época arcaica y el primer periodo republicano, se había ido convirtiendo en una sociedad cada vez más «moderna»: concreta, dinámica, basada en la circulación de los bienes y las ideas, no racista y tolerante con las distintas religiones (a condición de que estas reconocieran el culto al emperador como un ser divino). En una sociedad tan abierta a los cambios, no es de extrañar que, con el paso de las décadas, a las mujeres se les fuera concediendo progresivamente el derecho a asistir a los banquetes, que antiguamente era una prerrogativa exclusiva de los hombres, y, ¡horror!, hasta a beber vino, desterrando definitivamente la prohibición de la época arcaica (aunque en cualquier caso, como hemos visto, seguía estando muy extendida la costumbre del *ius osculi*, el «beso-alcoholímetro», que sin embargo tan solo se utilizaba para investigar posibles infidelidades).

El compromiso matrimonial en la antigua Roma

El compromiso matrimonial en la antigua Roma era una cosa muy seria. Tenemos que pensar, con las debidas diferencias, en los compromisos «oficiales» de nuestra época, que, a pesar de que ahora son muy poco frecuentes, en cualquier caso obedecen a unas normas establecidas y a determinados artículos del Código Civil (en concreto, en el caso de Italia, al 80 y el 81).

Los romanos denominaban *sponsalia* al compromiso matrimonial y, sobre todo durante la época arcaica, lo consideraban una ceremonia sagrada, durante la cual los novios realizaban libaciones en favor de los dioses y sacrificios con la opinión de los arúspices, los sacerdotes que preveían el futuro a través de la lectura de las vísceras (sobre todo del hígado) de los animales sacrificados.

En efecto, no tenemos que pensar en el significado que le otorgamos hoy en día al compromiso. En la antigua Roma era un

auténtico contrato entre dos familias, que además contemplaba una obligación formal: la de contraer matrimonio. Efectivamente, la palabra *sponsalia* deriva de *sponsio*, que a su vez deriva de *spondere*, es decir «prometer». Y la *sponsio*, en el derecho romano, era un tipo de contrato verbal muy utilizado en distintos contextos que consistía en pedir a la otra parte la promesa de un compromiso concreto, con el fin de obtener una respuesta concreta.

El que hacía la pregunta era el *stipulator*, que pedía que el futuro deudor, o... ¡*sponsor*!, le prometiera algo en concreto.

Era fundamental que se utilizara el mismo verbo en la pregunta y en la respuesta. Por ejemplo: «¿Prometes darme cien?». «Lo prometo» («*Spondes mihi dari centum?». «Spondeo»*). Un testigo rubricaba la validez de estos contratos «de viva voz».

¿Y todo esto cómo se aplicaba en el caso de un compromiso matrimonial?

Si ya la idea de un contrato coarta cualquier impulso sentimental, es mucho peor si pensamos que los que se ponían de acuerdo no eran los futuros cónyuges, sino sus padres, que actuaban sin pedirles su opinión. En efecto, desde el momento que el compromiso era un contrato comparable a cualquier otro acuerdo comercial, las capacidades patrimoniales de los dos padres eran importantes como garantía de la operación, en caso de que las cosas no salieran bien. También podía ocurrir que los que se ponían de acuerdo fueran el futuro suegro y el futuro yerno, pero la muchacha nunca participaba: ella era solo una mercancía de intercambio cuya entrega se prometía en virtud de aquel contrato.

En efecto, en la antigua Roma y entre las capas más altas de la sociedad, los matrimonios servían básicamente para reforzar política, social y económicamente a una familia. Veamos un ejemplo: un noble maduro en plena decadencia económica se unía en matrimonio con la hija de un hombre muy rico, pero no noble, y en pleno ascenso social. De esa forma, el primero restablecía su balance de caja y el segundo entraba en el ámbito de la élite de Roma al obtener un «título», por así decirlo, para su hija y sus descendientes.

Pues bien, he aquí la forma en que los romanos se comprometían en matrimonio, con unas frases que se pronunciaron millones de veces en las casas a lo largo de las generaciones durante la primera parte de la era romana: *«Filiam tuam uxorem filio meo dari spondes?»* («¿Prometes que tu hija será entregada como esposa a mi hijo?»), preguntaba el padre del muchacho. Y el padre de la futura esposa

respondía: *«Spondeo!»*. Y a continuación, para invocar la protección de los dioses, repetían: *«Di bene vortant»* («Que los dioses nos asistan»), a lo que se respondía: *«Ita di faxint»* («¡Y así sea!»), o bien: *«Di fortunabunt vostra consilia»* («Los dioses bendecirán vuestros proyectos»).

Con la llegada de la época imperial fue perdiéndose toda la solemnidad y la formalidad del compromiso matrimonial. Ya no era necesario que hubiera testigos, ni pomposos acuerdos verbales, ni documentos escritos, etcétera. Es más, a menudo se enviaban «embajadores» (familiares o amigos), o cartas, pidiendo el consentimiento para el compromiso matrimonial...

Y se convirtió en una formalidad preguntar por los deseos de ambos jóvenes. Casi siempre los padres comprometían con muchos años de antelación a los novios sin que estos lo supieran. No era necesario informarles, salvo en el último momento, cuando ya los embajadores o las cartas habían llegado a su destino. Es fácil adivinar su conmoción. ¿Podían negarse? Solo en teoría. En la práctica, su obediencia ciega al padre, al *pater familias*, impedía cualquier posibilidad de salvación... En realidad, según Ulpiano, un jurista de la época imperial, una muchacha tan solo podía negarse si el futuro marido era deforme o si era una persona indigna. Pero eso no ocurría casi nunca.

¿A qué edad se comprometían?

A diferencia del matrimonio, no existía un límite de edad para el compromiso. Por consiguiente, se comprometían a una tierna edad, sobre todo las mujeres: el propio Augusto comprometió a su hija Julia, de tan solo dos años, con el hijo de Marco Antonio. No obstante, aquello podía tener unas consecuencias espantosas. Aunque para una mujer la edad mínima para casarse era doce años, a veces las niñas «prometidas» ya se iban a vivir a casa de su futuro marido, quien a menudo abusaba sexualmente de ellas.

De las lápidas funerarias han ido aflorando muchos casos de ese tipo de «niñas-prometidas»: haciendo un rápido cálculo entre la edad de la mujer a su muerte y los años que vivió, primero en compañía de su futuro marido y después con su marido, es posible averiguar la edad a la que empezaron a vivir con él. He aquí un caso: *D.M. Lucciae*

Redemptae vixit annis XXXXV, N. Cassicius Phoebus fecit, coniugi bene merenti cum qua vixit ann. XXXVIII…

Esa mujer, cuyo nombre era Luccia Redempta, falleció a la edad de cuarenta y cinco años, tras vivir con su marido más de treinta y ocho años. Conclusión: ¡se fue a vivir a su casa con poco más de siete años!

¿Cómo era el anillo de compromiso?

Una vez decidido el día de la petición de mano, que tenía que ser un día fausto, y celebradas las oportunas ceremonias, sobre todo los sacrificios para ver el veredicto de los dioses en las vísceras de los animales, se invitaba a los familiares y a los amigos de las dos familias, quienes, en cierto sentido, cumplían la función de «testigos» del compromiso de los futuros cónyuges. A continuación los novios se intercambiaban regalos, y la que más regalos recibía era ella: joyas, ropa, accesorios para el aseo, etcétera.

El momento culminante se producía cuando el novio (*sponsus*), en presencia de todos los invitados, colocaba el anillo en el dedo de la muchacha (*sponsa*). Esa tradición ha llegado hasta nuestros días con el anillo de compromiso, que habitualmente lleva engarzadas piedras preciosas o un único brillante (una costumbre que introdujo Lorenzo el Magnífico hace más de quinientos años).

¿Y cómo era el anillo de compromiso de las romanas? El *anulus pronubus*, como se le denominaba, era un poco decepcionante, porque se trataba de… ¡un simple arito de hierro! Nada de piedras preciosas. Tenía que recordar la antigua austeridad de los romanos. Más tarde, a partir del siglo II d. C., es decir, en la época que estamos explorando, y dada la creciente riqueza de la sociedad romana, pasó a ser de oro.

El dedo escogido era el mismo en el que hoy en día se lleva la alianza, denominado justamente *anularis*, anular. ¿Y por qué precisamente ese, el cuarto dedo de la mano izquierda? Porque los romanos creían que de ahí partía un finísimo nervio que conectaba el dedo (y por consiguiente también el anillo) con el corazón.

Y a continuación, después del anillo, ¿qué ocurría? Si durante el rito de compromiso los dos jóvenes se daban un beso, se decía que la ceremonia era *osculo interveniente*. Ese beso, imagínense, era tan importante que, en caso de muerte prematura del hombre, permitía que la mujer tuviera derecho a la mitad de la donación realizada por

el novio. En ese momento la ceremonia llegaba a su fin y a continuación se celebraba un banquete ofrecido por el padre de la novia en su casa.

¿Se podía romper el compromiso?

Rotundamente sí: se llamaba *repudium*. Y tenía unas reglas. Tenía que ser notificado a través de un intermediario con la fórmula «*condicione tua non utor*» («no usufructúo de tu partido»). Y en caso de que la parte perjudicada no estuviera de acuerdo, podía recurrir al juez, quien, después de evaluar el caso, podía condenar a la parte que hubiera roto el compromiso a pagar una indemnización en dinero cuya cuantía dependía de la dote prometida.

¿Cuáles eran los motivos de la ruptura de un compromiso matrimonial en la antigua Roma? La muerte de uno de los novios o la excesiva duración del noviazgo. Pero desde luego no podían serlo ni la extracción social ni el tipo de vida que llevaban los novios: no se consideraban motivos válidos porque se presuponía que la familia ya tenía que haber realizado las indagaciones oportunas antes del compromiso. Ni siquiera la enfermedad mental era un buen motivo. En efecto, los romanos la consideraban una enfermedad curable.

[1] En italiano la palabra *ombrello,* que es la que utiliza el autor, sirve tanto para decir «sombrilla» como «paraguas». *(N. del T.)*.

III. la boda de pudentila

¿El matrimonio para un romano? Una obligación a evitar, si es posible

La primera cosa que llama la atención en el matrimonio romano es la absoluta falta de amor entre los cónyuges, salvo en contados casos. En suma, los romanos no se casaban por amor. Si le hubiéramos pedido a un romano o a una romana que definiera su matrimonio, no nos habrían contestado que se trataba de la unión de dos almas enamoradas y deseosas de construir una vida juntos. Nos habrían dicho que se trataba básicamente de una obligación, de un deber cívico y social (una especie de servicio militar) con la finalidad de tener hijos y con ello aportar savia nueva a la sociedad y al Estado para hacer grande a Roma. Y punto.

Naturalmente a eso había que añadir el provecho personal de cada familia: gracias al matrimonio se formaba una alianza con otro grupo familiar, a fin de incrementar el poder económico, político y social de cada una de ellas. Se trata de unas motivaciones que todavía están presentes en muchas naciones del Tercer Mundo, como la India, donde los matrimonios todavía son en su mayoría concertados. Pero también en algunos países desarrollados, como Japón, un padre puede consultar en Internet listas de «buenos partidos» para su hija y escoger a su futuro yerno.

Y también entre nosotros concertar matrimonios en función de unos intereses bien distintos de los del amor ha sido una práctica muy difundida hasta no hace mucho, si nos remontamos unas cuantas generaciones. Por otra parte, ¿hoy en día cuántas veces oímos en las conversaciones, sobre todo entre mujeres, la expresión «es un buen partido», refiriéndose a la posición económica de un hombre soltero?

Naturalmente, no siempre era así. El amor siempre podía florecer entre un hombre y una mujer en un matrimonio: basta pensar en el amor entre Pompeyo y Julia, la hija de Julio César, o el amor entre Augusto y Livia Drusila. Pero eran excepciones...

Ni rastro de erotismo entre marido y mujer

Por tanto, es evidente que las relaciones entre marido y mujer en la antigua Roma eran totalmente distintas de las nuestras: no había ni intimidad, ni deseo, ni calor, ni pulsión erótica. Los dos cónyuges, en el momento del matrimonio, se conocían poquísimo, a menudo existía entre ellos una enorme diferencia de edad y por añadidura la esposa era demasiado joven, estaba nada menos que en los comienzos de su adolescencia. Así pues, ¿cómo concebir una unión serena, feliz y basada en el deseo recíproco?

Era un matrimonio de oficio, con sentimientos y relaciones que rayaban en lo «burocrático». Por consiguiente, no es de extrañar que no hubiera dramas cuando dos cónyuges se separaban (como veremos, también existía el divorcio). Y tampoco es de extrañar que la pasión sexual entre marido y mujer fuera inútil, es más, incluso estaba mal vista en el marco de su unión.

Sexto Pitagórico, un autor sobre cuya vida y obra tenemos escasas referencias, afirma inocentemente en su obra *Sententiae* (de la que circularon ediciones refundidas del siglo II d. C.) que «quien ama a su esposa con demasiada pasión comete adulterio» («*Adulter est, quis, in suam uxorem amator ardentior*»).

Por el contrario, el escritor griego Plutarco, que vivió entre los siglos I y II d. C., decía en su *Cato maior* (17, 7) que Catón el censor llegó hasta el extremo de expulsar del Senado a un senador, Manilio, porque le habían visto besando a su esposa en pleno día, delante de su hija.

En resumen, para un romano fetén, fiel a los principios de la moralidad, su esposa no era la persona adecuada para el erotismo y el sexo. Para ese tipo de pulsiones estaban las esclavas, las amantes, las concubinas, las prostitutas...

Como ha destacado la profesora Carla Fayer, una de las mayores expertas en derecho de familia de la antigua Roma, «... la esposa no debía conocer las alegrías del sexo y del amor; a ella le estaba reservada únicamente la tarea de la reproducción». Que se trataba de un concepto moral muy difundido nos lo confirma también un romano de aquellos tiempos, Lucio Elio Varo, que había sido adoptado por el emperador Adriano y al que designó su sucesor, pero que murió en 138 d. C. antes de poder acceder al trono. Varo, como respuesta a las recriminaciones de su esposa por sus aventuras extraconyugales, dijo: «Déjame desahogar con otras mis deseos, porque “esposa” es sinónimo de dignidad, no de placer» («*Patere me per alias exercere cupiditates meas: uxor enim dignitatis nomen est, non voluptatis*»).

Por consiguiente, no debe extrañarnos que, aunque se casaran, los romanos considerasen el matrimonio incluso como un deber social. Al no tratarse de matrimonios por amor, para ellos tan solo era una condición para satisfacer los deseos de hacer carrera o las aspiraciones económicas o sociales de su padre o de su clan. Y muchos hombres y mujeres empezaron a posponer ese momento, dedicándose más a las necesidades de su corazón o de su propio deseo sexual que a las exigencias de su clan familiar, y permanecían solteros. Aquella negativa se tradujo en un llamativo descenso del número de matrimonios y por tanto también de los nacimientos, cosa que Augusto intentó remediar activamente, imagínense, promulgando leyes severísimas para castigar a los solteros.

Vengo a pedirle la mano de su hija...

Cuántas veces hemos oído esta frase. E instintivamente pensamos en una elegante metáfora, donde el futuro yerno le pide a su futuro suegro tomar de la mano a su hija para emprender el camino de la vida... En realidad, el significado es otro. La *manus*, para un romano, era la «propiedad» de la hija, que de esa forma pasaba del dominio de su padre al de su marido...

Efectivamente, los romanos contemplaban dos tipos de matrimonio: los matrimonios *cum manu* y los *sine manu*.

En el primer caso (*cum manu*), el marido adquiría la totalidad de la «propiedad» sobre su esposa. En el segundo, la mujer seguía estando bajo el poder de su padre, lo cual limitaba mucho al marido en determinadas circunstancias, no solo de herencia, sino también, por ejemplo, ante las infidelidades.

Si al llegar a su casa un marido sorprendía a su esposa en la cama con un amante, en el primer caso (*cum manu*) tenía derecho a matarla, en una especie de crimen de honor. Por el contrario, si su matrimonio había sido *sine manu*, el marido no tenía derecho a ponerle la mano encima, porque ella era todavía «propiedad» de su padre: a él le correspondía decidir lo que había que hacer... Evidentemente, en todo lo anterior queda patente en qué medida se consideraba a la mujer como un «objeto viviente», el punto de apoyo de un intercambio entre dos familias.

A lo largo de la civilización romana el matrimonio cambió mucho:

en los comienzos era estrictamente *cum manu*, para posteriormente ir evolucionando poco a poco a *sine manu*, también denominado «matrimonio libre».

Cuatro formas distintas de casarse al estilo romano

El matrimonio *cum manu* fue sin duda la forma más antigua que adoptaron los romanos. La palabra *matrimonium* procede de *mater* («madre») y *munus* («deber»), y por tanto significa literalmente «deber de la madre».

La mujer abandonaba a su *familia* e ingresaba en la de su marido, perdiendo todos los vínculos civiles que la mantenían unida a sus antepasados, a su *gens*, a los cultos domésticos que se realizaban en su casa (*sacra privata*), etcétera. Era un corte drástico.

Lo sorprendente es que la mujer no entraba en la nueva *familia* en calidad de «esposa» sino de... ¡hija! En efecto, jurídicamente, ella era inferior a su marido y estaba al mismo nivel que los hijos que engendrara, o que los hijos que ya tuviera su esposo de otros matrimonios anteriores: estos la consideraban algo parecido a una «hermana». En resumen, en familia, en vez de llamarla «mamá», habría sido más correcto llamarla «hija»... Es otro de los muchos elementos que hacían de la civilización romana una sociedad sumamente machista. No es una novedad, e incluso hoy en día la mujer tan solo ha logrado en algunos países del planeta una posición de «igualdad» con el hombre (para posteriormente darse cuenta de que, incluso en los países más avanzados, a igualdad de responsabilidades de trabajo, su salario es siempre más bajo...).

Sin entrar demasiado en detalles, diremos que existían tres tipos de matrimonio *cum manu*: la *confarreatio*, la *coemptio* y el *usus*...

La forma más antigua de matrimonio

La *confarreatio* era la forma más antigua y solemne, la que practicaban sobre todo los aristócratas y la casta sacerdotal, y con el tiempo fue cayendo en desuso. Se llamaba así —*cum farreo*, es decir, «con farro»— porque en el momento crucial de la ceremonia los contrayentes daban un bocado a una torta de farro (*farreum*), con la

misma solemnidad que se recibe la hostia en la eucaristía, y después ofrendaban el resto del pan en un brasero en honor a Júpiter. En aquel instante la mujer se sometía al marido. La *confarreatio* tenía un rito complicadísimo, con la presencia de altos sacerdotes, y, en el caso de las familias importantes, se celebraba en la Curia (es decir, el Senado) incluso en presencia del emperador, que en aquella ocasión desempeñaba la función de *pontifex maximus*. Para entender la importancia y la pompa de ese tipo de matrimonio, podríamos compararlo con la boda de un miembro de la familia real inglesa de hoy en día.

Casarse con una mujer comprándola con una balanza

Si la *confarreatio* era el matrimonio de la aristocracia, la plebe romana practicaba otro tipo de matrimonio, realmente curioso: la *coemptio*, que significa literalmente «con venta»: *cum* («con») y *emptio* («adquisición»). En efecto, durante la ceremonia se realizaba una especie de venta simbólica de la novia al novio, ¡incluso con una balanza de por medio!

Se trataba de la recreación de una forma antiquísima de compraventa (*mancipatio*) donde se colocaba en una balanza la suma —que consistía en piezas de bronce bruto, dado que todavía no existían las monedas— necesaria para adquirir un objeto.

El novio, en presencia de cinco testigos, se situaba delante del pesador que portaba la balanza y pronunciaba la frase: «Yo digo que esta *mater familias* es mía por derecho de los quirites y que la compro con este bronce y con esta balanza». Después golpeaba la balanza con un trozo de bronce bruto y se lo entregaba al vendedor, que, según los historiadores, era la propia mujer. De ese modo, el novio había «adquirido» la propiedad de la mujer, que era suya a partir de ese momento.

Casarse con una mujer por usucapión

El *usus* era probablemente la forma más antigua de matrimonio, que se basaba en la usucapión. Es decir, si una mujer permanecía durante todo un año en casa de un hombre, automáticamente quedaba

usucapida: en otras palabras, el hombre adquiría automáticamente su *manus*, su «propiedad», y ella se convertía en su esposa. Pensándolo bien, era una forma muy «moderna» de convivencia, que permitía a los dos conocerse y poner a prueba la vida en común.

En realidad, para los romanos este sistema tenía otras finalidades, mucho más prácticas y «masculinas». En primer lugar, porque colocaba a la mujer al mismo nivel que un objeto o que un terreno, que también podían usucapirse, pero al cabo de dos años. En segundo lugar, porque, desde el momento que la finalidad del matrimonio era la procreación, un año le concedía tiempo suficiente al hombre para comprobar la fertilidad de la mujer. Y, en su caso, para abandonarla. Lo mismo podía decirse de la mujer si ella, por algún motivo, no hubiera querido seguir viviendo con su futuro marido. En efecto, para ello existía una «vía de escape»: bastaba con que la mujer se ausentara tres noches consecutivas (*trinoctium*) de la casa del hombre para que se anulara el mecanismo de la usucapión.

Las ventajas de este matrimonio por convivencia (*usus*) eran tantas que tuvo un gran éxito, principalmente entre las clases humildes hasta la época de César y Augusto. Sobre todo por la facilidad con que, en caso de que surgiera cualquier problema, podía disolverse sin que, durante aquel primer año, se vieran afectados los respectivos patrimonios de los miembros de la pareja. Pero posteriormente cayó en desuso (dejó de existir en el siglo *ii* d. C.), igual que las demás formas de matrimonio que hemos visto hasta ahora, por la aparición y la difusión del matrimonio *sine manu*.

El matrimonio *sine manu*, el más difundido

Este tipo de unión evolucionó a partir del matrimonio por convivencia (*usus*), con una diferencia fundamental: la mujer no se sometía a su marido; en la práctica, el novio no adquiría la «propiedad» de la novia. En efecto, la esposa permanecía bajo el dominio de su padre, o bien de ella misma, en caso de que ya hubiera adquirido un estatus de independencia. A partir del siglo I d. C., el matrimonio *sine manu* se convertirá en la modalidad más difundida. Otra cosa interesante es que este tipo de matrimonio perdía cualquier carácter de formalidad jurídica: se basaba únicamente en la voluntad de los dos cónyuges de vivir juntos (*affectio maritalis*).

Así pues, para los romanos que vivieron en la era imperial, si así lo deseaban, ni siquiera hacía falta una formalidad para dar comienzo a un matrimonio, como por el contrario ocurre en la actualidad, ya que nosotros tenemos que manifestar ante una autoridad competente nuestro deseo de contraer matrimonio: en efecto, las ceremonias que sancionaban y acompañaban el comienzo del matrimonio *sine manu* no tenían ningún carácter jurídico. En realidad bastaba con que un hombre y una mujer que estuvieran conviviendo desearan formar una unión duradera, justamente la *affectio maritalis*. Y ni siquiera era necesario, como subrayaba Ulpiano, que la convivencia fuera continuada o que, como ocurría frecuentemente entre las clases acomodadas, los cónyuges vivieran bajo el mismo techo pero en ambientes separados.

Así pues, el matrimonio *sine manu*, a diferencia de las demás modalidades *cum manu*, no se basaba en la formalidad jurídica de los ritos, sino simplemente en el compromiso de los dos cónyuges de convivir para tener hijos y formar una familia.

Pero entonces, ¿cómo se podía demostrar jurídicamente que una pareja estaba casada? Para constatar la existencia de ese matrimonio, los juristas latinos examinaban las formas en que se manifestaba: la vivienda donde convivían (*domicilium matrimonii*), que evidenciaba su unión ante todo el mundo. Además, los comportamientos del marido y de la esposa en público tenían que ser acordes con los de una pareja casada. Era lo que se denominaba *honor matrimonii*. Y después, naturalmente, estaba la dote, fundamental para que una mujer pudiera encontrar marido y muy importante sobre todo entre las clases humildes: sin dote, una mujer corría el riesgo de no ser reconocida socialmente como esposa (*uxor*), sino como concubina. Por esa razón las familias pobres hacían todo lo posible por asegurarles una dote a sus hijas... Las dotes se apuntaban en las tablas dotales (*tabulae dotales*) y eso suponía una prueba adicional de que el matrimonio había tenido lugar. Por último, con motivo del censo, el hombre tenía que jurar solemnemente su estado civil: «Jura de acuerdo con tu conciencia: ¿tienes esposa?». La respuesta aportaba la prueba oficial de su matrimonio. A ese respecto Cicerón, en su obra *De oratore* (2, 260), cuenta un divertido episodio que ocurrió de verdad entre Catón el Censor y Lucio Nasica, quien, a la pregunta de rigor de si tenía esposa, respondió: «Sí, tengo esposa pero, por Hércules, ¡no es de mi agrado!».

Condiciones para un matrimonio perfecto

Para que un matrimonio fuera un *iustum matrimonium*, es decir, conforme a la ética y a las leyes romanas, era necesario además que se respetara la «compatibilidad» social de los cónyuges (*conubium*): en una sociedad como la romana, donde existían marcadas diferencias de clase, estatus, categorías, esclavos, etcétera, no todos tenían la misma situación jurídica. Por consiguiente era necesario que en los matrimonios se respetaran esas reglas, algo que sigue ocurriendo hoy en día en la India, por ejemplo, donde las castas limitan fuertemente las uniones mixtas entre miembros procedentes de mundos sociales diferentes. Por añadidura, también había prohibiciones de matrimonios entre consanguíneos. Inicialmente, estaban prohibidas las uniones entre familiares en línea recta hasta el sexto grado de parentesco (lo que nosotros llamamos primos segundos), aunque esos familiares hubieran sido adoptados. Posteriormente se permitieron, en un primer momento, las bodas entre primos hermanos, y más tarde, en el siglo I d. C., por deseo del emperador Claudio, que quería casarse con Agripina la Menor, hija de su hermano Germánico, entre tíos y sobrinas. Necesidades de la política...

Además, como decíamos, era necesario el consentimiento de los cónyuges (*consensus*), pero ya hemos visto que en realidad los padres tenían un enorme poder de decisión sobre las uniones, aunque formalmente no tenían que inmiscuirse en la elección de sus hijos.

Dando por sentado que no se podía tener más de un cónyuge (la monogamia era obligatoria por ley), era imprescindible que se evidenciara la capacidad de procrear de ambos cónyuges. En efecto, la entrada en la pubertad era fundamental para el mundo romano: simbolizaba el paso a la edad adulta y conllevaba nuevos deberes y derechos para las chicas y los chicos. Mientras que para una muchacha el rito de paso era básicamente el matrimonio, para un adolescente había un rito concreto que simbolizaba su paso de la condición de *puer* («muchacho», «niño») a la condición de *vir* («hombre»).

¿A qué edad se casaba un muchacho?

Dado que no existía un estándar para pasar a la mayoría de edad, como ocurre entre nosotros (al cumplir dieciocho años), era preciso recurrir a una *inspectio corporis* para comprobar que las características sexuales habían madurado. A veces, como en el caso de san Agustín, todo se hacía en el ámbito familiar, como él mismo describe en las *Confesiones* (2, 3): «*Quin immo ubi me ille pater in balneis vidit pubescentem et inquietam indutum adulescentiam, quasi iam ex hoc in nepotes gestiret, gaudens matri indicavit*» («Cuando un día, en los baños, mi padre advirtió en mí los indicios de la pubertad y de la inquieta adolescencia, ya exultante ante la idea de sus futuros nietos, con gran felicidad se lo comunicó a mi madre»).

Una vez constatada la pubertad, el muchacho se liberaba de la toga de niño con bordes color púrpura que había estado llevando hasta ese momento (*toga praetexta*) y ofrecía la *bulla* que desde siempre había llevado colgada del cuello a las estatuillas de las divinidades protectoras de la casa, los *lares*. Entonces se ponía una túnica especial, blanquísima, la *tunica recta* (así llamada porque se confeccionaba en un telar vertical con un movimiento de abajo arriba), y se iba a dormir vestido de esa forma.

A la mañana siguiente toda la familia era presa de una gran excitación. El muchacho se ponía otra túnica, igual de blanca, pero que tenía un nombre bien elocuente: *toga virilis* («toga de hombre», también llamada «toga pura» o «toga libre». Y salía de casa en compañía de su padre y seguido por un grupo de familiares y amigos para recorrer el Foro y subir hasta el Capitolio, donde se le inscribía en las listas cívicas de la ciudad y se le asignaba por primera vez su nombre completo, formado por el *praenomen*, el *nomen* y el *cognomen* (por ejemplo, Cayo Julio César), los denominados *tria nomina*. A partir de ese momento entraba a formar parte oficialmente de la comunidad de ciudadanos.

Las últimas tareas de aquel día especial eran la ofrenda de una moneda al tesoro de la diosa Iuventas y un sacrificio ante la estatua del dios Líber en el templo de Júpiter Capitolino. Por la noche se organizaba un banquete con amigos y familiares, y si la familia era rica, se hacía un reparto de dinero o de bienes a la plebe (hubo desde quien donó 50.000 sestercios hasta quien repartió rosquillas y miel...).

A partir de entonces, una vez alcanzada la pubertad, todo estaba preparado para los pasos sucesivos de la vida del muchacho: la *toga virilis* simbolizaba la entrada del joven en la vida pública, con los mismos derechos y deberes que cualquier ciudadano (como las

obligaciones militares, el derecho a votar, la posibilidad de desempeñar magistraturas y otros cargos públicos, el derecho a entrar en el Senado...). Y, sobre todo, por ley, ya podía casarse en cualquier momento.

Pero, ¿a qué edad ocurría todo eso? Es decir, ¿a qué edad podía casarse un muchacho? En general, todo ocurría entre los catorce y los dieciséis años (en cualquier caso, a los diecisiete años se daba por descontado que la pubertad ya había empezado, porque era la edad a la que los jóvenes se marchaban a hacer el servicio militar). Por los antiguos escritos conocemos la edad de ese tránsito crucial en la vida de algunos personajes famosos: Cicerón, a los dieciséis años; Virgilio, a los quince; Augusto, a los quince; Tiberio, a los catorce y medio; Nerón, a los catorce; Galba, a los dieciséis...

¿A qué edad se casaba una muchacha?

Dado que las mujeres estaban excluidas de la vida pública, su pubertad era un hecho menos señalado y observado. No existían unos ritos tan manifiestos. Y no existían ritos de entrada en la edad adulta comparables a los del varón. Así pues, para una *puella* el paso a la edad adulta tan solo lo marcaba el matrimonio.

Los romanos se habían planteado el problema de la edad mínima que debía tener una muchacha para casarse. En la época arcaica no parece que hubiera límites: cualquier edad iba bien, el padre era el que lo decidía. Decidieron poner el límite en los doce años durante la época republicana (aunque, según algunos expertos, fue el propio Augusto quien lo estableció).

Pero no había unanimidad de puntos de vista. Según el derecho romano imperial, a la edad de doce años una muchacha era *viripotens*, es decir, había alcanzado la madurez anatómica y fisiológica para poder acostarse con un hombre: por consiguiente se definía a la muchacha *quae virum pati potest*, o sea «la que tiene la capacidad física de subyacer al hombre»...

Esa era la opinión de los juristas, a la que se contraponía la de los médicos, como Sorano de Éfeso, que vivió en tiempos de Trajano, es decir, en la época que estamos explorando, y para el que la madurez fisiológica y anatómica de una adolescente no se alcanzaba antes de cumplir catorce años. Sorano sostenía que antes de la aparición de la

menstruación cualquier relación sexual resultaba perjudicial. Pero, ¿cómo eran las cosas en realidad?

Por los datos de que disponemos (lápidas funerarias, textos antiguos, etcétera) y que se refieren sobre todo a mujeres romanas de familias acomodadas o ricas, sabemos que, de media, se casaban entre los doce y los catorce años. Según algunos estudiosos, entre las clases más humildes las bodas se producían más tarde, en torno a los dieciséis o dieciocho años, por una razón muy sencilla: al tratarse de clases pobres, no existía la necesidad de establecer lo antes posible alianzas político-económicas con otras familias.

Los días no indicados para casarse

«En martes, ni te cases ni te embarques». Cuántas veces lo hemos escuchado. ¿Y para los romanos? ¿Existían días tabú? Para empezar, habitualmente la ceremonia duraba un solo día, desde el amanecer hasta la puesta de sol. Era el denominado *dies nuptialis*. Y el conjunto de ritos y ceremonias religiosas se denominaba *nuptiae*, de donde deriva nuestra palabra «nupcias». ¿Quieren ustedes saber cuál es el origen de esa palabra? *Nuptiae* deriva del verbo *nubere*, «cubrir, velar», y aludía al velo de la novia.

Según Ovidio, los días a evitar absolutamente eran los festivos dedicados a los dioses (*dies festi*), en los que no se trabajaba, como nuestros domingos; eran las calendas, los idus y las nonas de cada mes. Además, siempre según Ovidio, había que evitar los *dies religiosi*, en que incluso se suspendían los actos religiosos, porque se consideraban días de mal augurio... Entre ellos estaban los días dedicados a los antepasados (13-21 de febrero) y a los difuntos (9-11-13 de mayo). Los difuntos se denominaban *lemures*, y se creía que durante esos días salían de sus tumbas para ir a visitar las casas donde habían vivido; ¡el miedo que la gente les tenía era tal que los romanos consideraban que todo el mes de mayo era tabú para las bodas!

También era infausta la primera mitad de junio, dedicada a la limpieza del templo de Vesta. Y también el 18 de julio, aniversario de dos derrotas: la del año 390 a. C., cuando los galos derrotaron a los romanos a orillas del río Alia; y la derrota, también gravísima, que los veyenses infligieron a los fabios en 477 a. C. a orillas del río Crémera;

así como el 24 de agosto, el 15 de octubre y el 18 de noviembre, fechas en que se abría la cavidad infernal y el mundo de los vivos se ponía en contacto con el mundo subterráneo, por no hablar de las festividades que no tenían una fecha fija... En resumidas cuentas, ¿cuándo podían contraer matrimonio los romanos? Era tan complicado que a menudo las familias de los novios recurrían a los sacerdotes para averiguarlo. Y de ahí se deduce que el mejor periodo, y el más demandado por las parejas, era uno en concreto que entre otras cosas se consideraba muy propicio para las bodas: la segunda mitad de junio. Cosa que sigue ocurriendo hoy en día.

¿El día más feliz? ¡No!

Lo que despierta a Pudentila son los ruidos de casa. El sonido de unos pasos inquietos delante de su puerta, el ruido de alguien que arrastra desde lejos unos objetos pesados hasta el atrio (*atrium*), el rumor de los cuchicheos de los esclavos que pasan rápidamente por el jardín del patio... Hay mucha agitación en casa. La agitación de una fiesta. Una fiesta especial. Hoy se casa Pudentila.

La muchacha abre los ojos. El dormitorio todavía está oscuro, pero por debajo de la puerta se filtra un haz de luz del amanecer que ilumina el suelo, sobre el que una hormiga deambula sin rumbo. La luz de la rendija destaca todas las pequeñas irregularidades del mosaico del suelo, amplificando las sombras de las teselas que sobresalen un poco más que las demás. Es una geografía de sombras que Pudentila conoce muy bien. Es la misma que lleva viendo desde que era niña. Se conoce de memoria las figuras, los rostros, incluso los animales que dibujan las sombras. «Esta es la última vez que las veo», piensa. En efecto, a partir de esta noche dormirá en otra casa, la de su esposo. Y dentro de unas horas todo lo que la rodea en este momento será tan solo un recuerdo. Ya no se da cuenta de las lágrimas calientes que surcan su rostro desde ayer por la noche. El hombre con el que va a casarse nunca fue el hombre de sus sueños. Ni lo será nunca. Tiene casi la misma edad que su padre. Y tan solo le ha visto unas cuantas veces en casa. Será él, un desconocido, quien le dé los hijos que siempre ha querido tener. Es como mezclar un sueño con una pesadilla. ¿Es posible que el día más feliz de su vida tenga un semblante tan sombrío?

Tras un último y profundo sollozo, la muchacha da un largo suspiro... siente el estorbo de la túnica nupcial que se ha puesto para dormir: una túnica blanquísima, la *recta* (que, en el caso de las jóvenes, también se denomina *regilla*), y una cofia, o *reticulum*. Lo exige la tradición: la futura esposa tiene que pasar su última noche como mujer virgen vestida con una túnica nupcial blanca, símbolo de virginidad, confeccionada en un telar vertical y tejida siguiendo el antiguo método que consiste en ir desde abajo hacia arriba, trabajando de pie delante del telar. Un sistema que ya ha quedado anticuado, pero que la superstición de los romanos todavía conserva para el matrimonio. Por ese mismo procedimiento se ha confeccionado la cofia de tela para recoger su cabello, de un color amarillo anaranjado con matices rojos: es el *luteum*, el «color de las bodas» de los romanos, como nos lo confirma Plinio el Viejo.

Pero ese no es el único accesorio de la última noche de la futura esposa. En efecto, alrededor de la cintura Pudentila siente claramente la presión de un cinturón de lana, el *cingillum*, y sobre todo la molestia en el estómago que le provoca su nudo, grande y complejo, el *nodus Herculeus*. Está hecho así a propósito, un auténtico amuleto contra el mal de ojo y un augurio de fecundidad para los novios, porque, como cuenta el mito, Hércules tuvo más de setenta hijos. Desde luego, también será la última barrera que tendrá que superar el marido la noche de bodas: no le va a resultar fácil deshacerlo...

¿Por qué hay que hacer un nudo tan complejo? Al parecer existe una curiosa explicación. Según dice Plinio en la *Naturalis historia* (28, 63-64), una herida cicatriza más rápidamente si las vendas con las que se cubre se atan con el nudo de Hércules. Para los romanos, Hércules tenía la facultad de alejar las enfermedades y las complicaciones. He ahí por qué se aconsejaba llevar todos los días un cinturón atado con ese nudo.

La muchacha se acuerda muy bien del rito que ha cumplido la noche anterior: se quitó la túnica que llevaba habitualmente y regaló todos sus juguetes, en particular sus muñecas articuladas (idénticas a nuestras Barbies, pero hechas de madera, de marfil o de cerámica). La túnica la ha consagrado a la diosa Fortuna. Las muñecas, las pelotas, las redecillas para el cabello, los objetos personales, como la *bulla* que ha llevado tantos años colgada del cuello, e incluso sus «sujetadores» se han colocado ante las estatuillas de las divinidades domésticas, en el pequeño templo de la casa (aunque algunas muchachas las consagraban a la diosa Venus). De esa manera se ha marcado el paso

de la condición de niña a la condición de mujer, de *puella* a *matrona*. En efecto, después de la boda, aunque sea todavía muy joven, a una muchacha le está prohibido jugar con muñecas, que deben permanecer para siempre en la casa paterna...

Los pensamientos de Pudentila se ven repentinamente interrumpidos por unos pasos que se aproximan cada vez más a la puerta de su habitación. Como una marea inexorable, sus largas sombras pasan por debajo de la puerta, ocultando y destruyendo los «castillos» de siluetas que hay en el suelo y que a lo largo de los años la niña ha ido creando con sus sueños y sus fantasías. Su infancia se ha terminado, ahora su nueva vida está llamando a la puerta: asoma el rostro de su vieja nodriza, que ha ido a despertarla por última vez. Todavía es muy temprano, pero los preparativos para el rito de vestir a la novia son largos y no esperan...

El rito de vestir a la novia

En el exterior, la casa ya está en buena parte engalanada con festones de ramas de laurel y de hiedra y con guirnaldas de flores, las mesas están preparadas y la novia nunca había visto su casa tan bonita, gracias al ajetreo de los esclavos que están transformando la *domus* en una casa que no parece la misma. Pudentila divisa a lo lejos a su madre, concentrada en indicar dónde hay que colocar unos grandes jarrones de flores en el atrio. De su padre no se ve ni rastro, pero su voz atronadora lo sitúa más allá del portal de entrada, discutiendo con algunos proveedores de viandas que se han retrasado flagrantemente en sus entregas.

Después de un desayuno frugal, Pudentila se ha bañado con un agua que los esclavos han acarreado hasta la casa desde una fuente especial la noche anterior y que supuestamente tiene la facultad de preparar a la muchacha para el matrimonio... Ahora la novia está sentada en una butaca de mimbre que tiene un alto respaldo y tiene a su alrededor a cinco esclavas que están preparando febrilmente su peinado nupcial. Es un peinado muy complicado que se inspira en el tocado típico y antiquísimo de las vestales. Básicamente está formado por seis *seni crines* y es un símbolo de pureza y castidad. Aunque hoy en día sigue siendo un tema de debate, según la mayoría de los expertos los *seni crines* no son otra cosa que trenzas, tres por cada lado

de la cabeza, que posteriormente se reúnen y se entrelazan hasta crear un moño en forma de rodete o caracola, o bien un cilindro sobre el que después se fijará el velo de la novia. Lo que más llama la atención es que para separar las trenzas, peinarlas o alisar los cabellos —no está del todo claro— la esclava peluquera (*ornatrix*) utiliza la... ¡punta de una lanza! Y no es por falta de instrumentos: en efecto, el arreglo del cabello de una novia contempla el uso simbólico de la punta de una lanza (*hasta caelibaris*), que antiguamente tenía que haber servido para matar a un enemigo de Roma o a un gladiador (como nos da a entender, en un pasaje de su obra, Sexto Pompeyo Festo, que vivió en el siglo II d. C.).

No está claro por qué había que utilizar la punta de una lanza, pero hay distintas hipótesis: podría ser de buen auspicio para crear una prole fuerte y valiente, o bien podría simbolizar la potestad del marido, o bien neutralizar los espíritus malignos que pudieran ocultarse entre el cabello, como inducen a pensar muchas supersticiones de los romanos... En resumidas cuentas, la lanza «desinfecta» de mala suerte el cabello. Sea como fuere, incluso Plinio el Viejo menciona la creencia según la cual los partos difíciles se resolvían al instante si se hacía pasar por encima del tejado de la casa de la parturienta una lanza que hubiera atravesado a un hombre. Y no solo eso, Plinio también informa de la creencia de que si se colgaban unas flechas bajo el lecho conyugal, sin permitir que tocaran el suelo, se convertían en un poderoso talismán de amor y traían buena suerte a los cónyuges...

Tras un largo y elaborado trabajo de preparación, llega el momento de maquillar y perfumar a Pudentila, y ahora le colocan una corona de flores que por tradición ella misma ha recogido y trenzada con ramas sagradas de laurel, olivo o mirto. Dado que, como subraya la profesora Carla Fayer, los romanos atribuían propiedades mágicas a esos árboles, la corona tenía una función de «amuleto» contra los *daimones* (demonios) malignos. En cambio, entre las flores que se utilizaban estaban la mejorana, la verbena y a menudo también el mirto, el azahar, el romero, la flor del granado, los lirios y las espigas de trigo.

Por último, a Pudentila le colocan sobre la cabeza el velo nupcial o *flammeum* (literalmente, «llameante»). Es ligero y transparente, igual de largo que una capa, tiene un vistoso color rojo-anaranjado muy intenso y luminoso. Es el color del rayo de Zeus, el ya mencionado *luteum*. Ese telón llameante desciende sobre los ojos de la novia. De

repente, para Pudentila, el mundo cambia de color: los rostros de las sirvientas, de su madre, que está a su lado, incluso las paredes se han vuelto de color amarillo-anaranjado. La novia no podrá quitarse el velo hasta el momento del matrimonio.

Está guapísima, como todas las jóvenes que se casan. Sin embargo, advertimos un detalle. A diferencia de las novias de hoy en día, las novias romanas no van vestidas totalmente de blanco: de blanco solo llevan la larga *tunica recta*, que no obstante va cubierta por el *flammeum*, ese largo velo de color naranja vivo. También sus zapatitos, sin cordones (*socci*), son de ese mismo color. Lucen en todo su esplendor las joyas, los collares, los brazaletes y los anillos, sobre todo el de compromiso.

¿Y el novio? ¿Cómo se vestía? De una forma decididamente sencilla: con una túnica blanquísima sobre la que se ponía la *toga virilis* y unos botines (*calcei*): rojos para los nobles, negros para los senadores.

Los últimos preparativos

Pudentila espía a través de la puerta entornada los preparativos en casa. La *domus* está casi irreconocible. Está engalanada con ramas y festones de ramos de laurel y hiedra. Dos esclavos subidos a una escalera están colocando un festón de mirto, que según la mitología se utilizó en la boda de Venus. Y además hay candiles y candelabros de velones de aceite. También resultan irreconocibles la columnata del patio y las columnas que forman los extremos del *impluvium*, el estanque que se utiliza para recoger el agua de lluvia y que está situado en el centro del atrio: por doquier destacan los cortinajes de color amarillo-anaranjado, mientras que sobre las jambas de las puertas o como adorno de los umbrales han colgado coronas de ramos y cintas de una tela blanquísima... Después se difunde el aroma del incienso y de otras esencias perfumadas traídas de Oriente y de la península arábiga que se han puesto a arder en los braseros. Como colofón de la atmósfera ya se oyen cánticos nupciales que llenan la casa.

En un rincón del atrio, bien a la vista, se exponen unas máscaras de cera. Son rostros diferentes, algunos gordos, otros delgados, algunos jóvenes y otros viejos. Se trata de las *imagines maiorum*, las

máscaras mortuorias de los antepasados que hicieron grande el nombre de la familia. Normalmente están en sus armaritos, en el atrio, pero las han sacado para la ocasión a fin de formar un árbol genealógico con todo tipo de inscripciones. Sirven para mostrarle a todos los invitados los gloriosos orígenes de este núcleo familiar y en su momento las sacarán en procesión, con el mismo propósito, durante el funeral de algún miembro de la familia. Es un árbol genealógico en tres dimensiones.

Los ritos propiciatorios

Los primeros ritos propiciatorios ya han comenzado al amanecer. Se ha observado el vuelo de los pájaros y su canto, con el fin de captar la voluntad de los dioses y constatar su benevolencia para la boda. Según Plinio el Viejo, se conocían no menos de dieciséis especies de halcones, entre los cuales uno en particular, el *aegithus*, se consideraba de excelente augurio para una boda. ¿Y la señal más infausta? Un terremoto o un huracán, fenómenos tan extraordinarios que muy raramente se suspendía una boda debido a ellos... Con el tiempo, esa tradición fue debilitándose, pero contar con la presencia en una boda de augures o *auspices* (en este caso *auspices nuptiarum*), es decir, de sacerdotes que realizaban adivinaciones observando el vuelo de los pájaros, siempre fue importante para un romano. Naturalmente, durante la boda también se invoca a distintas divinidades, como Tellus (divinidad de la tierra), Juno (que asistía y dirigía a los contrayentes en el rito del matrimonio), Ceres (la diosa de la fecundidad), Venus, etcétera.

Una firma, si es tan amable...

El novio llega acompañado de todo su cortejo de amigos y familiares. De repente la casa es invadida por una auténtica multitud, con sus rostros sonrientes, sus togas de vivos colores, sus joyas deslumbrantes y sus perfumes embriagadores. Y cuando la multitud abre paso, entre cánticos y gritos, al novio se le aparece en toda su belleza Pudentila, irreconocible bajo su velo. El corazón de la muchacha ha empezado a latir con fuerza. Su prometido es un hombre de cabello ya entrecano, mientras que ella no tiene más de doce años.

El primer rito que hay que cumplir es básicamente burocrático. Se firma el contrato matrimonial, en las denominadas *tabulae nuptiales*, en presencia de diez testigos escogidos entre los amigos asistentes. De esa forma se establecen todas las condiciones que van a regir en ese matrimonio, incluida la dote que la novia aporta a su marido y que será devuelta por el marido a su suegro en caso de divorcio (siempre y cuando no haya sido provocado por ella).

A continuación, en el atrio de la casa de la novia tiene lugar el sacrificio nupcial. Se inmoviliza y se degüella un enorme carnero delante de todos, con las frases rituales.

En ese momento, siempre en casa de la novia, se produce el momento más conmovedor y solemne de toda la boda. La *pronuba*, una mujer anciana, que solo ha estado casada una vez para que sea de buen augurio a fin de que el matrimonio dure, se dirige hacia Pudentila. La sonrisa angelical de la anciana contrasta con el martilleo interno del corazón de la muchacha y con la tensión que está sintiendo. La agarra del brazo y la conduce hacia un pequeño altar de mármol decorado con guirnaldas de flores donde hay una pequeña hoguera encendida. Luego hace lo mismo con el novio y lo lleva junto a Pudentila. Un silencio irreal desciende sobre todos los invitados. Solo se oyen las notas de una pequeña orquesta que sigue entonando cantos nupciales. Es el momento más esperado. Pudentila se levanta el velo y sonríe. La anciana toma la mano derecha de Pudentila y la coloca sobre la mano derecha del novio. De ese modo se simboliza la voluntad de los contrayentes de convertirse en marido y mujer y su deseo de seguir viviendo juntos. Así pues, nada de intercambiarse alianzas. Lo que sella el pacto conyugal es... un sencillo apretón de manos, la *dextrarum iunctio* («unión de las derechas»).

La boda se ha consumado. Nada de iglesia ni de ayuntamiento. El rito de la boda siempre se realiza en casa de la novia siguiendo una antiquísima tradición ritual. Y, siempre de acuerdo con la tradición, ahora viene el banquete, la denominada *cena nuptialis*, para el que el padre de la novia se ha gastado una suma de vértigo. Por encima de las cabezas de los invitados empiezan a «volar» bandejas llenas de morenas cocidas, de ubres de cerda rellenas, etcétera. Los poetas y los acróbatas animarán a todo el mundo durante las horas que dure el banquete. Nada de sesudos discursos: el día de la boda tan solo están permitidos los temas de conversación alegres y felices. El banquete proseguirá así durante todo el día, interrumpido por repentinos gritos de aclamación de los invitados ante los platos que van llegando o por los *feliciter* dedicados a los novios. Después, a la caída de la tarde, se consumará la separación definitiva de la muchacha de su familia y de su casa.

El rapto simulado

Cuando cae la noche, los invitados van levantándose poco a poco, y llega el momento de uno de los aspectos más sorprendentes del matrimonio romano: el rapto simulado, o *deductio uxoris in domum mariti*...

Se trata de un rapto simbólico, tal vez para perpetuar el recuerdo del rapto de las sabinas... Pudentila lo sabe. Abraza con fuerza a su madre y se estrecha contra su pecho. También la madre sabe que es el momento de la separación. Unas cálidas lágrimas maternas caen sobre el rostro de la hija, que llora desesperadamente. Unos brazos la aferran y la arrancan, como manda la tradición, del abrazo de su madre. Los que «raptan» a la novia son los invitados para llevársela a su esposo, que ya se ha marchado y está en su casa: ahí es donde esperará la llegada de la esposa raptada...

El cortejo sale de casa con su «presa» y emprende su marcha por las calles. Está formado por los invitados, pero, a lo largo del camino, se incorporan a él amigos, familiares, extraños, curiosos, gorrones en busca de algo que comer o de joyas que birlar... En el caso de los matrimonios importantes también forman parte del cortejo autoridades públicas, y en el caso de familias muy conocidas incluso se colocan unos palcos para asistir al paso del cortejo.

Encabezan la procesión unas antorchas que rasgan la oscuridad, y el sonido de las flautas, cuyas melodías, con toda probabilidad específicas de las bodas (el equivalente de nuestra marcha nupcial de Mendelssohn), por desgracia se han perdido. Son muchos los que se asoman a las ventanas, muchos los que se apartan en las aceras, sonriendo. Pero tampoco faltan los que sienten irritación ante tanto ruido y tanta felicidad...

Y eso también se debe a que durante el cortejo se entonan los denominados «cantos fesceninos», es decir canciones muy procaces, de contenido obsceno, con alusiones ofensivas al novio (que no está presente). También se oyen cantos en honor de Hymanaeus (Himeneo), o gritos invocando a Talasio, cuyo significado no está del todo claro (tal vez en alusión a Thalassus, el romano que raptó a la más hermosa de las sabinas).

En cambio, según Plutarco, el origen de la palabra era que *talasius*

había sido la señal elegida por Rómulo para dar comienzo al rapto de las sabinas.

¿Y Pudentila? Desconcertada, impresionada, pero también un tanto divertida, dado que ella es la protagonista de todo ese alboroto, camina de la mano de dos muchachos, mientras que otro va delante alumbrándole el camino con una antorcha. Son los tres *pueri praetextati, patrimi et matrimi*, es decir los muchachos que llevan la *toga praetextata* y cuyos padres y madres todavía viven, el equivalente de los pajes. La antorcha no es de pino, ni de ninguna otra madera resinosa, como las que se utilizan cotidianamente, sino de espino albar. Una planta que los romanos creen capaz de ahuyentar los maleficios, las brujerías y las maldiciones, etcétera, además de ser un símbolo de fecundidad.

Rodeando a la novia no van solo esos tres jóvenes. En efecto, justo detrás de Pudentila avanza una amiga suya que, simbólicamente, porta en la mano un copo de lana cruda y un huso que lleva envuelto el hilo, ambos símbolos de las actividades domésticas.

El «sí» en casa del novio

El cortejo no tarda mucho en llegar a las inmediaciones de la casa del novio. También está engalanada con flores, guirnaldas, telas y antorchas... y se oyen más cánticos nupciales procedentes del interior. En ese momento se produce un rito curioso: alguien se lleva a toda prisa la antorcha de espino albar. ¿Por qué? A ese respecto, veamos lo que dice Sexto Pompeyo Festo: «... los amigos de ambos contrayentes se apresuraban a llevarse la antorcha nupcial para impedir, los amigos del marido, que la esposa la colocara, precisamente esa noche, bajo el lecho nupcial, y los amigos de la esposa, que el marido la dejara arder sobre una tumba; en el primer caso se aceleraba la muerte del marido, en el segundo, la de la esposa...».

El novio se ha asomado al umbral de su casa. Y, a continuación, se produce otro ritual extrañísimo. Los muchachos presentes le piden a gritos al novio que les tire unas nueces. Y cuando lo hace, se desencadena un tumulto de niños compitiendo para ver quién consigue recoger más nueces. A este extraño gesto se le han atribuido muchas explicaciones. La más convincente es que así se simboliza el final, el abandono por parte del novio de los típicos juegos de

muchacho (las nueces, precisamente, que a menudo se usaban como las canicas de hoy en día) para asumir sus nuevas responsabilidades de la edad adulta.

Y en ese momento es Pudentila la protagonista de otro rito. Empieza a ungir las jambas de la puerta de entrada de la casa delante de todo el mundo (para ahuyentar los espíritus malignos de su nueva casa: en un principio se utilizaba grasa de lobo, más tarde de cerdo y por último aceite de oliva). Una vez concluida la unción, Pudentila adorna las jambas con tiras de lana para indicar que va a dedicarse al arte de tejer, como tendría que hacer toda mujer romana de acuerdo con la tradición.

Una vez concluido ese rito, llegaba un momento crucial para el matrimonio. Los dos contrayentes se hacían mutuamente una pregunta y se daban una respuesta que equivalía al «sí quiero» de nuestras bodas. El novio hacía una pregunta cuya formulación exacta sigue siendo desconocida. En cualquier caso, según la mayoría de los expertos, con toda probabilidad se trataba de una fórmula del tipo: «*Quaenam vocaretur?*», o «*Quae vocare?*», o «*Qui es?*», es decir, «¿Cómo te llamas?». Y la novia contestaba: «*Ubi Gaius, ego Gaia*», esto es, «Donde tú seas Gayo, yo seré Gaya». Era realmente el deseo de unirse al vínculo matrimonial. Según algunos estudiosos, la fórmula tenía un significado profundo: al decir «donde (en el sentido de «dado que») tú eres Gayo, yo seré Gaya», la mujer asumía idealmente el *praenomen* de su marido en femenino, y por consiguiente aceptaba someterse al poder, a la *manus* de su esposo.

La noche de bodas

A partir de ahí, todo está dispuesto. Pudentila puede entrar en su nueva casa. Pero tiene que cruzar el umbral, y la superstición romana le exige que preste mucha atención. Tropezar en el umbral o simplemente pisarlo sería un pésimo presagio para el matrimonio.

Como aconseja humorísticamente Plauto, el comediógrafo latino que vivió entre los siglos III y II a. C., en su obra *Casina* (v. 815): «*Sensim supera tolle limen pedes, mea nova nupta: sospes iter incipe hoc...*», es decir: «Levanta un poco el pie, oh, recién casada, al cruzar el umbral; inicia tu andadura con auspicios faustos...».

Así pues, los tres *pueri* que han acompañado hasta aquí a Pudentila la levantan a pulso (aunque en otros casos se limitan a brindar apoyo a la novia). Ese ritual ha subsistido a lo largo de los siglos y ha llegado hasta nosotros: he ahí por qué el marido coge en brazos a su nueva consorte en el momento de entrar en casa. Se trata de una antigua superstición... pagano-romana.

Una vez cruzado el umbral, ha concluido el «rapto», la *deductio*. El cortejo se dispersa y los tres muchachos (*pueri praetextati*) hacen entrega de la esposa a la *pronuba*, la anciana que había juntado las manos derechas de los contrayentes.

Pudentila, acompañada por la *pronuba*, entra en el atrio de la nueva casa y allí es recibida con un antiquísimo rito de purificación: el marido tiende a su esposa su mano ahuecada, que contiene agua pura de manantial, y a continuación la vierte o asperja sobre ella. Con la otra mano le ofrece un tizón encendido, y Pudentila lo acepta y lo sostiene en la mano. Es el rito del *aquam et ignem accipere*.

Otro ritual antiquísimo, que Pudentila habría tenido que cumplir si hubiera vivido en una época anterior, habría sido ofrecer tres monedas (tres ases): una a su marido, otra a las divinidades de la casa y una tercera a las divinidades del vecindario... para asegurarse la protección contra robos, incendios, etcétera.

Mientras tanto, la *pronuba* ha ido al dormitorio para preparar el lecho nupcial, que tiene un nombre peculiar: *lectus genialis*, un extraño nombre, ciertamente porque tiene que ver con el culto del *genius*: algo parecido a un ángel de la guardia de todo hombre, vinculado con las capacidades de fecundación del varón. La *pronuba* comprueba que se

han esparcido sobre la cama muchas rosas del azafrán y el polvo que se obtiene de ellas. En efecto, esa flor es considerada un poderoso afrodisíaco, y sin duda será de gran ayuda en la primera noche de amor...

Ahora los dos cónyuges se dirigen al dormitorio. Según la tradición, el hombre extiende sobre la cama su *toga virilis*, mientras que Pudentila invoca al *genius* para que haga fecundo al matrimonio y le dé muchos hijos que perpetúen la familia. Pero lo hace repitiendo mecánicamente unas fórmulas que se ha aprendido de memoria y observando los movimientos de su marido con una preocupación cada vez mayor. Incluso su voz se ha reducido a un hilo. Es la voz de una niña cada vez más asustada.

En ese momento tiene lugar un último rito curiosísimo de buen augurio. La esposa le dedica una plegaria a una estatua de Príapo, el dios del sexo y la fertilidad, con su enorme falo desproporcionado siempre en erección. Algunas esposas tocan levemente el falo, pero Pudentila va más allá y hace lo que muchas otras recién casadas para que la noche de bodas sea más placentera y favorecer la concepción: se sienta encima.

Es el momento de la preparación de la esposa para la noche de amor. Ahora el marido sale de la habitación y deja a Pudentila a solas con la *pronuba*. La muchacha está visiblemente tensa, asustada, tiene ganas de salir corriendo. Ese hombre al que ni siquiera conoce va a desvirgarla dentro de muy poco. La anciana intenta tranquilizarla, le da algunos consejos, le dice algunos trucos, le infunde ánimos. Y, mientras tanto, como exige la tradición, le quita todos los adornos que pudieran resultar peligrosos para el marido durante su primera relación sexual: en otras palabras, le quita cualquier objeto que Pudentila pudiera emplear como arma para defenderse... Así se describe esa operación en el *Epithalamium Laurentii* (73), que algunos atribuyen a Claudio Claudiano pero que para la mayoría de los expertos es de un autor desconocido: «Fuera del cabello agujas y broches de oro, fuera los pesados collares, fuera el *anulus asper* [“áspero”: evidentemente se trata del *anulus pronubus*] de los suaves dedos y los brazaletes de oro de los blancos brazos».

Una vez concluida la operación, la *pronuba* lanza una última y cariñosa sonrisa y se marcha, dejando a Pudentila llorando, presa de temblores de miedo. En lugar de la anciana aparece ese hombre que los padres de la muchacha decidieron que fuera su marido. Se aproxima cada vez más, con una sonrisa fingida. En realidad, a

Pudentila ese rostro se le antoja una máscara feroz. Mientras el hombre se desnuda, a ella le parece todavía más viejo de lo que pensaba, con su vello blanco en el pecho, con su piel que empieza a formar arrugas y con ese sexo ya excitado que a ella le parece enorme. Pudentila se ha quedado como de piedra. No siente las manos que le desatan el nudo hercúleo del cinturón y que, a continuación, le quitan la túnica. Ni siquiera cuando la palpan sin la mínima delicadeza y después la obligan a tumbarse sobre la cama. Ni tampoco siente el peso del cuerpo del hombre encima de ella, ni el olor a vino de su aliento sobre el rostro. Tan solo hace una cosa: cerrar los ojos. Y abriga la esperanza de que todo ocurra lo más deprisa posible...

Como le ha ocurrido a Pudentila, la noche de bodas debía de ser horrible para la mayoría de las mujeres romanas. A pesar de las instrucciones de la *pronuba*, las recién casadas son inexpertas y están asustadas. Si a eso le añadimos la enorme diferencia de edad, la falta de conocimiento entre los cónyuges, la tensión del momento, el cansancio por los festejos y sobre todo la total falta de amor entre los dos, podemos intuir lo poco placentera y pasional, por no decir incluso traumática, que debía de ser la noche de bodas para una muchacha romana. En determinados casos se trataba de una auténtica violación. Para confirmarnos la atmósfera están las divinidades que se invocan en esos momentos: – Virginense, que ayuda a la novia a desnudarse.

– Subigo, padre de Virginense, que tenía que conseguir que la recién casada se colocara debajo del marido durante el coito.

– Prema, madre de Virginense, que se invocaba para que la esposa no se debatiera en exceso (es decir, para que no se zafara ni se defendiera del marido) durante la relación sexual.

– Pertunda, que supervisaba el acto sexual propiamente dicho...

Hoy en día ninguna pareja de jóvenes enamorados invocaría a esas divinidades para que les echaran una mano en esos momentos, que en realidad transcurren con mucho cariño y están cargados de deseo y de impaciencia.

A la mañana siguiente, Pudentila hará su primera ofrenda a las divinidades domésticas, *lares* y *penates*, de su nueva casa, en calidad de matrona, pese a su tierna edad. Y, como decía Juvenal, recibirá un regalo de su marido: habitualmente unas cuantas monedas de oro. Por

la noche habrá otro banquete en casa de los recién casados (*repotia*). Y dentro de siete días Pudentila irá a hacerle una visita a sus familiares, con motivo de un nuevo banquete. Ha comenzado la vida de Pudentila como matrona. Ahora tendrá que engendrar un hijo lo antes posible. Es el papel que le corresponde en esta unión. Y nada más.

¿Marido y mujer dormían en la misma cama?

¿En qué cama va a dormir ahora Pudentila? Y en general, ¿marido y mujer dormían en la misma cama, como ocurre hoy en día? La respuesta es sí. Las parejas romanas dormían juntas y compartían la misma habitación. Con todos los «clásicos» problemas de que uno ronca, de que el otro prefiere poner otra manta, etcétera. Así pues Pudentila, que durante tantos años ha tenido una cama para ella sola, a partir de esta noche va a compartir su cama con un «desconocido» que tendrá relaciones sexuales con ella siempre que lo desee. También ese aspecto psicológico, nunca suficientemente descrito, era la realidad cotidiana de casi todas las mujeres casadas de la antigua Roma.

No obstante, durante la época imperial, entre las familias ricas y aristocráticas se difundió la costumbre de dormir en habitaciones separadas. Más que una necesidad práctica era un símbolo de estatus, también porque significaba que uno disponía de una casa muy grande. Eso hicieron, por ejemplo, Plinio el Joven y su jovencísima esposa, Calpurnia. Habitualmente esas habitaciones estaban en la planta baja de las *domus*, mientras que en las plantas superiores estaban las habitaciones de la servidumbre.

Sin embargo, había otras habitaciones donde se practicaba el sexo. Pero no entre marido y mujer. Eran unos cuartitos que el marido utilizaba... para abrazar el cuerpo de otra mujer. Efectivamente, en esos cuartos el hombre tenía relaciones sexuales con sus amantes o con sus esclavos.

Con el tiempo le amarás...

Como hemos visto, el amor es el gran ausente del matrimonio romano, donde quienes mandan son los intereses superiores de las

familias. Por otra parte, sigue siendo así en muchos países actuales, empezando por la India. Pero cuando uno habla con alguien que ha contraído un matrimonio concertado, no siempre encuentra sufrimiento por no haber podido elegir a su esposa según los dictados de su corazón. Paradójicamente, este sistema tiene su propia «lógica». Durante un viaje por la India, un indio, cuyo matrimonio había sido concertado, nos confesó que había sido lo más acertado. Sintetizó lo que pensaba al respecto con las siguientes frases: «¿Qué pueden saber de la vida dos jóvenes adolescentes?», decía. «¿Cómo puede uno, siendo tan joven, darse cuenta de que esa chica que te gusta es la mujer más adecuada? ¿Cómo puedes saber, sin ningún tipo de experiencia, que será una esposa devota y una madre atenta? A menudo el amor nos ciega y nos lleva a tomar decisiones equivocadas. Así pues, bienvenida sea la sabia decisión de nuestros mayores, que saben lo que uno necesita en la vida y qué persona logrará hacerte feliz con el tiempo. Al principio de mi matrimonio yo no amaba a mi esposa, era una desconocida. Ambos éramos unos chiquillos inexpertos. Pero precisamente por eso, más tarde surgió un vínculo cada vez más fuerte, porque hemos crecido juntos y juntos hemos descubierto la vida. Con el tiempo he aprendido a vincularme a ella con un cariño cada vez mayor...». Cada uno podrá sacar las conclusiones que desee de esas palabras, dichas, por otra parte, por alguien que nunca tuvo la posibilidad de elegir. Si hubiera tenido esa posibilidad, tal vez habría dicho otra cosa. Pero indudablemente es una opinión «vivida» que revela aspectos que nunca habríamos pensado.

Y tal vez ocurría lo mismo con muchas parejas romanas. Sin embargo, no cabe duda de que la gran diferencia de edad entre los cónyuges impedía que se pusiera en marcha ese mecanismo de «cariño», lo que mantenía muy distanciados al marido y a la mujer.

No obstante, en algunos casos, el amor conseguía abrirse paso a pesar de todo después de la boda... pero eso ocurría más frecuentemente entre las parejas de antiguos esclavos, es decir de libertos, que tenían más posibilidades de conocerse y de alternar antes de casarse, y, por consiguiente, de desarrollar sentimientos más profundos. Hay algunas estelas funerarias que así lo atestiguan. Como la que encargó el liberto Atímeto Anterotiano, que vivió en tiempos de Tiberio, para su esposa, Claudia Homonea, que murió antes de cumplir los veinte años. La estela (cfr. CIL VI, 12652) está en forma de diálogo y es muy conmovedora. Para empezar ella, la difunta, le pide

al paseante que va por el camino que discurre por delante de la tumba que se detenga y escuche: «[Homonea]: Tú que avanzas con ánimo alegre, detén tus pasos un instante, te lo ruego; lee estas pocas palabras. Yo soy aquella que fue la más elegida entre las muchachas elegidas, Homonea, ahora enterrada en un breve túmulo. Venus Pafia me dio la belleza, las Cárites la gracia, Palas me instruyó en todas las artes. Sin llegar a cumplir veinte años, el hado inicuo me atrapó: ¡oh, no me duelo por mí misma! Más que la muerte me entristece el dolor de mi consorte, Atímeto.

»[Atímeto]: Que la tierra te sea leve, esposa mía, tan merecedora de la vida y de haber gozado, durante un tiempo, de sus bienes. Si el destino cruel permitiera un intercambio de almas, y si uno pudiera con su propia muerte rescatar la vida ajena, de muy buena gana, Homonea querida, ofrecería por ti el poco tiempo que me tiene reservado la vida. Pero ahora, ¿qué otra cosa me queda que rehuir de la luz y de los dioses, para acelerar mi muerte y seguirte por el Estigia?

»[Homonea]: Deja, esposo mío, de afligir tu juventud en el llanto y de solicitar en tu dolor un destino igual que el mío. Las lágrimas no benefician en nada, ni se puede modificar el hado. Mi vida se ha cumplido: es el final único al que llegan todas las cosas. Déjalo ya. Que no tengas que sufrir nunca más un dolor parecido a este, y que todos los dioses sean propicios a tus deseos. Que lo que me hurtó de mi juventud la muerte prematura te lo conceda a ti, y que prolongue el tiempo que te corresponde vivir».

Resulta verdaderamente conmovedor el vínculo de amor profundo que unía a estos cónyuges. Atímeto había sido un antiguo esclavo de Panfilio, liberto del emperador Tiberio. Por consiguiente, era un hombre culto y de cierto rango. Eso explicaría el elevado nivel de educación que se desprende del epígrafe. Es posible que también Claudia Homonea fuera una liberta imperial, o que en cualquier caso fuera una persona cercana a la corte del emperador.

Otra estela funeraria, que hoy se ha perdido, nos habla de un gran amor: Publio Vibio Verísimo amaba tantísimo a Estatilia Tigris (que probablemente era una liberta) que la elogiaba con gran entusiasmo, a pesar de que ella había estado casada con otro: «A la memoria de Estatilia Tigris, que vivió treinta y seis años.

»Oh, demasiado bella, oh, siempre púdica con sus maridos, tú que yaciste en dos tálamos, que engendraste dos hijos del amor. Si aquel que fuera tu primer marido hubiera podido vencer a la suerte, sería él

quien te dedicaría esta lápida; pero ahora soy yo, desventurado, privado para siempre de una mujer como tú, yo que durante dieciséis años pude gozar de tu casto amor.

»Publio Vibio Verísimo erigió en vida para sí y para su esposa incomparable».

Ecos de pasiones

Desde luego, los romanos no eran muy distintos de nosotros. Amaban y cometían locuras de amor, exactamente igual que nosotros. Perdían la cabeza por una mujer o por un hombre. Hacían cosas que normalmente no habrían hecho nunca solo... por amor. Basta con leer a Catulo para apreciar la profundidad de los sentimientos de un romano que vivía, sin embargo, en un mundo con unas normas muy rígidas que a menudo le impedían expresar su amor.

Una de las cosas que los romanos habrían envidiado de nosotros, además de vivir como media el doble que ellos y de disponer de medicinas, de alimentos y de comodidades de todo tipo, sin duda sería la libertad de amar... Poder besar y abrazar libremente a la persona amada, por la calle, delante de todo el mundo, a nosotros nos parece una cosa normal... pero durante miles de años fue el sueño de millones de parejas.

Más allá de las grandes y desbordantes pasiones de que hablan los autores y los poetas en sus obras, ¿qué pruebas tenemos del amor pasional por las calles y en la vida cotidiana de los romanos? Todos los «te amo» pronunciados en latín no han dejado ningún rastro... ¿o tal vez sí? En un caso es posible volver a escuchar las palabras de amor de los romanos. Basta con observar las paredes que han sacado a la luz las excavaciones arqueológicas para descubrir grabadas en ellas frases y arrebatos de amor que han sobrevivido indemnes a tantos y tantos siglos.

Por ejemplo, en una pared de la Domus Tiberiana, en el Palatino, quedaron grabadas las palabras de un enamorado desesperado, presa del fuego de amor: «Ya no me quedan fuerzas, no pego ojo, el amor me quema noche y día». (*Vis nulla est animi, non somnus claudit ocellos, noctes atque dies aestuat omnis amor*).

Más aún debía de sufrir otro hombre que vivía en Pompeya y que amaba sin ser correspondido. He aquí lo que decía: «*Si puedes y no quieres, ¿por qué pospones las alegrías y alientas las esperanzas, y siempre me dices que vuelva mañana? Oblígame ya de una vez a morir, puesto que me obligas a vivir sin ti, desde luego dejar de sufrir será el regalo de una acción piadosa. Indudablemente, la esperanza le devuelve al amante lo que le ha arrancado*».

También en Pompeya afloraron las frases de felicidad de un enamorado que describió a la perfección el estado de «éxtasis» que da el amor (resultado de la acción combinada de hormonas como la dopamina, la oxitocina y las endorfinas...). He aquí lo que escribió: «Los amantes, como las abejas, saborean una vida dulce como la miel» (*Amantes ut apes vitam mellitam exigunt*).

Y, debajo, alguien añadió: «¡Ojalá!» (*Vellem*).

Otro romano, siempre en una pared de Pompeya, daba una ulterior descripción de su fuego de amor: «El que ama no debe bañarse en aguas calientes, porque nadie que se sienta abrasado por el amor puede amar las llamas» (*Quisquis amat calidis non debet fontibus uti, nam nemo flammas ustus amare potest*).

Hace dos mil años la conducta de los enamorados ya debía de provocar indignación entre las personas que tenían a su alrededor, y ante la irracionalidad de los enamorados, una persona anónima escribió en un callejón de Pompeya, con cierta benevolencia pero tal vez con un poco de envidia, la siguiente frase: «Reprender a los amantes es como atar el aire e impedir que corran sin cesar las aguas de los manantiales».

No obstante, no todos se sentían felices por los efectos del amor, sobre todo los que habían resultado heridos. Veamos lo que decía un anónimo «decepcionado», que la tomaba nada menos que con Venus: «*Que venga todo aquel que ama. A Venus quiero partirle las costillas a garrotazos, y romperle los lomos a la diosa. Si ella puede atravesar mi tierno pecho de parte a parte, / ¿por qué yo no iba a poder partirle la cabeza con un garrote?*».

Realmente, casi nos parece oír la voz y ver la expresión del rostro de la persona que escribió esas palabras. La última «voz» grabada en una pared que queremos volver a escuchar es, necesariamente, un auténtico «himno» a la belleza del amor y a los que aman. Resume toda la belleza de ese sentimiento: «*Que prospere el que ama, / que se muera el que no sabe amar; y además, que muera dos veces el que impida amar*» (*Quisquis amat valeat, pereat qui nescit amare bis tanto pereat / quisquis amare vetat*).

Una historia verdadera: una locura de amor de hace dos mil años

A veces, rebuscando entre los textos antiguos, es posible descubrir pequeñas «perlas» sobre el amor como la que vamos a ver a continuación. Apareció entre los escritos de Galeno, un famoso médico griego, de la época en que estuvo en Roma (vivió entre los siglos II y III d. C.), donde revela el subterfugio utilizado por un esclavo para simular que estaba enfermo y poder estar con su amada: había logrado que se le hinchara una rodilla utilizando una planta tóxica para poder quedarse en casa y no tener que acompañar a su amo, que se marchaba al campo. Una auténtica «locura de amor» que habría podido costarle muy cara. Había conseguido engañar a todo el mundo... menos a Galeno, que, como buen médico, se había dado cuenta de todo y al que además le divertía el móvil de aquel enorme riesgo. Esto fue lo que escribió: «Una vez se me presentó el caso de un sujeto que decía estar sufriendo atrozmente en una rodilla; se trataba de un esclavo, de uno de esos que van escoltando a pie a su amo por la calle. Adiviné el carácter ficticio de su dolor: sospeché del asunto no solo porque su amo se iba de viaje precisamente ese día, sino a causa del carácter del joven. En efecto, ¡era justamente del tipo de los que cuentan ese tipo de mentiras! Interrogué a uno de sus compañeros de esclavitud, que lo conocía bien, para averiguar si no había alguna intriga amorosa entre aquel joven y una muchacha, lo que habría justificado que quisiera quedarse en casa mientras su amo partía de viaje a su villa en el campo, que estaba bastante lejos. Y, en efecto, era justamente así... En cuanto a la rodilla en sí, presentaba un gran moratón tumefacto que habría podido impresionar a un profano, pero que a los ojos de un hombre que tenía experiencia con ese tipo de cosas había sido ocasionado por la tapsia [una planta muy común que al frotarla contra la piel puede producir enrojecimiento, pústulas rojas e incluso hinchazón]...

»En efecto, aquel hombre no había corrido más de lo normal; nadie le había pegado; no se había lastimado saltando ni brincando al otro lado de un foso; sin contar que, hasta aquel momento, no había vivido ni en la molicie ni en la abundancia. Pero cuando le pedimos que describiera su dolor, dio unas respuestas que no eran rápidas, ni inmediatas, ni constantes. Una vez que su amo se hubo marchado, le apliqué un remedio que no tenía ningún poder contra el dolor pero que podía enfriar el ardor producido por la tapsia. Al cabo de una hora conseguí que admitiera que no tenía ningún dolor. Ahora bien, aquel dolor, si realmente hubiera sido provocado por una hinchazón inflamada, no solo no habría desaparecido por efecto de un fármaco

refrigerante, sino que, al contrario, habría aumentado».

Así pues, Galeno desenmascaró de inmediato al esclavo pero no le denunció a su amo, es más, hizo la vista gorda, divertido... Tan solo podemos imaginar lo bien que se lo pasó el esclavo en la villa casi deshabitada durante los días de ausencia de su amo...

Lo más curioso es que ese truco también se utilizó en la era moderna. En el siglo *xix*, los médicos militares franceses se quejaban en sus informes de que muchos reclutas, para evitar entrar en combate, se frotaban los brazos y las piernas con tapsia y conseguían hinchazones y pústulas... exactamente igual que el esclavo de hace dos mil años.

Cuando el amor mata: la historia de Octavio y Poncia que acabó trágicamente

Si hipotéticamente hubiéramos podido hojear un periódico del año 58 d. C., en tiempos de Nerón, entre los titulares habríamos visto la historia de Octavio y Poncia y de su desbordante pasión que concluyó trágicamente...

Octavio Sagita es un tribuno de la plebe, un político importante. En cambio, Poncia Postumina es una mujer casada, perteneciente a una de las familias más conocidas de Roma (no sabemos cuál). Octavio se enamora locamente de ella, la corteja, la cubre de regalos, consigue llevársela a la cama y, por último, la convence para que se divorcie de su marido. Pero una vez divorciada, Poncia da marcha atrás y ya no quiere saber nada de Octavio; algunos indicios permiten suponer que era una mujer caprichosa, fácil y amante del lujo, que tal vez «utilizó» a Octavio para poner fin a su matrimonio. Octavio, en un repentino arrebato de locura, la apuñala y la mata. De nada sirve el intento de un antiguo esclavo suyo de asumir la culpa. Octavio es declarado culpable y, tal y como contempla la ley, elige el exilio antes que la muerte. Tan solo regresará a Roma tras la desaparición de Nerón, cuando le amnistíen de la pena de destierro a raíz de la muerte del emperador.

Quien nos cuenta esta historia que parece tan «moderna» es Tácito, en sus *Anales* (XIII, 44): «En ese mismo periodo, el tribuno de la plebe Octavio Sagita, locamente enamorado de una mujer casada llamada Poncia, compra primero, mediante espléndidos regalos, su adulterio y

después la convence para que abandone a su marido, prometiéndole casarse con ella y contando con su compromiso para la nueva boda. Pero cuando se vio libre, la mujer encontró excusas para posponer la boda, alegando la oposición de su padre, y, dado que abrigaba esperanzas de un matrimonio más rico, se retractó de la palabra dada. Entre súplicas y amenazas, Octavio aducía que había puesto en peligro su prestigio y agotado su patrimonio, llegando hasta el extremo de decir que no le quedaba más que la vida y que la ponía en manos de Poncia. Pero dado que esta lo rechazaba, él le pidió tan solo una noche de consuelo para aplacar su pasión, devolviéndole para el futuro el control sobre sí misma. Se fija la noche y Poncia confía a una sirvienta, confidente suya, la custodia de la habitación; por su parte, él se presenta acompañado por un liberto y llevando escondido un puñal bajo la ropa. Y en ese momento, como ocurre en un amor cargado de contrastes, se suceden los desahogos y los ruegos, las recriminaciones y las explicaciones, y una parte de la noche se dedica al placer. Pero, acalorado por la ardiente pasión de los sentidos, Sagita atraviesa con el puñal a la mujer, que no se lo esperaba, obliga a retroceder, hiriéndola, a la esclava que había acudido a socorrer a su señora y se precipita fuera de la habitación. Al día siguiente, tras descubrirse el delito, no hubo dudas sobre el ejecutor: en efecto, existían pruebas irrefutables de que él había pasado mucho tiempo con ella. Pero el liberto confesó ser el autor de aquel delito, para vengar, decía, la ofensa que se le hacía a su patrón. Y cuando ya muchos se mostraban conmovidos por la nobleza de aquella conducta, la sirvienta, recuperada de la herida, reveló la verdad. Octavio, denunciado ante los cónsules por el padre de la víctima, al cumplirse su mandato como tribuno, fue condenado por sentencia del Senado en virtud de la ley sobre los sicarios».

Esta historia dramática de la «sección de sucesos» nos lleva a afrontar un argumento muy «moderno» y actual: el divorcio.

¿Existía el divorcio en la antigua Roma?

La respuesta es sí. Y divorciarse era facilísimo. Uno de los más importantes juristas romanos, Julio Paulo, que vivió entre los siglos II y III d. C., afirmaba que existían cuatro motivos por los que un matrimonio podía considerarse nulo. Al ver las causas podemos

comprender lo «distinta» que era la vida de entonces: 1) divorcio; 2) muerte de uno de los cónyuges; 3) ser prisionero de guerra; 4) esclavitud en distintas formas. Llama la atención que ¡el divorcio fuera más frecuente que la muerte! En una época en que la muerte estaba mucho más presente que hoy en la vida cotidiana (enfermedades, inviernos gélidos, problemas durante el parto, caídas del caballo, incendios, guerras, epidemias, escasos conocimientos médicos, etcétera) es curioso que el divorcio cosechara aún más «víctimas».

Divorciarse no requería, contrariamente a lo que ocurre hoy en día, ninguna formalidad jurídica. Y eso era porque el matrimonio se basaba esencialmente en la voluntad de los cónyuges de vivir juntos. Como ha escrito la profesora Carla Fayer, «para los romanos, el divorcio no era más que una consecuencia directa de su concepto del matrimonio, ya que este se basaba en la *affectio maritalis*, es decir, la voluntad continua y efectiva del hombre y la mujer de ser marido y esposa, y cuando dicha *affectio* dejaba de existir, en uno de los cónyuges o en ambos, se procedía a la disolución de la unión».

Los eventuales pactos u obligaciones penales suscritos antes del matrimonio, y que podían contemplar penas para quienes se divorciaran, no se consideraban jurídicamente válidos. Sin embargo, en caso de que una de las partes se hubiera divorciado de la otra sin motivo justificado, como por ejemplo, el adulterio de la esposa, estaba obligado a devolver la dote (en el caso del marido) o a renunciar a su devolución (en el caso de la esposa). Si eso no ocurría «amistosamente», ambas partes podían recurrir a los jueces.

A ese respecto, el Código de Justiniano es muy claro: «Desde la antigüedad se decidió que los matrimonios fueran libres. Y por consiguiente se sabe que los pactos por los que no resulte lícito divorciase no son válidos y que las cláusulas por las que se infligen penas a quien se haya divorciado carecen de efecto».

Los romanos utilizaban la palabra *divortium*, que a su vez procedía de *divertere*, es decir, «separar». En la práctica, los cónyuges, después de haber recorrido juntos un trecho de su existencia, se separaban por caminos distintos.

En cambio, el acto por el que se anunciaba el divorcio tenía un nombre más siniestro, con el que ya nos hemos topado al hablar del compromiso matrimonial: *repudium* (de donde procede la palabra «repudio»): sugería justamente la idea de echar a patadas a una persona, porque derivaba de *re* y de *pes*, es decir, literalmente, «rechazar con el pie».

¿Cómo se producía el divorcio?

Contrariamente a lo que ocurre hoy en día, cuando hacen falta años para llegar al divorcio, pasando primero por la separación, por los abogados, la documentación, unos gastos cuantiosos, peleas y cierta enemistad que los abogados y los plazos burocráticos acaban por hacer estallar, hace dos mil años todo ocurría «al instante»... y sin formalidades. Bastaba con que uno de los cónyuges quisiera poner fin al matrimonio, que se lo anunciara al otro en presencia de testigos (siete, según lo establecido por Augusto), y su unión se había terminado. Punto.

Como hemos visto, dado que no se contemplaba ninguna formalidad legal para el matrimonio, análogamente tampoco se requería ninguna formalidad para su disolución.

No obstante, había algunas frases y fórmulas que era preciso utilizar para anunciar la voluntad de divorciarse. Imaginemos a un marido que se acerca fríamente a su esposa y sin previo aviso le dice: *«Tuas res tibi habeto!»* («¡Llévate contigo tus cosas!»); o bien: *«Tuas res tibi agito!»* («¡Llévate tus cosas!»). Otra fórmula muy utilizada era: *«Vade foras!»* («¡Márchate fuera de casa!»). Desde ese preciso instante quedaban hechos trizas años y años de matrimonio. En efecto, bastaba con la voluntad de un solo cónyuge, aunque el otro no estuviera de acuerdo.

A veces quien pronunciaba esas frases no era el cónyuge, sino uno de sus libertos, que hacía de embajador, o bien un cónyuge le hacía llegar al otro una carta llamada *libellus divortii*, una práctica que se generalizó sobre todo en el periodo tardo-imperial.

La mayoría de las veces era el marido el que pronunciaba esas fórmulas rituales, porque era la mujer la que, al casarse, se había mudado a casa de su esposo. En ese momento, la mujer recogía sus efectos personales —ropa, joyas, los regalos que el marido le hizo durante el noviazgo, algún objeto o utensilio doméstico— y después, simbólicamente, tenía que devolver las llaves de la casa que le habían entregado a los pocos días de la boda, dado que la esposa se hacía cargo de la administración de la casa y de la economía doméstica.

Pero podía darse el caso de que fuera la mujer la que repudiaba a su marido con esas frases, porque ella tenía un poder sobre él: había aportado la casa como dote...

Para evitar que se anunciara un repudio en un arrebato de ira, los

juristas latinos establecieron que no podía considerarse divorcio una separación breve y temporal, acaso motivada por un arranque de rabia, por una discusión (*iurgium*) o por un leve desacuerdo entre ambos (*frivusculum*). Era necesario que trascurriera un largo periodo de separación o que uno de los dos volviera a casarse mientras tanto. Entonces sí, se podía considerar que era un *verum divortium*.

¿Por qué se divorciaba la gente?

Si en la Roma republicana bastaba simplemente con la voluntad del padre de uno los cónyuges (*pater familias*) para disolver el matrimonio, incluso en contra de la voluntad de los dos jóvenes, en las épocas anteriores, en la Roma arcaica, tan solo el marido podía divorciarse de su esposa y solo por cuatro motivos: si ella le había sido infiel, si se había emborrachado, si había abortado por medio de filtros mágicos o sustancias venenosas contra la voluntad de su marido o sin que él lo supiera. Además, podía divorciarse en caso de que su esposa se hubiera dedicado a la magia o a la brujería, preparando drogas y venenos.

Entre las otras causas de divorcio durante la época republicana figuraban la esterilidad de la esposa y algunas verdaderamente extravagantes, que dan una idea del poder del hombre sobre la mujer en una sociedad machista. El historiador romano Valerio Máximo informa de algunos casos que se remontan, todos ellos, a los siglos III-II a. C. Como el de Cayo Sulpicio Galo, que repudió a su esposa porque se había enterado de que había permanecido largo rato fuera de casa con la cabeza descubierta. El hombre se justificó alegando que «la ley establece que tan solo sus ojos podían conocer cuán bella era su esposa, y ella tenía que adornarse y ponerse guapa únicamente para mostrarse ante la mirada de su esposo; cualquier otra mirada que atrajera su mal desplegada coquetería hacía a la mujer sospechosa y culpable».

Otro caso de «divorcio preventivo» fue el de Quinto Antistio Veto, que se divorció de su esposa porque la había visto hablando a escondidas con una liberta de dudosas costumbres.

Un tercer caso es el del cónsul Publio Sempronio Sofo, que se divorció de su esposa tan solo porque ella se había atrevido a asistir a unos juegos (probablemente de gladiadores) sin avisar a su marido.

Indudablemente, sobre todo durante la época arcaica, el divorcio estaba a disposición del marido en virtud del matrimonio *cum manu*, y eso ponía a la mujer en una situación sumamente vulnerable, como estigmatizaba Plauto en un pasaje de su comedia *Mercator*: la anciana esclava Syra defiende a su joven ama, protestando enérgicamente por la condición de las mujeres: «¡Las mujeres, maldita sea, están sometidas a una ley realmente despiadada y mucho más injusta, pobres de ellas, que la que se le aplica a los hombres! Porque si, por ejemplo, un hombre lleva a una prostituta a su casa ante las barbas de su esposa, aunque la mujer se entere, nadie tiene que importunar al marido. En cambio, si la esposa se escabulle fuera de casa sin que lo sepa su marido, este interpone una demanda y ella se gana un bonito repudio. ¡Oh! ¡Si la ley fuera igual para las esposas y para los maridos!».

Con la progresiva difusión de la forma de matrimonio *sine manu* las cosas cambiaron: las mujeres que no estaban sometidas al poder de su padre o de su marido podían repudiar ellas mismas a su cónyuge cuando este le era infiel o por cualquier otra falta grave. Pero se trataba de casos muy raros, también porque de todas formas los hijos permanecían en casa del marido y la mujer prácticamente no volvía a verlos nunca más. Más adelante las cosas mejoraron, y hacia el final de la República las mujeres ya podían divorciarse con gran facilidad y libertad, aunque no fuera por una causa grave. Cicerón, por ejemplo, habla del divorcio *sine causa*, es decir, sin un motivo válido, de Paula Valeria, hija de un importante pretor, el mismo día en que su marido regresó de las provincias. ¡El único deseo de la mujer era casarse con su amante, Décimo Bruto! Eso nos da a entender que en los comienzos del Imperio, en lo que respecta a la posibilidad de divorciarse, las mujeres habían conseguido la igualdad con los hombres. Sin embargo, cabe recordar que era una prerrogativa casi exclusiva de las mujeres ricas. Sobre las demás siempre pendía la espada de Damocles de recibir una petición de divorcio en cualquier momento del día...

Un carrusel de divorcios

En la época imperial se perdió la cuenta de los divorcios... La igualdad en el divorcio entre las mujeres (ricas) y los hombres, sumada al incesante juego de estrechar y disolver alianzas entre las familias de la *nobilitas* mediante los matrimonios y los divorcios, hizo aumentar el número de divorcios hasta tal punto que el famoso historiador francés Jérôme Carcopino habla abiertamente de una auténtica «epidemia de divorcios» entre los miembros de la aristocracia romana en la época imperial.

Augusto, por ejemplo, se divorció dos veces, y tan solo en el ámbito de la familia imperial la historiadora Susan Treggiari ha contado veintisiete divorcios durante el periodo que va de Augusto a Domiciano, es decir entre 27 a. C. y 97 d. C., de los que por lo menos diez fueron impuestos por el emperador.

La creciente difusión de la práctica del divorcio que se produjo a partir del siglo I a. C. provocó la indignación de los moralistas, sobre todo de Juvenal, que criticaba con gran dureza a los hombres ricos que cambiaban de esposa en cuanto aparecían en su cuerpo las marcas de la edad. En la sátira VI, titulada «Contra las mujeres», puede leerse: «¿Y por qué razón Sertorio arde de pasión por Bíbula? Fíjate bien, lo que él ama no es a la mujer, sino su belleza. Cuando aparezcan las tres primeras arrugas y su piel se reseque y se afloje, cuando sus dientes se le oscurezcan y sus ojos se hagan pequeños, el marido le enviará un liberto a su esposa para que le diga: "Lía tu hato y márchate. Aquí ya estás de sobra, no haces más que sonarte la nariz. Vete y date prisa, está a punto de llegar otra que tiene la nariz seca"».

Y eso lo confirma Séneca, que acusaba a las clases aristocráticas de haber provocado esa decadencia. En particular, el filósofo estoico criticaba a las mujeres de la alta sociedad romana, que ya no tenían el mínimo reparo en romper un matrimonio: «Determinadas damas ilustres y de estirpes nobles ya cuentan los años no por el número de cónsules, sino por el de sus maridos, y se divorcian para casarse, y se casan para divorciarse».

En otro momento Séneca carga las tintas, esta vez criticando a los maridos en su *De matrimonio* (16, 1, fr. 68): «Hemos leído que algunas, tras haber sido repudiadas al segundo día de su matrimonio, han

vuelto a casarse enseguida: es menester condenar a ambos maridos, tanto al que le ha disgustado tan pronto (su esposa) como al que le ha gustado con la misma rapidez».

Por último Marcial arremete contra la rica Proculeya, que se ha divorciado de su marido porque está arruinado y ella no está dispuesta a pagarle de su bolsillo los gastos para conseguir que le nombren pretor (*Epigramas*, X, 41): «Oh, Proculeya, en el nuevo mes de Jano tú abandonas a tu viejo marido y le ordenas que líe su hato. Yo me pregunto: ¿qué habrá ocurrido? ¿Cuál es el motivo de tu repentino desdén? ¿No me contestas? Yo te lo diré: él era pretor. La púrpura para los juegos megalesios te habría costado 100.000 sestercios, aunque hubieras querido darlos en la forma más modesta, y los juegos plebeyos habrían requerido otros 20.000. Eso no es un divorcio, oh, Proculeya, es una ganancia».

Eran numerosos los motivos que llevaban a una pareja a divorciarse, y en un determinado momento también se sumaron las leyes. Augusto obligó a todos los maridos que hubieran descubierto que su mujer les había sido infiel a divorciarse en un breve plazo de tiempo, porque de lo contrario corrían el riesgo de que les acusaran de lenocinio —el delito de quienes inducen u obligan a una mujer a prostituirse— y les procesaran. La mujer era condenada al exilio, le arrebataban la mitad de su dote y un tercio de sus bienes. Su amante, en caso de que estuviera casado, también era desterrado. Así pues, los tiempos de Augusto fueron muy duros para los amantes.

Sin embargo, hay un hecho curioso que ha señalado Reay Tannahill, autora de un estudio sobre las costumbres sexuales a lo largo de los siglos, a propósito del carrusel del sexo de la sociedad romana. Según la hipótesis de Tannahill, la población de mujeres romanas libres no era, a fin de cuentas, demasiado numerosa. Y un hombre veía en el matrimonio la perspectiva de engendrar un heredero y la llegada de una «fortalecedora transfusión de dinero» en forma de dote. Al tratarse de matrimonios carentes de amor, al hombre no le interesaba demasiado lo que pensara o hiciera su esposa, siempre y cuando no montara un escándalo que le afectara a él: lo importante era conservar su buen nombre y la dote.

No tenemos datos fiables sobre la proporción de hombres y mujeres libres en la sociedad romana como para confirmar la tesis de Tannahill. Y eso también se debe a que todos los cómputos se veían alterados por las considerables entradas de esclavas en la población que posteriormente eran liberadas y que a veces se casaban. Lo cierto

es que muchísimas mujeres romanas morían en el parto. Un hombre podía recurrir a las esclavas, a las libertas y a las concubinas para su desahogo sexual, pero encontrar una mujer de su mismo nivel social no resultaba tan fácil, y la competencia era encarnizada (tal vez, como han apuntado algunos, también como consecuencia del infanticidio de muchas niñas recién nacidas, que se consideraban una carga). De ahí también la facilidad con la que una matrona podía procurarse un amante. En efecto, Reay Tannahill señala que «en latín no existe ninguna palabra que corresponda al término moderno de "soltera"»... salvo una que se le aproxima mucho: *vetula virgo* («vieja virgen»).

IV. él, ella, los otros

¿Un romano podía ser polígamo?

Volvamos al laberinto de las calles de Roma. Ahora nos encontramos en la Suburra, la zona más popular de la ciudad. A nuestro alrededor se abren muchas tiendas y talleres. La calle es una sucesión de cestas colgadas, de hileras de odres repletos de granos o de cabritos desollados de los que gotea la sangre y cubiertos de moscas. Cada establecimiento tiene su propio olor, y hasta un ciego podría adivinar lo que se vende allí: especias, haces de mimbre, ánforas de vino, gallinas vivas... Caminamos sobre un suelo de tierra batida porque las callejas e incluso muchas calzadas de este barrio popular nunca se han pavimentado. A veces pisamos algo blando: es una hortaliza aplastada, o restos de tejido, o cualquier otra cosa imposible de identificar. De vez en cuando se abre algún callejón por el que discurre un pequeño regato que desprende un áspero hedor a orina. Es un ambiente muy degradado. Incluso las paredes están desconchadas, dejando los ladrillos a la vista. Levantando la mirada a duras penas conseguimos ver el azul del cielo. Los bloques de viviendas son altísimos, y entre una ventana y otra hay cuerdas con ropa tendida a distintas alturas. Nos parece ver la arboladura de un velero multicolor. Hay vida por doquier. Desde los gritos de una madre que está llamando a su hijo por una ventana, pasando por la carcajada que estalla dentro de una tienda hasta la cháchara de un grupo de transeúntes o el ladrido de un perro al que un tendero está echando a patadas. Esta es la Ciudad Eterna.

Vemos un pequeño patio con una balconada que lo rodea por completo, algunas macetas. Una mujer está arrancando unas cuantas hojas de las plantas que hay en ellas: le hacen falta para cocinar. Es una mujer del pueblo, corpulenta, de gruesos brazos y mejillas sonrosadas. Se le acerca un hombre, su marido, con el que intercambia algunas bromas y al que dedica una amplia sonrisa. Él le corresponde y se pone en marcha para acudir a su trabajo. Le seguimos a lo largo de la balconada y nos damos cuenta de que, al cabo de unos metros, el hombre se detiene ante la vivienda de otra mujer que está tendiendo la ropa, le sonríe, le dice algo al oído, al tiempo que le da un visible apretón con la mano al trasero de la mujer, y después se marcha. Su

esposa lo ve todo por el rabillo del ojo y no dice nada...

Ahora el hombre está bajando por las escaleras de madera, silbando despreocupadamente, y se aleja después de pasar a nuestro lado. ¿Pero cómo es posible? ¿Por qué su esposa no ha dicho nada? Nos estamos adentrando en el mundo de las concubinas...

La palabra «concubina» proviene de *cum* y de *cumbo*, es decir, «yacer juntos». La concubina es una mujer que mantiene una relación sexual con un hombre casado, convive con él, incluso en su casa, pero... no es su esposa. Así pues, los hombres romanos pueden tener en su casa más de una mujer. En realidad esa costumbre no la inventaron ellos, la heredaron de los antiguos pueblos de Italia central.

Eso solo significa una cosa: desde los orígenes de la historia de Roma, la poligamia (o más exactamente, la poliginia, dado que era el hombre el que convivía con varias mujeres) debía de ser más o menos generalizada. Y una confirmación de ello nos la da una ley promulgada por el rey Numa Pompilio hace más de dos mil seiscientos años que establecía que la mujer legítima estaba un peldaño por encima de las distintas *paelices* presentes en la casa, es decir, las distintas concubinas de su marido. Así pues, según muchos historiadores, en aquella época era una práctica habitual que un hombre, además de a su esposa, albergara bajo el mismo techo a una o más mujeres. Por lo demás, es lo mismo que ocurre incluso hoy en día en muchos países islámicos de África y de Oriente Próximo, donde la poligamia es una cosa normal.

En el fondo, la ley de Numa Pompilio intentaba debilitar aquella costumbre, poniendo en marcha «oficialmente» la monogamia en la sociedad romana. Pero una cosa son las leyes y otra diferente es la realidad. Durante el transcurso de toda la civilización romana, fueron muchos los que mantuvieron en su casa a su esposa y a una o más concubinas. Es algo que se deduce también por el hecho de que, a lo largo de los siglos, tanto Constantino como Justiniano (una vez desaparecido el Imperio romano de Occidente) promulgaron leyes que prohibían que un hombre casado tuviera una concubina o que la equiparaban a una esposa, reconociendo sus derechos. Un indicio de que seguía siendo una costumbre muy difundida.

Las parejas de hecho ya existían entre los romanos

Proseguimos nuestro recorrido por las calles de Roma y llegamos a una plaza. Para entender mejor ese concepto del concubinato tenemos que observar a la gente. Pero nos hace falta una posición estratégica. Por consiguiente, nos sentamos en una de las mesas exteriores de una *popina*, uno de los muchos bares de Roma. El taburete cojea un poco, y sobre la mesa de madera agrietada hay muchas manchas de grasa, algunas migas y unas gotas de vino, los restos del almuerzo del último cliente. En cuanto nos sentamos, un perrillo moteado se nos acerca meneando la cola. Es una presencia habitual en este tipo de locales, desempeña la función de «aspiradora» viviente de los trozos de comida que habitualmente los clientes tiran al suelo... Un movimiento brusco lo aparta de allí. Es el movimiento de la túnica de la hija de la dueña, una muchacha alta, corpulenta, de pelo rizado y descuidado que nos pregunta de un modo expeditivo qué vamos a tomar. Nos bastará con un buen vaso de falerno, el mejor vino de esta época, una opción para ponernos a salvo de los mejunjes imbebibles: «*Sestertium unum!*», exclama la muchacha. La moneda que sacamos nos resulta familiar... la contemplamos, le damos la vuelta, en una de sus caras lleva grabado el rostro de Trajano y en la otra una escena, con una leve imperfección en el borde debido al uso: es precisamente el sestercio al que seguíamos el rastro en un libro anterior (*Impero)* para explicar la vida y la gente del Imperio romano... La dejamos caer encima de la mesa.

En un abrir y cerrar de ojos el rostro de Trajano desaparece, aferrado por la mano de la muchacha. Y así la moneda vuelve a ponerse en marcha y reanuda su viaje por el mundo romano... Poco después nos llega la jarra de barro con el vino, y mientras lo saboreamos observamos el ir y venir de la gente por la plaza. Hay esclavos, hombres de negocios parloteando, vendedores ambulantes que salen al paso de la gente que transita por allí intentando venderle rosquillas, mujeres con sus hijas haciendo recados, una pareja de *vigiles* (los bomberos) haciendo su ronda, dispuestos a apagar cualquier conato de incendio...

Y también vemos parejas. Por ejemplo, a escasos metros de nosotros está pasando un hombre, con la mirada alta, bien vestido, con toga; a su alrededor lleva un pequeño séquito de colaboradores y pedigüeños. Detrás de él, a cierta distancia, camina discretamente una mujer, tiene rasgos orientales, modales elegantes y va escoltada por un esclavo. Claramente se trata de un hombre importante con su concubina. Poco después también pasa un militar que va hablando

cariñosamente con una mujer, que también es su concubina. Aunque no se toquen, como exige la moral, se intercambian largas e intensas miradas. Deben de haber iniciado su relación hace poco. Y después, al cabo de unos minutos, pasan dos esclavos, hombre y mujer, bromeando y riéndose. Todo hace suponer que son pareja. Para ellos resulta imposible casarse, a lo sumo pueden convivir (*contubernium*), pero solo si se lo permite su amo.

En efecto, hay un mito que es preciso desmentir: todos estamos convencidos de que las concubinas existen únicamente en las casas de los ricos, de los poderosos y obviamente en la corte del emperador. Este estereotipo es cierto, pero en realidad, si nos pusiéramos a observar la vida por las calles de Roma, nos daríamos cuenta de que las concubinas son algo generalizado en todas las capas de la población. Incluso entre las capas más bajas.

Hay dos maneras de ser concubina: juntarse con un hombre casado y convertirse en una «esposa de segunda» (en una situación de poligamia); o bien convertirse en su única mujer, pero sin intención de contraer matrimonio. En nuestros tiempos, diríamos que es la diferencia que existe entre esposa y compañera...

En muchos aspectos, podríamos equiparar estas uniones, este tipo de concubinato de la antigua Roma con las actuales... parejas de hecho.

Y, viceversa, hoy en día un romano vería una pareja que convive durante años sin casarse como un concubinato normal... Con una importante diferencia, cabría añadir: hoy la convivencia es una decisión de ambos miembros de la pareja; hace dos mil años el único que decidía si su mujer iba a seguir siendo su concubina o si era digna de convertirse en su esposa era el hombre. En efecto, en una sociedad tan machista como la romana, como afirmaba Julio Paulo (*Sententiae*, 2.20.1), lo que distingue el concubinato del matrimonio es únicamente el «placer» (*dilectus*) del hombre.

¿Por qué un hombre prefería una concubina a una esposa?

¿Por qué un hombre no se casa con su concubina? A menudo es porque pertenecen a clases sociales demasiado diferentes (parecido a lo que ocurre hoy en la India con las castas). Y así, existía la

costumbre de que, antes de casarse, los retoños de las familias ricas hicieran «prácticas» con una concubina, que habitualmente era una esclava o una liberta de la familia, para después casarse con una mujer de su mismo rango o que en cualquier caso, al pertenecer a otra familia poderosa, pudiera facilitarles las cosas a ambos en su carrera política, financiera o empresarial.

Hay que recordar que Augusto llegó a promulgar una ley que prohibía que los senadores se casaran con actrices, libertas, mujeres de moral dudosa (*feminae probrosae*) o de origen humilde (*obscuro loco natae*). Es como si hoy a nuestros políticos y parlamentarios se les prohibiera casarse con actrices, mujeres de moral dudosa o de origen humilde.

Pero no era necesario: ningún senador o miembro de una familia aristocrática escogía a una mujer de esa extracción social. En cambio, una «mujer de compañía», sí. Los poderosos «pescaban» a sus concubinas precisamente entre esa clase de mujeres. Y además había un motivo muy práctico, de tipo jurídico. Con ellas no corrían el riesgo de que les acusaran de *stuprum*, es decir, de tener relaciones sexuales extraconyugales con una mujer respetable y soltera.

Además, sabemos que muchos senadores de avanzada edad, viudos o divorciados con hijos, preferían una concubina a una nueva esposa. Así salvaguardaban el patrimonio de la familia y evitaban problemas de herencia en caso de que nacieran nuevos hijos.

Mete a tu mujer en la maleta

No obstante, a veces era precisamente la ley la que le impedía a uno casarse y le obligaba a vivir con una concubina, como en el caso de los militares. En efecto, un legionario tenía absolutamente prohibido casarse durante su servicio militar. Podía hacerlo únicamente después de licenciarse (y de que le concedieran la *honesta missio*, un reconocimiento reservado a todos aquellos que hubieran desempeñado con honor su carrera militar y que daba lugar a una especie de finiquito al final de su servicio). A partir de ese momento el soldado podía casarse con la mujer con la que había vivido durante años, con la que había tenido hijos y que hasta entonces era considerada su concubina (o *focaria*, es decir, la que enciende el fuego para cocinar), y ella se convertía oficialmente en su esposa.

En ese sentido, existe un dato curioso. Los altos oficiales militares, los gobernadores y los funcionarios destinados en las distintas provincias del Imperio tenían prohibido casarse con mujeres locales. Pero podían tener mujeres... ¡de oficio! En efecto, una antigua usanza contemplaba que, en el momento de partir hacia su destino, a un funcionario o a un oficial (siempre y cuando fuera soltero o viudo) se le proporcionara una dotación de dinero, mulas, caballos, ropa, un cocinero, un cochero y... una concubina: en efecto, en la mentalidad romana no se podía concebir que un hombre de ese rango pudiera trabajar y vivir sin tener una mujer a su lado.

Para una concubina procedente de las capas bajas de la sociedad, entablar una relación con un hombre de elevado rango tenía, como es de suponer, toda una serie de beneficios.

¿Y para un hombre romano?

¿Qué ventajas ofrecía el hecho de disponer de una concubina de rango inferior?

Uno podía establecer una relación con cualquier mujer sin miedo a perder su *dignitas*, es decir, a comprometerse, porque, al ser ella de un rango inferior, no habría podido exigirle nada a él. Efectivamente, los eventuales hijos nacidos de la unión de ambos se habrían considerado ilegítimos, no habrían podido exigir una parte de la herencia, etcétera. Tendrían el mismo estatus que su madre.

Muchos emperadores, como Nerón, Vespasiano, Antonino Pío y Marco Aurelio tuvieron una concubina estable, una especie de «primera dama» no oficial. Y algunas de ellas adquirieron un notable poder y llegaron a acumular grandes riquezas.

¿Quiénes eran las concubinas? ¿De dónde procedían?

Dado que, en cualquier caso, la condición de concubina es «deshonrosa», casi siempre esas mujeres son de orígenes humildes. Son mujeres con las que en todo caso resultaría imposible contraer un matrimonio normal (*iustum matrimonium*), debido a su condición o extracción social. Por tanto, estamos hablando de esclavas, de actrices, de prostitutas, de alcahuetas, de mujeres que desempeñan oficios considerados «infamantes» (como servir en las tabernas y en las *popinae*) o de mujeres condenadas por adulterio u otros delitos.

A eso también hay que añadir las extranjeras (es decir, las que no

poseen la ciudadanía romana), las denominadas *peregrinae*, que para poder casarse tenían que pedir un permiso especial, a menudo con resultado negativo.

Y por último están las exesclavas, las libertas. En teoría, un romano podría casarse con una de ellas, lo que ocurría en algunos casos, pero debido a su muy humilde origen (se trataba de antiguas esclavas, que habían sufrido el abuso de sus amos) los hombres preferían no ir mas allá de una relación de concubinato con ellas.

Una de las curiosidades de convivir con una concubina es que, al no existir obligaciones formales en ese tipo de unión, dejan de aplicarse automáticamente algunas faltas: por ejemplo, si se descubre a una concubina manteniendo relaciones sexuales con otro hombre, no es posible denunciarla por adulterio.

Y a ese respecto, los arqueólogos han descubierto una cosa muy intrigante: la prueba de que dos hombres compartían una misma concubina. Un *ménage à trois* en el que los tres estaban de acuerdo y tan contentos.

Un *ménage à trois* de la antigua Roma

La mujer que mantenía relaciones sexuales con dos hombres simultáneamente se llamaba Alia Potestas, era de Perugia y su tumba se encontró en la vía Pinciana de Roma. La persona que escribió su epitafio en una lápida de mármol hizo una cosa insólita: compuso una poesía de amor de veinticinco versos (hexámetros dactílicos y pentámetros) con una descripción erótico-sexual de la mujer y una alusión explícita a que era amada por dos hombres (poliandria), un caso rarísimo en las fuentes latinas. Y así, puede leerse que: «Aquí yace la perusina, ninguna mujer fue más hermosa que ella [...]. Daba poco que hablar, era siempre inmune a las críticas. La primera que se levantaba de la cama, era la última que se acostaba por la noche, después de haber puesto en orden todas las cosas».

Y a continuación: «Era de tez clara, con hermosos ojos y cabello dorado [...], y en su níveo pecho tenía unos senos pequeños. ¿Y qué decir de sus piernas? Las de Atalanta, en comparación, eran nada menos que ridículas».

Y sigue diciendo: «No era renuente, sino generosa en su amable cuerpo. Tenía unos miembros suaves, les quitaba todo el vello...».

Y por último, la frase que revelaba la doble relación: «Mientras vivió mantuvo el afecto entre dos jóvenes amantes, de modo que acabaron pareciéndose al ejemplo de Pílades y Orestes: una sola casa les acogía, tenían una sola alma. Tras la muerte de ella, ahora esos mismos envejecen separados el uno del otro».

Así pues, según parece, los dos hombres no competían por la mujer, sino que se llevaban muy bien y eran amigos (en la antigüedad, Pílades y Orestes siempre se citaban como un ejemplo de amistad profunda), vivían los tres en la misma casa... Casi parece que era precisamente la mujer la que les mantenía unidos, porque, después de su muerte, los dos amantes se fueron cada uno por su camino, señal de que no había más vínculo que la relación a tres... El que escribió ese epitafio fue un tal Aulo, es decir, el *patronus* de la muchacha, también enamorado de ella. Y eso pica aún más nuestra curiosidad... ¿Qué papel desempeñaba Aulo en el «trío»? Nunca lo sabremos. Sin embargo, una cosa es segura: la condición de concubina permitió a aquella mujer establecer libremente un triángulo amoroso que la satisfacía plenamente, sin por ello infringir las normas ni las leyes. Es más, incluso lo hacía con el consentimiento de su *patronus*. Una pequeña «reina» rodeada por dos (o tres) hombres. Justo lo contrario de la difundidísima costumbre de que un hombre tuviera varias mujeres para él solo. También esa era Roma.

V. «a su amante todo le está permitido»

Una madre que prostituye a sus propias hijas

Volvemos a encontrarnos por las calles de Roma, en nuestro viaje por la sexualidad de los romanos. Nos llama la atención un rótulo de colores. Es el de una barbería. Está hecho de forma chapucera y nos recuerda a los letreros que se ven en las aldeas de África o en los países del Tercer Mundo. En el rótulo figuran, desproporcionadas, una navaja de afeitar, unas tijeras (sin ojales, se trata dos hojas unidas mediante un hierro en forma de «U», como las que se utilizan para esquilar ovejas) y la cara de un hombre con el peinado de moda en esta época: el pelo corto, que deja la frente al descubierto. Del interior del establecimiento sale un estruendo de carcajadas, y vemos salir a un joven al que acaban de afeitar, despidiéndose de los demás clientes. Lo reconocemos: es el joven que esta mañana escribía algo en una pared de la plaza desde la que hemos decidido seguir los pasos de todos los hombres y mujeres allí presentes, a fin de comprender mejor el amor y la sexualidad entre los romanos. El joven anda con paso rápido y va dejando tras de sí el aroma de un perfume, probablemente el de un ungüento balsámico para calmar los pequeños cortes y el ardor de un afeitado que se hacía con unas hojas muy bastas. ¿Dónde irá, tan bien vestido y afeitado? Entra en una *insula*. Sube los peldaños de dos en dos. El portero, sentado sobre un taburete en el umbral, ya sabe adónde se dirige y no dice nada. Las escaleras están a oscuras y huelen mal, algunos peldaños están partidos, pero el hombre no aminora el paso, parece que le empuja la impaciencia. Por las ventanas que se abren en cada rellano intuimos que estamos subiendo mucho, dejando atrás las plantas «nobles», las de abajo, para llegar a las más populares. Ya empezamos a ver el cielo y los tejados de las casas vecinas. Y es precisamente aquí donde se detiene el joven. No hemos llegado a los pisos más altos y más pobres, estamos a mitad de camino: aquí vive gente con un estilo de vida intermedio entre la pobreza y el bienestar.

En la penumbra el hombre llama a una puerta. Enseguida se oye que alguien da vueltas a una cerradura y que se abre la puerta con un largo chirrido de las bisagras. Aparece el rostro de una mujer que ya no es joven y que se queda largo rato contemplando de arriba abajo al joven, fijándose también en cómo va vestido... y a continuación le hace un gesto para que entre. El joven se siente un tanto cohibido, pero no es la primera vez que hace este tipo de cosas. Se aclara la garganta y entra.

Dentro de la casa le abruma el perfume de las esencias que han echado en un brasero. En el centro de la habitación, sobre un suelo taraceado de formas geométricas hecho de mármol, hay una gran mesa de madera cubierta por un mantel rojo sobre la que destaca una gran jarra de bronce con figuras repujadas. Las cortinas y los tapices apuntan a que se trata de una familia de un buen nivel social pero al mismo tiempo modesta, que puede haber sufrido dificultades económicas. El hecho de que no haya ningún hombre, un señor de la

casa, le sugiere al joven que la mujer es viuda o divorciada. Sigue a la mujer, menuda, que mantiene una expresión fija e imperturbable. Representa una edad mayor que sus cuarenta y cinco años, tiene los hombros huesudos y lleva poco maquillaje.

Al llegar ante una gran cortina, la mujer se da la vuelta, vuelve a mirar fijamente al joven y después sonríe, al tiempo que aparta la cortina como si fuera un telón. Al otro lado hay una habitación con más mesitas, sillas, almohadones y telas: hay dos muchachas sentadas sobre una cama de triclinio, vestidas con túnicas bordadas semitransparentes que dejan entrever las formas de sus cuerpos, sus ombligos y sus pezones. Miran fijamente al joven con sus ojos maquillados y esbozan una sonrisa provocadora. Los ojos del joven parecen iluminarse. La mujer hace un gesto y las dos muchachas se levantan, dan un paso hacia el joven y después se desvisten y se quedan completamente desnudas. La cálida luz de unas lucernas acaricia los cuerpos de las chicas, de unos veinte años, pero sobre todo lo hace la mirada del joven y su creciente deseo. Aparte de alguna cicatriz, son dos cuerpos en la flor de la belleza, con amplias caderas y senos firmes, ambos capaces de satisfacer plenamente los apetitos del muchacho. La mujer le dice al joven el nombre de las chicas y le explica la especialidad amorosa en la que destaca cada una de ellas. Él tiene que escoger. Está mirando fijamente sobre todo a la muchacha más alta, de cabello castaño y ojos azules. Lo que al joven le lleva a decidirse por ella son sus labios carnosos. La mujer se da cuenta. Hace un gesto a las dos muchachas para que vuelvan a vestirse y le ordena a la elegida que se prepare...

La mujer coge del brazo al joven y se lo lleva a una mesa, donde le dice que se siente. Ahora toca hablar de negocios, está claro también por el tono de voz de la mujer, que es distinto. Enumera como si fuera una vendedora, de un modo frío y distante, la tarifa de la muchacha, sus prestaciones y los límites que el joven tendrá que respetar en su trato con ella. Se trata de un auténtico contrato... Como garantía, además del pago por anticipado, la mujer le pide al joven que deje grabado el sello de su anillo en una tablilla cubierta por una capa de cera, al pie de un breve texto donde figuran las condiciones del trato que debe dispensar a la muchacha y los plazos de devolución. El joven sonríe, saca una bolsita de piel y la deposita sobre la mesa. La mujer vuelca su contenido: un montoncito de denarios de plata rueda sobre la superficie de madera, lo que llama la atención de las dos muchachas, que están muy cerca. La mujer los cuenta uno por uno. Y

después, satisfecha, sonríe. El joven ha sido más generoso de lo previsto. Mientras tanto, la chica que ha elegido ya está preparada. Lleva un hato con su ropa, sus zapatos y accesorios para maquillarse. Va a trasladarse durante un tiempo a casa del joven y a convertirse en su prostituta personal, en su juguete sexual para todas sus fantasías. Y después regresará aquí, a casa de su madre y de su hermana, a la espera de un nuevo cliente. La mujer y la muchacha se dan un abrazo largo y afectuoso. Después la chica mira al hombre con aire decidido y le hace un gesto para indicarle que pueden irse. Desde la puerta echa un último vistazo a su madre y le dedica una dulce sonrisa como queriendo decirle: «Saldremos de esta, ya verás», al tiempo que la mano del joven ya le está tanteando los costados, y a continuación desaparece, cerrando la puerta.

En Roma debía de haber muchas escenas como esta. En efecto, sabemos que no era raro que las madres hicieran de alcahuetas y obligaran a prostituirse a sus hijas. Gestionaban a sus propias hijas-prostitutas como si fueran proxenetas. Los motivos que les llevaban a hacerlo eran básicamente económicos. Podía tratarse de una viuda con la necesidad de sacar adelante a su familia. O por el contrario, podía ser una decisión con la única finalidad de ganar más dinero, en un contexto popular degradado y de una gran promiscuidad. O bien podía ser una opción ponderada y ambiciosa, para introducir a las hijas en un ambiente «elevado», a fin de conseguir no solo sustanciosos ingresos, sino también un estilo de vida para las hijas imposible de obtener por otros medios. En nuestro caso, lo que empujó a las tres mujeres a emprender ese camino fue el fallecimiento del padre de familia y la perspectiva de que las tres acabaran en la calle.

No ha transcurrido mucho tiempo cuando de nuevo se oye a alguien llamando a la puerta. Hay otro cliente. La madre le hace un gesto a su hija para que se siente en el triclinio, cierra la cortina, se dirige a la entrada y abre la puerta tras dar varias vueltas al pesado cerrojo...

Los defectos de las mujeres romanas (según Juvenal)

Pero, ¿qué pensaba de las mujeres el «macho» romano? ¿Qué defectos les veía? Tenemos una oportunidad única de descubrirlo.

También nosotros salimos de la *insula* de la madre-alcahueta y entre la multitud vemos a un hombre que puede darnos una serie de «ideas» sobre el asunto. Es Juvenal, el famoso poeta que vive precisamente en esta época y que es famoso por sus ácidas críticas contra las mujeres recogidas en sus *Sátiras*, sobre todo en la ya citada sexta.

Está discutiendo animadamente sobre la cuestión con dos amigos suyos, sentados junto a la mesa de una *popina*. Nos acercamos y escuchamos con discreción...

El pudor, sostiene Juvenal, igual que la justicia, hace tiempo que ha abandonado este mundo, y resulta imposible encontrar una esposa de sanos principios, los antiguos principios, «¡una mujer de labios castos!», dice, dando un puñetazo sobre la mesa.

Después habla del poder que muchas mujeres tienen sobre sus maridos. «¡Si ella no quiere, no podrás hacer ni siquiera un regalo, no podrás vender nada, no podrás comprar si ella te lo prohíbe! Ella regulará incluso tus afectos, echará de tu casa incluso a tu viejo amigo, de quien tu puerta vio la primera barba... Para tu testamento, ¡ella te dictará el nombre de más de uno de tus rivales!».

En resumen, según Juvenal, las mujeres romanas son las que a menudo «llevan los pantalones» en casa.

El poeta está desbocado y ahora habla de las relaciones íntimas. En lo referente a la disponibilidad de la mujer para su marido, lo dice muy claro: «Mientras que a su amante todo le está permitido [...], para el pobre marido no hay más que negativas y quejas...».

Y prosigue, ahondando en el tema de la fidelidad: «En la cama en que yace la esposa se duerme muy poco, siempre está lleno de peleas y de injurias mutuas [...], ¡qué insoportable resulta cuando finge gemir, pues es consciente de que ha cometido alguna falta secreta! [...]. O cuando se queja de una rival imaginaria, con un río de lágrimas siempre preparado en los ojos [...]. Tú piensas que es por amor y te complaces de ello, porque no eres más que un gusano, y enjugas esas lágrimas con tus labios. ¡Qué bonitas cartas leerías y cuantas tablillas (grabadas) descubrirías si abrieras el cofre de tu adúltera!».

Juvenal no para: ante los gestos de aprobación de sus comensales, también arremete ¡contra las suegras! Enemigas de la paz familiar, según el poeta son precisamente las suegras las que aconsejarían a sus hijas incluso cómo responder a las cartas de los seductores.

Y después viene una hilarante crítica a las máscaras de belleza que ya entonces empleaban las romanas: «A menudo su cara [...] está hinchada de miga de pan o exhala el hedor de las pomadas de Popea,

y si el infeliz marido quiere darle un beso, se le quedan pegados los labios. En cambio, ante su amante se presentará con el rostro bien lavado».

Por último Juvenal, poniéndose en pie y escrutando a sus amigos, a los que se han sumado otros hombres atraídos por su tono y el argumento, da la última estocada a un hecho real de la antigua Roma: la negativa de las mujeres a afrontar las incomodidades del embarazo (debido a la elevada tasa de mortalidad por parto, la pérdida de belleza del cuerpo y el abandono temporal de un estilo de vida mundano). Según Juvenal, muchas mujeres recurren al aborto o a los filtros abortivos. Pero en el fondo, añade, es mejor así, porque de esa forma se evita el nacimiento de un hijo de su amante: «Alégrate, marido, es más, dale tú personalmente la poción [abortiva] que tiene que tomar porque [...] podrías fácilmente llegar a ser el padre de un etíope y muy pronto, tu heredero negro, al que nunca querrías ver de día, figuraría en tu testamento...».

Nos alejamos, mientras prosigue la tertulia del poeta. Las críticas de Juvenal, un misógino impresionante, son intencionadamente exageradas —obviamente la vida de pareja en la antigua Roma no es exactamente así— y reflejan muchos estereotipos de las «charlas de bar», pero en cualquier caso tienen la ventaja de que nos permiten atisbar la vida cotidiana entre marido y mujer hace aproximadamente dos mil años. Y revelan que algunos aspectos de su relación todavía son actuales.

Como, desgraciadamente, ocurre con el aspecto más siniestro de la relación de pareja: la violencia contra las mujeres... Podemos apreciarlo en el rostro de una mujer que va andando por la calle en compañía de dos amigas suyas. Tiene el rostro tumefacto, los brazos llenos de moratones, la sien hinchada y los ojos rojos de tanto llorar. Claramente su marido le ha dado una paliza, pero ella parece resignada y busca consuelo con sus amigas. Camina cojeando, con la cabeza gacha. Nos invade una profunda tristeza al ver su vida resumida en esa mirada perdida. Pero nadie le presta la más mínima atención. Nadie le lanza una mirada de comprensión o de solidaridad. En efecto, en la antigua Roma, que un hombre pegue a su esposa es algo normal. Nadie acaba en los tribunales por eso. Salvo si ella muere. Parece que la violencia doméstica contra las mujeres es más frecuente entre las clases medias y bajas, porque en las familias nobles una cosa así supondría un escándalo y pondría en riesgo las relaciones entre las dos familias. Por consiguiente, una mujer rica también está

más «protegida» y más a salvo de los golpes. En las *Confesiones* de san Agustín hay un pasaje sobre la violencia que ejercen los maridos, donde el autor habla de su madre, y que resulta revelador: «Toleró los ultrajes en la cama de manera que no tuviera el mínimo litigio con su marido al respecto [...]. Muchas otras señoras, pese a que estaban casadas con hombres más dóciles, llevaban marcas de los golpes que incluso desfiguraban su aspecto, y en las conversaciones con sus amigas deploraban la conducta de sus maridos».

Han pasado casi dos mil años y, sin embargo, la violencia contra las mujeres sigue siendo un fenómeno habitual; desde las violaciones que se perpetran en el ámbito familiar a los golpes y el goteo cotidiano de discriminaciones y abusos, la mujer sigue siendo el eslabón más débil de la pareja. Parece que nada ha cambiado desde los tiempos de la antigua Roma.

VI. entre los vapores de las termas

Un «Carnaval de Río» en Roma

Todos los años, el 28 de abril, en la antigua Roma da comienzo la fiesta de los *Floralia*, en honor de Flora, la diosa de la vegetación, de las flores, de los árboles. Es un momento muy esperado por la población, porque celebra el despertar de la naturaleza. Pero para los romanos, sobre todo para los varones, también tiene otro significado. Es el momento de ver los cuerpos desnudos de muchas mujeres haciendo *striptease*, desde el 28 de abril hasta el 3 de mayo. Por popularidad, este evento es comparable en ciertos aspectos al carnaval de Río de Janeiro, por cuyo «sambódromo» desfilan en procesión los distintos grupos de baile, con sus carrozas alegóricas y sus muchachas semidesnudas.

En la antigua Roma se hace más y mejor. Como sambódromo está el gigantesco Circo Máximo. Y las que desfilan son actrices y prostitutas, que se van a dedicar a hacer *striptease* ¡durante cinco días seguidos! Lo hacen porque la diosa Flora es su protectora y tiene su templo precisamente al lado del Circo Máximo. Como especifica el profesor Romolo Augusto Staccioli, se trataba de unos eventos muy elaborados: en efecto, se celebraban unos «juegos» especiales, a modo de imitación cómica de los espectáculos de los cazadores contra las fieras y de los combates entre gladiadores. Los protagonistas eran animales mansos, como cabras y conejos, y no hombres musculosos o gladiadores, sino muchachas. El broche final siempre consistía en un *striptease* colectivo de aquellas mujeres. Los vítores masculinos por todo el graderío debían de ser ensordecedores, con coros de acompañamiento, invocaciones, peticiones de bises y comentarios procaces.

Las actrices del género cómico (mimo) improvisaban acciones insinuantes y muy vulgares, lo mismo que las prostitutas (ambas profesiones tenían un estatus parecido y una reputación ínfima). Se desnudaban y desfilaban, como en el más clásico de los espectáculos de *striptease*. Y era un espectáculo ininterrumpido. En efecto, empezaba por la noche, porque a la diosa Flora se la homenajeaba por la noche, y el espectáculo proseguía hasta el amanecer, durante cinco días seguidos. El escritor Tertuliano, que vivió entre los siglos *ii* y *iii* d.

C., asistió a estos *Floralia* y, en su obra *De spectaculis* (17, 8), afirma que se adoptaban algunas precauciones: las mujeres menos atractivas desfilaban por la noche, cuando la oscuridad disimulaba sus imperfecciones estéticas. En cambio, las más hermosas se dejaban ver al amanecer, dispensando a los asistentes su carga erótica «y cosas que habrían debido permanecer en las tinieblas» a la luz de los primeros rayos del sol. En el caso de las prostitutas, llegaba a ocurrir que, mientras se desnudaban y desfilaban desnudas, sus respectivos chulos iban indicando el precio de sus servicios y en qué destacaban.

Una vuelta por los SPA y los gimnasios de aquellos tiempos: las termas

Las preguntas que podemos plantearnos llegados a este punto son: ¿cuándo dejaban ver su cuerpo las mujeres romanas? ¿Y cuáles eran las tipologías que más gustaban? ¿Las mujeres «opulentas» o las delgadas? Para averiguarlo vamos a entrar en las grandes termas de Trajano, situadas en el monte Oppio, a dos pasos del Coliseo. En efecto, en esta época las termas no tienen horarios de admisión diferenciados por sexos, son mixtas. Hombres y mujeres están mezclados. La única precaución son los vestuarios separados.

En cierto sentido, las termas son el equivalente de nuestros spa, mejor dicho, son todavía mejores (justamente porque spa es el acrónimo de *salus per aquam*, es decir, la salud a través del uso del agua), pero la atmósfera que se respira recuerda en determinados aspectos a la de esos clubes y esos gimnasios donde hoy en día a la gente le gusta exhibir sus cuerpos bronceados, sus pechos operados y sus músculos esculpidos, en un juego de seducción, de exhibicionismo y de «ligue»...

El edificio es inmenso, un auténtico monumento al bienestar físico. La entrada está presidida por estatuas y bajorrelieves. Es un ir y venir de personas, unas salen aseadas y relajadas y otras entran con el semblante cansado y sudoroso. Por esta entrada, cuyos altísimos portones están abiertos de par en par, como el estrecho de Gibraltar, se alternan dos «corrientes», una de salida, envuelta en perfumes y aromas de ungüentos, y otra de entrada, cargada de suciedad y de hedor a sudor.

Seguimos a la gente que desaparece en la oscuridad del atrio.

Después de avanzar unos pasos, surge una visión impresionante. Hemos dejado a nuestras espaldas un laberinto de callejas, de calles caóticas y de bloques de viviendas tan próximos unos de otros que no dejan que la luz del sol llegue al suelo. Ahora, ante nosotros, hay un enorme oasis de luz. Nos acogen amplios espacios verdes, con jardines, estatuas y senderos. En el centro se alza, como un gran templo consagrado a la salud, el enorme edificio de las termas, en el que destacan los grandes ventanales del *caldarium* y las chimeneas del tejado que vomitan sin parar columnas de un humo oscuro, el de la leña que arde en los hornos. Ya en los jardines divisamos algunas mujeres ligeras de ropa que atraen las miradas de los hombres. Pero dentro de las termas es donde vamos a descubrir que a las mujeres romanas les encanta exhibir sus cuerpos. En el interior, entre el ir y venir de la gente, nos vemos envueltos por el griterío de los hombres y las mujeres que reverbera sobre los mármoles del suelo, blanquísimos, y los de las paredes, de distintos colores. Unas gruesas columnas acanaladas nos invitan a mirar hacia lo alto, como puede hacerlo un ascensor, hasta llegar a las amplias bóvedas del techo, decoradas con recuadros y estucos de colores. Durante nuestro paseo, las estatuas pintadas, inmóviles en sus nichos o en los rincones, se nos antojan personas que se hubieran quedado repentinamente petrificadas por obra de algún maleficio.

En la zona reservada para hacer ejercicio nos llama la atención una pequeña multitud que observa a unos hombres practicando la lucha libre. Tienen el cuerpo brillante debido al aceite que se han untado en la piel, lo que hace «luminosos» también sus músculos, y atraen la mirada interesada de más de una romana que pasea junto al borde de esa pequeña arena. Sus ojos tampoco se despegan de los cuerpos de los que realizan ejercicios de levantamiento de peso con balones de cuero rellenos de arena y cuyos bíceps se hinchan hasta lo indecible...

¿Cuál era el físico masculino que más gustaba?

Aquí nos damos cuenta enseguida. En la antigua Roma, el cuerpo masculino más deseable para una mujer está un poco bronceado, es atlético, de glúteos prominentes, muslos torneados, hombros grandes, espalda ancha y pecho amplio. A lo largo de dos mil años este modelo masculino no ha cambiado demasiado... La altura no es un requisito

fundamental (en la antigua Roma todo el mundo es de baja estatura, mientras que las personas más altas son los bárbaros, toscos y primitivos), pero sí lo son las proporciones. Tiene mucho éxito el modelo mediterráneo viril. En ese sentido, Ovidio aconseja a los hombres que se bronceen haciendo ejercicios deportivos en el Campo de Marte. Deben verse unos músculos esculpidos bajo una piel tersa. En efecto, a las mujeres romanas no les gustan los hombres demasiado peludos. Así pues, muchísimos hombres se depilan las piernas y los brazos, ablandando los vellos con cáscaras de nuez bien calientes antes de afeitárselos (Ovidio también recomienda prestar atención a eliminar siempre los pelillos que sobresalen de las fosas nasales). Y además hay que cortarse el pelo a la moda (y no a cepillo, como los que vienen del campo), llevar las uñas limpias y bien limadas, etcétera.

Y, por último, a la mujer romana le gustan los hombres limpios: hay que cuidar mucho la higiene, evitando las axilas malolientes y presentando un cuerpo perfumado. También es importante la forma de vestir: la toga debe llevar una caída con los pliegues justos y no puede tener ni una sola mancha.

Proseguimos nuestro recorrido por las termas. Ahora nos encontramos al borde de la gran piscina, donde muchos se zambullen al final del recorrido *tepidarium-caldarium-frigidarium*. Nos fijamos en dos mujeres que pasean charlando por el borde: su ropa es una auténtica provocación. Es de seda transparente y no consigue ocultar todos los detalles de sus cuerpos. Se entrevén unos glúteos opulentos, incluso los pequeños hoyuelos que hay sobre ellos, y además la línea de los omóplatos y la forma de los senos, que presionan sobre el tejido creando un calco perfecto de los pezones, de los que se adivina cada detalle y tonalidad. Hay algo que llama la atención: no hay ni un solo vello visible en todo el cuerpo. Ni debajo de las axilas ni en el pubis.

Sus andares, estudiados con cuidado a cada paso, atraen muchas miradas entre los hombres. E incluso entre las demás mujeres, que las escrutan con una mirada llena de desafío y de desprecio. Las termas son uno de los lugares donde muchas mujeres atraen a los seductores.

¿Cuál era el físico femenino que más gustaba?

Pero, ¿cuál es el cuerpo que gusta más a esos seductores?

Naturalmente cada hombre y cada mujer tiene sus propias preferencias, entonces igual que ahora. Pero en la antigua Roma el modelo que gusta más es el de una mujer con caderas anchas, un trasero abundante y pechos pequeños. Una forma que podríamos denominar «de pera», que garantiza salud y fertilidad (con grasa en los costados, en las piernas y en los glúteos) y una estructura adecuada para tener (muchos) hijos, como unas caderas anchas. Este modelo de mujer existe hoy en día en las culturas que han permanecido ancladas en un estilo de vida difícil, campesino, donde las enfermedades diezman a los niños y no siempre hay suficiente comida en la mesa. Y si observamos los cuadros de los museos, veremos que también entre nosotros ese fue el modelo de mujer «ideal» hasta el siglo XIX. Con la llegada de la sociedad industrial moderna, donde los niños ya no mueren como moscas y abunda la comida, la humanidad puede «permitirse» un modelo de mujer delgada, cuyas formas satisfacen más la mirada del hombre que la necesidad de tener muchos hijos y lograr que sobrevivan.

Es cierto que muchas prostitutas tienen nombres orientales, porque el «modelo» mediterráneo, «caliente», exótico, de cabello oscuro y mirada profunda, supone un fortísimo reclamo erótico para el hombre romano. Pero, con el transcurso de las generaciones, con la expansión de los territorios romanos y la llegada de esclavas nórdicas, el modelo de mujer de tez clara y cabello largo y rubio se fue abriendo camino cada vez más en el imaginario erótico del varón romano. Y así, Catulo, el poeta que le pedía a su queridísima Lesbia «dame mil besos, y después cien, y después otros mil...», fue el primero que celebró la belleza femenina nórdica, que posteriormente se convertirá en la protagonista, según la estudiosa Géraldine Puccini-Delbey, de toda la poesía erótica latina.

Estamos aproximadamente en tiempos de Julio César. En efecto, tan solo unas décadas después, en tiempos de Augusto, las mujeres romanas ya se tiñen el pelo de rubio con «hierbas traídas de Germania», como dirá Ovidio. Pero, ¿cómo tiene que ser esa mujer rubia ideal? Debe tener brazos y piernas esbeltos y armoniosos, los pies pequeños, las manos finas y los dedos largos. El color de su piel debe ser rosado o en cualquier caso muy claro. En resumen, una mujer muy diferente del modelo «arcaico» de las mujeres sabinas, las que raptaron los romanos, de brazos torneados y tez más colorida; mujeres sencillas, que se quedan en casa a hilar la lana, conforme a los principios de una moral antigua. En cambio, a estas mujeres les gusta

la ropa cara y bordada en oro, las joyas, los perfumes y, sobre todo, son muy elegantes. Les encanta agradar a los hombres y les gusta entregarse.

La desnudez de la mujer romana

Esos son los modelos de mujer que nos describieron algunos poetas de aquella época. Y al hombre romano le encanta la desnudez, está fascinado por el cuerpo femenino, le gusta mirar a la mujer durante el acto sexual. Pero no resulta tan fácil. En efecto, si observamos las pinturas «eróticas» de Pompeya, difícilmente veremos representada a una mujer completamente desnuda. Siempre lleva puesto el *strophium*, la faja-sujetador, o algún velo sobre el vientre. Incluso en las imágenes pintadas, las prostitutas de los burdeles no aparecen nunca completamente desnudas. El sexo y los senos generalmente aparecen tapados (por una mano, por una tela, por una pierna, por la elección del punto de vista...). Eso se debe a la moral romana de la «mujer púdica», tan arraigada en la mentalidad de aquella época. Aunque se trate de una prostituta. Es lo mismo que ocurre hoy en día con la publicidad, donde, por ejemplo, una modelo puede aparecer en un desnudo artístico, pero nunca vulgar, y siempre hay un toque de «elegancia» asociado a la imagen femenina. Lo mismo que ocurría en la antigua Roma.

Así pues, la desnudez integral de la mujer se convierte en un objetivo para muchos hombres, así como para numerosos poetas (Ovidio llega al extremo de amenazar a su Corina con arrancarle la ropa en caso de que se acueste vestida con él en la cama). Pero también para muchas mujeres romanas la desnudez «visible» empieza a convertirse en sinónimo de libertad y, por consiguiente, una lucerna encendida durante las relaciones sexuales nocturnas se convierte en un accesorio erótico... Igual que el empleo de espejos, como veremos a continuación.

El cuerpo de las mujeres romanas

Para un romano, la mujer ideal debe poseer tres características: un cuerpo opulento y atractivo, ser joven y provocar deseo. Su cuerpo

debe poder describirse con tres colores: el blanco, el rojo y el amarillo (es decir, el rubio). Naturalmente, según los poetas. Además, cada hombre puede tener otro tipo de preferencias. Hay variedad en los gustos, eso es obvio. Pero existen unos ideales. Es como si dentro de dos mil años alguien intentara comprender nuestro ideal de mujer mirando las fotos de las modelos que aparecen en los anuncios: precisamente a través de esas imágenes se entendería qué tipos representan nuestros ideales femeninos.

Al margen de los colores del cuerpo, lo que un hombre romano va buscando son también los olores y los perfumes. En efecto, en la antigua Roma, un cuerpo se percibe también a través de sus fragancias. Puede que en mayor medida que hoy en día. Para dos amantes, aplicar un ungüento o un aceite balsámico sobre el cuerpo ya forma parte del acto sexual en sí, es un prolegómeno que a mucha gente le encantaba en aquella época.

Según la estudiosa Géraldine Puccini-Delbey, los perfumes tienen una función erótica, como se desprende de muchas obras y escritos antiguos. Las mujeres romanas conocen muy bien los trucos de un cuerpo atractivo, sobre todo si tienen que seducir por su profesión, como las prostitutas y las cortesanas... Conocen el astuto arte del cuidado del cuerpo. El arte al que hoy en día siguen recurriendo las mujeres cuando van a la esteticista. Y descubrimos algunos trucos justamente aquí, en las termas, acercándonos a dos mujeres mientras se intercambian confidencias. Son jóvenes, guapas, van maquilladas y muy arregladas. En efecto, estas dos mujeres, entre risas, admiten que dedican mucho tiempo a lavarse, a frotarse y alisarse la piel, a ponerse el equivalente del colorete, a «empolvarse» y a hacerse peinados. Y sobre todo, prestan mucha atención a depilarse totalmente las zonas íntimas. Apuleyo, a ese respecto, habla claramente de un «sexo liso» refiriéndose a una mujer que se había desnudado.

Pero la depilación también tiene como propósito dejar bien a la vista el... monte de Venus (es decir, esa leve «hinchazón» que hay justo encima del sexo y que normalmente no se ve porque está cubierta de vello), que llamará la atención del hombre, casi como si fuera una invitación, llenándole de deseo.

Y después los perfumes... Por lo que dicen las dos mujeres descubrimos que las esencias y los aromas son un arma de seducción igual de poderosa que las zonas erógenas del cuerpo. Para poder agradar, el cuerpo tiene que exhalar perfumes: la mirra y la canela, procedentes de Arabia y de la India, forman parte del arsenal de

seducción de estas mujeres (aunque también de los hombres). ¿Dónde se ponen el perfume? Las dos mujeres se confían sus estrategias: en el pelo, obviamente. Sobre la piel, eso está claro. Pero también... ¡en la boca! Un aliento perfumado con canela, por ejemplo, es un reclamo irresistible para algunos hombres.

El empleo del carmín ya está muy difundido en la antigua Roma, y el rojo es el color preferido (acentúa lo que el hombre, instintivamente, asocia con el sexo femenino). En los cofres donde se guardan los accesorios de aseo femeninos, una mujer romana ya tiene el equivalente de la sombra de ojos, del lápiz de contorno de ojos (¡confeccionado con minerales, huesos de dátil u hormigas carbonizadas!) e incluso el antepasado de la máscara, que se aplica con unas agujas curvadas para arquear las pestañas hacia arriba. Otras armas del arsenal de belleza femenino son las cremas a base de miel o de albayalde (blanco) para dar luminosidad al rostro, ungüentos para mantener la piel suave, polvos rojizos para las mejillas, pinzas para los pelos superfluos de la cara y del cuerpo... Y también pelucas de distintos colores (rubio, pelirrojo o negro) hechas con cabello traído de Germania o de Oriente Próximo y dotadas de complejos «armazones» internos para sostener unos peinados sofisticados y de gran altura, cuya forma recuerda a los tocados de los papas, y formados por cascadas de rizos decoradas con perlas o piedras preciosas, para los eventos más importantes y los banquetes.

Una operación de cirugía estética para reducir la grasa

Los romanos sabían operar para eliminar los excesos de grasa del cuerpo. Sabemos que ya los egipcios, gracias a sus profundos conocimientos de anatomía como consecuencia de los embalsamamientos, eran capaces de realizar operaciones de cirugía estética. Hace tres mil quinientos años ya se realizaban intervenciones de *peeling* para rejuvenecer la piel y eliminar las arrugas. El procedimiento se describe con claridad en el famoso papiro de Edwin Smith: sobre la piel del rostro de un anciano se extiende un ungüento capaz de suavizar las arrugas y provocar una relajación cutánea.

En cambio, en la antigua Roma tenemos casos extraordinarios de cirugía estética para extirpar la papada, el labio leporino y operaciones de reconstrucción con legionarios o gladiadores que

habían sufrido graves mutilaciones en el rostro.

Pero el caso más sorprendente es el que cita Plinio el Viejo para reducir el exceso de grasa de un muchacho descendiente de una gloriosa familia de militares.

Era hijo de Lucius Apronius Caesianus, que había sido cónsul: el muchacho era tan obeso que no podía ni andar, puede que por culpa de una disfunción hormonal o tal vez por una vida de excesos con la comida. Era necesario operarle. He aquí el relato de Plinio: «Se cuenta que el hijo de Lucius Apronius, que había sido cónsul, estaba tan gordo que pidió que le quitaran el exceso de tejido adiposo, con lo que aligeró su cuerpo, que por culpa del exceso de peso ya no podía moverse».

Los expertos que han estudiado el pasaje de Plinio consideran que se trata de la mención más antigua a una abdominoplastia, es decir, cirugía plástica en el abdomen; hoy en día es una operación muy corriente, que se realiza cuando la liposucción no resulta eficaz y contempla operar al paciente en distintos puntos, habitualmente junto al ombligo y por encima del pubis, separando la piel de los músculos, retirando toda la grasa y la piel sobrante para volver a cerrar dando a la piel un aspecto «terso». Es probable que el cirujano romano realizara una operación parecida pero sin la anestesia de hoy en día, contando únicamente con grandes dosis de opio. Si nos atenemos al relato de Plinio, parece que el paciente no murió y que, a pesar de una larga convalecencia y probablemente de unas llamativas cicatrices, pudo reanudar su vida normal.

El instante fugaz

Entre todas las divinidades que veneraban los romanos, hubo una muy peculiar que tal vez fue la que mejor representaba su filosofía de la vida. Incluso... en la cama. Se llamaba Kairós. Era la divinidad... ¡del instante fugaz! Es decir, de la ocasión que no hay que desaprovechar. Kairós era el nombre griego. Los romanos lo llamaban Tempus u Occasio (obviamente). Tan solo tenemos unas pocas representaciones de él. Hijo de Zeus, tenía el aspecto de un joven apuesto, desnudo y musculoso, con el pelo largo, lo más parecido a un surfista. Sin embargo, curiosamente, aunque por delante llevaba el pelo largo, la parte posterior de la cabeza era calva. Tenía alas en la espalda y en los pies. Y en la mano llevaba una navaja de afeitar, con una balanza colocada en vilo sobre la hoja afilada, para indicar que todo puede cambiar en un instante, incluso la llegada de la muerte. Y es precisamente Kairós el que gobierna ese instante. Las alas simbolizaban la velocidad con la que se presenta una ocasión y el poco tiempo que tenemos para decidir. El pelo largo sobre la frente significaba que hay que aferrar una oportunidad al vuelo, en cuanto se presenta; en cambio, la nuca calva señalaba que, una vez que la ocasión ha pasado, ya es imposible volver a agarrarla...

Kairós, más que una divinidad, era un concepto de la vida. En una época en que la media de vida para un hombre era de cuarenta y un años y, para una mujer, de veintinueve, debido a las complicaciones del parto, la vida se vivía intensamente, cosechando sus frutos más hermosos, antes de que la muerte se lo llevara todo. No había que pensar en el ayer, el mañana no importaba, lo que contaba era el momento que se estaba viviendo: había que saborear y aprovechar todo lo que la vida nos regalaba. Y el amor y el sexo eran regalos de los dioses... ¡que había que aferrar al vuelo!

Dónde ligar en la antigua Roma

Si le preguntáramos a un romano de la antigüedad dónde podemos conocer a chicas con las que ligar, nos respondería que existen algunos lugares especialmente indicados. Los distintos pórticos diseminados

por Roma, que son pequeños oasis de paz apartados del caos de la ciudad, el equivalente de nuestros jardines, son plazas rodeadas de columnatas que a menudo tienen en el centro templos y jardincitos, senderos, fuentes y estatuas, donde, en medio del silencio y del frescor, a las mujeres les gusta ir de paseo, lo que brinda la oportunidad de abordarlas.

Está el Foro, donde la concentración de gente hace posible los encuentros. Pero siempre existe el problema de la formalidad de un lugar público. Y hay ocasiones «especiales» donde, aprovechando el bullicio, uno puede intentar cosas como... el contacto físico: son los días de celebraciones o los desfiles triunfales. Ovidio fue testigo del desfile que organizó Augusto cuando infligió una humillante derrota a los partos, los enemigos de Roma, a las puertas de Oriente Próximo. Y enseguida tuvo claro que, para un seductor, ese tipo de eventos suponían una ocasión de oro para ir a la caza de muchachas. Entre la multitud de miles de personas que se amontonaban a lo largo de las calles por donde desfilaba el cortejo, uno debe colocarse junto a la mujer sobre la que ha puesto el punto de mira y esperar a la primera excusa para iniciar una conversación: cuando ella hace alguna pregunta sobre los carros triunfales o sobre las regiones extranjeras recién sometidas. A menudo, esa inocente pregunta es en realidad una petición de «contacto», y el hombre tiene que captarlo al vuelo: la respuesta debe ser segura, directa y establecer una buena vibración entre los dos. Y cuando eso ocurre, como subraya el profesor Karl-Wilhelm Weeber, experto en la cultura romana, cabría imaginarse la escena siguiente, que nos sugiere el poeta Propercio: «... y, apoyado sobre el pecho de mi muchacha, empezaré a mirar, y leeré en los carteles (del desfile triunfal) el nombre de la ciudad conquistada... y los comandantes (enemigos) prisioneros sentados bajo las armas...».

La multitud y el hecho de que la atención de todo el mundo se centre en el paso de los carros, de los soldados y de los prisioneros permiten audaces tocamientos, contactos o «manos muertas» que de otra forma resultarían imposibles en la calle. Y que más tarde pueden proseguir en otro lugar con una relación sexual en toda regla.

Efectivamente, los lugares preferidos por los *latin lovers* romanos para ligar tienen a menudo esa misma característica: están llenos de gente, porque ofrecen más donde elegir, permiten tener un contacto más estrecho y al mismo tiempo llamar menos la atención. Por ello, el lugar para ligar por excelencia, según Ovidio, es el Circo Máximo, donde el escarceo comienza nada menos que «tocando» a una mujer.

Ya hemos hablado de las técnicas de cortejo en el Circo Máximo en un libro anterior (*Un día en la antigua Roma*), y llaman mucho la atención los distintos papeles que desempeñan el hombre y la mujer. Dado que los graderíos son para un público mixto (a diferencia del Coliseo, donde los hombres y las mujeres están estrictamente separados), Ovidio aconseja escoger una «presa» y sentarse a su lado sin perder tiempo: ahí es donde se produce el primer contacto entre los cuerpos, a través de los costados. En ese momento, es imprescindible apoyar hipócritamente al grupo de la mujer para crear así una improvisada sintonía. Entonces llega el momento de las astucias, como por ejemplo intentar sacudir una supuesta capa de polvo (que han levantado los carros de carreras) que ha caído sobre el regazo de la mujer. Ahí tiene lugar un segundo contacto y se palpa otra parte del cuerpo femenino. Por último, con la excusa de que el borde de la túnica de la muchacha ha quedado atrapado bajo sus sandalias, se le pide que levante el pie, y si ella accede, se levanta la túnica para echarle una buena mirada furtiva a sus piernas y a sus muslos... Eso es lo que aconseja Ovidio, que añade que para conquistar a una mujer en el Circo Máximo «a muchos les ha resultado útil simplemente acercar la almohadilla con mano servicial». ¿Por qué extraña razón resulta tan fácil conquistar a una mujer en el Circo Máximo? Tal vez sea porque... ¡ella ha acudido al Circo con ganas de que un hombre la seduzca! En efecto, queda claro que todos estos trucos de aproximación tan solo funcionan si la mujer es cómplice: en realidad es ella la que está ligándose al hombre y no viceversa.

Cómo ligarse a una mujer: las sugerencias de Ovidio

¿Pero cuáles son las estrategias para ligar de un *latin lover* (y nunca mejor dicho) de hace dos mil años? El primer problema que hay que resolver es cómo descubrirlas. Hay una manera. Efectivamente, abundan las obras y los poemas de amor que pueden echarnos una mano. Eran obras destinadas a la élite de Roma y están repletas de sugerencias. En particular, el poeta Ovidio es una mina de información y de consejos gracias a su *Ars amatoria*, un manual de amor que le hizo famoso ya en la época de Augusto hasta nuestros días: un *best seller* de éxito que sería la envidia de cualquier autor moderno.

La iniciativa

Ante todo, el hombre es quien debe tomar la iniciativa —«*Vir prior accedat!*» («¡Que primero se acerque el hombre!»)— tanto porque en el mundo romano el hombre es el que manda como porque una muchacha no puede asumir una actitud descarada en público.

La primera aproximación

A partir de ahí hay que iniciar una conversación. Ya, ¿pero cómo? A la mujer romana le gusta «hacerse de rogar», de modo que hay que emplear palabras dulces, de amor, con un tono casi de súplica: «con voz de plegaria», dice Ovidio. Pero teniendo cuidado de moderar el ataque y no insistir demasiado. Una buena técnica consiste en empezar jugando la carta de la amistad, disimulando el amor.

«Por ese camino ya he visto a más de uno conquistar con su verbo a una mujer reservada: primero fue su amigo y después fue su amante».

Las palabras que hay que usar con las mujeres

En ese momento, es crucial utilizar los temas y las palabras adecuados. Un punto débil de las mujeres, según Ovidio (I, 618-624), son los cumplidos: para conseguir la atención, y sobre todo la aprobación de la mujer, es preciso cubrirla literalmente de cumplidos. Los consejos de Ovidio son cínicos y carentes de prejuicios, escuchen: «Conquista ahora su corazón astutamente con dulces lisonjas [...]. No te canses de decirle lo bello que es su rostro, hermosos sus cabellos, bien torneados sus dedos, pequeños sus pies. Incluso una mujer casta siente deleite cuando le dicen que es hermosa: la virgen se dedica a cuidarse y a mimarse».

Naturalmente, también la ropa, un asunto al que las mujeres son muy sensibles, es un caballo de batalla... Es imprescindible mostrarse extasiado y atónito ante su aspecto, ante la ropa que lleva puesta, que es de máxima calidad o de los mejores proveedores. Si lleva puestas joyas de oro, hay que decirle que ella es más preciosa que el oro; si se

pone un abrigo de piel, que no hay nada que le siente mejor; si después aparece vestida tan solo con una túnica ligera, hay que exclamar: «¡Oh, pero es que tú vas provocando incendios!». Si se ha hecho una raya en el pelo, hay que elogiar la raya, si por el contrario se ha ondulado el pelo con un hierro caliente, señalarle: «¡Oh! ¡Esta onda, qué bonita...!». Y cuando baila hay que admirar sus brazos o su voz si canta. Y por último, elogiar todos y cada uno de los abrazos que nos ofrecerá por la noche...

A nosotros algunos de estos consejos pueden parecernos un poco simples, pero la estrategia que hay detrás es muy refinada. Como los salmones, los seductores remontan la corriente de los asuntos que más preocupan a una mujer: su aspecto exterior, su elegancia, el cuidado que ha puesto en cada mínimo detalle de su forma de presentarse.

Naturalmente, no hay que exagerar. El propio Ovidio dice que no debemos traicionarnos y no revelar la simulación utilizando expresiones poco creíbles...

Cosas que nunca hay que decirle a una mujer

Que a nadie se le ocurra hablarle a una mujer de sus defectos, tanto físicos como de carácter, y mucho menos criticarlos. Y es absolutamente inapropiado preguntarle su edad: «Nunca le preguntes cuántos años tiene, ni intentes averiguar cuándo nació, sobre todo si ella se va ajando, si sus mejores tiempos ya pasaron, si ya, entre sus cabellos, se busca las canas».

Mucho cuidado con contarle noches de sexo o con alardear de conquistas. Aunque sean verdaderas, tan solo tienen un efecto contraproducente, porque obviamente rebajan el valor de la mujer que uno está cortejando.

La estrategia del engaño

Para conquistar a una mujer, dice Ovidio, es lícito incluso el engaño. ¿Cómo? El poeta es muy explícito. Se trata de falsas promesas y falsos juramentos, de pequeños engaños convenientes y de gran eficacia. «Promete mucho: las promesas atraen a las mujeres», y no hay que tener el mínimo reparo en jurar por los dioses: «¡Pon por

testigos de tus promesas a los dioses, a todos los que quieras! Desde lo alto, Júpiter sonríe ante los falsos juramentos de los amantes y permite que los vientos de Eolo se los lleven sin consecuencias».

En la antigua Roma, tradicionalmente se creía que los dioses perdonaban los juramentos en falso por amor.

Otro truco eran las... ¡lágrimas falsas! Pero para eso hacía falta ser buen actor y servirse, en caso necesario, de la ayuda de algún «efecto especial»: «Además, resultan muy útiles las lágrimas: con el llanto podrás enternecer un diamante. Consigue que ella vea tus mejillas mojadas, si eres capaz; y si te falta el llanto (no siempre está dispuesto a salir a tiempo), tócate los ojos con una mano mojada».

Ovidio, un consumado *latin lover* (I, 729-738), ofrece una última sugerencia teatral para convencer a la mujer en un momento crucial, a saber: que cuando uno se declara, tiene que presentar un aspecto alterado, como si no hubiera podido dormir desde hace varios días, consumido por el amor a esa mujer: «Que todo amante esté pálido: ese es el color que mejor le va y que más le conviene. Tan solo los necios piensan que no sirve para nada [...]. Que tu corazón se refleje en tu rostro demacrado; cubre sin temor con la capucha tu elegante cabellera. Las largas vigilias, la angustia y el ansia por un gran amor adelgazan a los jóvenes. Si quieres llegar a buen puerto, procura aparecer con un rostro menguado, de modo que quien te mire pueda decir de ti sin dudarlo: "¡Vaya, estás enamorado!"».

En los banquetes hay que evitar el vino, pero fingirse un poco borracho puede servir para enviar mensajes a la persona amada. Porque mientras todo el mundo se cree que las palabras procaces y audaces son fruto del vino, en realidad penetran profundamente en la mujer y cumplen su cometido. Una frase que sugiere Ovidio es muy clara: «Y levantando la copa, dile: "¡Salud, y salud a quien tu lecho comparte contigo!"».

Una clara invitación a tener relaciones sexuales con la mujer.

Después de las palabras, pasar al contacto físico

Es la parte más difícil y delicada, porque, como hemos dicho, estaba prohibido tocar a una matrona romana. ¿Qué hacer? He aquí algunas argucias: al final de un banquete, aprovechar el jaleo de las despedidas para tocar a la muchacha que uno tanto desea: «Cuando, una vez retiradas las mesas, os marchéis, el gentío y el lugar te

permitirán llegar hasta ella. Mézclate entre la gente, todo lo que puedas acércate y tócale suavemente el costado con un dedo, rózale levemente el pie con tu pie».

Incluso en un lugar público se puede llegar a tocar a una matrona con suma discreción, como en el Circo Máximo, donde ya hemos descrito el prontuario para el acercamiento clásico, y para ello hay una técnica concreta de ligue donde ni siquiera hace falta una palabra o un gesto. Si, después de sentarse junto a la mujer que pretende cortejar, el hombre empieza a juntarse cada vez más al costado de ella, le está enviando un mensaje tan claro que ella únicamente puede responder aceptando la presión y a su vez apoyándose en el hombre, o bien apartándose.

Una «estrategia de salida» en caso de rechazo

Si el cortejador se da cuenta de que sus insinuaciones no surten el mínimo efecto, o peor, de que incluso suscitan desprecio, es mejor emprender una rápida retirada estratégica, suspendiendo las «plegarias» y los cumplidos. Es crucial darse cuenta pronto, antes de que la mujer diga o dé a entender que no le agrada el cortejo. En efecto, los tiempos son fundamentales: si el hombre suspende su táctica antes de la reacción de la mujer, esta, al sentir que ya no la cortejan, podría a su vez ir en busca del seductor y animarle a reanudar la tarea, que, en ese caso, se vería coronada por el éxito («Muchas acuden al que huye, y a quien las asedia le ofrecen su desdén»).

Y si realmente el rechazo es definitivo, lo mejor es cambiar de rumbo y apostar por otra mujer. En efecto, la capital del Imperio «puede darte tantas y tales mujeres que bien puedes decirte a ti mismo: “Lo que hay de hermoso en el mundo está todo aquí”».

Palabra de Ovidio.

Los trucos de las mujeres para ligarse a un hombre

Si el hombre es el que tiene que dar el primer paso, es crucial que la mujer atraiga su mirada y su deseo. Ya hemos hablado de lo importante que era para una mujer cuidar de su aspecto para poder

gustarle a un hombre y que este la corteje. Ovidio subraya sobre todo la necesidad de prestar una atención especial a la limpieza de los dientes, de la cara y de las axilas, además de, como ya hemos destacado, el afeitado de las piernas: «Que el áspero aroma del macho cabrío nunca impregne vuestra axila, y que vuestra pierna nunca resulte punzante por sus hirsutos vellos».

Una mujer que huele a macho cabrío también da una idea del tipo de mujer con la que uno podía toparse en la antigüedad fuera de Roma y de los círculos sociales frecuentados por Ovidio...

Otra sugerencia del poeta de Sulmona es que una mujer nunca debe revelarle al hombre sus secretos de maquillaje. El hombre nunca debe presenciar el maquillaje ni conocer los emplastos que se utilizan. Aunque la mujer tenga que encerrarse en su cuarto, el hombre nunca debe ver la obra a medias... Ni saber cómo se consigue ese resplandor de la piel o de la boca.

Dado que el arma principal de una mujer es su atractivo, es absolutamente necesario disimular los defectos. Todas las mujeres tienen defectos y, a veces, es necesario «hacer trampa». Por consiguiente, siempre es preciso ocultar los defectos de la cara y del cuerpo. Si, por ejemplo, una mujer es de baja estatura, lo mejor es que se quede sentada, «para que no parezca que ya está sentada cuando está de pie», comenta con sarcasmo Ovidio. Y además, tiene que estirarse en la cama para disimular su estatura, o bien ocultar los pies con su vestido, de modo que el hombre que se tumbe a su lado no logre medir el cuerpo de la mujer comparándolo con el suyo. En ese sentido, hay que recordar que la estatura media de una mujer en la antigua Roma era de 1,55 metros: y estamos hablando de la media, por lo que había mujeres todavía más bajas...

Más consejos de Ovidio

– Si estás demasiado delgada, ponte vestidos voluminosos y abundantes y oculta tu cuerpo con una capa.

– Esconde un pie deforme con un zapato blanco que camufle sus contornos, y no te desates nunca las correas si tienes el tobillo pequeño (da la impresión de que ya en la antigüedad muchos hombres miraban y apreciaban los pies de las mujeres).

– Si tus manos son demasiado grandes y tus uñas no son bonitas, no gesticules demasiado al hablar.

– Si tienes mal aliento, no hables nunca en ayunas ni vuelvas tu rostro hacia el del hombre.

– Si tus dientes están negros o son demasiado grandes o están torcidos, recuerda que sonreír tan solo te perjudica (¿pero con qué tipo de mujeres se encontraba uno en la antigua Roma?).

– Si tienes los omóplatos en punta («alados»), remédialo con unos suaves cojines.

– Si tu pecho es demasiado plano... usa una faja. La faja, o *strophium*, de tela o de piel finísima, es muy utilizada por las mujeres romanas: aumenta el volumen aparente del pecho, de modo que el observador se imagina que es una o dos tallas más grande, y además lo levanta, contribuyendo a crear un escote que atrae la mirada de los hombres. En suma, es el equivalente romano del Wonderbra, o del sujetador *push up*.

– No hay que excederse en la ostentación del lujo, con las joyas y la ropa cara hay que apostar por la elegancia. Esa es la opinión, por otra parte muy actual, de un hombre culto y amante de la mujer con clase de hace dos mil años, como Ovidio: «La opulencia a veces no nos lleva a vosotras, sino que nos ahuyenta. Lo que nos fascina es la elegancia sencilla».

– Con toda seguridad una de las armas de las mujeres romanas para seducir a sus hombres es la sonrisa. Sin embargo, debe usarse de un modo eficaz, es decir, la sonrisa nunca debe ser ordinaria y tiene que suscitar en el hombre la idea del garbo: «Los hoyuelos a ambos lados de la boca deben ser pequeños, y el borde de los labios siempre tiene que tapar las encías».

También el porte y los andares son importantes: justamente con ellos la mujer puede provocar la fascinación o el rechazo de un hombre a primera vista. Según Ovidio, la mujer debe andar con elegancia, evitando hacerlo de forma vulgar, con las piernas separadas —«como la esposa de un pastor de Umbría»— como tampoco de una forma poco sensual, en la que el cuerpo se mueve blandamente... Lo mejor es un paso regio y orgulloso. Pero resulta todavía más eficaz andar balanceando las caderas, en la medida justa, algo que despierta el instinto masculino.

Siempre se requiere cierta malicia en la forma de presentarse, como, por ejemplo, dejar al descubierto un hombro y la parte superior de un brazo, un recurso que la moda de hoy en día utiliza a menudo.

Lo admite incluso el poeta: «Ante esa visión yo me siento irresistiblemente tentado de cubrir de besos ese hombro, hasta donde está descubierto, por todas partes».

Naturalmente, como subraya el estudioso de la cultura romana Karl-Wilhelm Weeber, el ideal masculino de una mujer en la antigua Roma consiste en que sea amable, encantadora, sociable y sumisa. En aquella sociedad machista, una mujer que quisiera ser seducida por un hombre debía tenerlo en cuenta. ¿Pero aun a costa de anularse? Tal vez bastaba con mantener un punto de referencia muy eficaz: evitar las discusiones. En efecto, según Ovidio, las discusiones son una característica de las esposas. Una amante que desee retener a su lado a su hombre tendrá que evitarlas en la medida de lo posible.

Hay otros trucos a los que una muchacha puede recurrir para que un hombre caiga en sus redes e imponerse ante la competencia de otras mujeres. Dado que la voz de algunas mujeres resulta sumamente seductora, casi tanto como un buen aspecto, saber cantar, entonces, se convierte en un as en la manga que hay que cuidar y perfeccionar. Y lo mismo ocurre con la danza, que revela la elegancia de los brazos y del cuerpo pero que además posee un lenguaje muy poderoso para el varón romano: un movimiento sinuoso de las caderas son un afrodisíaco irresistible, lo mismo que el balanceo rítmico de las partes más sensuales del cuerpo. Es algo que hoy en día ha subsistido en la danza del vientre y que ya existía en la antigua Roma entre las famosas y provocativas bailarinas de Cádiz, de presencia obligada en todas las fiestas, con sus cuerpos sensuales y sus castañuelas (de las que posteriormente también derivó el flamenco).

Naturalmente, tocar bien la cítara, el arpa, o bien recitar poemas también son instrumentos de seducción muy utilizados por las mujeres romanas...

Y, por último, un «arma secreta» inesperada que únicamente puede conceder la naturaleza y que ayudaba a muchas romanas: pronunciar la «erre» con frenillo. Un «defecto» cargado de una fascinación intangible y contundente para muchos varones romanos, de acuerdo con los autores antiguos.

La clásica excusa del... ¡dolor de cabeza!

Ya hace dos mil años las mujeres tenían que lidiar con el ímpetu de

los hombres y ponerles coto de alguna forma, pero sin perderles diciéndoles siempre que no. ¿Qué hacer? Lo que se aconsejaba entonces (aunque también sigue siendo válido hoy en día) era una actitud de prudencia. Por lo menos al principio de una historia de amor, una muchacha no debía entregarse. Había que mantener al hombre «en vilo»: la mujer tenía que ser deseada, pero inalcanzable. Eso iba alimentado un deseo cada vez mayor en el hombre, y la mujer tenía que ir creando con habilidad en él la ilusión de que estaba a punto de conquistarla, para después, invariablemente, desengañar esa certidumbre respondiendo tarde a los mensajes o posponiendo las citas con una excusa distinta cada vez... Es un arte sutil que hoy en día sigue cosechando muchísimas «víctimas» entre los hombres. Esta estrategia femenina se ilustra con un dicho muy eficaz con los pretendientes: «A unos se lo doy y a otros se lo prometo...».

Entre las excusas utilizadas por las mujeres romanas para posponer un encuentro amoroso, incluso en el último momento, cuando ya se adivina una ardiente noche de sexo, hay una imperecedera que se sigue utilizando hoy en día: ¡el dolor de cabeza! Nunca sabremos cuántos miles de millones de hombres, a lo largo de la historia, se habrán estrellado contra ese «muro» erigido en el último momento de su carrera hacia un coito inminente. Ante esa excusa, al hombre no le queda más remedio que rendirse...

¿Más excusas? La presencia del marido, que desbarata todos los planes, o bien controles más estrictos, o peor todavía, que el marido empieza a sospechar... Todas ellas permiten reducir la presión y las ganas del amante pero manteniendo encendida su esperanza e intacto todo su deseo. Es una excelente estrategia femenina.

En comparación con las mujeres de hoy en día, las romanas podían utilizar una excusa más: las prohibiciones y los días de abstinencia sexual que imponía la diosa Isis, en cuyo culto abundan las mujeres. Ningún hombre romano sabe exactamente qué días son y es fácil engañarles... Pero no hay que exagerar: cuando una mujer rechaza demasiadas veces a un hombre, este se desanima, se da media vuelta y se va con otra mujer que, tal vez más astutamente, se entrega con mayor facilidad y le hace caer en sus redes. Así pues, el consejo es que hay que ceder de vez en cuando. Veamos lo que dice Ovidio al respecto: «Niégate muchas veces, finge un dolor de cabeza, en otra ocasión Isis te dará el pretexto. Después recíbele, para que no adquiera la costumbre de soportar ni se debilite un amor demasiadas veces rechazado».

Por último, hay un arma muy eficaz para una mujer que pretenda alimentar el ímpetu de un hombre hacia ella y tenerle bien atado... ¡los celos! Es un sistema muy antiguo y consolidado que las muchachas romanas emplean con gran habilidad. Airear la existencia de un rival (obviamente ficticio) estimula al varón en sus atenciones amorosas, fomenta su presencia e incluso su fogosidad en la cama. Es una actitud femenina que todavía sigue muy presente hoy en día. A veces basta con que una mujer aluda, como quien no quiere la cosa, a algún asunto inocuo (y ahí radica toda su astucia), como, por ejemplo, las supuestas atenciones de sus compañeros de trabajo, las atenciones de un desconocido durante una cena o las miradas de otros hombres mientras iba paseando por la calle cuando iba a hacer la compra para lograr el mismo efecto: reavivar la pasión de su compañero. Sin embargo, es un juego muy peligroso, porque si uno se equivoca con las dosis de celos se consigue el efecto contrario, lo que supondría acabar con la relación: el hombre herido en su orgullo deja plantada a la mujer, o bien, al estar convencido de que ella le ha sido infiel, le paga con la misma moneda...

VII. el espectáculo de la belleza

Una tarde en el teatro, es decir, mujeres a la caza de hombres (y viceversa)

El teatro es otro lugar ideal para las conquistas. El mismo Ovidio es quien aconseja visitar los teatros de Roma a las mujeres que van a la caza de hombres. ¿Por qué? Eso es lo que pretendemos averiguar.

Vamos por la calle, en dirección al Teatro de Pompeyo, el primer teatro de ladrillo que se construyó en Roma. Hoy ha desaparecido: en parte fue saqueado y demolido y en parte acabó englobado en los edificios que forman el barrio situado entre la plaza llamada Largo di Torre Argentina y la plaza de Campo de' Fiori. Pero en la época de Trajano el teatro sigue en pie en todo su esplendor y con sus mármoles de colores. No nos queda mucho para llegar, ya estamos a escasas manzanas de distancia.

La mujer que va andando delante de nosotros lleva un paso lento y cadencioso. Sus caderas se balancean sinuosas, agitando su vestido como podría hacer una ligera brisa veraniega con unas cortinas. Llama la atención de todos los que se cruzan con ella: algunos hombres se vuelven y se quedan mirando, inmóviles y boquiabiertos, el paso de la joven. Las demás mujeres no giran la cabeza por orgullo, pero observan por el rabillo del ojo sus andares felinos. ¿Quién es? No alcanzamos a verle el rostro ni el pelo, porque lleva la cabeza cubierta con un «chal» de seda roja (*palla*). Pero la hechura de la estola y la elegante túnica bordada que cuelga hasta el suelo dan a entender que la mujer proviene de una buena familia. El esclavo que va delante de ella le abre paso en una calle que empieza a estar cada vez más atestada de gente. En efecto, miles de personas están convergiendo hacia el teatro desde todos los rincones de Roma, y este barrio va a ser invadido durante unas horas por una multitud inverosímil. Naturalmente, hay quien se beneficia de ello: las tiendas están abiertas y exponen lo que resulta más necesario en este momento, como almohadillas y sombreros para el sol, pero también comida y «tapas», como aceitunas, requesón o pescaditos fritos. Unos vendedores de buñuelos intentan en vano que los transeúntes se detengan, ofreciendo sus bandejas alternativamente a la derecha y a la izquierda. Nos

recuerdan a esos osos que intentan inútilmente pescar al vuelo los salmones que saltan por los ríos. También en los «bares» hay pequeñas multitudes de clientes que se están tomando un tentempié antes del espectáculo. Cuanto más nos aproximamos, mayor es la densidad de la gente, con los típicos corrillos de personas charlando mientras esperan que comience el espectáculo, que normalmente es diurno, o a algún amigo que se está retrasando.

La mujer ha desaparecido, serpenteando como un delfín por entre la gente y dejando tras de sí una estela de cabezas que se giran para mirarla. Cuando la joven parece haberse esfumado, levantamos la mirada y contemplamos, ante nosotros, el enorme edificio del teatro que se levanta hacia el cielo. Es mucho más alto que las casas que hay a su alrededor, y su mole recuerda a la de un estadio moderno. En efecto, se parece mucho al Coliseo, con sus muros redondeados y sus hileras de arcadas. Solo que en vez de formar, como el Coliseo, un «cilindro», en realidad el Teatro de Pompeyo es «medio Coliseo», porque está incompleto y tiene forma de abanico.

El Teatro de Pompeyo es el más grande y el más bonito de Roma, más que los de Balbo y Marcelo. Por consiguiente, es el teatro favorito de los romanos, por sus mármoles, por su decoración, por sus estatuas. Las localidades sentadas son por lo menos 17.500, y eso significa una concentración gigantesca de personas en un lugar como este, rodeado de calles y viviendas. Es imposible no chocarse con alguien de vez en cuando. Pero esa multitud es «engullida» a la perfección a través de las innumerables arcadas del teatro, abiertas de par en par como bocas hambrientas. Nos subimos a la peana de una estatua para ver mejor el ir y venir de personas. Y advertimos un hecho real que describió Ovidio: hay muchísimas mujeres, que van llegando de una en una o en pequeños grupos, como una hilera ininterrumpida de hormigas en un hormiguero o como un enjambre de avispas. Pero estas avispas vienen con ganas de «picar»...

El desfile de la belleza romana

Las mujeres romanas conciben ir al teatro como nosotros concebimos asistir a una gala, con su alfombra roja. La entrada al teatro y todos sus accesos, sus pasillos y las escaleras que hay entre los graderíos no son otra cosa que una pasarela para un «desfile». Así

pues, es verdad, como dice Ovidio, que aquí las mujeres vienen para ver y... para dejarse ver. Ante nosotros tenemos muchísimos ejemplos.

He aquí una limusina de la antigua Roma. Se aproxima al teatro como un barco de vela entrando en el puerto, reduce su velocidad y se detiene para que se apee su pasajera. La distancia hasta el teatro ha sido calculada a la perfección para que todo el mundo pueda contemplar a la mujer andando con paso regio hacia la entrada. Un esclavo coloca un escabel bajo el centro de la litera y descorre las cortinas. Es como un telón, que deja ver a la persona que va tumbada en el interior y, justamente como en un teatro, empieza el espectáculo de una matrona romana en la cumbre de su esplendor.

Es una mujer alta, de cabello rubio, recogido en un peinado complejo en forma de disco. Una cuidadísima aureola de rizos corona su frente. Delante de la litera el esclavo ha despejado de gente una zona. Ella echa una ojeada a todo el mundo y después, con un movimiento lento y solemne, desciende de la litera. Lo primero que toca el suelo, o mejor dicho, el escabel, es su pie... que deja ver a todo el mundo una sandalia cuajada de piedras preciosas de vivos colores. Siente cómo se posan sobre ella las miradas de mucha gente y sabe muy bien que la túnica de seda ajustada se ciñe a su cuerpo revelando hasta el mínimo detalle de sus curvas. De la multitud masculina surge un ligero murmullo cuando, una vez apeada de la litera, la mujer deja ver la longitud de sus piernas. Cuando empieza a andar, la acribillan los destellos de las miradas de los hombres como si fueran los *flashes* de los fotógrafos. A cada paso, sus pendientes emiten el tintineo de las perlas que se bambolean y chocan entre sí: es el sonido de la riqueza... Las mujeres observan atentamente los anillos, los brazaletes en forma de serpiente, la diadema que lleva en el pelo, la calidad de la seda y los elegantes pliegues de su vestido y, sobre todo, el desmedido cuidado de su peinado. El teatro es un lugar de fuertes confrontaciones entre mujeres, a las que no se les escapa ni el mínimo detalle.

En cambio, los hombres se fijan en cosas bien distintas: ninguno de ellos sabría decir de qué color son las joyas o los bordados, sino que analizan como un escáner el cuerpo de la mujer, la carnosidad de sus labios, la forma de sus senos y la anchura de sus caderas. La mujer parece ajena a esos exámenes masculinos, pero solo en apariencia. Sus ojos, que tienen un aspecto más profundo y alargado gracias a un acertado maquillaje, lanzan con discreción súbitas miradas a las potenciales presas. La matrona sabe elegir muy bien: entre las decenas

de hombres presentes, con una mirada muy breve, pero intensa, ha clavado el arpón únicamente en tres de ellos. Pero esos tres son los que tienen mejor aspecto, los que van mejor vestidos: amantes potenciales para su rango. Esas miradas son únicamente tarjetas de visita que expresan su disponibilidad, nada más. Ahora ellos tendrán que dar un paso al frente. Dentro del teatro se verá...

Aquí llegan otras dos mujeres. También cubiertas de joyas. Y después otra. Y otra más. Aquí cada mujer exhibe lo que más impresiona a hombres y mujeres: si es joven, deslumbrará por su voluptuosidad, si es madura, cubrirá su cuerpo ajado con sus riquezas (sedas preciosas, collares, oro y joyas, peinados costosos), si es guapa no pondrá velos a su esplendor, si es fea destacará con escotes, vestidos transparentes y ceñidos o con maquillaje la parte más provocadora y *sexy* de su cuerpo...

En este desfile mundano puede verse el último grito de la fauna femenina de Roma. Aquí, a la entrada del teatro, nos damos realmente cuenta de lo estratégico que es este lugar para las «capturas». Con cada persona que pasa se eleva un murmullo de comentarios en voz baja. Sobre todo cuando, como ahora, pasa una mujer con un escote vertiginoso por el que se cuelan, como engullidas, todas las miradas de los presentes. Es una mujer alta y pelirroja. Y lleva un favorecedor juego de cintas de color rojo que le ciñen la túnica amarilla por debajo del pecho y por encima de las caderas. Una larguísima cadena de oro abraza su cuello, se cruza entre sus senos y cae rodeando sus flancos. Ese trenzado inteligente y malicioso pone de manifiesto unas formas casi perfectas para un romano: en efecto, la mujer posee unas caderas generosas, que mece suavemente a cada paso, y sus senos, que presionan por debajo de la túnica, tienen un aspecto firme y prominente, un efecto natural sin ayuda de la faja-sujetador. Es el equivalente de una mujer actual que quiere dejarle claro a todo el mundo que «no está operada». En cuanto desaparece al otro lado de la arcada, algunos hombres entran siguiendo su estela...

El espectáculo no está en el escenario

Tras este ir y venir de vanidad femenina, entramos nosotros también; nos espera una breve serie de escalones de subida hasta llegar a los graderíos. Los tramos de escalera están iluminados por

lampadarios de candiles; en estos ambientes en penumbra uno tiene la impresión de estar explorando un hormiguero. Seguimos a los espectadores que van subiendo y nos cruzamos con otros que bajan. De repente, de la oscuridad surgen los rostros de unas matronas, con sus joyas y su oro que reflejan como espejos la luz de los candiles, y que resplandecen como las luces de un barco por la noche. Algunas mujeres llevan encima tantas joyas que parecen transatlánticos durante una fiesta... En un instante desaparecen entre las tinieblas de los pasillos, donde reverberan las carcajadas de los hombres y las voces chillonas de las mujeres embargadas por la euforia.

En efecto, el teatro, como veremos, es un lugar de grandes diversiones en Roma, comparable a una fiesta, donde se dejan a un lado las rígidas reglas de comportamiento. Es una colosal borrachera de la formalidad. Nosotros proseguimos tras la estela perfumada y la ropa de vivos colores de los espectadores que van delante. Por fin, de repente, salimos a las gradas. Enseguida nos llama la atención el amplio aforo semicircular de mármol blanco, que parece rodearnos por todas partes; y también resulta llamativo el mosaico viviente de miles de rostros y de prendas de vivos colores que lo recubren. Todos están admirando el inmenso escenario del mayor teatro de Roma: tiene por lo menos noventa metros de ancho, con tres órdenes de columnatas superpuestos a modo de telón de fondo (*scaena*), todo ello coronado por una larga cubierta que se proyecta hacia delante para dirigir hacia el público los sonidos y las voces de los actores.

Nos damos media vuelta, hacia la parte alta, y al observar los graderíos donde se sienta el público advertimos ¡un templo inmenso! Está dedicado a Venus. ¿Y qué hace un templo en medio de un teatro? Esa fue la «trampa» de Pompeyo para construir *su* teatro. En efecto, el Senado, por temor a que los espectáculos teatrales contaminaran la austera cultura romana, prohibía que se construyeran teatros que no tuvieran algún vínculo con la religión. Efectivamente, los teatros siempre estaban al lado de un templo: dado que en el templo entraban solo los sacerdotes, pero no los creyentes (para eso servían las altísimas puertas de los templos romanos, para que los fieles pudieran ver bien la estatua de la divinidad sin tener que entrar; el templo era la «casa» de la divinidad), las ceremonias tenían lugar fuera del templo, donde, ante sus escalinatas, se erigían los altares. En el caso de los templos importantes, con una gran afluencia de fieles, los teatros construidos a escasa distancia servían para las ceremonias religiosas, igual que hoy en día, por ejemplo, la plaza de San Pedro se

llena de fieles que asisten a un servicio oficiado por el papa. Pompeyo sorteó «a la italiana» aquella prohibición, construyendo un «templo-teatro» cuyas escalinatas, qué casualidad, también podían utilizarse como localidades de asiento para los espectáculos. La creatividad que existe hoy a la hora de sortear la normativa parece que viene de muy lejos.

El público ya está sentado y asiste al espectáculo. Nos damos cuenta de que la atmósfera es muy distinta del ambiente serio y atento de nuestros teatros. Aquí se respira alegría y euforia, como si se tratara de la actuación de un cómico. Y, en efecto, en el escenario más imponente de Roma, lo que se representa es el mimo (o farsa), muy apreciado en la época de Trajano. Que es muy diferente de lo que entendemos nosotros por mimo: nada de gestos pausados y en silencio, al estilo de Marcel Marceau. Por el contrario, es una especie de número de variedades de la antigua Roma antes del espectáculo principal, con historias ligeras donde predominan la vulgaridad, la obscenidad y la improvisación, aderezadas con palabras soeces, persecuciones, tocamientos, tortazos, etcétera. Los papeles femeninos corren a cargo de actrices ligeras de ropa, que al final se desnudan y simulan los actos sexuales que exige el guion (lo que atrae a muchos más hombres en comparación con otros géneros teatrales, donde los papeles femeninos son interpretados por hombres). ¿Las historias? Por ejemplo, la de un padre severo, con una avalancha de situaciones cómico-procaces, o la de un marido cornudo que no se da cuenta de las aventuras de su mujer con su amante. Alusiones eróticas, escenas vulgares e incluso intermedios con algún que otro número de *striptease* condimentan el todo. Es más, los números de *striptease* son un añadido romano al mimo, que originalmente, en Grecia, no lo contemplaba en absoluto. Pero los romanos tienen sentido del espectáculo, y muy pronto el *striptease* se convierte en el punto álgido de toda la representación: la *nudatio mimarum*, así se denomina, donde las actrices, o unas prostitutas, se exhiben en un *striptease* integral.

Es evidente que miles de personas, «caldeadas» por esa atmósfera, acaban perdiendo completamente las referencias de la rígida moral romana. En efecto, desde nuestros asientos, advertimos que entre las carcajadas y los aplausos, en este clima de excitación general, vuelan miradas como flechas incendiarias, sonrisas cómplices, señales en clave. Aunque las mujeres están sentadas en las gradas más altas del teatro, separadas de los hombres, basta con levantarse durante las pausas o deambular entre las filas para lanzar largas miradas

insinuantes a las potenciales parejas.

Es una auténtica «subasta» del amor y el sexo: basta con un breve gesto para prometer nuestros favores al candidato o candidata de nuestra elección.

Nos lo confirma el propio Ovidio: es posible encontrar tanto una breve aventura de una noche como al amor de nuestra vida, o, por utilizar sus palabras, una muchacha «para poseer una sola vez...» o la mujer «que uno tiene ganas de conservar». Y eso mismo lo reitera, confirmándolo todo pero con un tono muy distinto, el escritor cristiano Tertuliano, para quien, por el contrario, el Teatro de Pompeyo no es otra cosa que una «ciudadela de lo impúdico».

¿Qué tipo de mujer volvía locos a los romanos?

El mundo del espectáculo siempre ha proporcionado modelos para los deseos eróticos masculinos. En el siglo XIX eran las bailarinas y las actrices de teatro, a principios del siglo XX eran las coristas del Moulin Rouge, y con el nacimiento del cine llegaron las grandes actrices: Greta Garbo, Rita Hayworth, Marilyn Monroe, Ursula Andress, Angelina Jolie, hasta llegar, a través de la televisión y las revistas, a las modelos, desde Cindy Crawford hasta Naomi Campbell, y últimamente incluso a las presentadoras y las azafatas de los programas de entretenimiento.

En la antigua Roma ocurría lo mismo. El mundo del espectáculo aportaba al imaginario erótico de los hombres unos tipos de mujeres con las que cualquiera habría pasado de buena gana una noche. Empezando por las *mimae*, es decir, las actrices del mimo, el equivalente de la *soubrette*, la actriz cómica del número corto con el que se abre la función. Avispadas y desinhibidas, las *mimae* exhibían sus cuerpos sobre el escenario y con la misma facilidad se entregaban a los romanos adinerados o a los hombres poderosos que iban a admirarlas al teatro. De ese modo, mientras su belleza se lo permitiera, intentaban salir de su condición, próxima a la miseria, o encontrar a un amante que las mantuviera como concubinas.

Muchos de ustedes pensarán que hoy en día las cosas no han cambiado demasiado en determinados ámbitos del espectáculo. Pero hay una enorme diferencia en comparación con hace dos mil años. Mientras que hoy en día una mujer admirada por la gente corriente en

televisión o en las revistas de cotilleos tiene las puertas abiertas en casi todos los ambientes de cierta importancia, incluso en la esfera del poder, en la antigua Roma las actrices llevaban una vida mucho más difícil: por ley se las consideraba *infames*, y ello conllevaba la perdida de sus derechos como ciudadanas. Los autores de la época a menudo las denominaban *meretrices*, aludiendo a su doble papel de actrices y cortesanas. Además de sus condiciones de vida, que rayaban en la miseria y las privaciones, carecían de una tutela jurídica: estaban expuestas a violaciones, a la violencia y a los abusos sin que pudieran defenderse. El propio Cicerón, aludiendo a la violación en grupo de una actriz sucedida en la localidad de Atina, cerca de Roma, lo refiere como un suceso normal, totalmente irrelevante y habitual en los pueblos de provincias... Imagínense ustedes que hoy en día una de las caras que aparecen en las portadas de las revistas del corazón fuera víctima de una violación en grupo: ¿se consideraría un «suceso normal y totalmente irrelevante»?

Pero, ¿quiénes eran aquellas *femmes fatales*, de portada de revista, de la antigüedad? ¿Conocemos a alguna? ¿Y cómo actuaban?

Las tres mujeres de los cotilleos romanos

Según Mario Servio Honorato, un gramático que vivió entre los siglos IV y V d. C., hubo tres mujeres del espectáculo que se hicieron famosas en la historia de Roma. Cada una con su historia. Seguramente ustedes reconocerán el equivalente actual en nuestras revistas de cotilleos.

Había una mujer bellísima que vivió hace más de dos mil años. Su nombre artístico era Origen, pero tal vez habría sido más correcto llamarla «Final»: en efecto, como buena conseguidora de pollos a los que desplumar, Origen dilapidaba patrimonios enteros. Era una cazadora de herencias. Sabemos muy poco de ella, salvo que volvió loco a Marseo, un muchacho de una familia riquísima que dilapidó íntegramente su patrimonio. Nos lo cuenta Horacio, quien puntualiza que Marseo «le regaló la finca y la casa paterna». En la práctica, todo para un romano.

Más o menos por aquella misma época también vivió Arbúscula («pequeño arbusto»), una actriz a la que llegó a conocer incluso Cicerón. Era una mujer de carácter, que «pescaba» a sus hombres entre

la clase alta, la ecuestre. Durante una representación recibió el aplauso de los *equites*, pero fue abucheada por el pueblo llano. En un gesto de una gran arrogancia y de una desfachatez inaudita, Arbúscula interrumpió la función y afirmó que estaba satisfecha por el aprecio que le manifestaban los *honesti* (es decir, los ricos). En la práctica, eso equivalía a llamar «mendigos» y «deshonestos» a los espectadores más populares, sobre todo teniendo en cuenta que ella ya solo frecuentaba los dormitorios de la alta sociedad...

Pero la mujer del espectáculo más famosa de la historia de Roma fue sin duda la tercera, Licóride. Era una muchacha sensual, hermosísima y de un enorme atractivo, deseada por multitud de hombres y que durante siglos también fue considerada por todo el mundo un buen ejemplo de mujer que se abre camino en una sociedad masculina, partiendo de la nada, desde el oscuro mundo del teatro hasta convertirse en una «tigresa de la cama» de los políticos y los hombres más famosos. Su historia, como vamos a ver, es muy «moderna».

Licóride era su *cognomen*, su verdadero nombre era Volumnia, y adoptó el nombre artístico de Citéride (una alusión a Citera, la isla donde nació Venus). Logró encadenar una serie de amantes famosos, como Marco Junio Bruto (el asesino de César), Marco Antonio (su famosa mano derecha) y el poeta Cornelio Galo. ¿Pero cómo consiguió unos amantes tan poderosos? Gracias a su amo. En efecto, Licóride era una esclava y pertenecía a un hombre muy conocido, muy rico y muy bien situado en el mundo del espectáculo que probablemente era incluso dueño de una escuela de interpretación: tenía una auténtica «escudería» de actores y actrices destinados tanto a los espectáculos teatrales como a exhibiciones más «íntimas» en las villas de los poderosos y de los políticos de la época. En efecto, Publio Volumnio Eutrapelo, ese era su extraño nombre, había logrado tejer un denso entramado de relaciones en la alta sociedad romana y utilizaba a las actrices para ir ampliando su círculo de conocidos y su influencia en las esferas del poder. Se encargaba de organizar festines, banquetes, encuentros vis a vis y noches ardientes, y puede decirse que, para su época, aquel hombre ya tenía a todos los efectos una... mentalidad «moderna».

En efecto, las *mimae* siempre tuvieron un doble y ambiguo papel de actrices y de prostitutas. Licóride se convirtió muy pronto en la mujer más competente de Volumnio. Sin embargo, no dejaba de ser una esclava y, por consiguiente, para poder introducirla mejor en la alta

sociedad, su amo la liberó. Aunque, según dicen las fuentes de la época, Licóride siguiera *praestare operam* para su antiguo amo, con todo lo que conlleva ese término, al haberse convertido en liberta ofrecía servicios «profesionales», como exhibirse para Volumnio y sus poderosos amigos durante los banquetes o bien complacerles sexualmente. Y no era una gente cualquiera, sino la crema de la sociedad de la época.

Entre 55 y 50 a. C., Licóride tuvo una primera relación importante con Bruto. Unos años después, en 49 a. C., estaba entre los brazos de Marco Antonio. Lo sabemos porque nos lo dice el mismísimo Cicerón, con el propósito de desacreditar a su tristemente célebre enemigo. Todo el mundo sabía que a Marco Antonio le encantaba el teatro y le gustaba rodearse de actores y actrices. Probablemente Volumnio se aprovechó de ello y convenció a Licóride para que conquistara a Marco Antonio, la mano derecha de César, a fin de incrementar su poder. Y Licóride no se hizo de rogar. Ambos eran ya muy famosos en Roma, pero su unión suscitó una gran indignación, porque no ocultaban su *affaire*. Marco Antonio, a la sazón tribuno de la plebe y por consiguiente un político de alto nivel, ya estaba casado y sin embargo se paseaba por Roma en su litera en compañía de Licóride, precedido por los lictores y con los haces adornados con hojas de laurel. En la práctica, hoy diríamos que circulaba «en su coche oficial y con escolta». Detrás de ellos iba un séquito humillante de aduladores y amigos. El escándalo también se debía a que Marco Antonio no mantenía a su amante liberta al margen de la esfera pública, a diferencia de lo que haría cualquier otro senador de Roma, y por el contrario la trataba como una «matrona decente», aunque se tratara de una actriz. Las insinuaciones de Cicerón en el sentido de que Marco Antonio la presentaba nada menos que como su esposa habrían podido echar por tierra su carrera. Así pues, Marco Antonio decidió, al cabo de tres años, en 46 a. C. —y no sin añoranza, suponemos—, romper la relación y volver al lado de su esposa oficial, Fulvia. Es probable que el propio César fuera quien le obligara a hacerlo, ejerciendo una fuerte presión. En efecto, Cicerón ya hablaba de la casa de Marco Antonio con sus dormitorios como los de un burdel y los comedores convertidos en ruidosas tabernas...

Pocos meses después, el propio Cicerón conoció a Licóride en un banquete organizado por... Volumnio. Como confirmación de la densa red de relaciones que aquel hombre había logrado crear con sus fiestas. Evidentemente, buscaba un nuevo amante importante para su

escort favorita...

Después de una serie de relaciones de las que la historia no nos ha dejado constancia, en 43 a. C. encontramos a Licóride en brazos de un nuevo e importantísimo amante. Es Cornelio Galo, famoso poeta que formaba parte del círculo literario de Virgilio y Ovidio. Aquí ya resulta imposible no establecer un paralelismo con las relaciones que tuvo Marilyn Monroe, en las que no faltaron ni un político como Kennedy, ni un deportista como Joe DiMaggio, ni un literato como el escritor y dramaturgo Arthur Miller. Por desgracia, el poeta elegíaco se enamoró perdidamente de Licóride, a quien veía como su musa inspiradora, el ideal de mujer de acuerdo con las reglas de la elegía: apasionada o cruel, según los casos. Tan solo tres años después, en 40 a. C., le dedicó su antología de elegías, titulada *Amores*. Pero, como era de prever, su historia de amor concluyó al cabo de poco tiempo. El poeta se quedó destrozado, porque fue ella la que le dejó. Incluso Virgilio habló del estado de desesperación de su amigo, y aludía a que Licóride se encontraba muy lejos, entre los hielos del Rin y las armas de Marte. Así pues, ¿dónde había ido a parar Licóride? A la frontera, entre los brazos de un oficial de las legiones desplegadas a lo largo del Rin. Tal vez se trataba de Quinto Fufio Caleno, uno de los fieles de César, cuyo hijo posteriormente empuñaría las armas con Octavio tras haber visto morir a su padre al pie de los Alpes. Desde luego, la muchacha no perdía el tiempo... Después de aquella última hazaña amorosa, no volvió a saberse nada de Licóride, que aparentemente desapareció de la historia. Pero su fama permaneció inalterada a lo largo de los siglos, ya que, trescientos cincuenta años después, muchas actrices seguían haciéndose llamar Licóride.

VIII. el gladiador y la matrona

El abrazo de Actius

El sonido de voces masculinas inunda el largo pasillo subterráneo iluminado por una larga hilera de antorchas y candiles. La mujer avanza pegada a la pared, con paso ligero, sin hacer ruido, tapándose la cara con el borde del chal que le cubre la cabeza. Es imposible reconocerla, tan solo se ven sus hermosos ojos negros abiertos de par en par, en una expresión de tensión, de miedo, pero también de excitación... Y nosotros sabemos perfectamente quién es: es la mujer que se encontraba en la plazuela que describíamos en la introducción de este libro. Ahora ella nos va a desvelar otro aspecto de la relación entre un hombre y una mujer en la antigua Roma, y sobre todo, otra faceta del amor y del sexo.

Delante de ella avanza sigiloso un hombre corpulento con el pelo cortado a cepillo, guiándola por este mundo subterráneo donde no se admite la entrada a las mujeres. Pero ella ha pagado generosamente para poder estar aquí. Es como un descenso a los infiernos, siente que le falta el aire. A sus espaldas puede oír el sordo rugido, distorsionado por el largo pasillo, de decenas de miles de espectadores que gritan al mismo tiempo. En efecto, nos encontramos en el paso subterráneo que conecta el Coliseo con la escuela-cuartel de los gladiadores, la más grande de Roma: el *Ludus Magnus*. Aquí es donde duermen y se entrenan los gladiadores. Y para ir a luchar a la arena tienen que recorrer este pasillo subterráneo.

Hoy es día de combates. El anfiteatro ya está lleno desde por la mañana. Primero ha habido combates entre hombres y animales y, después, a la hora de comer, se han llevado a cabo las ejecuciones de los condenados a muerte. La mujer ha cerrado los ojos cuando las fieras saltaban sobre los reos para devorarlos, o cuando los arrojaban desde unas torres de madera, o cuando les traspasaban el cuerpo con una hoja afilada durante un combate-ejecución. Pero la mujer no ha vuelto a cerrar los ojos desde que han entrado los gladiadores, a primera hora de la tarde; es más, su mirada no se ha apartado ni por un instante de uno de ellos en concreto. Un mirmillón, pertrechado con un enorme escudo y un amplio casco de bronce, vagamente parecido a un sombrero de vaquero, con alas arqueadas y una pesada rejilla delante de la cara. Lo ha reconocido durante el desfile de

presentación, con su cuerpo robusto, su amplio pecho, el pelo largo y esos ojos azules que la tienen hechizada desde hace tiempo... Por ser de noble rango, ella no podía gritar ni animar ni gemir cuando el mirmillón ha empezado a pelear. Rezaba a los dioses para que no lo mataran. No hoy. Y cuando ha visto que su adversario saltaba encima de él, trepando por su escudo con la agilidad de un gato, y le asestaba una tremenda estocada, la mujer se ha tapado la boca para ahogar un fuerte alarido. El golpe se ha escuchado hasta allá arriba, hasta en la última fila del graderío, donde estaba sentada la muchacha (en el Coliseo las mujeres se sientan en la parte alta, separadas de los hombres).

El adversario, como todos los tracios, llevaba una espada curvada como una hoz, pensada para herir a su rival en los costados. Pero al mirmillón le ha bastado con ladear instintivamente el cuello para interponer entre la espada y su nuca el ala del casco, contra el que efectivamente ha impactado la espada, emitiendo un fragoroso ruido metálico. Después, cuando por fin con un repentino golpe de su escudo el mirmillón ha conseguido que su adversario perdiera el equilibrio, ha saltado sobre él y le ha colocado la punta de la espada en un costado, la mujer ha prorrumpido en un grito de alivio y ha empezado a corear, igual que todas las mujeres que hay junto a ella, el nombre de ese gladiador: «¡Actius, Actius!». Ha sido una pelea leal, pero con un desenlace terrible. El organizador de los juegos, en medio del silencio irreal del Coliseo, ha optado por la muerte, y Actius se ha visto ante su adversario arrodillado, con la cabeza alta y ofreciéndole la garganta. Ambos se han mirado largo rato a los ojos. El tiempo se ha detenido. Lo mismo que su larga amistad, que comenzó hace muchos años en su primera escuela de gladiadores de Capua. Después el tracio arrodillado ha asentido con la cabeza y ha cerrado los ojos, despidiéndose de su amigo y de la vida. También Actius ha cerrado sus ojos llenos de lágrimas y ha hundido la hoja de su espada entre la garganta y la clavícula de su oponente, llegando instantáneamente al corazón. Ninguno de los asistentes al Coliseo ha podido intuir su drama; el público ha estallado de júbilo con un fuerte clamor, ovacionando a Actius como un nuevo héroe. Pero la mujer lo ha comprendido todo. Se ha dado cuenta de que Actius ha saludado al público, ha recogido la palma de la victoria, las bandejas de plata llenas de monedas y otros regalos que le han llevado dos niños únicamente por respeto a las normas. Después ha desaparecido entre aplausos por la puerta principal, la de los vencedores.

Era la señal que la mujer estaba esperando. Se ha levantado discretamente y ha entrado por uno de huecos que hay en los graderíos y que conducen a los pasillos interiores. Su marido, un senador que pertenece a una rica familia de Roma, está en las gradas de abajo, al lado de la arena, en compañía de otros colegas, haciendo comentarios, riendo y comiendo fruta que le traen en bandejas. Y va a estar haciéndolo por lo menos otras tres horas, porque esa es la duración prevista de los juegos en el Coliseo. Un plazo más que suficiente para que esta mujer, la esposa del senador, pueda tener un encuentro con Actius y su cuerpo viril... Según lo acordado previamente, la muchacha se ha reunido con ese hombre corpulento con el pelo cortado a cepillo y una larga cicatriz en la mejilla, que la ha conducido a través de los meandros del Coliseo, abriendo puertas que están vedadas al público.

Así es como hemos llegado a este largo pasillo subterráneo. Una figura deforme, parecida a una enorme araña negra, se mueve por las paredes y la bóveda del pasillo, parece estar alargando las extremidades para picar a la muchacha y a su guía. Durante un instante ella abre los ojos de par en par. Después lo entiende: es la sombra de un hombre que viene hacia ellos, deformada por las antorchas de las paredes. Se trata de un gladiador que se dirige a la arena, acompañado por otros tres hombres. Cuando se cruzan con ellos, el gladiador ni se da cuenta de la presencia de la mujer; tiene la mirada concentrada, fija en la luz del final del pasillo: ¿allí va a encontrar la vida o la muerte? La mujer ve cómo el gladiador desaparece en la oscuridad. Hacia su destino.

Después de una serie de escaleras, finalmente la mujer llega ante la puerta de la celda de Actius. El hombre del pelo cortado a cepillo la mira fijamente, y solo entonces ella se da cuenta de que su acompañante tiene un ojo totalmente blanco, en un extremo de su larga cicatriz. Regresará a este lugar para volver a acompañarla a su localidad, como han acordado. La mujer le pone en la mano un saquito de monedas de oro y el hombre se va sin decir nada. Ante sí ya solo tiene la puerta entreabierta y, al otro lado, el cuerpo de Actius. La muchacha, instintivamente, vuelve a colocarse el chal y se arregla el pelo. Después empuja la puerta, que emite un leve chirrido.

En medio de la habitación, de espaldas, está Actius. Tan solo lleva puesta una faja roja alrededor de las caderas. Su espalda ancha y musculosa se ve modelada en todos sus detalles por la luz de un candil que hay sobre la mesa. El gladiador se da media vuelta, lentamente. Y,

al darse la vuelta, el candil acaricia con su luminosidad su piel bronceada, dibujando la poderosa geometría de sus músculos. Ante la mujer hay un cuerpo lleno de vida, vigoroso, con la piel empapada de sudor y dos amplios pectorales que parecen estar invitándola a que ella los acaricie con sus manos. La mujer siente cómo el deseo invade su cuerpo. Se acerca, atraída por esos dos ojos azules, igual que en la oscuridad de la noche un velero pone rumbo hacia un faro. No hay palabras, los cuerpos son los que hablan, y lo hacen con las frases del deseo. La mujer ya está tan cerca que siente cómo el aliento del gladiador le acaricia el rostro. No han dejado de mirarse a los ojos en ningún momento. Ahora ella pone una mano sobre los pectorales del hombre. Recorre su volumen y la piel mojada de sudor mezclado con el polvo de la arena. Bajo sus dedos desfilan las cicatrices de antiguos combates, los arañazos del que acaba de concluir y después las venas palpitantes de sus brazos. Recoge con los labios las gotas que resbalan por el pecho de Actius, embriagándose de su olor varonil, mientras deja que sus manos se deslicen por los costados hasta detenerse en la faja roja. Parece dudar... Pero el deseo de unirse a ese cuerpo es cada vez más fuerte y la incita a seguir.

Con un gesto decidido le desata la faja, que cae al suelo. Ahora el gladiador está completamente desnudo. La mano de la mujer sigue bajando más y más, hasta apoderarse del vigor de su hombre, que también está impaciente por complacerla. Al cabo de unos instantes la ropa de la mujer también cae al suelo. Ahora las manos del gladiador parecen caballos desbocados que corren en libertad por las praderas del cuerpo de la mujer. Son las mismas manos que poco antes han dado muerte a un hombre y que ahora encienden de vida a una mujer. Son unas manos fuertes, vigorosas y potentes, pero también son capaces de ser dulces y ligeras: como el viento que acaricia la piel, resbalan por el cuerpo de la mujer y excitan cada centímetro de su feminidad... Con una suave presión de su cuerpo, el gladiador empuja a la mujer hacia su lecho, mientras sus labios se unen a los de ella, ya inflamados de deseo. Con delicadeza la tiende sobre el jergón, sin dejar nunca de mirarla. Son unos ojos que se besan, que se convierten en unas manos que exploran el cuerpo del otro en busca del placer oculto. Igual que el sol se sumerge lentamente en el mar, el vigor de Actius se sume en la mujer, y los dos cuerpos se funden...

¿Qué tipo de hombre volvía locas a las romanas ricas?

Como puede entenderse, igual que los hombres, también las mujeres romanas tenían sus *sex symbols* surgidos del mundo del espectáculo. Con una diferencia sustancial: a la simple belleza física añadían su aspecto atlético, ¡y eso ampliaba su campo de acción mucho más allá de los escenarios teatrales, para incluir a los aurigas y, obviamente, como acabamos de ver, a los gladiadores!

Se cuenta que a Faustina la Menor, esposa del famoso emperador y filósofo Marco Aurelio, le gustaban mucho los gladiadores, y que, durante las ausencias de su marido, ella acudía a menudo a Gaeta, donde mantenía encuentros amorosos con marineros y gladiadores de la escuela de gladiadores de la localidad. Según los rumores de la época, recogidos por Dion Casio, precisamente a raíz de uno de aquellos encuentros ella se quedó embarazada de Cómodo, el hijo violento y loco al que le encantaba el mundo de los gladiadores, hasta el extremo de luchar contra ellos (evidentemente, no sabemos lo equilibrados que eran aquellos combates...).

Como subraya acertadamente el profesor Romolo Augusto Staccioli, en esos casos siempre hay que tomar con cautela los cotilleos de hace dos mil años; incluyendo el hallazgo en Pompeya de una matrona cargada de joyas que murió durante la erupción del Vesubio cuando estaba en el cuartel de los gladiadores. La hipótesis de que la mujer había mantenido un encuentro amoroso la noche anterior a la erupción, que se vio interrumpido mortalmente por la avalancha de lava ardiente que produjo el volcán, ha llenado las páginas de libros y de guías. En realidad, se trata solo de una coincidencia: la mujer, como tanta otra gente, buscó refugio durante su huida en aquel lugar y allí fue donde la erupción acabó con su vida. Pero la fascinación que ejercían los gladiadores sobre las mujeres romanas es innegable. En las paredes de Pompeya se han encontrado inscripciones explícitas: se señala al reciario Crescente como el «señor y médico de las muchachas noctámbulas» (*dominus et medicus puparum nocturnarum*), mientras que el tracio Celado es «la pasión y la admiración de las muchachas» (*suspirium et decus puellarum*). Estas pintadas, si es que no fueron obra de los propios aludidos en tono irónico, apuntan a las visitas nocturnas de las mujeres a los gladiadores y la pasión que sentían por alguno de ellos, comparable a la que rodea a algunos deportistas y estrellas del *rock* de hoy en día (basta con asistir a los conciertos para ver cuántas adolescentes y mujeres se extasían, o con entrar en muchos dormitorios para ver sus pósteres en las paredes). ¿Y qué decir del gladiador citado por

Marcial, Ermes, calificado de «tormento y angustia de las espectadoras» (*cura laborque ludiarum*)?

Es innegable. El gladiador tenía, a ojos de la mujer romana, el mismo efecto que hoy tiene un modelo con el torso desnudo en un anuncio, un nadador o un hombre con un físico escultural: como hoy le diría una mujer a una amiga suya: «Ese hombre está para comérselo...». Además, el hecho de que se jugaran la vida luchando en la arena reforzaba la virilidad de los gladiadores (hasta el extremo que la sangre de un gladiador muerto se vendía en el mercado negro por sus supuestas virtudes como «Viagra»). En el Coliseo, a las mujeres se les iban los ojos detrás de aquellos cuerpos musculosos, bronceados, de aquellos rostros duros y, sobre todo, admiraban a unos hombres aclamados por todo un anfiteatro abarrotado por miles de espectadores y por una ciudad de un millón de habitantes. Así pues, aquellos hombres se convertían en «machos alfa» hacia los que una mujer se siente instintivamente atraída. Hoy en día los campeones del deporte, los actores e incluso los hombres poderosos o los políticos con un físico no precisamente atlético ejercen esa misma fascinación sobre muchas mujeres, incluso entre las más guapas. Juvenal atestigua que eso mismo ocurría en la antigua Roma, relatando un famoso escándalo de la época. La historia tiene algo de increíble. Epia, esposa de un senador, se había encaprichado perdidamente de un gladiador, Sergiolus (el «pequeño Sergio»). Debía de ser bien feo si, como dice Juvenal, tenía el rostro desfigurado y una protuberancia en la nariz causada por el roce de su casco. Sergiolus había empezado a afeitarse su barba blanca, con la esperanza de que le licenciaran porque se había roto un brazo. Por consiguiente debía de tener más de cuarenta años, la edad a la que los gladiadores acostumbraban a cortarse la barba. Por último, a causa de una enfermedad no bien definida, le lloraba constantemente un ojo... Y sin embargo, por él aquella mujer había abandonado una vida acomodada, a su marido senador y a sus hijos y le siguió con su séquito hasta Egipto...

La vida aventurera y peligrosa excitaba a muchas mujeres romanas. Pero a veces era suficiente con un cuerpo bonito y viril si, como decían los antiguos, buena parte de los juicios que celebraban en el Foro eran contra matronas a las que se había sorprendido en la cama con un esclavo de su casa.

Los aurigas también eran *sex symbols* en la antigua Roma. Su atractivo era distinto del de los gladiadores: mientras que estos recordaban a un boxeador o a un culturista, los aurigas tenían un

encanto más parecido al de las estrellas del fútbol, del esquí o del automovilismo. Menos «físico» y más atlético. Y sobre todo, ganaban cifras desorbitadas, muy superiores a lo que ganan los actuales deportistas profesionales mejor pagados, como los jugadores de golf o los pilotos de Fórmula 1. Y eso llamaba la atención de una mujer.

Por último, estaban los actores que, exactamente igual que hoy en día, cosechaban un gran éxito entre el público femenino. Un hecho curioso se desprende de una frase de Juvenal referida a un actor famoso: «Ella le desea ardientemente, pero no dispone del dinero suficiente». Eso significa que las mujeres podían «comprar» a los actores, como si fueran *gigolós*. ¡Imagínense ustedes que hoy en día, pagando, se pudiera pasar una noche con George Clooney, con Brad Pitt o con Leonardo DiCaprio! Entonces era posible, aunque el empresario siempre se mostraba reacio a permitir que su actor principal participara en demasiadas juergas, pues le preocupaba que fuera perjudicial para su voz. Suetonio cuenta que incluso la esposa de un emperador, Domicia Longina, la mujer de Domiciano, supuestamente tuvo una intensa historia de amor con Paris, un famoso actor de pantomima. Mientras que el médico Galeno, al que ya hemos citado en un capítulo anterior, cuenta el caso de una paciente suya, la esposa de Justo, que se enamoró hasta tal punto del bailarín Pilades que parecía estar enferma...

¿Qué sobrenombres cariñosos usaban los enamorados?

A una distancia de tantísimos siglos no resulta fácil averiguar los sobrenombres y diminutivos cariñosos con los que se llamaban los enamorados, pero algunos quedaron escritos en las paredes, sobre todo en Pompeya, y casi siempre aluden a un aspecto físico o del carácter de la persona amada, o bien a anécdotas amorosas. Tras un trabajo de investigación largo y minucioso, el filólogo alemán Karl-Wilhelm Weeber ha encontrado algunos. He aquí una pequeña síntesis: – *Pupa*: «muñeca».

– *Pupula*: «muñequita».

– *Piscicula*: «pececito» (en una inscripción se lee que *fonticulus*, es decir, la «pequeña fuente» o el «pequeño manantial», «manda muchos saludos a su pececito», tal vez aludiendo a la simbiosis entre ambos o

a un episodio de sexo oral).

– *Dulcis amor*: «dulce amor».

– *Anima dulcis*: «alma dulce».

– *Venus:* «Venus».

– *Domina*: «mi dueña».

– *Lumen*: «luz de mis ojos.

– *Pistilla*: la parte fecundable de la flor, luego se trata de una alusión erótica.

Los SMS entre los enamorados de hace dos mil años

¿Cómo se comunicaban dos enamorados en la antigua Roma? Hoy en día el teléfono móvil, el correo electrónico y sobre todo los SMS son el medio más corriente para comunicarse y decirse «te quiero». Hace treinta años estaban las cabinas de teléfono o el teléfono de casa. «Pero qué cara me sales» era el eslogan de una campaña publicitaria en Italia que destacaba lo largas que eran las conversaciones telefónicas entre adolescentes enamorados a través de los teléfonos de casa, aquellos de color gris con un disco transparente al que había que dar vueltas para marcar el número. Antes de eso tan solo existían las cartas, que podían incluir flores secas, perfumes, rastros de lágrimas que habían disuelto la tinta y mucho, muchísimo amor expresado en frases ardientes. Teniendo en cuenta el analfabetismo imperante en la sociedad medieval y renacentista, todo eso no existía. Entre la antigua Roma y el siglo XIX, tan solo la élite adinerada y culta podía escribir cartas de amor. Así pues, aunque no nos hayamos parado a pensarlo, siglos y siglos de historia se han caracterizado por una impresionante ausencia de cartas de amor. ¿Y en tiempos de los romanos? Basta con darse una vuelta por Pompeya para comprender, observando las paredes, que había mucha gente que sabía escribir, leer y calcular. Por consiguiente... también había muchas cartas y mensajes de amor. Ya, ¿pero cómo eran los mensajes de aquella época?

Haciendo un paralelismo, los teléfonos móviles de los romanos también cabían en la palma de una mano. El «móvil» de entonces se llamaba *tabula cerata*. Se trataba de una tablilla de madera de cedro con forma de bandeja, de pocos milímetros de espesor y recubierta de una fina capa de cera. Esa capa de cera era el equivalente de la pantalla de nuestros móviles: ahí era donde aparecían las frases y los

mensajes de amor. Se grababan en la cera utilizando un puntero o una caña: un extremo del puntero era puntiagudo, para escribir, y el otro era plano, para extender hasta borrar el texto que uno recibía y así poder responder al mensaje (de ahí la expresión *tabula rasa*). A veces las tablillas eran tres, o cinco, atadas entre sí, algo parecido a las distintas pantallas de un SMS largo. Los ricos utilizaban un tipo de tablilla especial, de marfil. La parte exterior, sobre la que no se escribía, estaba lujosamente decorada y por consiguiente era un objeto preciado. En la parte interior estaba la cera necesaria para escribir.

Sin embargo, los mensajes de amor eran reconocibles a simple vista porque se utilizaba un tipo especial de tablilla, más pequeña, y la cera era de algún color, casi siempre roja. A ese respecto, Marcial habla de las tablillas de Vitelio, el nombre de un fabricante que confeccionaba tablillas ideales para los enamorados, de colores vivos y con un formato más pequeño. Pero ¿qué tipo de mensajes podríamos leer? Por desgracia no se ha encontrado ninguno (todavía). Así pues, tan solo podemos imaginarnos su contenido: breves frases de amor y referencias a lugares y horarios de galantes citas nocturnas. Si nos basamos en las inscripciones de Pompeya, es posible descubrir algunos SMS de amor grabados en las paredes, como el siguiente, de un enamorado desesperado: «Si conoces la fuerza del amor, si sabes que eres una criatura humana, ten piedad de mí, dame permiso para que vaya a verte».

Ovidio, el gran maestro del amor de la antigua Roma, que nos es de gran ayuda en este viaje, sugiere que utilicemos expresiones que hagan llegar caricias e imploraciones al corazón, pero evitando el tono retórico y una prosa excesivamente complicada: mejor frases sencillas y creíbles que den la impresión de que quien habla es el amante.

Naturalmente, en el caso de las parejas clandestinas, existía además el riesgo de que les descubrieran. ¿Qué hacer? En primer lugar, había que utilizar tablillas de formato normal, no para enamorados, por supuesto. ¿Y después? Dado que la que corría mayor riesgo de ser descubierta era la mujer, se sugería recurrir a dos estratagemas: alterar la letra (o pedirle a una esclava de confianza que escribiera en la tablilla en vez de su ama) y dirigirse al amante como si se tratara de una mujer: «No digas él sino ella». Es exactamente lo mismo que hace hoy en día una mujer cuando le asigna a su amante el nombre de una amiga en la lista de contactos de su teléfono móvil, de modo que cuando se ilumina la pantalla porque ha llegado un SMS o porque suena una llamada, aparezca un nombre que no levante

sospechas.

Naturalmente, también la «compañía telefónica» tiene que ser de fiar. Los encargados de traer y llevar las tablillas eran sin duda esclavos de confianza. Por consiguiente, era importante no utilizar esclavos de reciente adquisición, porque existía el riesgo de que se les pudiera sobornar o de que pudieran hacer chantaje a la mujer.

Habitualmente un amante utilizaba como mensajero a una mujer, a una esclava, porque podía llegar directamente ante la presencia de su amada sin llamar la atención, pero tenía que saber ser sigilosa y buena observadora para entender el efecto del mensaje en el rostro de la destinataria...

Invitación a un banquete

De nuevo nos encontramos en las calles de Roma. Es por la tarde, el sol todavía está alto, pero la vida se ha detenido: después del caos de la mañana, todo parece estar envuelto en una insólita quietud. Las tiendas están cerradas, las termas se están vaciando, el Foro ya está desierto. Es como circular por una de nuestras ciudades un domingo por la tarde. Pero siempre ocurre así: las tiendas y las oficinas cierran a la hora de comer o a primera hora de la tarde. Así pues, ¿dónde irán dos literas gemelas que van en fila india siguiendo el mismo rumbo? Podemos apostar a que son las literas de una pareja de nobles romanos (la que va delante, más decorada, debe de ser la del marido) que se dirigen a un evento mundano. Teniendo en cuenta la hora, las cuatro de la tarde, probablemente se trata de un banquete. Nos colocamos detrás. Tras pasar algunas calles y dejar atrás un par de plazas, las patas de las literas se posan en el suelo como si fueran helicópteros. Se han detenido frente al portal de una casa de varias plantas, toda ella propiedad del último retoño de una familia noble que ha organizado un banquete con motivo del nacimiento, por fin, de un hijo, mejor dicho, de un heredero varón. ¡El linaje está a salvo! De las dos literas, con la ayuda de los esclavos, se apea la pareja: un hombre de cabello entrecano y buen aspecto y una muchacha opulenta, de cabello largo y rizado, mucho más joven que él.

Nosotros entramos también. Y enseguida hay un rito que nos llama la atención: los recién llegados, al recorrer el pasillo que conduce al atrio, hacen sonar con la mano unas campanillas que cuelgan del

techo. Nos fijamos mejor: en realidad se trata de campanillas «eróticas», que cuelgan de un enorme pene de bronce, dotado de alas y con patas de león y una gran cola que también tiene forma de pene... Indudablemente una señal de buena suerte. Mientras los huéspedes dejan que les laven los pies y después se reúnen con el propietario y los demás invitados en el perfumado jardín de la casa, el *peristilium*, antes del banquete, nosotros aprovechamos para dar una vuelta por la casa y averiguar en qué medida el sexo está presente en la decoración de las viviendas romanas.

El culto del falo de la buena suerte

El enorme pene de bronce con campanillas (*tintinnabulum*) que cuelga de la bóveda del pasillo de la entrada sirve para ahuyentar el mal, la mala suerte y los espíritus malignos. Por consiguiente, no tiene nada que ver con el sexo, sino con los conjuros, con la protección de la casa y de sus ocupantes. En efecto, los romanos consideran que la fertilidad masculina es la mejor arma contra los espíritus malignos. No, no piensen ustedes que se trata de una extraña costumbre de la antigüedad, porque hoy en día en Italia sigue siendo así: cada vez que pasa un coche fúnebre vacío, o en alguna circunstancia donde se manifiesta la muerte, ¿dónde se ponen la mano muchos hombres (aunque sea en tono de broma)? En los testículos. No el pene. En efecto, se busca el contacto con la parte de los genitales que produce la fertilidad masculina. Porque es garante de la vida, que nos protege contra la muerte y la mala suerte. Los romanos no eran distintos de nosotros.

Los romanos llamaban *fas* al órgano sexual masculino (de donde procede «fascinación») o, de forma más vulgar, *mentula*, y si ustedes visitan Pompeya, verán penes en erección, símbolo de la fuerza fertilizadora masculina, pintados o modelados en estuco en las paredes de las casas y los establecimientos (y lo mismo debía de ocurrir en la antigua Roma). A veces los penes están esculpidos incluso en las losas de las calles. Su cometido es atraer la buena suerte y ahuyentar el mal de ojo, la mala suerte y las enfermedades. Y también pueden encontrarse en los lugares donde acecha el peligro: por ejemplo, pueden estar bien visibles en un peligroso cruce sin visibilidad (para ahuyentar los peligros de la calle o el riesgo de agresiones, etcétera), o

bien encima del horno de una panadería. No tanto por miedo a los incendios sino como «pararrayos» contra las maldiciones de la gente o la envidia de otros comerciantes, dado que, al parecer, los que se dedicaban a vender pan ganaban muchísimo dinero.

Defenderse de las maldades de la gente era, en efecto, una de las principales finalidades de esos órganos masculinos, a veces de dimensiones embarazosas, diseminados por doquier en las ciudades. Pero en el caso de los panaderos, existe además otro motivo: por asociación de ideas, un pene en erección era de buen auspicio para una buena... fermentación del pan. A ese respecto, como afirma la arqueóloga Arianna Vernillo, que trabaja con otros colegas suyos en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, donde se encuentra el famoso «Gabinete prohibido»,[1] hasta hace poco tiempo, en el sur de la región de Campania (y tal vez también en otros lugares) existía la tradición de cubrir las cestas donde se ponía la masa trabajada con... ropa interior masculina. Una antigua tradición que no ha cambiado desde los tiempos de la antigua Roma.

Los antiguos romanos estaban convencidos de que el pene en erección del hombre, portador de vida y fertilidad, no solo servía como protección, sino que además era el mejor talismán para la prosperidad. Es un concepto muy difundido en el antiguo mundo mediterráneo, hasta el extremo de que mucha gente llevaba encima, como amuletos, pequeños penes erectos de bronce, colgados de una pulsera o, más raramente, del cuello. A esos amuletos los llamaban *fascinum* (que no por casualidad era el mismo nombre que se utilizaba para designar el mal de ojo, para ahuyentarlo). Los amuletos podían ser de oro, de plata, de distintas aleaciones de bronce, de coral o de hueso. Cuando los romanos se veían en situaciones peligrosas o impregnadas de mala suerte, tocaban esos amuletos a modo de conjuro.

Entre los legionarios, y no solo entre ellos, era muy popular un colgante con un doble símbolo: un pene en erección unido por su base a un brazo que termina en el denominado *manus fica*, o gesto de la «higa», es decir un puño cerrado del que sobresale el pulgar entre los dedos índice y medio, símbolo de la penetración. *Manus fica* significa literalmente «la señal o el poder del higo». Probablemente era porque, como afirman muchos expertos, el órgano sexual femenino se asociaba a un higo semiabierto. De ahí deriva el nombre que, en el habla vulgar, se sigue utilizando en Italia y en España y que por consiguiente tiene un origen antiquísimo. Y ya que estamos metidos

en harina, también la costumbre de designar en italiano el órgano masculino con la palabra «pajarito» supuestamente deriva de la tradición artística griega, donde los penes tenían una afinidad con los pájaros, y en general, en todas las civilizaciones antiguas era habitual asociar los órganos genitales con algún animal. Efectivamente, los arqueólogos han encontrado distintas reproducciones de la época helenística donde figuran «falos» alados.

El símbolo del pene como amuleto de la buena suerte sobrevivió a lo largo de los siglos tras la caída del Imperio romano: durante todo el comienzo de la Edad Media podían encontrarse falos grabados o representados en las jambas de las puertas para ahuyentar el mal. Pero después, a partir del año 1000, las autoridades eclesiásticas decidieron acabar con aquellos símbolos que se consideraban obscenos y fruto de una tradición pagana que aludía al pecado, y a partir de aquel momento el pene fue transformándose progresivamente en un... cuerno. Por consiguiente, todos esos cuernecitos que hoy tantas personas llevan colgando del cuello, que se balancean bajo los espejos retrovisores o que llevan en un bolsillo los supersticiosos en realidad no son más que... penes modificados, que sin embargo han conservado las mismas características contra el mal de ojo de sus «antepasados» romanos.

Gestos groseros de la buena suerte: los genitales imitados con los dedos

En la antigüedad el falo se asociaba a la fecundidad y a la fertilidad de los campos, porque la gente lo consideraba una fuerza generadora de la propia naturaleza (*vis genitalis*). Era una tradición que se remontaba a los tiempos de las poblaciones ancestrales de la península itálica. Así pues, no es de extrañar que uno pudiera cruzarse con una procesión donde se portaban símbolos de penes en erección; eran las denominadas *falloforie*, originarias del mundo griego, donde se portaban enormes penes de madera (en Egipto, durante el periodo greco-tolemaico, se tiene noticia de que uno de aquellos falos ¡llegaba hasta los cincuenta metros de largo!). Plutarco describe una de aquellas procesiones: «En cabeza se portaban una ánfora llena de vino mezclado con miel y una rama de vid, después avanzaba un hombre arrastrando a un macho cabrío para el sacrificio, detrás de él iba un

hombre con un cesto de higos y por último las vírgenes llevaban un falo con el que se regaban los campos».

La gran diferencia con las demás civilizaciones mediterráneas es la increíble abundancia de falos, representados por doquier en el mundo romano: por las calles, en los templos, en las casas, en las mesas de comer, en los arreos de los caballos e incluso, como hemos visto, la gente los llevaba encima. La figura del falo era normal y habitual incluso para los niños y las mujeres «morigeradas». Nadie se escandalizaba, porque los genitales, como hemos dicho, tenían una función de protección o de buen augurio. Incluso en los gestos groseros... En efecto, los romanos eran muy supersticiosos en la vida cotidiana y tenían miedo de los encantamientos malignos (denominados *fascinum*) que podían echar unos ojos o una mirada en particular de una persona por la calle (justamente, el mal de ojo). Unos ojos que llamaban la atención por su forma de mirar o por alguna anomalía física. Frente a una ojeada intensa que provocaba incomodidad, o a la mirada de un envidioso, los romanos ponían en marcha «contramedidas» con gestos de conjuro.

Como han destacado numerosos expertos, muchos de esos conjuros siguen utilizándose hoy en día. Cuántas veces hemos visto a una persona hacer el gesto de los cuernos hacia abajo, a modo de conjuro. Sirve para ahuyentar el mal de ojo y es un gesto aún más antiguo que los romanos, ya que procedía del mundo griego y estaba vinculado a la figura del toro en la mitología. También escupir en el suelo era un gesto de conjuro.

Y, por último, muchos levantaban el dedo corazón (*infamis digitus* o *digitus impudicus*). También en aquella época era un gesto grosero para insultar a alguien, pero según algunos estudiosos se le atribuía además una función de protección y contra la mala suerte, como nos sugiere un divertido epigrama de Marcial, donde un tal Cotta, que llegó con excelente salud a la edad de sesenta y dos años (un récord para los romanos) sin haber ido nunca al médico, le enseña su dedo corazón a tres famosos médicos de la antigüedad: «Oh, Marciano, Cotta ya tiene a sus espaldas —creo— sesenta y dos veranos y no recuerda haber sufrido ni un solo día la molestia de una cama caliente por culpa de la fiebre. Él apunta el dedo, el impúdico, hacia Alconte, Dasio y Símaco...».

Cuadritos eróticos

Seguimos dando vueltas por la casa. En una pared del patio donde se encuentra el jardín está representado Príapo con su enorme órgano sexual. También en este caso no se trata de sexo, sino de una representación sagrada, de protección para la casa y sobre todo para el jardín. En efecto, Príapo, guardián y protector de los campos, nacido de un ramo de higuera, castigaba a los ladrones de fruta... fustigándolos. Efectivamente, esa era la pena corporal a la que se exponían los ladrones y todo aquel que entraba en una propiedad privada.

Un poco mas allá, en medio de las paredes decoradas al fresco, hay unos recuadros con escenas de desnudos, a veces claramente eróticos, casi siempre en un contexto bucólico. Cuando, a partir del siglo XVIII, empezaron a salir a la luz las primeras pinturas «eróticas» en Pompeya y Herculano, muchos se preguntaron si no se trataba simplemente de las ruinas de unos burdeles. Eran unas obras inconcebibles para el pensamiento extremadamente católico de entonces, sobre todo el de los Borbones. Algunas de aquellas pinturas se destruyeron, otras se ocultaron, para posteriormente encerrarlas en una sala reservada del Museo Arqueológico de Nápoles, denominada «Gabinete de los objetos obscenos», que hoy ha pasado a llamarse «Gabinete prohibido», una salita que muchos turistas y visitantes del museo quieren ver con una pizca de morbo. Aquellos cuadros, junto con otros muchos objetos «eróticos» descubiertos a raíz de las excavaciones (entre ellos las obras de muchos autores de la antigüedad), contribuyeron a la fama de los romanos como personas disolutas y amantes de la perversión y del sexo desenfrenado.

Hoy sabemos que no es así. Nadie se escandaliza si uno tiene en su casa, colgando de las paredes del salón, cuadros o fotos con desnudos o incluso estatuas de desnudos. Mejor dicho, es un sinónimo de sensibilidad cultural: se trata de una forma de arte y no tiene nada que ver con el sexo. Muestra la belleza de los cuerpos, la belleza de la vida. Para los romanos era lo mismo. En las casas de los ricos destacaban frescos de máxima calidad que representaban escenas mitológicas, con Venus desnuda o el cuerpo viril de Marte. O bien criaturas que poblaban los bosques, como las ninfas o los sátiros: se les veía incluso abrazados o persiguiéndose para hacer el amor, con Pan a la cabeza.

Aquellos frescos, encargados por el propietario a artistas probablemente griegos, siempre tuvieron un significado concreto que se asociaba a quienes vivían en aquella casa: se destacaba una virtud

apreciada por el propietario o que describía lo mejor posible los orígenes culturales de su familia. Por lo menos, esa era la intención «oficial» de las obras, que casi siempre son de una calidad indiscutible. En realidad eso era lo que le contaban a los invitados como pretexto. El verdadero objetivo era otro: al encargar una pintura al fresco para la casa, tan solo se pretendía hacer ostentación de riqueza y de estatus. Exactamente igual que hoy en día un nuevo rico cuelga un cuadro de un gran pintor en el salón para que sus invitados crean que es un hombre de una cultura refinada...

Seguimos con nuestra visita por esta *domus* aristocrática. Si estos frescos pueden calificarse de erotismo «*soft*», en cambio las pinturas que encontramos en un pequeño cuarto apartado, lejos del vocerío de los invitados, son otra cosa bien distinta. Una cama, un taburete y una mesilla son los únicos muebles de este cuarto iluminado por unas cuantas lucernas colocadas sobre unos pies de madera. Su luz revela una serie de cuadritos sumamente explícitos. Parecen páginas arrancadas de una revista pornográfica. Cada uno de ellos muestra un coito entre un hombre y una mujer, en posturas cada vez diferentes. Uno de los cuadros muestra incluso una escena de sexo en grupo...

En efecto, nos encontramos en uno de los *cubicula* que había en muchas casas, si no en todas, de la gente adinerada. En aquellos cuartos el señor de la casa mantenía relaciones sexuales con su concubina o con la sierva, o bien él mismo «ofrecía» generosamente una esclava a sus amigos.

Esos pequeños frescos eróticos, las *figurae Veneris,* no eran solo, como mucha gente piensa, una pasión de los aristócratas. También podían verse en las casas de la gente «normal», y eso vendría a sugerir que se trataba de una auténtica moda que se extendió con la llegada del Imperio y que generó un boyante mercado de cuadros eróticos.

Estas pinturas vuelven a aparecer en los famosos lupanares, así como en los cuartos habilitados para el sexo que había por las calles o junto a los «bares» de aquella época, las *cellae meretriciae*, donde las prostitutas llevaban a los clientes que habían reclutado en las inmediaciones. En realidad, pese a que son muy explícitos y vulgares, también esos frescos son un himno a la vida y a sus placeres. Lo interesante es que, por la posición de la mujer en dichos cuadritos eróticos, es posible deducir su posición social. En efecto, si en los jarrones griegos se trata a la mujer como un objeto y su postura es únicamente pasiva, entre los romanos la mujer a menudo parece tomar la iniciativa: está encima del hombre, montada sobre él, lo

utiliza para su placer... En esos casos está claro que la mujer romana, en comparación con la griega, ha adquirido un nivel de emancipación nunca visto hasta entonces.

Una casa decorada con un toque erótico. *Carpe diem!*

Seguimos adelante con nuestro recorrido por la casa. Lo que sorprende es que el sexo vuelve a aflorar repentinamente en la vida cotidiana de los romanos. Vemos más en una escena erótica grabada en un espejo de bronce que hay sobre una mesa: representa a la señora de la casa tumbada sobre una mesa y siendo penetrada desde atrás por un joven, suponemos que su amante. Efectivamente, esta decoración sí que brilla por su ausencia en nuestras casas. A ninguno de nosotros le cabría en la cabeza encontrarse en un cepillo para el pelo de su esposa una representación de su propietaria haciendo el amor con otro hombre... Es otro ejemplo de la independencia de las mujeres de la aristocracia romana.

En nuestro recorrido, al fondo de un pasillo, nos acercamos a un par de lucernas de aceite colocadas sobre un candelabro; también contienen escenas de amor entre un hombre y una mujer. La llama, que ondea debido a la corriente que se crea en el pasillo, parece animar a los protagonistas y hace que la escena parezca más real. Nadie se lo imagina al ver hoy en día esas lamparillas, apagadas, en las vitrinas de los museos, pero ese «efecto de movimiento» debía de atraer las miradas de muchos romanos absortos en sus pensamientos.

Regresamos a la sala del banquete. En el triclinio, los invitados se están acercando a las camas sobre las que van a recostarse para comer. Una rápida ojeada a lo que hay sobre las mesillas nos revela que aquí también está presente el sexo: la vajilla de barro rojo «sellado» (*terra sigillata*), fabricada en serie, lleva impresas escenas sexuales. En una copa de plata incluso se ve una escena de amor entre dos hombres. Por no hablar de unos pequeños portaviandas de bronce: son estatuillas de vendedores ambulantes, de aspecto cómico, con unos penes grotescamente descomunales. Encima de los hombros llevan una bandeja de plata sobre la que se han dispuesto cuidadosamente unos bocados exquisitos, auténticos manjares confeccionados uno a uno por el cocinero del dueño de la casa. También advertimos una estatuilla de un filósofo, delgado y barbudo,

que está leyendo un papiro enrollado: su gran falo en erección hace de candil.

Falos gigantescos, pequeños bronces de desnudos con aspecto grotesco, escenas eróticas en las copas donde se come y se bebe... Todo eso no tiene más que un significado: ahuyentar de la casa y del banquete los espíritus malignos, la mala suerte y la envidia. Pero también tiene la finalidad de recordar a todos los comensales que disfruten a fondo los placeres de la vida, desde el vino hasta la comida, desde la risa hasta el sexo... También porque la vida es breve; para recordárselo hay un par de esqueletos de plata, las *larvae conviviales,* colocados sobre las mesillas del banquete. En resumen... *Carpe diem!*

Este periplo por una casa romana nos informa sobre un hecho genérico importante: el sexo está mucho más presente en la casa de los romanos que en las nuestras. Imagínense ustedes la misma situación hoy en día: invitan ustedes a unos amigos a cenar, o bien al director de la empresa en la que trabajan, y a la entrada de casa hay unos grandes falos colgando que los invitados tienen que tocar; como cuadros tienen ustedes fotos eróticas y de coitos sacadas de una revista pornográfica, y las lámparas de la casa tienen grabadas escenas de sexo subidas de tono; encima de la mesa colocan ustedes unas muñecas desnudas con unos genitales enormes, y los platos y los vasos tienen grabadas escenas de sexo *hardcore*. Por no hablar de los pequeños esqueletos que reposan entre los platos de las viandas... ¿Se atreverían ustedes a invitar a sus huéspedes a una casa semejante? Seguramente no... ¡Un romano de aquella época sí!

En realidad, para un romano no supondría ningún problema porque, como hemos dicho, todo es sin malicia. Se trata solo de arte y de decoraciones con una única finalidad: proteger la felicidad y la vida. Y eso nos sugiere por enésima vez que mientras que nosotros experimentamos el sexo con una sensación de pecado, los romanos lo disfrutaban como uno de los placeres de la vida. Sin caer por ello en la vulgaridad, en la depravación o en la transgresión. Es sencillamente uno de los regalos de los dioses, que hay que aferrar y saborear al vuelo...

Te presto a mi esposa Y la práctica del vientre de alquiler

Ahora los invitados se han recostado sobre los triclinios. Empiezan a llegar los primeros platos, en primer lugar los huevos duros, con los que tradicionalmente se da comienzo a los banquetes (*ab ovo ad malum*,[2] como se sigue diciendo en italiano, aunque no refiriéndose a los platos de los banquetes, sino para decir «de principio a fin de un discurso»). El tema de conversación de la velada gira en torno al recién nacido. El señor de la casa está visiblemente contento; su esposa se encuentra tumbada a su lado, y en un determinado momento también traerán a su hijo, en brazos de su nodriza, para enseñárselo a todo el mundo en esta su primera presentación a la alta sociedad. Pero, ¿de verdad es su esposa? Hace poco hemos visto lo afectuosa y cordial que se ha mostrado con el invitado de pelo entrecano que ha llegado en su litera. Hay una razón. En realidad, ambos estuvieron mucho tiempo casados y tuvieron cuatro hijos. Pero después ha ocurrido algo que para nuestra mentalidad es absolutamente inconcebible. El señor de la casa, un senador que ya no es precisamente joven, llevaba muchos años sin poder tener hijos y, sobre todo, un heredero. Y el hombre de pelo entrecano, amigo suyo de toda la vida, le... ha prestado a su esposa para que pudiera tener uno. Con cuatro partos a sus espaldas, era más que una garantía. Y en efecto, así ha sido: la mujer le ha dado enseguida un hijo varón. Naturalmente, antes de cederle a su esposa el hombre de pelo entrecano la ha repudiado, tan solo por respeto a las normas, pero cuando ella regrese los dos volverán a casarse. A la espera de que ella vuelva a casa, el hombre del pelo entrecano ha elegido a su concubina de pelo largo, rizado y oscuro como su «primera dama» temporal... Sabemos que algunos hombres cedían a sus esposas ya embarazadas para estar todavía más seguros del éxito de la operación. Esta práctica se difundió al final de la época republicana pero estuvo presente durante todo el periodo imperial.

Por último, hay algo todavía más sorprendente: el vientre de alquiler (o *locatio ventris*, como lo ha definido humorísticamente el profesor Staccioli). San Agustín cuenta que, en ausencia de un heredero, se daba el caso de que el marido, con el consentimiento de su esposa, recurría a otra mujer con la que tener hijos en común. A veces, cuando los hijos no llegaban, eran las propias esposas quienes se lo proponían a sus maridos, y eso se debía a que en la antigüedad existía la convicción errónea (y que por desgracia todavía hoy está muy difundida) de que en caso de que no llegaran los hijos, la responsabilidad era exclusivamente de la mujer. También cabe añadir

que en la época arcaica una mujer podía ser repudiada no solo si no conseguía darle una descendencia a su marido, sino también en caso de que únicamente hubiera parido niñas. Mientras que es el hombre, con sus espermatozoides, quien determina el sexo del *nasciturus*. Obviamente, los romanos no podían saber eso, pero en una sociedad machista, pasara lo que pasara, se consideraba que la mujer era la única responsable en caso de problemas con los nacimientos.

Un torbellino de amantes

El banquete del senador ha sido organizado por todo lo alto. Hay muchísimos invitados, y en medio del parloteo entre los comensales tumbados advertimos breves pero intensos intercambios de miradas y de gestos fugaces entre algunos de ellos de sexo opuesto. Incluso tan solo el gesto de apoyar los labios en el borde de la copa, justo en el punto por el que acaba de beber la persona deseada, es un mensaje silencioso pero claro y elocuente. «Y mientras su marido bebe, ella ya está echándole el ojo a algún joven amante», nos dice Horacio... Es una «costumbre» que fue arraigando desde el final de la República y durante los comienzos del Imperio. Las mujeres se han vuelto muy «agresivas», no solo se dejan seducir, sino que incluso toman la iniciativa a pesar de las sugerencias de Ovidio. Como ha dicho el profesor Staccioli, seducir y dejarse seducir mutuamente es una práctica muy en boga, una especie de «juego de sociedad» que consiste en encontrar un amante entre las esposas y los maridos de los amigos y conocidos, que muy a menudo también son familiares entre sí. En resumen, se juega en casa (o mejor dicho, en familia) entre un grupo selecto de la sociedad, es decir, entre la aristocracia.

El resorte que induce a una matrona romana a ser recatada por la calle y en los eventos públicos pero agresiva entre las paredes domésticas hasta el extremo de tomar la iniciativa sexual está claro. Se trata de mujeres que se casaron de niñas, sin amor, con hombres mucho mayores que ellas. Al cabo de unos años, en el umbral de los treinta, con algún que otro hijo a sus espaldas y un marido ya anciano, esas mujeres, aburridas e insatisfechas sexual y sentimentalmente, dan caza a un joven que promete darles todo lo que nunca han tenido y que, cuando sean viejas, ya no podrán tener. Así pues, igual que las mujeres de cuarenta años de hoy en día, no esperan a que surja una ocasión, van en busca de ella, la estimulan, la crean...

Para las matronas, el problema es «dónde» tener sus encuentros amorosos. Es imposible intentar tenerlos fuera de casa: por la calle están a la vista de todo el mundo y además bajo la vigilancia del esclavo de confianza de su marido. Además, no existen lugares donde citarse. No hay moteles, y las posadas o las pensiones son de una sordidez absoluta, no están al nivel de una matrona. Así pues, también

en este caso, hay que «jugar en casa». Cuando el marido se ausenta por sus incesantes compromisos, se deja entrar al amante en casa, a veces incluso con la ayuda de esclavos y guardianes complacientes. O bien el amante alquila la casa de al lado, a fin de facilitar sus «incursiones amorosas»...

Ovidio, a ese respecto, aconseja añadir un poco de picante en los encuentros con el amante en la propia casa. Que el amante entre por la puerta principal, al cabo del tiempo, acaba convirtiendo una relación clandestina en algo tan rutinario que lo mejor es reavivarlo con una ráfaga de miedo. Como, por ejemplo, pidiéndole al amante que entre por la ventana, porque la situación en casa no está del todo tranquila. O bien que la matrona se ponga de acuerdo con su esclava de confianza para que, estando la matrona con su amante en la cama, la sirvienta entre a toda prisa diciendo que el marido ha regresado y así obligar al amante a esconderse en un lugar angosto y oscuro. Los romanos, para desgracia de los amantes, no utilizan armarios, solo arcones, y es ahí donde tienen que arrebujarse, medio asfixiados, esos hombres con el corazón desbocado... Horacio, en sus *Sátiras*, describe muy bien esa situación: «Quedándose encerrado en un arcón sucio... con la cabeza tocándole las rodillas». Una vez pasado el peligro, imaginamos que la matrona instaba al amante a huir a toda prisa de casa (por la ventana), para después partirse de risa con su esclava cómplice. Naturalmente, en las siguientes ocasiones todo tiene que ir como la seda, porque el amor (y la sexualidad del hombre) no quiere saber nada de ansiedades ni problemas.

Este aspecto coloca a las mujeres romanas bajo una luz muy distinta de la imagen de esposas sumisas y resignadas a una vida retirada, a la sombra de sus maridos. Por el contrario, hace de ellas las auténticas protagonistas de la vida familiar y social. Naturalmente, estamos hablando de las mujeres de la aristocracia (pero las mujeres de las demás clases tampoco debían de ser muy diferentes). *Vivere vitam*, ese llegó a ser el lema de la alta sociedad en los comienzos del Imperio.

El adulterio: ¿un problema o una solución?

Cabe hacer una consideración. A la luz del creciente número de divorcios y separaciones de nuestra época, hay que reconocer que los

romanos eran muy hábiles a la hora de encontrar soluciones para los grandes problemas sociales que hoy en día son decididamente espinosos, como las cuestiones religiosas, el racismo, la inmigración, los placeres del pueblo en la vida cotidiana y... las relaciones entre marido y mujer. Los romanos no afrontaban los problemas de frente, buscando soluciones; simplemente los «apagaban», encontrando normas y leyes que le quitaban el oxígeno al origen de los problemas. Un ejemplo es el matrimonio. Al no tener una base sentimental, ofrecía más garantías de longevidad; el hombre (o su padre) buscaba alianzas con familias poderosas y el dinero que iba a entrar en forma de dote. Era un contrato, como hemos visto. El hecho de que no hubiera amor fomentaba su estabilidad. Dicho crudamente, si tu socia comercial en un contrato (después de darte unos hijos) se acuesta con otro, la cosa no escuece tanto como si lo hiciera la mujer de la que estás enamorado. Siempre y cuando ella lo haga sin que tú te enteres, de una forma discreta y sin manchar tu honorabilidad. Eso es lo que diría un hombre romano. El hecho de que un hombre estuviera dispuesto incluso a prestar a su esposa a otro para que tuvieran hijos, exactamente igual que si hoy en día uno le presta su coche a un amigo, para después volver a tomarla como esposa nos da la medida de lo diferente que era en aquella época el vínculo entre marido y mujer. El hecho de que el matrimonio no tuviera una base sentimental era una salvaguarda frente a muchas de las causas de separación y divorcio que hoy socavan las relaciones de pareja. Empezando por las infidelidades.

Los romanos partían del supuesto de que inevitablemente iba a haber infidelidades, así que, ¿por qué intentar impedirlas? *Adultera mens est*: si de todas formas el pensamiento de una mujer es adúltero, no sirve de nada controlarla ni marginarla en casa. Encontrará el modo de hacerlo sea como sea. Mejor dicho, cuanto más estrictos sean los controles, cuanto más presente esté el marido, cuanto más asfixiante y celoso sea, mayor será la tentación de serle infiel. Si acaso, funciona mejor la libertad: según los antiguos, una mujer que es libre de ser infiel a su marido no le traicionará. Siempre y cuando el marido no la desatienda, añadiríamos nosotros.

Partiendo de ese supuesto, al saber que el adulterio era inevitable, para «apagar» el problema de las infidelidades bastaba con sortearlo permitiendo que el hombre pudiera desahogarse libre y oficialmente con otras mujeres (prostitutas, posaderas, etcétera), incluso con relaciones paralelas y prolongadas, sin que eso se considerara

adulterio. En el caso de la mujer, el discurso era distinto. Ninguna moral, ninguna ley lo autorizaba, pero... todo el mundo sabía que sucedía o que podía suceder. Así pues, oficialmente estaba prohibido: Augusto autorizaba incluso el asesinato del amante (siempre que fuera de una clase inferior) cuando el marido le sorprendía en la cama con su esposa. Pero después, en la vida cotidiana, necesariamente se hacía la vista gorda. El hecho de que en la alta sociedad romana hubiera un círculo de adulterios femeninos, comparable a una «cuadrilla» del sexo, da a entender lo distanciado que estaba de su esposa el corazón de un hombre, que la veía más como una colega en un proyecto de trabajo que como su media naranja. Tanto es así que, según la estudiosa Géraldine Puccini-Delbey, en latín clásico no existe una palabra que tenga el mismo significado que la palabra moderna «cornudo».

Por supuesto, no había equilibrio: el hombre podía hacer lo que quisiera, a la vista de todos, y en cambio la mujer, «oficialmente» no, y por eso no debía permitir que la descubrieran. Pero hay que recordar que estamos en plena antigüedad y en una sociedad fuertemente machista: ninguna otra civilización antigua concedía tanta libertad a la mujer. De ahí las estrictas leyes contra el adulterio femenino, las rígidas normas de conducta por la calle, el *ius osculi*, la obligación de besar a su marido para comprobar si había bebido, etcétera. En la práctica, ni siquiera el Senado con sus leyes logró poner coto al fenómeno de los adulterios femeninos. También porque los hombres, a fin de cuentas, se acostaban con las esposas de otros... Es más, téngase en cuenta que el propio Augusto, que tanto había luchado para defender la institución del matrimonio, fue protagonista de algunos episodios clamorosos, como cuando, durante un banquete, se levantó y, delante de todo el mundo, tomó de la mano a la esposa de un cónsul allí presente y se la llevó a otra habitación. Cuando volvieron al banquete, ella tenía todo el pelo revuelto y las orejas coloradas, señales de una relación sexual (imaginamos que oral) salvaje... Todo eso ocurría en la antigua Roma, donde los matrimonios no eran sinónimo de amor.

[1] Una sección del museo donde se exponen piezas de contenido erótico. *(N. del T.)*.
[2] Literalmente, «del huevo a la manzana», «de principio a fin». *(N. del T.)*.

IX. el gran juego del amor

Sexo en la cocina

Lo que atrae a Lucius es un agradabilísimo olor a carne guisada con especias. La cocina está al final de un corto pasillo en la zona de servicio de la casa; eso se deduce porque allí no hay ni mosaicos ni frescos: el suelo está hecho de ladrillos dispuestos en espiga, y en las paredes, junto a las ramas secas de plantas que se utilizan para cocinar, se ven manchas de grasa y frases grabadas en el enlucido, así como unas rayas en hilera, como la forma en que los presidiarios cuentan los días. Son «cantidades», es decir, la cuenta de los sacos que se han entregado, de los días de trabajo, vaya usted a saber...

Nada más entrar en la cocina, Lucius siente la caricia del abrazo perfumado de los aromas que flotan invisibles en el aire, pero también le invade una explosión de colores: el cobre de las cacerolas colgadas de la pared, el verde de las legumbres picadas sobre la mesa de madera, el blanco de la leche que hay en un cuenco, el rojo de la carne picada en tacos, lista para meterla en la cacerola, el amarillo del fuego. Y en el centro está ella, Photis, la esclava que está preparando la cena para sus amos. Está de espaldas y Lucius observa sus movimientos mientras trabaja junto a los fogones: parece una serpiente ondulante, o un chorro de agua oscilante en una fuente. El ir y venir de sus riñones evoca en Lucius la clásica posición sexual de la «Venus que se mece» (*Venus pendula*), con la mujer moviéndose, sentada con las piernas abiertas sobre el hombre tumbado. Eso es lo que ambos van a hacer a continuación... Al joven también le llaman la atención los colores de la mujer. Como la faja-sujetador de color rojo vivo o las blanquísimas palmas de sus manos, que contrastan con su piel oscura. Lucius no solo quiere satisfacer su mirada, también quiere agasajar los demás sentidos, y se aproxima a la esclava. Pero al avanzar choca contra una olla y hace ruido. La muchacha se vuelve de un salto y le mira fijamente. La visión del muchacho tiene un efecto demoledor en la joven, que se queda inmóvil, se rinde y entorna los ojos y los labios. El primer contacto entre ambos se produce con la boca, y Lucius siente el perfume del aliento con aroma de canela de Photis, después acaricia la lengua que le ofrece la muchacha, que ya ha caído prisionera de su deseo, y por último saborea el néctar que destilan gota a gota los labios de la chica.

Lucius le pide a Photis que se suelte el pelo y que lo deje libre. Pero ella va mucho más allá y deja caer todo lo que lleva puesto. Se queda desnuda, salvo por un extraño colgante metálico que lleva en el cuello y del que no se separa jamás. Ante Lucius aparece por fin ese cuerpo que ondeaba como una llama. Es un cuerpo sensual, que sus ojos embadurnan con los colores del deseo: primero los senos, voluminosos y prominentes, después los costados, amplios en ese cuerpo delgado, y por último el sexo, totalmente depilado, que la muchacha se tapa púdicamente con una mano (tal vez por un cálculo malicioso más que por auténtico pudor). En esa postura, Photis parece una Venus que surge del mar. Y Lucius la llama «mi Venus, mi dulce Venus negra».

Después, solo unos cuantos fotogramas nos describen lo que ocurre. Como el destello de una mirada o de una sonrisa. Pero también está el perfume de un seno, el sabor de la saliva, la suavidad de las sombras de su cuerpo... Es una Venus que se entrega sobre la mesa de la cocina, entre verduras picadas, migas de pan, tazones llenos de especias que se vuelcan por el ardor de la pasión... Todo ello mientras la cena de los señores espera sobre el fuego, cociéndose en su impaciencia.

Esta descripción de un acto sexual en la cocina, libremente inspirada en una famosa obra, *Las metamorfosis*, de Lucio Apuleyo, escrita en el siglo *ii* d. C., permite intuir el gran peso que concedían los romanos al erotismo incluso en las obras literarias, teniendo en cuenta que, en general, el sexo «rápido» estaba muy disponible. Pero, paradójicamente, tanto el uno como el otro se situaban fuera de la vida conyugal. Una escena de sexo en la cocina como la que acabamos de presenciar o incluso las representaciones de coitos apasionados que se ven sobre las paredes de Pompeya no formaban parte de la vida entre marido y mujer. La libertad del amor y las alegrías del sexo se reservaban para otras mujeres (concubinas, prostitutas, esclavas) y para otros hombres (amantes, esclavos). Así se explica por qué ambos buscaban el adulterio, es decir, el sexo fuera del lecho conyugal. A nosotros, que vivimos en el siglo *xxi*, acostumbrados al matrimonio por amor, puede parecernos algo absurdo. Pero si no comprendemos ese mecanismo de la cultura romana, nuca entenderemos el verdadero sentido del amor y el sexo en la antigua Roma.

Cómo lo hace la esposa...

Lo que sí marca la diferencia en el sexo de los antiguos romanos es con quién se acuesta uno: si con el cónyuge o con un amante. En el primer caso, el objetivo principal del sexo es la reproducción; en el segundo, el placer. Así pues, en el primer caso una mujer tiene que ser obligatoriamente fiel, en el segundo es libre de cambiar de compañero cuando quiera. Pero hay otras consecuencias sorprendentes, que tienen que ver con los movimientos y las posturas. Porque en la cama todo cambia.

En su papel de esposa, una matrona romana no debe conocer las alegrías del sexo. Mientras hace el amor, no tiene que moverse ni que gemir. Nada de abrazos sensuales, nada de movimientos para facilitar el acto sexual de su marido: sería una tragedia. Dado que ha llegado virgen al matrimonio y que todo lo que sabe sobre el sexo lo ha aprendido haciéndolo con su esposo, si hace algo diferente significa que lo ha aprendido practicando el sexo con otro hombre... Por consiguiente, la mujer debe permanecer inmóvil durante todo el acto sexual y esperar. Pero, ¿en qué postura? En la denominada postura «del misionero» (es decir, tumbada boca arriba), lo que facilita la concepción, o bien según Lucrecio, en la postura «de los animales cuadrúpedos», siempre por ese mismo motivo.

Marcial, en un escrito de tono humorístico, nos revela la verdadera atmósfera que se respiraba en el dormitorio de un matrimonio durante una noche de sexo. Sin Marcial, probablemente no habríamos conocido detalles esclarecedores sobre una situación que debía de estar muy difundida en las casas de las parejas romanas. En efecto, a través de su obra descubrimos a un marido que se queja a su esposa de su excesiva rigidez en la cama y le dice que le gustaría mucho que, al hacer el amor, encendieran un candil, que ella se quitara el «sujetador» y sus túnicas y sus «capas» oscuras, que dijera alguna palabra e hiciera algún gesto y que no le abrazara como abraza cada mañana a su abuela... En resumen, marido y mujer hacían el amor a oscuras, vestidos y en silencio, sin abrazos fogosos.

La falta de implicación en el sexo entre el matrimonio romano era verdaderamente espantosa.

... y cómo lo hace la amante: el placer de dominar al varón romano

En cambio, se respira una atmósfera totalmente distinta en el dormitorio de dos amantes. Acaso la misma matrona que por la noche está rígida como una estaca con su marido, inexpresiva y vestida como el maniquí de una tienda, a la mañana siguiente, con su amante, se transforma en una tigresa. Efectivamente, muchas mujeres de la alta sociedad se niegan a cumplir los rígidos principios de moralidad y se lanzan a la sexualidad más desenfrenada con distintos amantes. Algunas incluso públicamente. Es famoso el caso de Julia, la hija de Augusto, que acabó escandalizando a su padre hasta el extremo que mandó que la desterraran a la isla de Ventotene (los romanos la llamaban Pandataria), impidiéndole regresar nunca más a Roma y negándose a que la enterraran en el mausoleo de la familia.

Pero, sin llegar a esos extremos, una multitud de matronas se lanza al descubrimiento del amor, vivido como pasión desbordante, sobre todo en la cama, donde se transforman en auténticas cortesanas. También por el sutil placer de... dominar al hombre.

En efecto, de repente los papeles se invierten: el hombre es el que tiene que obedecer a la mujer, a sus caprichos, a sus decisiones. Para una mujer acostumbrada a ser una figura de segundo plano en la familia y en general en una sociedad machista, siempre a las órdenes de un hombre, el adulterio no solo representa una evasión hacia el amor y la pasión, desconocidos hasta entonces, sino también significa romper las cadenas y tomarse la revancha sobre el hombre, que ahora es el dominado. Si en el amor conyugal el hombre es el que decide, en el extraconyugal es justo lo contrario: se convierte en un simple «objeto» que tiene que competir con los demás y suplicar los favores de la mujer. El dominio es completo, incluso físicamente. Efectivamente, una de las posturas más utilizadas por los amantes es la *Venus pendula* que hemos citado anteriormente, o la *mulier equitans*, es decir, la «mujer montada a caballo», donde la mujer se sienta a horcajadas sobre el hombre tumbado en la cama. Es una postura típica de una amante, de una cortesana o de una prostituta, porque es la mujer, con su movimiento, la que da placer al hombre. Pero, al mismo tiempo, en ese momento ella es la que manda, dirige el amor y domina al hombre, convirtiéndose en su dueña.

¿Las mujeres romanas fingían en la cama?

La respuesta es sí: «Finge alegría con palabras mentirosas [...], dales credibilidad con el movimiento y con los ojos: que manifiesten el placer tanto tus palabras como tu respiración jadeante...».

Es lo que escribía Ovidio hace dos mil años, ¡instando a la mujer a que fingiera el orgasmo! En resumidas cuentas, ya en la antigua Roma, y quién sabe desde hacía ya cuánto tiempo, las mujeres fingían en la cama a fin de complacer a su compañero, como sigue ocurriendo hoy en día, o bien para acelerar los tiempos y que todo acabe más rápidamente (una típica situación conyugal donde la mujer ya no experimenta placer con su marido).

Sin embargo, había que tener cuidado con no exagerar y no delatarse con una escena a todas luces falsa, dice Ovidio. En efecto, al hacerlo, una mujer pierde credibilidad y un hombre ya no va en su busca porque siente que se están burlando de su virilidad.

Ya en la antigua Roma la gente se hacía muchas preguntas sobre el orgasmo femenino, tan «misterioso»... ¿Por qué algunas veces se da y otras no, mientras que en el hombre ocurre siempre? ¿Es útil para la concepción? Esas eran las preguntas que se planteaban.

Existían dos escuelas de pensamiento: algunos consideraban que, fisiológicamente, una mujer no podía llegar al orgasmo; otros, por el contrario, pensaban que sí. Y entre estos estaba Galeno, del que ya hemos hablado a propósito del esclavo que fingió estar enfermo para quedarse al lado de su amada. Galeno consideraba que la mujer también tenía orgasmos y que incluso producía esperma en el momento más intenso del coito. En realidad, el «esperma» al que aludía Galeno no era otra cosa que el fluido lubricante que segrega la mujer durante la excitación. Galeno consideraba que ambos espermas, el masculino y el femenino, «facilitaban las relaciones amorosas, haciendo surgir el placer» y que, por consiguiente, ayudaban a la concepción.

En una cosa estaban de acuerdo los médicos romanos: que era imprescindible un mínimo de placer por parte de la mujer para engendrar un hijo.

Llegar al placer juntos

Ovidio iba más allá: el hombre y la mujer tenían que llegar juntos al orgasmo. Aconsejaba que el hombre «encendiera» a la mujer, durante los prolegómenos, con certeros movimientos de los dedos de su mano izquierda, y una vez descubiertos los puntos que la mujer deseaba que le tocaran, no había que parar: «Verás cómo sus ojos brillan con un trémulo resplandor, igual que el Sol a menudo se refleja sobre el agua transparente... se llegará a un tierno murmullo, a unos gemidos dulces y a unas palabras idóneas para el juego del amor».

En ese momento el acto sexual tiene que embocar la calle principal, prestando atención a que el placer de ambos avance en paralelo hasta... «llegar a la vez a la meta». Solo cuando el hombre y la mujer yacen rendidos y exhaustos el placer es completo.

El *Kamasutra* de los romanos

Lo que muy poca gente sabe es que circulaban auténticos «manuales para hacer el amor», que enumeraban y describían las distintas posturas con la forma mejor, más placentera (para uno mismo o para su pareja) o más creativa de practicar el sexo. Estos manuales estuvieron disponibles mucho antes de que Roma se convirtiera en la superpotencia del Mediterráneo.

En efecto, ya desde la época de Alejandro Magno empezaron a aparecer obras que explicaban las técnicas de seducción, la sexualidad y también las distintas posturas. Según los griegos, este tipo de manuales tenían un origen antiquísimo; supuestamente la autora del primero había sido nada menos que Astyanassa, una de las esclavas de la mítica Helena de Troya, que describió todas las formas de hacer el amor. A partir de entonces esas obras de literatura erótico-pornográfica tuvieron muchísimo éxito. Se podían comprar sobre todo en Alejandría; más tarde, con la expansión romana, se difundieron por todas partes.

Para darles un mayor atractivo, a menudo aquellos manuales circulaban con nombres de mujer, los nombres de las prostitutas más famosas, que de esa forma revelaban sus secretos (una auténtica

triquiñuela comercial, increíblemente moderna, para garantizar su éxito): Betrys, Philaenis, Niké de Samos, Calístrata de Lesbos, esas eran las mujeres expertas en sexo que picaban la curiosidad del lector varón. Hay dos mujeres que destacan. Una es Pamphila de Epidauro, una egipcia que vivió en Grecia en tiempos de Nerón. Fue una mujer de una increíble prolijidad literaria: escribió treinta y tres libros sobre la historia de Grecia, pero también tratados sobre otros temas, incluida una obra titulada *Sobre el sexo*.

La otra mujer es Elefantis, una poetisa del siglo I a. C., aficionada al sexo y experta en la preparación de recetas abortivas. A ella se le ha atribuido el *Kamasutra* romano que tal vez llegó a ser más famoso: *De figuris coitus*, probablemente un libro-atlas ilustrado de las distintas posturas, con todo lujo de explicaciones. Esos libros fueron los que inspiraron los cuadritos eróticos que decoraban las villas de los antiguos romanos. Sin embargo, mucha gente sospecha que, aparte de unas pocas excepciones como las que acabamos de citar, detrás de aquellos libros sobre el erotismo en realidad se ocultaban autores masculinos...

Pese a que se trataban de absolutos *best sellers* para la antigüedad, en lo más alto de las preferencias lectoras (o de las listas de ventas, como diríamos hoy), de aquellas obras no nos ha llegado ni siquiera una página. Tan solo disponemos de escasísimas informaciones a través de algunos autores antiguos. Y la cosa es un tanto extraña. ¿Cómo es posible que hayan llegado hasta nuestros días tantísimas obras del pasado, de los más diversos géneros literarios, pero ninguna de aquellas? ¿Es posible que los monjes medievales no transcribieran ni siquiera una copia? En realidad, es posible que quede alguna en cualquier biblioteca, acaso con un título equivocado, o encuadernada junto a alguna otra obra antigua y poco conocida. O bien saldrá a la luz en algún yacimiento arqueológico, por ejemplo, en Herculano, donde, en la Villa de los Papiros, han aparecido obras literarias fragilísimas, pero todavía intactas, que se han conservado gracias a la erupción: hasta hoy ha salido a la luz la sala de la biblioteca de obras en griego de la corriente epicúrea. Falta la sala de obras en latín: quién sabe si algún día aparecerá. Y quién sabe si aflorará uno de esos *best seller* de la antigua Roma...

Las posturas para hacer el amor

¿Qué posturas preferían los romanos para hacer el amor? ¿Preferían algunas en particular? Obviamente, en la cama cada uno tenía sus preferencias y no hace falta un gran esfuerzo de la imaginación para comprenderlo. Sin embargo, para gustar más, o para ocultar las partes menos bonitas del cuerpo, se «aconsejaban» algunas posturas para las mujeres:

– «Una muchacha de hermoso aspecto tiene que hacer el amor tumbada boca arriba, mirando a su amante a la cara, para mostrarle bien su rostro».

– «Si es de baja estatura, debe "montarlo" para disimular la diferencia de altura».

– «Si tiene hombros bonitos, que asuma una posición que los muestre. Si tiene bonitas piernas, "que haga como Melanión, que llevaba sobre sus hombros las piernas de Atalanta". Esta es la postura más eficaz».

– «Si una mujer tiene unas bonitas piernas juveniles y un pecho hermoso, que se ponga en diagonal sobre la cama mientras el hombre permanece de pie».

– «Si por el contrario una mujer quiere mostrar la larga línea de sus flancos, que se arrodille sobre la cama y recline la cabeza hacia atrás» (para imprimir unas curvas más «vertiginosas» a su figura).

– «Si tiene la barriga llena de arrugas, que se ponga a caballo de su compañero, dándole la espalda».

– «La postura más sencilla y menos cansada es cuando ella se echa de lado sobre la cama y su amante la abraza desde atrás...».

Estas son las sugerencias de Ovidio en el tercer libro de su *Ars amatoria*, pero también da un consejo adicional para poder «saborear» con el máximo de placer las distintas posturas del sexo: apreciar a las mujeres maduras. Porque tienen una gran ventaja: la experiencia. Como subraya el poeta, «es la experiencia la que hace al artista», y añade: «En una mujer ya madura la experiencia es mayor... Con atenciones expertas sabe compensar los daños de la edad, de forma que no te parecerá en absoluto vieja, y en mil posturas sabe entender el placer tal y como tú lo deseas... sin excitaciones irritantes y vanas».

No obstante, cabe destacar que hace dos mil años el concepto de «vieja» era distinto del nuestro... Para un romano, una mujer de cuarenta años, que hoy todo el mundo considera una mujer joven,

atractiva y en la cumbre de su sensualidad, entonces ya parecía muy entrada en años, casi una anciana, justamente, dado que la edad del matrimonio estaba en torno a los catorce años y la esperanza de vida femenina era de aproximadamente veintinueve años...

Muchas de esas posturas que cita Ovidio están representadas en las famosas pinturas de Pompeya. Pero, más allá de las motivaciones «estéticas» sobre la forma de hacer el amor, también están las posturas más prácticas del juego del sexo, las que proporcionan más placer al cuerpo o a la mente. ¿Cuántas son? Muchas más de lo que cabría imaginar...

Los acróbatas del placer

A comienzos del siglo XIX, el filósofo alemán Friedrich-Karl Forberg publicó un estudio sobre la conducta sexual basado en textos antiguos (principalmente griegos y romanos) titulado *De figuris Veneris*. El manual provocó un gran escándalo en su época y esa fue la clave de su éxito, porque fue reeditado numerosas veces durante los siglos posteriores. Al final de sus observaciones, Forberg elabora una lista de las posibles posiciones que asumían los antiguos para practicar el sexo. ¡Llegaba nada menos que a ochenta y cinco posturas para hacer el amor!

Se alcanza un número tan elevado combinando, por así decirlo, «acciones» eróticas sobre la pareja con posiciones cada vez distintas.

En realidad, Forberg llega a describir noventa posturas, pero contando situaciones «extremas», como el sexo entre cinco personas, o bien relaciones con animales, etcétera.

Lo sorprendente es que todas esas posiciones pueden encontrarse en los textos antiguos, diseminadas por las distintas obras de todo tipo que han llegado hasta nosotros... En resumen, Forberg lo único que hizo fue enumerarlas, nada más. En otras palabras, los griegos, y sobre todo los romanos, tenían una gran imaginación en la cama...

¿Pero de verdad adoptaban todas esas posturas? Es imposible saberlo, obviamente. En el fondo, los antiguos romanos eran como nosotros, creativos y pasionales, pero desde luego no eran tan depravados como algunos creen. Tan solo eran aficionados a los placeres de la vida, y el sexo, como hemos dicho, se vivía sin esa sensación de pecado y de culpa que difundió el cristianismo. El sexo se

vivía plenamente, como juego y como placer.

No obstante, sí hay una forma de averiguar qué posturas adoptaban los antiguos romanos... Y está a la vista de todo el mundo. Basta con consultar (en los libros, en los museos o en Internet) los frescos «eróticos» de la antigua Roma, las estatuillas o las lucernas donde se representa el acto sexual, o incluso las inscripciones de las paredes de hace dos mil años. Y ahí veremos aflorar todo el mundo «prohibido» de la época antigua, como si se tratara de un reportaje no apto para menores. Es un mundo que ahora vamos a intentar descubrir y describir brevemente, con toda la discreción y el distanciamiento oportunos, evidentemente. Pero también con toda la curiosidad que nosotros, que vivimos en una época que concede amplias libertades, podemos sentir respecto a un mundo antiguo, tan lejano, que siempre nos ha parecido cerrado pero también, según un estereotipo tan generalizado como erróneo, depravado. Pues bien, ¿cómo eran las cosas en realidad?

«Fotogramas» no aptos para menores

En los frescos, las posturas más clásicas son la del misionero (con el hombre encima de la mujer), la de la «leona» (con la mujer a cuatro patas y el hombre detrás) y la ya citada *Venus pendula* (o *pendula conversa*), es decir, la mujer montada sobre el hombre, de rodillas o sentada con las piernas muy abiertas. Esa misma postura, con la mujer vuelta del otro lado, mostrándole la espalda y el trasero a su amante debía de gustarle a muchos hombres, teniendo en cuenta que aparece con bastante frecuencia (*pendula aversa* o *equis aversis*).

Lo que llama la atención en los frescos son los detalles secundarios de la escena: el coito casi siempre se representa encima de una cama con un cabecero alto, en el que a veces se apoyan con una mano el hombre o la mujer. Además, siempre hay un grueso colchón con una colcha a rayas, de las que nosotros utilizamos en la playa en verano. Evidentemente, se trataba de una constante de los dormitorios de los romanos.

Los dos amantes representados siempre son guapos y jóvenes (nunca se ve a un hombre calvo ni a una mujer gorda): muy parecido a lo que ocurre hoy en las revistas eróticas. En suma, esos eran los modelos masculino y femenino de entonces. Al ojo del observador no

se le escapan algunos curiosos detalles de la mujer que debían de estar muy de moda en aquella época, pero que hoy ya no lo están.

Por ejemplo, el pelo. Siempre está recogido con horquillas, reunido en un moño o en unas trenzas enrolladas encima de la cabeza. Ninguna mujer romana acostumbra a soltarse el pelo para hacer el amor, cosa que hoy se considera un gesto muy sensual. Sin embargo, el propio Ovidio se da cuenta de ello e insta a las mujeres a dejar que el pelo ondee durante los prolegómenos. Es decir, que la nuca de la mujer era una visión habitual para el ojo del hombre romano, mientras que hoy en día ya no lo es.

Muchas chicas aparecen haciendo el amor con el sujetador (la faja) abrochado, mientras que hoy en día desabrocharlo es uno de los momentos con más contenido erótico de los preliminares. Casi se podría llegar a la conclusión de que los senos no se consideraban un «objeto de deseo» por parte de los hombres, cosa que obviamente no es cierta. Es posible que dejarlo puesto solo fuese una costumbre generalizada de la intimidad y, tal vez, también muy excitante, como hoy en día lo es la lencería.

También es cierto que las parejas representadas en los frescos no son marido y mujer porque, como hemos visto, el sexo conyugal es lo más soso, oscuro e «inmóvil» que se pueda imaginar en un coito. Así pues, las jóvenes que aparecen pintadas, salvo rarísimas excepciones, son concubinas, esclavas, *escorts* que han acudido a casa del hombre o prostitutas en los burdeles. Esa es la razón de que siempre sean jóvenes y las veamos en posturas «acrobáticas»: en las relaciones extraconyugales se busca únicamente el placer de los sentidos. Y probablemente, teniendo en cuenta lo fugaces que eran las relaciones en un lupanar, lo más práctico era llevar siempre el cabello recogido, para no tener que volver a colocarlo en su sitio entre un cliente y otro; puede que la faja-sujetador se dejara puesta para concentrar la atención y la vista del cliente en el objetivo principal de la relación, para acelerar los tiempos... Todo esto formaba parte de las costumbres del sexo de pago.

Allí donde resulta posible, en los frescos se advierte claramente que las mujeres se depilaban completamente, incluso en las partes íntimas: a diferencia de hoy en día, se trataba de una costumbre generalizada en la antigüedad. En cambio, en el caso del hombre, la depilación de los genitales no se consideraba un signo de virilidad, y por consiguiente casi nunca se practicaba.

Sin embargo, las mujeres nunca están del todo desnudas: a menudo

llevan lazos de colores, o más probablemente brazaletes, en un brazo o en el tobillo. Y no faltan los collares. El oro y las joyas embellecían aquellos cuerpos cargados de pasión. Naturalmente, lo que falta en los frescos, en las estatuillas o en las lucernas, además del movimiento, son los aromas que debían de llenar las estancias.

Siguiendo con nuestro recorrido por las posturas del amor, vamos a descubrir las variantes de las posiciones clásicas, como el hombre de pie y la mujer apoyada encima de una mesa o de una cama, con las piernas en alto, apoyadas en los hombros de su pareja.

O bien ambos tumbados de costado, con el hombre penetrando a la mujer desde atrás, levantándole una pierna con delicadeza, mientras ella gira el rostro y le besa, acariciándole suavemente la cabeza.

La mujer dando placer oral a un hombre (*fellatio*) es otra postura frecuente en los frescos y en las lucernas. En cambio, el hombre que da placer oral a una mujer (*cunnilingus*) es rarísimo; imagínense, tan solo conocemos un caso en todo el Imperio. Está en un fresco de Pompeya, que muchos creen que en realidad se trataba de una representación intencionadamente provocadora para hacer sonreír al espectador, dado que ese acto se consideraba el mayor tabú sexual para un varón romano. Es probable que fuera una de las prácticas sexuales menos habituales en la cama.

Aunque estuviera prohibido por la moral, de todas formas había muchos hombres que tenían sexo oral con una mujer, a salvo de miradas indiscretas entre las paredes domésticas. Lo demuestra una lucerna hallada en Chipre en la que figura el clásico «69», donde los dos amantes se dan placer, simultáneamente, de forma oral. Es como si se pretendiera subrayar el estatus de paridad entre hombre y mujer, si no en la vida, por lo menos en los placeres sexuales.

En los frescos de Pompeya también salen a la luz posturas homosexuales, como dos mujeres tumbadas en una cama y besándose con pasión, o bien otras dos practicando el sexo en una postura que habitualmente solo adoptan un hombre y una mujer: una de las dos está tumbada en la cama, la otra está de pie y la levanta por las piernas, penetrándola, con toda probabilidad, con un pene postizo de cuero que lleva atado con correas a su cuerpo. Más adelante descubriremos la existencia de auténticos juguetes eróticos en la antigua Roma.

Entre las representaciones que más han llamado la atención de los arqueólogos hay una de un coito a tres, en un auténtico sándwich, donde una mujer a cuatro patas hace el amor por detrás con un

hombre que, a su vez, está siendo penetrado por otro hombre (en una copa encontrada en Bregenz, en Austria, se ve incluso a tres hombres en fila...). El «hombre de en medio», el *cinaedus* (el hombre pasivo), era una figura muy despreciada socialmente: igual que las prostitutas, los actores y los gladiadores, gozaba de muy pocos derechos civiles, pero al parecer su figura era muy apreciada en la cama, sobre todo por las mujeres.

El sexo en grupo (habitualmente a tres: dos hombres y una mujer) se denominaba *symplegmata* («entrelazamientos»), y el hecho de que se representara con cierta frecuencia vendría a indicar que esta práctica era una de las fantasías eróticas más apreciadas por los romanos.

En una lucerna encontrada en Creta, una mujer está haciendo el amor de pie con un hombre, aferrándolo con las piernas, mientras otro hombre la penetra desde atrás. Es una doble penetración. A ese respecto, cabe decir que en los frescos y en los textos es raro ver o que se hable de una mujer sodomizada por su pareja, salvo en casos especiales como este. Habitualmente, esa es una práctica que se da solo entre hombres. Y ahí Marcial es muy claro (*Epigramas*, libro XI, 22): «La naturaleza ha dado al varón dos zonas bien diferenciadas: una ha sido creada para las muchachas y otra para los hombres. Haz uso de la zona que te competa».

Las mujeres romanas, si pueden elegir, llegan a ello como último recurso en la cama y como «regalo» a su pareja. En *Las metamorfosis* de Apuleyo, la esclava Photis concede a Lucius un placer «extra» precisamente con una relación de ese tipo. Y el propio Marcial cuenta la historia de una amante a la que ha poseído durante toda la noche de mil formas diferentes. Al final, él es quien le pide ese último paso, al que ella, agotada pero todavía llena de deseo, accede.

Entre las posturas más «extremas» hay una en una escena de sexo en grupo donde una mujer da placer oral a un hombre que está siendo penetrado por otro hombre, mientras la mujer recibe las atenciones orales de otra mujer...

El sexo en grupo no debía de ser en absoluto una rareza, dado que incluso existen inscripciones en Pompeya que son muy explícitas a ese respecto. Como la siguiente: «El día 21 de noviembre Epafra, Acuto y Aucto se llevaron a su casa a una mujer tras pagar cada uno 5 ases, para un total de15. En aquella época eran cónsules Marco Mesala y Lucio Léntulo».

Más que una pintada en una pared, se parece a una factura oficial, con su fecha (y los cónsules titulares). Pero también da fe de los

servicios que una prostituta romana estaba dispuesta a ofrecer.

Y la cosa no acaba ahí. La literatura antigua y las piezas halladas en los yacimientos nos informan de prácticas sexuales incluso con... animales.

Si la relación entre un hombre y un animal doméstico no es una práctica nueva en el mundo rural, los textos antiguos citan también relaciones entre mujeres y animales. Herodoto, y posteriormente Estrabón, hablan de una localidad de Egipto, Mendés, donde con motivo de algunos cultos paganos, un macho cabrío sagrado montaba a una mujer.

Apuleyo utiliza otro tono: en sus *Metamorfosis*, cuenta la historia de Lucius, que se ha convertido en un asno, que es seducido nada menos que por su ama y tiene una relación sexual completa pese a su propia perplejidad. Curiosamente se ve una escena de este tipo representada en una lucerna encontrada en Tréveris, en Alemania. Puede que se refiera a la obra de Apuleyo: el asno está de pie sobre dos patas, como un hombre, y la mujer tiene una pierna levantada, nada menos que atada a la rama de un árbol para mejorar la relación.

Naturalmente, siempre hay que tomarse con la distancia y la prudencia debidas los relatos y las noticias que nos han llegado de una época tan remota, que a menudo son fruto de exageraciones para escarnecer o poner en ridículo a enemigos o adversarios. La única relación que conocemos con certeza entre una mujer y un animal fue entre una muchacha con un toro en el Coliseo: pero se trataba de una sentencia capital... Como hacían a menudo los romanos, la ejecución de un condenado se producía con la recreación de un mito. En este caso era el mito de Pasífae: hija del rey Minos de Creta, se enamoró de un toro, y para poder copular con él le pidió a Dédalo que le construyera una estatua de madera con forma de vaca donde ella pudiera meterse. El toro, al montar a la falsa vaca, fecundó a Pasífae, que dio a luz al Minotauro, mitad hombre y mitad toro.

¿El autoerotismo estaba prohibido?

La respuesta es no. Es más, la masturbación se aceptaba como algo natural y no se veía como una perversión que hubiera que condenar, al contrario que la moral religiosa (y familiar) que ha impregnado nuestra sociedad durante siglos y que ha reprimido a muchas

generaciones de jóvenes con un exceso de sentimientos de culpa, prohibiciones, penitencias y sermones.

La palabra «masturbar» procede del término latino *masturbari*, que a su vez deriva del griego *mezea* («genitales») y del latino *turbare*, es decir, literalmente, «agitar, excitar los genitales», pero existen otras teorías no todas aceptadas.

En la antigüedad era una práctica que se veía con indiferencia, cuando no con buenos ojos: incluso los dioses lo hacían, a veces con resultados espectaculares. Los egipcios, por ejemplo, creían que el dios Atum había creado el universo con su esperma, simplemente masturbándose.

También el pensamiento médico de los griegos y los romanos (desde Hipócrates hasta Galeno) veía la masturbación siempre con buenos ojos, encuadrándola en la teoría de que los humores del cuerpo deben retenerse o liberarse de acuerdo con las circunstancias. Por supuesto, los romanos no llegaron hasta el extremo del filósofo griego Diógenes de Sinope, quien, al considerar que un hombre de cultura debía ser autosuficiente en todo, llegó a masturbarse en público...

No obstante, según algunos expertos contemporáneos nuestros, como el profesor Umberto Galimberti, la mitología griega había nada menos que «divinizado» la masturbación, al ponerla bajo la protección de Pan. Este ser mitológico, mitad hombre y mitad cabra, debido a su repugnante aspecto no lograba encontrar fácilmente a alguien con quien emparejarse. Y por ello recurría a la agresión y a la violación, o bien al sexo con otros animales o a la masturbación. Es más, supuestamente fue Pan quien enseñó a los pastores a masturbarse.

Para los griegos, el autoerotismo de un hombre o de una mujer estaba tan sumamente aceptado que era un argumento recurrente en el teatro, a veces con pequeños números cómicos. Incluso Aristófanes, el comediógrafo griego (que vivió cinco siglos antes de la Roma que estamos explorando), habló del asunto varias veces, de forma irónica, en las comedias *Los caballeros*, *La paz*, *La asamblea de las mujeres* y *Lisístrata*.

En la antigua Roma la actitud siguió siendo la misma, es decir, de cierta indiferencia. Y cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio (siglo IV), tampoco tenemos noticias de condenas por esa práctica: aunque era contraria a los principios religiosos, como en el caso del concubinato, había cierta tolerancia por parte del poder eclesiástico, con el único propósito de permitir que la religión

arraigara profundamente en el seno de la sociedad.

Tan solo más adelante, con la caída del Imperio, en un verdadero «día después» de la civilización, con una población analfabeta, inconexa, «aturdida», también debido a la desaparición de una referencia cultural sólida como el Imperio y sus instituciones, la Iglesia, que había sobrevivido como la única «red» social extensa sobre las ruinas, dio una vuelta de tuerca al condenar duramente todas las prácticas autoeróticas, empezando por la masturbación. Y, efectivamente, durante la alta Edad Media aparece la primera condena oficial de la masturbación por parte de la Iglesia.

Sin embargo, en la Roma que estamos explorando todo eso queda todavía muy lejos. Pero cabe hacer una puntualización: lo que se toleraba era la masturbación masculina, mientras que la femenina era duramente criticada por no estar a la altura del estatus de una matrona y sobre todo porque hurtaba al hombre el control del placer sexual de una mujer... Tanto Marcial como Juvenal hablan de ese asunto. Y en cada ocasión nos revelan también algunas curiosidades sobre la vida cotidiana.

Juvenal, al criticar como de costumbre a las mujeres, en su sátira VI («Contra las mujeres») describe una argucia ideada por las esposas para ser infieles a sus maridos, que consistía en fingirse enfermas y quedarse en la cama. El amante, mientras tanto, escondido en la habitación de la mujer (igual que hoy en día el hombre se esconde en el armario) e impaciente por reunirse con ella, se masturba: «Mientras tanto el amante, bien escondido en la habitación, permanece muy callado a la espera e, impaciente, manipula su prepucio».

En cambio Marcial, en sus *Epigramas*, revela una costumbre de los romanos al referirse con ironía a su amigo Póntico: «Oh, Póntico, tú no jodes nunca, sino que tienes como amante tu querida mano izquierda, que de ese modo se convierte en embajadora de Venus».

Así pues, nos enteramos de que habitualmente los romanos utilizaban para masturbarse su mano izquierda, la mano «sucia». Nos lo confirman muchos otros textos antiguos, incluso una inscripción de Pompeya: «Cuando las preocupaciones oprimen mi cuerpo, con mi mano izquierda me libero de los líquidos reprimidos».

Naturalmente, la masturbación podía se de dos tipos, activa o pasiva, es decir, practicada por uno mismo o por una pareja. Y esa pareja a veces podía ser hábil y, otras veces, torpe, como averiguamos, siempre en las obras de estos dos autores latinos, en situaciones muy... peculiares.

En primer lugar, la pareja torpe. Marcial habla de ello en un epigrama a propósito de una relación suya: «Oh, Filis, cuando empiezas a manipular mi miembro caído con tu vieja mano, tu pulgar me mata: en efecto, cuando me llamas ratoncito, luz de tus ojos, pienso que diez horas no serán suficientes para que me reponga. Tú no sabes agarrar en absoluto. Dime: "Te daré cien mil sestercios, te daré una finca bien cultivada en la de Sezze; acepta como regalo unos vinos, una casa, esclavos, vajillas de oro, mesas de comer". No te hacen ninguna falta los dedos: acaríciamelo así, oh, Filis».

En cambio, Juvenal cita el caso de una mujer que ha encontrado una forma creativa de que le masturbe una pareja muy hábil: su masajista privado, al que hoy denominaríamos su entrenador personal: «Es de noche cuando ella va al baño; en plena noche pone todo en movimiento, bañera y enseres; entre un gran alboroto le gusta sudar, después de haber debilitado sus brazos con pesadas pesas, mientras el astuto masajista le oprime el sexo con los dedos y hace que resuene la parte alta de sus muslos».

Pero las matronas romanas, en comparación con los hombres, tenían una marcha más en materia de autoerotismo. Podían utilizar un falo artificial. El antepasado del vibrador.

El juguete erótico favorito de las mujeres

Se llamaba *olisbos* o *baubon* y era un falo artificial. La palabra *olisbos* deriva del verbo griego *olisbein*, que literalmente significa «introducirse o deslizarse dentro».

El *olisbos* era un falo artificial fabricado con un núcleo de madera y revestido de cuero relleno. Las dimensiones variaban, pero habitualmente estaban en torno a los quince centímetros, y en el momento de utilizarlo probablemente se untaba con algún lubricante, por ejemplo con aceite. Unas cintas de cuero o de tela permitían transformar el *olisbos* de un juguete para uso personal en un objeto erótico para utilizar entre dos, en las relaciones homosexuales entre mujeres. Cosa que sigue ocurriendo hoy en día con los denominados *strap-on dildo*.

Dado que aquellos falos artificiales estaban hechos de materiales perecederos, no se ha conservado ninguno desde la antigüedad, salvo, tal vez, el de un caso espectacular.

En una exposición sobre sexualidad en el Rheinisches Landesmuseum de Tréveris, en Alemania, se expuso lo que a todos los efectos parece ser un molde de cerámica para fabricar falos artificiales... en serie. Bastaba con verter en su interior probablemente resina (que habría tenido unas características parecidas a la de los actuales plásticos) o cualquier otro tipo de material. Lo que llama la atención son las dimensiones del falo artificial: ¡aproximadamente cuarenta centímetros! Pero también resulta llamativo su aspecto. Al observar el molde con detalle, se perciben numerosos agujeros y estrías. En otras palabras, en el falo artificial no solo se reproducían unas nervaduras a imitación de las ramificaciones de gruesos vasos sanguíneos, sino que se incorporaban pequeñas protuberancias de unos pocos milímetros de alto y dispuestas en forma de anillo a lo largo de todo el objeto. Un falo artificial como ese, pese a que fue fabricado entre el 300 y el 350 d. C., realmente podría ganarse un sitio en cualquier tienda de sexo de hoy en día.

Sin embargo, no está del todo claro si aquel juguete erótico estaba destinado únicamente a las mujeres o si también era para hombres, con el fin de utilizarlo en un ámbito homosexual o durante los juegos eróticos entre un hombre y una mujer (como en la práctica sexual que hoy se denomina *pegging*, en la que una mujer que lleva puesto un falo artificial penetra a un hombre), o bien en los actos sexuales en grupo.

En realidad, el objeto de la exposición de Alemania podría perfectamente tener un uso completamente distinto, por ejemplo, la «producción masiva» de órganos masculinos en serie para colgar en determinados eventos, como las ceremonias y las fiestas en honor de Príapo, y que la gente ensartara en ellos guirnaldas de flores. Nunca lo sabremos. Pero la hipótesis más probable sigue siendo que se empleaban en un contexto sexual, sobre todo debido a las pequeñas protuberancias. Por otra parte, el falo artificial no es una invención exclusivamente europea: en China se ha encontrado un falo de jade, utilizado probablemente como «consolador», que se remonta a hace aproximadamente ocho mil años y que actualmente está expuesto en el Chinese Sexual Culture Museum de Shanghái.

¿Por qué los falos artificiales estaban tan difundidos incluso en la antigüedad? Para el placer femenino, obviamente, pero no solo el placer relacionado con el deseo. Probablemente ya en aquella época se había generalizado la idea de que el orgasmo era algo muy útil para una mujer incluso desde el punto de vista médico. En efecto, la aparición del vibrador moderno se produjo justamente como un

instrumento para curar a las mujeres afectadas de... histeria (como ya tuvimos ocasión de mencionar en un libro anterior, *Impero*).

En efecto, ¿han observado ustedes que la palabra «histeria» aparece también en términos médicos utilizados para operaciones o pruebas médicas relacionadas con el útero, como histerografía, histerectomía, etcétera? La razón es que la palabra «histeria» deriva de una palabra griega que designa el útero. En efecto, los médicos de la antigüedad estaban convencidos de que las mujeres histéricas en realidad no hacían otra cosa que descargar violentamente la energía sexual que había ido acumulándose en su cuerpo a causa de un largo periodo sin relaciones sexuales y sin orgasmos. Por consiguiente, las mujeres en riesgo de histeria eran las viudas, las solteras y todas aquellas que, por distintos motivos, no tenían a nadie con quien hacer el amor. Así pues, había que inducir el orgasmo. Ya en el siglo I a. C., para curar la histeria se prescribía... ¡el orgasmo clitoriano! El médico era quien, con la debida «profesionalidad», provocaba un orgasmo a su paciente con los dedos.

Si creen ustedes que se trata de una práctica de la antigüedad, sepan que los médicos estuvieron utilizándola hasta finales del siglo XIX y que condujo al nacimiento de los modernos vibradores. Aunque hoy en día el vibrador se considere el juguete erótico por excelencia, en realidad surgió como un instrumento médico.

¿Cómo estaban hechos aquellos juguetes eróticos? Nos lo cuentan los antiguos.

Sabemos que en la antigüedad los falos artificiales tenían una amplísima difusión. Muchos autores griegos, como Aristófanes, Safo y Calímaco, hablan de ellos prolijamente. Pero, a falta de fábricas, ¿quién los construía? Habitualmente eran los zapateros y todos los que trabajaban el cuero. Si bien en Grecia su venta se realizaba con discreción, bajo cuerda, acaso acudiendo directamente a casa de la clienta, en la Roma imperial, teniendo en cuenta la enorme utilización y el éxito de los falos en erección que se veían expuestos casi por doquier, por las calles, en las casas, en los banquetes e incluso colgando del cuello, era bastante fácil conseguir uno.

Si ustedes desean ver cómo eran los primeros *olisboi* que se utilizaron en grandes cantidades, basta con observar los jarrones y los platos que se utilizaban en la antigua Grecia.

En algunos de ellos se ve a dos mujeres masturbándose mutuamente con esos falos artificiales. En otros jarrones se ven escenas de sexo en grupo, con mujeres que llevan puestos esos penes

postizos, auténticos precursores de los consoladores. En el Museo Arqueológico Regional de Siracusa se expone un jarrón que se remonta al siglo V a. C. donde se ve la figura de una mujer desnuda que está utilizando dos *olisboi* simultáneamente. Se trata de representaciones que casi siempre hay que interpretar en clave de humor.

Por otra parte, si ustedes desean leer obras clásicas donde se habla de esos juguetes eróticos, tienen que acudir a las de los comediógrafos de la antigüedad. En *Lisístrata*, Aristófanes pone en boca de su protagonista que desde que ha estallado la guerra han desaparecido tanto los maridos de sus casas como esos «juguetes de cuero de ocho dedos» (es decir, *olisboi* de quince centímetros) de los mercados...

Además, Safo utiliza una imagen muy hermosa para aludir al falo artificial y a sus beneficios para la mujer: «Las cuerdas de la lira dan la bienvenida al plectro... igual que las mujeres que utilizan el *olisbos*».

Otra forma de designar a esos juguetes eróticos era *baubon*, un término que aparece por primera vez en las obras del griego Sofrón de Siracusa, que los describe incluso físicamente en una breve composición teatral: «... tan largos, redondos, rollos de carne dulce, golosina de las mujeres viudas».

Pero tal vez la cita antigua más interesante de ese tipo de juguete erótico es la de otro autor de mimos griego, Herodas, que vivió en una época posterior, en el siglo III a. C. en la isla de Cos, en el mar Egeo. Gracias a él podemos enterarnos de la opinión de las mujeres sobre el falo artificial.

Por el realismo de sus mimos, Herodas también fue calificado como el «Petronio griego». Describe la vida cotidiana de la clase media de la época con ironía y a veces con escabrosidad. Por ese motivo sus obras tuvieron un éxito extraordinario incluso fuera de Grecia. Hasta en la época imperial, en Roma. No es improbable que pueda tratarse del mimo que estaban representando en el escenario cuando hemos visitado el Teatro de Pompeyo en un capítulo anterior.

Justamente, en una de su obras, el verdadero protagonista es precisamente un falo de cuero, un *baubon*: dos mujeres, dos matronas griegas, hablan sobre el asunto intercambiándose confidencias e impresiones: esta obra tiene más de dos mil doscientos años pero parece moderna. Se trata del mimo VI, titulado *Las amigas en coloquio* (o *Las mujeres «comprometidas»*). Por una vez, vamos a dejar que sea Herodas, en vez de nosotros, quien describa una escena realista del pasado...

Dos mujeres hablan de un falo artificial que se usa para dar placer

Así pues, imagínense que están ustedes en Éfeso, ciudad conocida por la libertad de sus costumbres y sus refinamientos eróticos. A juzgar por lo que dicen los autores antiguos, parece que tanto Éfeso como Mileto, debido a su desinhibición sexual, eran importantes centros de producción de falos artificiales. Estamos en casa de Koritto, una mujer que acaba de comprar un falo artificial de color rojo escarlata. A través de sus diálogos con su amiga Metro, nos enteramos de cómo estaban hechos los falos artificiales de hace veintidós siglos (de cuero blando) y quién los confeccionaba: los zapateros más avispados, en este caso un zapatero llamado Kerdón. Esta obra se hizo tan famosa que incluso Marcial, en uno de sus epigramas, cita a Kerdón para denigrar a un zapatero nuevo rico. El breve texto del mimo que van a leer ustedes tiene el mérito de proyectarnos no solo en la vida cotidiana de una época desaparecida, sino también de descubrir lo desinhibidas que eran las mujeres de entonces a la hora de reivindicar su derecho al placer sexual y de vivirlo sin ningún tipo de trabas, como la cosa más natural del mundo. En efecto, aunque siempre teniendo presente que se trata de una obra concebida para hacer reír a los espectadores con sus previsibles excesos, lo que llama la atención es el enfoque muy emancipado de las mujeres de clase media de la antigüedad en un asunto que sigue resultándoles embarazoso a no pocas mujeres de hoy en día.

Metro: Te ruego que no me engañes, querida Koritto, ¿quién ha sido el que te ha cosido el *baubon* escarlata?

Koritto: Y tú, Metro, ¿dónde lo has visto?

Metro: Lo tenía Nosis, la hija de Eurina, el otro día. ¡Oh, un bonito regalo!

Koritto: ¿Nosis? ¿Y de dónde lo había cogido?

Metro: Me dejarás en mal lugar si te lo digo.

Koritto: Te lo juro por estos dos ojos, querida Metro: por boca de Koritto nadie escuchará lo que digas tú.

Metro: Eubule [es un nombre de mujer] se lo dio y le suplicó que no dijera ni una palabra a nadie.

Koritto (visiblemente airada): ¡Mujeres! Un día de estos esa mujer me

va a matar. Yo me apiadé de ella, porque no hacía más que suplicarme, y se lo di [el *baubon*], ¡antes de servirme yo misma de él! Y ella como si fuera cosa de escaso valor, lo agarra a toda prisa y se lo da incluso a quien no debe. Pues me despido de una amiga como esa... Por mi cuenta —estoy a punto de decir una más gorda de lo que conviene a una mujer, pero mejor que no sea escuchada, oh, Adrastea [divinidad que castiga los excesos]—, ¡aunque tuviera mil, no le daría ni uno, ni siquiera si fuera rugoso!

Metro: No dejes que la mosca se te suba tan rápido a la nariz... Pero para volver a lo que te he recordado para puntualizar, ¿quién lo ha cosido? Si me quieres, dímelo. ¿Por qué me miras y sonríes? ¿Qué son esas maneras delicadas? Parece como si no me conocieras, como si nos hubiéramos encontrado por primera vez. Te lo suplico, Koritto, no vuelvas a engañarme... dime quién lo ha cosido.

Koritto: Oh, ¿por qué me suplicas? Lo ha cosido Kerdón.

Metro: ¿Qué Kerdón?

[...].

Koritto: El Kerdón que yo digo es uno que viene de Quíos [...], calvo y bajito [en el teatro esos eran simbólicamente los rasgos típicos de un hombre vil y ávido de dinero] [...]. Trabaja en su casa, vendiendo bajo cuerda, como bien sabrás. De hecho, en estos tiempos todas las puertas tiemblan por culpa de los recaudadores de impuestos [es una excusa irónica, en realidad la venta de *baubon* era ilegal y probablemente se trataba de una mercancía prohibida]. Sus trabajos, sin embargo, ¡menudos trabajos son! ¡Uno creería estar viendo las manos de la mismísima Atenea, no las de Kerdón! Vino a verme y traía dos, Metro, y yo, tengo que admitirlo ya que estamos a solas, cuando los vi mis ojos se abrieron como platos por el deseo: ¡los hombres no los tienen tan erectos! Y además no sabes lo suaves que son... ¡tienen la suavidad del sueño! Y las cintas son de lana, no cuerdas de cuero [es decir, las cintas que se ajustan a la cintura y entre las piernas para «fijar» en el cuerpo de la mujer el falo postizo y que pueda practicar sexo con otra mujer]. Busca otro zapatero tan bien dispuesto hacia una mujer: ¡no lo encontrarás!

Metro: ¿Y entonces por qué razón dejaste que se te escapara el otro?

Koritto: ¡Ni te imaginas, Metro, lo que hice! ¿Qué argumento de persuasión no utilicé con él? Besándole, acariciándole su cabeza pelada, sirviéndole vino para que bebiera, mimándole... Me faltó ofrecerle mi cuerpo para que gozara de él.

[...].

Metro: Pero si te hubiera pedido este también, había que dárselo.

Koritto: Sin duda, había que dárselo, pero no conviene ser intempestiva...

Metro: ¿Y cómo hizo Kerdón para encontrar el camino hasta tu casa? Pero ten cuidado, Koritto, ¡tampoco me engañes esta vez!

Koritto: Lo envió Artemisa, la esposa de Candati, el curtidor de pieles, tras darle la dirección de mi casa [Artemisa evidentemente ayuda al zapatero a identificar y encontrar clientas para sus falos de cuero].

[...].

Metro: Tus palabras significan que yo ahora tengo que ir a ver a Artemisa para que me diga dónde puedo encontrar a Kerdón. Cuídate, Korittita, es hora de que me marche, me ha entrado mucha hambre [obviamente hambre erótica, y probablemente, en el escenario, la actriz señalaba con la mano la zona de sus genitales].

Otros testimonios del uso de falos artificiales en la Roma imperial

Exactamente igual que en Grecia, también en la Roma imperial se utilizaban falos de cuero para los juegos eróticos. Pero, aparte de un fresco erótico de Pompeya que sugiere el uso de uno entre dos mujeres que practican sexo (sin que el objeto se vea claramente), no existen representaciones claras de esos juguetes eróticos. No obstante, las fuentes literarias los describen explícitamente. Petronio lo denomina *fascinum* en su obra *El Satiricón*, y probablemente ese era el nombre que se utilizaba habitualmente en aquella época. Lo más interesante es el rito al que debe someterse el protagonista (Encolpio) para recuperar su virilidad perdida por culpa del dios Príapo, que le había dejado impotente. Ese rito, celebrado por una maga, está a mitad de camino entre una tortura y una «práctica sadomasoquista» en la que sale a relucir el falo de cuero: «Enotea saca un falo de cuero y después de untarlo de aceite, pimienta en polvo y semillas machacadas de ortigas comienza a introducírmelo poco a poco en el trasero. Acto seguido la cruel vieja me unta ese mejunje en los genitales, una mezcla de jugo de mastuerzo y abrótano, y tras lavarme los genitales con esa mezcla toma un ramillete de ortigas verdes y empieza a darme lentos

latigazos desde el ombligo hacia abajo».

Sabemos que entre las mujeres romanas los falos artificiales eran muy apreciados y también muy populares. Nos lo sugieren distintas fuentes literarias, en una de las cuales Marcial critica el amor lésbico de una mujer llamada Bassa. Y no escatima las palabras: «Dado que, oh, Bassa, yo no te veía nunca en compañía de hombres, y ningún cotilleo te atribuía un amante, mientras que una serie de personas de tu sexo realizaba a tu alrededor todos los servicios sin que ningún hombre se acercara a ti, ¡me parecías, lo confieso, Lucrecia! Pero tú, oh, Bassa, ¡qué vergüenza!, te follabas a esas mujeres. Te atreves a emparejar entre sí dos vaginas, y tu extravagante lujuria ejerce con engaño las funciones del varón. Has inventado un prodigio que puede equipararse al enigma tebano, es decir, que haya adulterio sin que haya un hombre». El invento prodigioso del que habla el poeta no es otra cosa que un falo de cuero atado a la cintura.

En otro epigrama, Marcial pone en su punto de mira a una tal Filenis, acusándola de perversiones de todo tipo, también de utilizar falos postizos atados con cintas de cuero a la cintura con muchachos y muchachas. «La inmoral Filenis hace de sodomita con unos muchachos y, más ardiente de libido que un hombre, desvirga a once chicas cada día».

La importancia de las «dimensiones»

Una de las preocupaciones de los hombres de hoy en día en materia sexual (y en comparación con otros hombres) son las... dimensiones. Podríamos definirlo como el «síndrome del vestuario». ¿También ocurría lo mismo en la antigüedad? Depende de la época de que se trate. Para los griegos, por ejemplo, las dimensiones del pene no eran un problema. Aunque en las procesiones se transportaban unos falos enormes, en la vida cotidiana preferían falos de pequeñas dimensiones, casi de adolescente. Basta con observar las estatuas y los frescos. Los genitales masculinos siempre tienen unas dimensiones decididamente modestas, a veces de modo sorprendente.

Un ejemplo son los famosos Bronces de Riace, que representan a unos hombres en la flor de su virilidad y, sin embargo, sus «pequeñas dimensiones» han suscitado debates y polémicas durante décadas. En realidad, hay una razón. Desde luego, los hombres griegos no son

físicamente distintos de los demás, pero en su cabeza hay unos «ideales» de longitud: para los griegos, un pene grueso y largo es sinónimo de tosquedad, de vulgaridad y de una baja extracción social. Ese es el motivo de que se represente a los extranjeros, a los bárbaros y a los esclavos con unos atributos enormes. En cambio, un griego de clase alta, ya fuera un líder carismático o un héroe, tiene que representar necesariamente el ideal griego de belleza, encarnado en el cuerpo de un joven adolescente que hacía ejercicio en el gimnasio: un cuerpo que tenía que estar bien proporcionado, también en lo referente a los genitales.

Aristóteles da una explicación «científica» a esa preferencia. Su teoría se basa en el calor vital del líquido seminal, es decir, en el hecho de que cuanto más caliente esté el semen, más fácil resultará la concepción y dará unos resultados excelentes. En cambio, un pene largo provocaría un rápido enfriamiento del semen durante su tránsito en el momento del coito, haciéndole perder vitalidad y fertilidad. Un falo de pequeñas dimensiones, según Aristóteles, sería perfecto.

¿Y para los romanos? También para ellos los personajes reales o mitológicos representados en los frescos o esculpidos en mármol deben tener penes pequeños, mientras que los bárbaros y las figuras toscas han de tener miembros desproporcionados. Pero en la vida real, al contrario que los griegos, para los romanos las dimensiones del pene son importantes, y vaya si lo son. Para un romano el órgano sexual masculino representa fuerza y potencia, y además está asociado a la buena suerte.

Dicen que hoy, en los vestuarios de los gimnasios, los que están bien dotados deambulan desnudos, mientras que los que están mucho peor dotados se tapan con una toalla. Naturalmente, también el pudor y la buena educación son motivos válidos. Curiosamente, también en las termas de los romanos, donde la gente circulaba desnuda, ocurría lo mismo. Y en una sociedad donde el falo era un símbolo, el hombre que estaba bien dotado suscitaba admiración... Lo sabemos por los autores latinos, que no escatiman cumplidos a los superdotados de la época. Y nos lo confirma Marcial: «Oh, Flaco, si en las termas escuchas un aplauso, has de saber que ha aparecido el desmesurado miembro de Marón».

En este otro epigrama, Marcial habla del amante de un amigo suyo: «Natta llama pajarito al miembro de su amante, pero Príapo, comparado con él, es un eunuco».

Mientras que en otro epigrama se burla de una muchacha que está

triste porque ha perdido a su joven amante superdotado: «Le ha ocurrido una tremenda desgracia, oh, Aulo, a mi muchacha. Ha perdido su diversión y su disfrute; pero no el que lloró Lesbia, la amiga delicada de Catulo, privada de las prepotencias de su gorrión, ni el que lloró Iantis, cantada por mi Stela, cuya paloma ahora vuela envuelta entre brumas en los reinos Elíseos. Mi amor es inmune a tales sandeces y a tales usos; el corazón de mi señora no se deja abatir por semejantes desgracias. Ha perdido el esclavo que contaba doce años, cuyo falo no llegaba a medir un pie y medio».

A los romanos les encantaba el exhibicionismo

Lo que más llama la atención en el mundo romano, en comparación con nuestra época (y con todas las demás), es la exigencia de que uno dé a conocer a todo el mundo sus capacidades sexuales. La profesora Cantarella habla nada menos que de una «ética de la presunción» en el mundo romano. Y tiene razón. En Pompeya, por ejemplo, una gran parte de las inscripciones de las paredes son obra de hombres (aunque también de mujeres) que presumían de sus proezas amatorias, o bien destacaban el buen hacer o la escasa calidad de la pareja con la que acababan de hacer el amor. Dos estudiosos expertos, Luca Canali y Antonio Varone, han estudiado y traducido esas inscripciones y han sacado a la luz un mundo sorprendente, también por su vulgaridad en algunos momentos...

Son famosas algunas de las inscripciones que hay en el lupanar más famoso de Pompeya. En una de ellas, un cliente muy satisfecho destacaba la habilidad de una prostituta llamada Mirtis: «Mirtis, tú sí que sabes chuparla bien» (*Myrtis, bene felas*).

Todo lo contrario que otro cliente, que en cambio se ha llevado una gran decepción: «Aquí acabo de follarme a una opulenta muchacha alabada por muchos, pero por dentro estaba llena de lodo» (*Hinc ego nunc futui formosam puellam laudatam a multis, sed lutus intus erat*).

Por toda la ciudad hay resonancias escritas de ese espíritu exhibicionista: en el Corredor de los Teatros, por ejemplo, se puede leer: «Rufa, que siempre estés bien, por lo bien que la chupas» (*Rufa ita vale quare bene fellas*). Otro hombre, a propósito de la misma práctica sexual, dejó un mensaje de un tono bien distinto en la casa de

las Bodas de Plata: «Sabina, sí, la chupas, pero no lo haces nada bien» (*Sabina fe[l]las, no[n] belle facis*). Evidentemente, Sabina no había leído el consejo que dejó un hombre anónimo en las termas Estabianas de Pompeya, con una pintada al carbón, que revelaba los secretos de una *fellatio* perfecta: «Baja con la boca a lo largo del falo, lamiéndolo, y después, siempre lamiéndolo, recórrelo hasta arriba... ¡ah, ya está, me corro!» (*Oblige mentulam, mentlam elinges... Destillatio me tenet*).

Todo esto, más allá de la vulgaridad de los mensajes, también nos ofrece un rostro de la vida cotidiana de Pompeya, mostrándonos un mundo vivo, con las virtudes y los defectos de sus habitantes, muy humanos.

No faltan los hombres que presumen de sus «prestaciones», como Floronio, soldado de la VII Legión: «Solo pocas mujeres han sabido que yo, Floronio, gran follador, soldado de la VII Legión, he estado aquí, y voy a hacérmelo con seis» (*Floronius binetas miles legionis VII hic fuit, neque mulieres scierunt, nisi paucae, et ses, erunt*).

Algo parecido dice otro hombre, que incluso hace una pequeña lista de sus conquistas, tanto femeninas como... masculinas: «Ninfa, follada; Amomo, follada; Perenne, follado» (*Nymphe fututa, Amomus fututa, Perennis fututus*).

Más embarazosa es una inscripción que alguien dejó en la Villa de los Misterios: su vulgaridad contrasta con su estilo, porque está escrita en dísticos elegíacos: «Aquí he perforado sin contemplaciones a la señora, abriéndole bien el trasero, pero ha sido una grosería escribir estos versos» (*[H]ic ego cum domina resoluto clune. [P]er[e]gi. [Tales se]d versus scribere [turp]e fuit*).

Si las pintadas les parecen a ustedes ordinarias solo porque las escribieron hombres, tampoco faltan las inscripciones no menos directas que son obra de mujeres romanas. Una escribió: «¡Sí, aquí me han follado!» (*Fututa sum hic*). Otra mujer, en Pompeya, admite que no puede prescindir del falo de su hombre: «Tu polla lo ordena: ¡hagamos el amor!» (*Mentula tua iubet, amatur*). Abandonando todo pudor, otra confiesa: «Todos los días se la chupo a Píramo» (*Piramo cottidie linguo*).

Hoy en día este tipo de pintadas se ven exclusivamente en las paredes o en las puertas de los lavabos de los bares, de las gasolineras y de los lugares públicos. En la antigua Roma era diferente. Eran mucho más frecuentes y generalizadas. Sobre todo llama la atención la libertad y el deseo de hombres y mujeres de dar a conocer detalles de su sexualidad exhibiéndolos en público. Hasta ahora hemos hablado de las pintadas que han llegado hasta nosotros porque estaban

grabadas en las paredes, pero nos faltan otras palabras y otras frases que no conoceremos jamás porque no dejaron ningún rastro. Son las de las voces de las personas. ¿Les decían a sus amigos y amigas las mismas cosas que escribían en las paredes? ¿Con el mismo afán exhibicionista? Nunca lo sabremos, pero es probable que fueran mucho más francos y directos que nosotros. También ese era un rasgo particular de la sociedad romana.

La sorprendente reticencia de las romanas a mostrarse completamente desnudas

Lo hemos visto todos, al visitar un yacimiento romano u hojeando un libro de arqueología: en los retretes públicos no había privacidad, los usuarios se sentaban uno junto a otro. Por añadidura, en las termas la gente iba desnuda. Pero, ¿no existía algo de pudor? La respuesta es sí. Por mucho que fuera una sociedad más «libre» que la nuestra a la hora de vivir la sexualidad y de enseñar los cuerpos, siempre existía una especie de pudor, paradójicamente en la cama. Cuando una mujer hacía el amor, no debía mostrarse completamente desnuda ante su pareja.

Por esa razón una mujer prefería consumar el acto sexual a oscuras, o con muy poca luz, y dejándose puesto el sujetador o alguna otra prenda (en efecto, en los frescos, al margen de las pinturas muy «subidas de tono», el desnudo integral es raro). Naturalmente, eso no era válido en el caso de las esclavas y las prostitutas. Es algo realmente sorprendente: ¿por qué esa reticencia? Resulta llamativo que en un clima de gran naturalidad y libertad, por lo menos en comparación con nuestros estándares, las mujeres de entonces fueran más «tímidas» a la hora de mostrar su cuerpo que las mujeres de hoy en día.

Un instintivo sentido del pudor de la mujer, la convicción (típicamente femenina) de tener algún defecto en el cuerpo y por último el temor a ser considerada una mujer «ligera de cascos» son las explicaciones más inmediatas. Además, mientras que el hombre es muy «visual» en materia de sexo, la mujer prefiere en cambio las sensaciones, los olores, las caricias: una luz directa, incluso hoy en día, la incomoda, hace que se sienta como sobre un escenario a la vista de todo el mundo.

No obstante, según distintos expertos, esa reticencia natural de la mujer romana al fin y al cabo encajaría muy bien en la idea de erotismo en boga en aquellos tiempos. El «veo pero no veo», la posibilidad de desvelar gradualmente, o no completamente, el cuerpo de la mujer, acaso a la débil luz de un candil, supuestamente reforzaba la carga erótica de los encuentros. Así se explicarían también los candiles encendidos o los candelabros que a menudo aparecen representados en los frescos o sobre algún objeto y que iluminan tenuemente las escenas de sexo. En otras palabras, la reticencia natural de la mujer formaba parte del ritual del amor de hace dos mil años, igual que el hecho de que la mujer deseara ser cortejada sin entregarse demasiado. Y parece que las cosas no han cambiado mucho...

El uso de espejos durante el acto sexual

Una vez superadas las reticencias femeninas, o también en presencia de amantes, cortesanas y esclavas, la fantasía sexual de los romanos alcanzaba unos niveles muy «sofisticados», como el uso de espejos. En efecto, entre las prácticas más sorprendentes, atestiguada por distintas fuentes, estaba justamente la de colocar espejos en el dormitorio para poder verse mientras uno hacía el amor...

En resumen, el espejo se convertía en un juguete erótico en cierto sentido, aunque no sabemos si llegaban al extremo de colocarlo hasta en el techo, encima de la cama. Por lo demás, los espejos eran muy caros, sobre todo los de vidrio, y por consiguiente esta práctica estaba reservada tan solo a quien pudiera permitírselos. Los romanos denominaban *speculatum cubiculum a* una habitación con espejos, y parece que muchas personas importantes y personajes famosos eran aficionados a esta práctica. Entre ellos el poeta Horacio. Suetonio admite que a Horacio «le gustaba demasiado prodigarse en los placeres de Venus. Efectivamente, había recubierto de espejos un dormitorio y disponía a sus prostitutas de modo que dondequiera que dirigiese su mirada le volviera siempre la imagen del acto sexual que estaba realizando».

Además, había quien exageraba y cultivaba una auténtica obsesión por los espejos, llegando a excesos morbosos. Es el caso de un hombre riquísimo que vivió en tiempos de Augusto. Se llamaba Hostius

Quadra y sentía pasión por los espejos... ¡deformantes! Séneca, en su obra *Naturales quaestiones*, pinta un retrato aterrador de la perversión de aquel hombre, que posteriormente fue asesinado por sus propios esclavos, quienes sin embargo no fueron procesados porque Augusto dictaminó que Hostius Quadra era demasiado pervertido: «Este hombre no era disoluto con uno solo de los dos sexos, sino que fue insaciable tanto de hombres como de mujeres, y mandó que le construyeran unos espejos con las características de las que ya he hablado, que reflejan imágenes mucho más grandes que la realidad, donde un dedo supera en longitud y tamaño a un brazo. Y los colocaba de modo tal que, cuando era él quien se ofrecía a un varón, pudiera ver en un espejo todos los movimientos de su semental, pese a estar vuelto de espaldas, y después gozaba con la artificiosa magnitud del miembro como si fuera real. Efectuaba el reclutamiento recorriendo todos los baños públicos y escogía a los hombres conociendo exactamente sus medidas, pero a pesar de todo se deleitaba estimulando con imágenes ilusorias sus apetitos desenfrenados... contemplaba a los hombres que copulaban con él de todas las maneras; a veces repartiéndose entre un hombre y una mujer, y con todo su cuerpo abandonado a todos los abusos, contemplaba la escena abominable... "Me ofrezco contemporáneamente", decía, "a un hombre y a una mujer; a pesar de ello, me entretengo también con la parte del cuerpo que ha quedado libre, ultrajando a otro varón; todos los miembros están ocupados con abusos: que también los ojos participen en el placer desenfrenado y sean testigos vigilantes; que con artificios pueda yo observar también lo que la posición de nuestro cuerpo hurta a nuestra vista, para que nadie piense que yo no sé lo que estoy haciendo... Dispondré a mi alrededor ese tipo de espejos que reflejan las imágenes increíblemente ampliadas. Si me fuera posible, convertiría en reales esas dimensiones: dado que no es posible, me alimentaré de una ilusión...". ¡Qué cosa más obscena e indecente! Probablemente a ese hombre lo asesinaron rápidamente y antes de que pudiera ver la escena: tendrían que haberlo inmolado delante de su espejo».

Aunque Hostius Quadra exageró monstruosa y morbosamente el uso de los espejos, por lo demás esta práctica estaba bastante generalizada en el mundo romano. Lo sabemos también por los distintos medallones (fechados en los siglos II-III d. C.) encontrados en el valle del Ródano. En uno de ellos se ve a una mujer que está «montando» a un hombre, dándole la espalda (postura de la *equis*

aversis). La mujer tiene un espejo de tocador en la mano, a través del cual el hombre puede verle el rostro, los senos y, más abajo, los movimientos pélvicos...

Ese sencillo objeto aumentaba la carga erótica del hombre (y por consiguiente el placer) hasta el extremo de que la figura masculina que aparece en el medallón le está diciendo a la mujer: «¡Ojalá te encuentres bien! ¡Así sí que me gusta!» (*Valeas ita decet me*).

En otro medallón, también procedente del valle del Ródano, con una situación idéntica, el hombre intenta colocar sobre la cabeza de la mujer una corona de la victoria, diciéndole: «Solo tú puedes conmigo» (*Tu sola / nica*).

Aunque pueda parecer una frase banal, tanto la postura como las palabras dicen algo extraordinario: la mujer domina y se impone al hombre. Para la mentalidad romana de tan solo unas pocas generaciones atrás, ese concepto habría resultado sencillamente impensable. Es la confirmación, como ya hemos tenido ocasión de decir, de que la sociedad romana, profundamente machista, en cualquier caso permite que la mujer logre una emancipación y una «igualdad» con el hombre jamás vista hasta entonces y que nunca volvió a alcanzarse hasta nuestros días. Pero la mujer romana logra dominar al hombre sobre todo con el amor y con el sexo, aun con todas las limitaciones de aquella época, aventurándose donde ninguna otra mujer de una civilización antigua había logrado llegar.

Voyeurismo

Los romanos ya conocían el concepto de voyeurismo, es decir, de excitarse mirando a escondidas a otras personas desnudas haciendo el amor. No existía un nombre específico para esa práctica, pero sí para quien la ejercía: *lascivus*, o sea «mirón», por lo menos en los textos.

Hace dos mil años, el lugar preferido de los mirones era, obviamente, el lupanar. Sabemos que, a menudo, las cortinas que cerraban las habitaciones donde se practicaba el sexo tenían agujeros que permitían verlo todo. Y también las paredes tenían diminutos orificios practicados por los mirones. Marcial es quien nos lo confirma, en un epigrama en que se burla de un tal Cantaro por su exagerado pudor: «Siempre que franqueas el umbral de un cuarto en el que hay un cartelito [con el nombre de la muchacha o del muchacho] y te da la bienvenida la sonrisa de un mozo o de una moza, no te conformas con una puerta, con una cortina ni con un cerrojo, sino que pretendes un secreto mayor: ordenas que se tape hasta la mínima rendija y todos los agujeritos hechos por la aguja de una persona lasciva. Un pudor tan delicado y timorato no lo encuentras, oh, Cantaro, en ningún hombre que haga el amor con un muchacho o una muchacha».

Además del lupanar estaban las termas, donde era posible contemplar más o menos a escondidas un cuerpo desnudo, de hombre o de mujer. Pero era en las casas particulares donde tenían lugar unos peculiares juegos de un refinado erotismo, a mitad de camino entre el exhibicionismo y el voyeurismo. Todas las familias ricas tenían una multitud de esclavos en casa (como mínimo una docena en las casas de tamaño mediano, como las de Pompeya). Y la privacidad, entre amos y esclavos, era muy reducida. Sobre todo por lo que respecta al *cubicularius*, el «mayordomo de cámara» de los amos (todavía hoy, la persona que se dedica al servicio personal del papa se denomina «cubiculario» o «camarero secreto»).

Este esclavo de máxima confianza dormía en el suelo, tumbado delante de la puerta del cuarto de sus amos, como un perro. Y les ayudaba en todo. Velaba por su descanso y, además de complacerles en todo lo que le pedían (llevándoles agua y comida, ayudándoles a vestirse o a despertarse), es muy probable que les ayudara también cuando hacían el amor, llegando a conocer sus secretos más íntimos.

Lo más desconcertante, para nuestra mentalidad, es la presencia de esclavos en el dormitorio durante una relación sexual entre marido y mujer, o entre un hombre o una mujer y su pareja... Es algo que también puede verse en muchos frescos: en Pompeya, en la casa del rico banquero Lucio Cecilio Giocondo, se encontró un fresco en el que se ve a una mujer desnuda que está en la cama con su pareja, que se está levantando y le está diciendo algo a su *cubicularius*, el cual se aproxima, dispuesto a cumplir las órdenes de su ama. A decir verdad, no sabemos si aquellos sirvientes estaban presentes durante el coito en sí o si estaban justo al otro lado de la puerta, a la espera de que les llamaran para satisfacer las exigencias de sus amos. Pero el hecho de que, en las pinturas, a menudo se les vea sirviendo bebida o sujetando un candil hace suponer que a menudo asistían al acto sexual. Y eso podía añadir un motivo adicional de excitación para la pareja, que se sentía observada con deseo... y que, si lo quería, podía pedirle a sus esclavos que participaran en sus juegos eróticos.

La relación entre los esclavos y sus amos en el dormitorio era decididamente peculiar, como ha observado el profesor Antonio Varone: «La figura de los esclavos se prestaba perfectamente a los juegos de carácter erótico-exhibicionista. El amo o la ama, de la misma forma que podía disponer de ellos libremente incluso en el ámbito sexual, también podía permitirse considerarles a todos los efectos algo parecido a animales domésticos, ante cuya presencia era lícito no sentir el mínimo sentimiento de pudor. De todas formas, estaba claro que los esclavos no eran animales, y que, como personas que eran, estaban sometidos a las pulsiones normales. Ello provocaba que se pudiera instaurar con ellos una relación sumamente erótica, debido, por un lado, a que el esclavo podía mirar furtivamente, o contemplar en la intimidad el objeto de sus irrealizables deseos amorosos, y por otro a la conciencia por parte de los amos de la excitación que suscitaban en los esclavos, que era posible ignorar formalmente, pero que de hecho resultaban ser un elemento adicional de libido, sobre todo cuando estaban involucrados en actividades sexuales con otra pareja».

Los libros eróticos, las revistas porno y las películas «para adultos» de los romanos

Sabemos que los romanos disponían de libros eróticos muy subidos de tono. En efecto, con la transformación de la sociedad durante el siglo I a. C. y la ampliación de las fronteras de Roma, surge una nueva generación de poetas que rompe con el pasado. Son los denominados *poetae novi* o *neòteroi*, como Catulo, Furio Bibáculo, Publio Terencio Varrón Atacino, Helvio Cina o Licinio Calvo.

Curiosamente, quien lee esos libros no es la gente del pueblo llano, aunque le encanten los *striptease* y los mimos obscenos. Por el contrario, las obras de esos autores tienen un éxito extraordinario entre la élite aristocrática, entre la clase dominante. ¿Por qué? Porque la forma de pensar de los romanos está cambiando precisamente a partir de esa clase (desde arriba, diríamos hoy), así como la cultura de Roma en general, abandonando gradualmente los valores tradicionales de la familia patriarcal. Es un proceso imparable que posteriormente asistirá a la llegada de Ovidio, Marcial, Petronio, Tibulo o Propercio, que inundan a la nobleza romana de obras sumamente eróticas.

La demanda por parte de los aristócratas es incesante y alimenta una literatura erótica latina que va a su aire, sin unidad estilística: desde la elegía hasta el epigrama, es decir, composiciones con distintas métricas pero que tienen una característica en común: su argumento central es el sexo y el amor. Y siempre vividos de forma subjetiva; unas veces se habla explícitamente del sexo y otras se emplean alusiones poéticas, pero la carga erótica siempre es directa y profunda.

Junto a los libros eróticos, existen lo que podríamos comparar a las «revistas pornográficas»: son las famosas obras del *Kamasutra* romano, con todas las posturas eróticas ilustradas, numeradas y descritas.

Esas ilustraciones subidas de tono han dado vida a lo que podríamos calificar del equivalente, para la época, de las películas porno.

En efecto, cuando observamos escenas eróticas pintadas en las paredes o labradas sobre el dorso de los espejos de bronce, advertimos que además de la pareja que está haciendo el amor a menudo figuran detalles del cuarto donde se encuentran los dos amantes. Se ve la cama, unos candiles, a veces una jarra o un perrito, y no es raro ver un cuadrito de una escena erótica colgado de la pared. Ese cuadrito tiene unos postigos de madera, como los de una ventana, lo que significa que puede taparse. ¿Para qué servía? ¿Y por qué podía cerrarse? ¿Para que los niños de la casa no vieran escenas «atrevidas»? No: por toda la casa había muchas otras representaciones eróticas,

como hemos visto. ¿Era por culpa del polvo, o para protegerlo de romperse? Eso no tendría sentido, porque entonces habría que tapar todas las obras de cierto valor de la casa (estatuas, frescos, muebles, etcétera); al contrario, había que exhibirlas para impresionar a los invitados. Pues entonces, ¿para qué servían aquellos postigos? Los arqueólogos y los estudiosos llevan mucho tiempo preguntándose la finalidad de esos cuadritos con postigos y por qué estaban en los *cubicula* de los romanos.

En un medallón de cerámica hallado en el valle del Ródano aparece un indicio que podría explicarla. Se ve a una pareja haciendo el amor, y ella está «montando» a su hombre. Al fondo aparece uno de esos cuadritos abiertos, con una cuadriga al galope. La mujer le dice a su hombre: «¡Salud! Qué bien me estás abriendo». (*Valeas. Vides / quam be/ne cha/las*). Por consiguiente, parece que existe una relación entre la postura de la mujer y la cuadriga al galope...

El profesor Varone, en sus estudios sobre el yacimiento de Pompeya, ha propuesto una hipótesis realmente sorprendente y sugerente de la finalidad de esos cuadros con postigos. Según él se trataba de un juego erótico muy sofisticado, ideado por las familias más ricas.

Examinando una de las *domus* más importantes de Pompeya, la Casa del Centenario, situada en el decumano superior, Varone advirtió una habitación muy espaciosa, un *cubiculum*, que tiene una antesala. En la habitación, junto a la puerta de entrada, además de dos pinturas con escenas amorosas, se ve un extraño ventanuco que da a la antesala. No es grande, pero atraviesa el muro de parte a parte. Dado que se encuentra a 1,66 metros de altura, la abertura es demasiado alta para ser un hueco pasaplatos o para poder mirar de una habitación a otra. Tampoco servía como fuente de luz, puesto que ya hay una amplia ventana encima de la puerta... ¿Para qué podía servir? Examinándola más de cerca, Varone advirtió una serie de agujeritos alrededor de la apertura, probablemente el rastro de unos clavos que debían de servir para sujetar una estructura de madera con postigos ya desaparecida: una contraventana de madera para cerrar el paso.

Así pues, la hipótesis del profesor Varone es la siguiente: cuando el propietario se tumbaba en la cama con su amante y empezaban los preliminares, los postigos estaban cerrados. Un esclavo, tal vez justamente el *cubicularius*, se encontraba en la antesala y colocaba en la abertura un cuadrito erótico (*tabulae* con *figurae Veneris*). Resultaba fácil, porque la abertura del lado de la antesala era más grande e iba

estrechándose hacia el dormitorio. Entonces el esclavo, después de introducirlo, encajaba el cuadrito en otro extremo del hueco, justo detrás de los postigos cerrados. A una orden de su amo, el esclavo abría los postigos y de repente aparecía la escena erótica, suscitando, suponemos, las carcajadas de la pareja y la sorpresa de la mujer. El cuadrito sugería la postura erótica que tenían que adoptar, y así, con un juego sexual, daba comienzo la relación. A una señal, el esclavo cerraba los postigos, acaso tirando de unas cuerdas, y colocaba otro cuadro erótico. Y así sucesivamente: una nueva apertura, otra postura erótica, una nueva sorpresa... El dueño de aquella casa debía de tener una buena pila de cuadros a su disposición. Probablemente existía un boyante mercado de este tipo de obras, pero dado que estaban hechas con materiales perecederos no se han conservado hasta nuestros días.

También podemos imaginar que el amo elegía una secuencia de imágenes (o también podía hacerlo su esclavo de confianza), siguiendo una especie de guion en forma de *storyboard* que se ajustaba a sus preferencias sexuales y creaba un crescendo erótico, cargando la atmósfera de deseo. Según Varone, los puntos fuertes de este juego erótico eran precisamente la variedad y la sorpresa.

Nosotros añadiríamos que este sistema de los ventanucos con cuadros eróticos era el equivalente de las películas pornográficas de la antigua Roma: además de «calentar» a la pareja, hacía que el sexo fuera más estimulante e imprevisible. Como cuando aparecía un cuadrito donde se veía a tres personas en un coito en grupo y simultáneamente hacía su entrada por la puerta un tercer participante de los juegos eróticos.

Naturalmente, solo se trata de una hipótesis, pero resulta muy convincente. En efecto, en un lupanar hay un fresco que parece confirmar esa explicación: se ve a un hombre desnudo encima de una cama y a una mujer vestida; claramente todavía estamos en los prolegómenos del encuentro amoroso. En la pared que ambos tienen delante hay un cuadrito erótico y el hombre lo está señalando con el brazo extendido, mostrándole a la mujer cuál va a ser la postura sexual con la que van a empezar a hacer el amor...

Los sueños eróticos y su interpretación

Los médicos, después de una indiferencia inicial, con el transcurso

de las generaciones empezaron a no ver con buenos ojos las imágenes eróticas, pues temían que pudieran provocar «desviaciones» de la moral romana, dado que la pasión erótica puede volverse incontrolable. Pero, ¿cómo considerar los sueños eróticos, que en la práctica son «cuadritos eróticos» que pinta la mente por la noche? Como señala la profesora Antonietta Dosi, los médicos romanos consideran que ese tipo de sueños son un «desahogo» de la mente provocado por la moral que asfixia unos deseos sexuales que el hombre tiene que satisfacer, de lo contrario existe el peligro de que se generen comportamientos sexuales «monstruosos», como por ejemplo el deseo de practicar el sexo con animales (zoofilia), con cadáveres (necrofilia) o con estatuas (agalmatofilia). El remedio, según Galeno, en el caso del hombre, es que libere el semen acumulado. Seguramente, la práctica del orgasmo inducido por el médico a una mujer que no tiene relaciones sexuales desde hace tiempo (como veíamos en un apartado anterior) también obedece a ese tipo de casos.

Pero en la antigüedad la interpretación de los sueños era una práctica muy difundida e importante. Sobre todo en los santuarios, donde se congregaban, igual que ocurre hoy en Lourdes, enfermos o personas con discapacidades. Pasaban la noche durmiendo en los patios interiores y, al día siguiente, le contaban el sueño que habían tenido a un sacerdote, quien les daba la interpretación divina en clave «médica» que se correspondía con una receta: en otras palabras, el sueño sugería una conducta a seguir, como si esa fuera la terapia adecuada para curar o atenuar el dolor. Los sueños eran fundamentales también para los viajes; se buscaban signos premonitorios buenos o malos, por ejemplo, para averiguar si había que embarcarse para cruzar el Mediterráneo o no. Y lo mismo ocurría con cualquier otra actividad. Y con los sueños eróticos, ¿qué había que hacer?

Artemidoro de Daldis, estudioso y experto en astrología, que vivió aproximadamente en la época que estamos explorando, escribió justamente un «libro de los sueños», titulado *Onirocritica*, con las distintas interpretaciones. Subdivide los sueños en tres categorías: conformes a la naturaleza, a la moral y a la ley; contra la naturaleza, y contra la ley. Y así averiguamos que todas las relaciones sexuales «normales», con la esposa, con las concubinas, las esclavas u otra pareja legítima tienen una interpretación positiva y pertenecen al primer grupo.

Soñar con prostitutas, según Artemidoro, es de buen augurio. Pero

soñar que uno tiene relaciones sexuales con una prostituta en un burdel no lo es en absoluto: anuncia una pérdida económica... Y es todavía peor soñar con un lupanar: es realmente un pésimo auspicio, portador de desgracias, igual que soñar con un cementerio.

Soñar con relaciones homosexuales en general es una buena señal, pero solo si uno tiene un papel activo. Por ejemplo, es de buen augurio tener una relación con un esclavo, pero únicamente si uno lo «posee»; en caso contrario, es una señal nefasta. Sin embargo, hay una excepción: si el que nos posee es un hombre rico y maduro, se considera un excelente auspicio (y lo contrario si el que nos posee es un muchacho pobre). Una relación homosexual entre mujeres siempre está mal vista y es de muy mal auspicio, como las relaciones con animales y, curiosamente, como cualquier tipo de relación oral. En una sociedad tan libre desde el punto de vista sexual, los sueños eróticos debían de ser recurrentes y condicionaban los comportamientos del día siguiente. En efecto, no hay que olvidar que los romanos eran muy supersticiosos.

Anticonceptivos romanos

Con la gran libertad sexual de que gozaban los romanos y una población con una media de edad mucho más joven que la nuestra, era inevitable que los embarazos fueran muy comunes. Pero, ¿cómo evitar los embarazos no deseados, por ejemplo, en el caso de los adulterios o de las relaciones con prostitutas?

Se ha aventurado la hipótesis de que fueron precisamente los romanos quienes inventaron el preservativo. La tesis supuestamente deriva de una versión de la leyenda de Minos y Pasífae. Supuestamente utilizaban vejigas de cabra. Pero, como subraya la experta Reay Tannahill, que ha citado esa referencia, aunque es posible que los romanos los utilizaran realmente, resulta inexplicable que no se volviera a oír hablar de preservativos hasta el siglo XVI, fecha en la que empieza a haber testimonios de su existencia (probablemente como respuesta a la sífilis que llegó a Europa con los primeros viajes a América).

En resumen, no tenemos ni noticias ni datos que confirmen que los romanos utilizaran preservativos. Pero en caso de que lo hicieran, no debía de ser una práctica muy difundida, porque ningún autor hace referencia a ello. Ni siquiera el propio Ovidio. Ni tampoco existe una palabra que los designe, ni un fresco o un dibujo que los represente...

En realidad, los romanos no tenían necesidad del preservativo porque iba contra su mentalidad machista y, sobre todo, contra la virilidad del hombre romano, incluida la fuerza vital del semen. El hombre no se preocupaba en absoluto de las consecuencias de una relación sexual, que eran un asunto exclusivo de la mujer. Así pues, en la forma de hacer el amor del varón romano no cabía ni siquiera un sistema como el *coitus interruptus*. Otro método «eficaz» para evitar embarazos, las relaciones anales, que había sido utilizado sobre todo por las hetairas griegas, como se aprecia en las pinturas que aparecen en muchos jarrones, no tuvo excesiva difusión en la antigua Roma. Se trataba, como hemos visto, de una práctica que el varón romano utilizaba más con otros hombres que con las mujeres... Sencillamente, para la mentalidad romana, era la mujer la que tenía que preocuparse de no quedarse embarazada. ¿Pero cómo?

Los romanos llegaron a desarrollar técnicas y productos

anticonceptivos justamente en esa dirección. La lista es verdaderamente sorprendente y no exenta, a nuestro entender, de aspectos cómicos.

En primer lugar, se aconsejaba un lavado vaginal después de tener relaciones (esa es la razón de que en los lupanares siempre hubiera un lugar donde las prostitutas se lavaban después de cada coito: más allá de la limpieza frente al próximo cliente, también estaba la necesidad de evitar los embarazos).

Sabemos que se aconsejaba a la mujer que, unas horas antes de la relación, se untara en los genitales, externa e internamente, unas sustancias que supuestamente creaban un ambiente desfavorable al semen, como aceite de oliva rancio, miel, resina de cedro, aceite de mirto, albayalde (un producto peligroso, dado que contenía plomo, mejor dicho carbonato básico de plomo, para ser exactos), gálbano mezclado con vino, etcétera.

Algunas de estas sustancias, aunque los romanos no lo supieran, tenían propiedades espermicidas. Como el aceite de bayas de enebro, recomendado por el médico Dioscórides, que vivió en el siglo I d. C. Los análisis de laboratorio han demostrado que efectivamente posee propiedades espermicidas. Los médicos de la antigua Roma, como Sorano de Éfeso, también recomendaban unos peculiares «supositorios» para introducirlos en la vagina durante los días anteriores a la relación sexual. Aconsejan uno en concreto: «Con dos partes de piel de granada y una bola de abogalla, molidas y amasadas en forma de pequeñas bellotas».

El profesor John M. Riddle de la North Carolina State University, uno de los mayores expertos en el campo de las hierbas medicinales que se utilizaban como abortivos en la época antigua y medieval, ha realizado un estudio basado en los resultados obtenidos por distintos laboratorios sobre las sustancias indicadas en las recetas y sus efectos en animales de laboratorio, como ratones y monos. Los datos recopilados han evidenciado una disminución de un 70 por ciento en la capacidad de fecundación, para volver a niveles normales cuatro días después de la administración de ese anticonceptivo romano.

Y puede que sea justamente eso lo que hacía la hermosa muchacha citada en la inscripción del lupanar de Pompeya por un cliente poco satisfecho. Hemos hablado de ello en el apartado dedicado al exhibicionismo de los romanos. Aquel hombre escribió: «Aquí acabo de follarme a una opulenta muchacha alabada por muchos, pero por dentro estaba llena de lodo».

Esta inscripción, que habitualmente se interpreta como la «prueba» de la escasa higiene de las prostitutas, en realidad apunta con toda probabilidad a una práctica anticonceptiva, por otra parte totalmente lógica en un lupanar. Sabemos que, desde los tiempos de los egipcios, en los papiros se citan métodos anticonceptivos. Pero una cosa es un papiro o un texto médico de la antigüedad y otra una experiencia en la vida cotidiana, una «prueba» directa. Esa inscripción de Pompeya podría ser el primer testimonio «directo» del empleo de un anticonceptivo por una mujer.

Proseguimos con nuestra lista de métodos anticonceptivos. Como puede verse, siempre corren a cargo de la mujer, nunca del hombre. Sorano de Éfeso, que había estudiado en Alejandría antes de ejercer la profesión médica en Roma, aconsejaba el uso de pesarios, es decir, los «diafragmas de la antigüedad». Eran unos tampones de lana que había que introducir en el interior de la vagina antes de la relación y que iban impregnados de esas sustancias que acabamos de enumerar, o bien de sustancias gomosas (para frenar el esperma), o también de sustancias astringentes para provocar contracciones, de modo que las paredes internas se ciñeran al tampón, bloqueando el paso e impidiendo que el semen llegara al útero. También tenemos noticias del empleo de tampones vaginales empapados en vinagre o en zumo de limón, para neutralizar «químicamente» el semen. Y eso viene a demostrarnos que ya en la antigua Roma se conocían y se cultivaban los limones mucho antes de la expansión de los árabes por el Mediterráneo, a los que se les atribuye la difusión de este cítrico.

Entre las técnicas anticonceptivas, algunas eran verdaderamente curiosas. Sorano también aconseja que, en el momento en que el hombre eyacula, la mujer contenga la respiración y aparte un poco el cuerpo, a fin de que el semen no llegue al útero y penetre en él; y que a continuación se levante de inmediato para «sentarse» con las piernas abiertas y provocarse estornudos. Por último, había que recurrir a un lavado vaginal.

La idea de que los estornudos eran un buen método anticonceptivo estaba tan difundida que, como subraya la profesora Tannahill, Dioscórides, que vivió en la época de la destrucción de Pompeya, aconsejaba a las mujeres que introdujeran pimienta en el cuello del útero después de una relación sexual. La estrategia era simple: si el estornudo ayuda a eliminar el líquido seminal, ¿por qué no poner pimienta allí donde es más crucial que se produzcan las contracciones? Obviamente, se trataba de sistemas empíricos, cuya

eficacia era prácticamente nula. Mucho más sencillo e ingenioso (aunque no del todo seguro) era otro sistema, asimismo aconsejado por Sorano. Consistía en hacer el amor tan solo durante los cinco días después del final de la menstruación, en esos días en que una mujer, en teoría (pero solo en teoría) tiene menos probabilidades de concebir. Esa técnica, que en la época moderna también se ha denominado «ruleta vaticana» o método Ogino, era indiscutiblemente más eficaz que las demás pero encajaba mal con las ocasionales noches de sexo, que por el contrario surgían sin tener en cuenta el calendario...

Plinio el Viejo iba a la raíz del problema: impedir que una mujer se quedara embarazada disuadiéndola de tener relaciones sexuales. Sus métodos eran muy convincentes, pero aterradores: «Excrementos de ratón aplicados en forma de linimento», o bien beber excrementos de paloma o de caracol mezclados con vino y aceite, o también colocar debajo de la cama los testículos y la sangre de un gallo... Según Plinio, también resultaba eficaz frotar los costados de la mujer con la sangre de un toro bravo negro para impedir una noche de amor.

Por último, he aquí el sistema anticonceptivo más curioso: Lucrecio aconsejaba a la mujer que hiciera oscilar sus caderas durante la relación. Además de dar más placer a su amante, desviaba el semen hacia una zona menos propicia para la concepción...

La píldora de los romanos

Tras este resumen de los sorprendentes métodos, técnicas y productos, podríamos llegar a la conclusión de que, dados los escasos conocimientos sobre la materia, no existían anticonceptivos eficaces. Pero no es así: en realidad los romanos habían puesto a punto un anticonceptivo muy eficaz (para la época). Era un compuesto que se preparaba amalgamando distintos ingredientes hasta obtener una pastilla, una auténtica «píldora», que diríamos hoy. Sorano de Éfeso nos ofrece dos recetas, que hay que tomar durante varios días antes de la relación:

Receta nº 1: «A partir del final de la menstruación, beber todos los días dos vasos de agua en la que previamente se han disuelto una dosis de extracto (o de zumo) de *silphium* equivalente al tamaño de un garbanzo».

Receta nº 2 (es una auténtica píldora que hay que ingerir): «Mezclar un poco de mirra dulce (*opopanax*), extracto (o zumo) de *silphium*, semillas de ruda por valor de dos óbolos y cera. Ingerir junto a un vaso de vino viejo o disolverlo todo en un vaso de vino viejo».

Algunos investigadores, como el ya mencionado profesor Riddle, han intentado reproducir el compuesto y utilizarlo en experimentos con ratones de laboratorio, con unos resultados que han producido asombro por su eficacia. Esta planta tenía como ingrediente principal el silfio (*silphium*), una planta hoy desaparecida que los antiguos siempre consideraron una auténtica panacea para muchísimas dolencias: el jugo de sus raíces, llamado *laserpicium* o *lacrima cyrenaica*, curaba desde un dolor de cabeza hasta la picadura de una serpiente... Crecía exclusivamente en una región del norte de África, como la Cirenaica, y su excesiva recolección provocó su extinción total ya en tiempos de la antigua Roma. Por consiguiente, los investigadores tuvieron que utilizar una planta parecida. En efecto, el silfio pertenecía casi con seguridad al género *Ferula communis* (cañaheja), del que todavía existen numerosas especies en el Mediterráneo. Y dado que en botánica las especies afines normalmente tienen una composición química análoga, se descubrió que una sustancia, el ferujol, presente en la resina de la planta *Ferula assa-foetida* es con toda probabilidad el principio activo de la píldora de los romanos: el cien por cien de las cobayas tratadas con ferujol manifestó incapacidad reproductiva hasta tres días después de la cópula. Y eso permite suponer que la resina del silfio era el auténtico secreto de la píldora anticonceptiva de aquellos tiempos.

El preparado funcionaba como píldora anticonceptiva y también como «píldora del día después». En efecto, al estudiar otras dos recetas de Sorano, se descubrió que de las diez plantas que cita el médico, ocho tienen realmente efectos anticonceptivos y abortivos.

El único problema de aquella píldora era el coste. Como el silfio era escaso y, por tanto, caro, tan solo podían permitírsela las mujeres de familias ricas y nobles, pero no las mujeres del pueblo llano ni las prostitutas, que solo disponían de los otros sistemas tradicionales, mucho menos eficaces. Por consiguiente, más que a los anticonceptivos, las mujeres recurrían sobre todo a los métodos abortivos. Con todos los riesgos que ello conllevaba.

El aborto

El aborto ya se practicaba en la antigua Roma, sobre todo cuando el embarazo era fruto de una relación adúltera. Naturalmente, también los romanos se preguntaban si el aborto podía considerarse un homicidio. En ese sentido, la ley era clara: decía que el aborto, de por sí, no era delito, porque la legislación romana no consideraba al feto un ser vivo. El problema, si acaso, lo tenían los médicos (casi siempre griegos).

En primer lugar, porque el juramento hipocrático decía explícitamente que no había que practicar abortos: «Jamás daré a nadie medicamento mortal, por mucho que me lo soliciten, ni tomaré iniciativa alguna de este tipo; tampoco administraré abortivo a mujer alguna. Por el contrario, viviré y practicaré mi arte de forma honesta y pura».

...Y eso subdividía a los médicos de aquella época en dos grupos: los antiabortistas radicales, que eran absolutamente contrarios, y los partidarios del aborto terapéutico, que lo aceptaban, pero solo en determinadas situaciones, como en el caso de riesgo para la vida de la madre. En resumen, a diferencia de lo que ocurre hoy en día, no existían motivos religiosos, sino únicamente de ética profesional.

El segundo motivo que ponía en un aprieto a los médicos era la ley romana: si, al practicar un aborto, hubieran provocado accidentalmente también la muerte de la mujer, podían ser acusados de homicidio. O que el padre les llevara ante los tribunales, por haberle negado la posibilidad de tener descendencia.

En efecto, en tiempos de Trajano, un médico que administrara fármacos abortivos corría un grave riesgo. Si la mujer moría por haberlos ingerido, el médico podía ser acusado de envenenamiento y juzgado según la *Lex Cornelia de sicariis et veneficis*, una ley que se encargaba de castigar el delito de homicidio, incluido el homicidio por envenenamiento. Entre las causas de envenenamiento previstas por la ley figuraban tanto las sustancias abortivas como las pociones mágicas. En cambio, si el médico hubiera provocado el aborto quirúrgicamente pero con consecuencias fatales para la madre, la imputación era todavía más grave: homicidio, exactamente igual que si hubiera asesinado a su paciente a puñaladas. La muerte del feto,

insistimos, no era asunto de la ley. Lo fundamental era la tutela jurídica de la madre.

Por todos esos motivos, los médicos preferían evitar practicar abortos, y así la mujer tenía que apañárselas sola, recurriendo a las nodrizas, a sus familiares o a sus amigas, que a menudo las llevaban a ver a las «aborteras» de entonces. Las técnicas para abortar eran diversas. Podían ser quirúrgicas, con la introducción de hierros e instrumentos que a menudo provocaban hemorragias e infecciones. O bien se recurría a hierbas y preparados que se aplicaban directamente en el interior del útero. O también se empleaban sustancias que había que ingerir o que untarse por el cuerpo. Sin embargo, muchos de aquellos remedios y preparados eran en su mayoría fruto de creencias y supersticiones: por consiguiente no solo no eran eficaces, sino que al introducirlos en el útero podían provocar infecciones peligrosísimas para la mujer. He aquí algunos de esos remedios:

– Víbora machacada.

– Las pieles, y en general los despojos de las serpientes (se creía que su ingestión inducía el aborto).

– Huevos de cuervo.

– Uña de asno quemada.

– Castóreo (un líquido que se extraía de las glándulas del castor europeo).

– Raíz de col carbonizada (o de mirto, o de tamarisco); posteriormente el carbón debía apagarse con la sangre de la menstruación.

– Golpear suavemente el abdomen de la mujer embarazada con una raíz de espino albar; el líquido que salía debía untarse después sobre el vientre de la mujer.

A esta lista hay que añadir además el perejil, la ruda, la *Saponaria officinalis*, el ciclamen, etcétera. Incluso se creía que una determinada variedad de vino que se obtenía de una vid cultivada junto al eléboro y la sandía silvestre tenían efectos abortivos. Por no hablar de la hierba gitanera o díctamo (*Dictamnus albus*); se creía que era tan abortiva que incluso se desaconsejaba su presencia en una habitación donde hubiera una mujer embarazada.

A estos remedios «populares» había que añadir terapias de choque físico, como las que recomendaba Sorano de Éfeso, ginecólogo de los

tiempos de Trajano, cuyos textos tuvieron gran difusión e influencia durante toda la Edad Media. Entre los remedios que aconsejaba estaban los ejercicios físicos violentos, los baños, las purgas, los diuréticos, los masajes, las sangrías, pero también unas cápsulas vaginales administradas en una progresión de intensidad y cantidades crecientes, siempre teniendo cuidado de no provocar descompensaciones en el organismo de la mujer.

X. en los lugares del placer

Viaje por los bajos fondos de Roma en busca de los lugares del placer

Nos encontramos de nuevo entre la gente que abarrota las calles. Ahora nuestro objetivo es explorar el mundo del amor de pago. Pero, ¿dónde hemos de ir? En nuestra época sabríamos indicar las calles donde paran las prostitutas o las zonas donde resulta más fácil encontrarlas, puede que incluso los locales y los clubes nocturnos donde forzosamente tiene que haberlas. Pero aquí, en Roma, en 115 d. C., ¿dónde hay que ir? ¿Existe una zona? ¿Una calle? ¿Un barrio del sexo? ¿Dónde están las prostitutas en las calles de la Roma imperial? Nuestros ojos observan a las personas con las que nos cruzamos por esta calle, rodeada de altísimos edificios de viviendas, que cuanto más se elevan hacia el cielo más se despojan de su enlucido blanco, dejando a la vista los ladrillos rojos y sus «estructuras» de vigas cruzadas, exactamente igual que en las casas medievales. Vemos pasar a tres esclavos con voluminosos paquetes de ropa de casa sobre sus cabezas. Más allá, andando despacio, van discutiendo dos hombres con toga. Delante de una *taberna*, es decir de una tienda, un comerciante se ríe y bromea con un amigo suyo, pero no pierde de vista a un cliente que deambula de una forma un tanto sospechosa entre los montones de telas de colores que obstaculizan la entrada.

Llaman nuestra atención dos niños que van persiguiéndose entre la multitud, chocando contra la gente. De repente, cambian de dirección, como dos golondrinas en vuelo rasante, y se dirigen hacia la litera de una matrona que avanza lentamente por la calle. Lo tienen todo calculado a la perfección: pasan por debajo de la litera como dos centellas y salen riéndose, esquivando las patadas de los esclavos que la portan. Lo único que les llega son las imprecaciones del esclavo que va abriendo paso a la litera y que intenta dar unos pasos para perseguirles. Un poco más allá hay una *popina*, un bar, con dos *vigiles*, es decir, dos guardias urbanos dedicados a la vigilancia nocturna de las calles y a la prevención de incendios y que, una vez terminada su jornada, están cómodamente sentados junto a una mesa tomándose ávidamente unas copas de vino. Bromean con la camarera que está de

pie junto a ellos sujetando la bandeja contra su pecho. Estalla una carcajada, después otra, pero a la tercera ella se aleja, apartando una mano demasiado inquisitiva que se le había metido bajo la túnica. Sabemos que las camareras de los locales se entregan por dinero. Pero las prostitutas que solo hacen eso como profesión son otra cosa. ¿Cómo se reconoce una prostituta entre la gente? Vemos venir hacia nosotros una mujer opulenta, con un vestido rojo y un chal de color claro sobre la cabeza. ¿Podría ser ella? Al fin y al cabo, está sola y lleva ropajes llamativos... Al sentirse observada, se «engancha» a nuestra mirada insistente. Durante un instante interminable sus ojos oscuros nos miran intensamente; se estará preguntando si nos conocemos, pero después «prolonga» su mirada hacia el fondo de la calle y pasa junto a nosotros indiferente, al son del tintineo de sus brazaletes. Solo deja tras de sí la estela de su perfume penetrante. Claramente no es una prostituta. Sin embargo, estamos cerca de la Suburra, el barrio más popular de Roma, donde está el *Submemmium*, la zona con peor fama, el distrito «dedicado» justamente a las prostitutas (como parece indicar su nombre, «junto a» o «debajo de la muralla», de *sub* y *moenia*).

Un hombre bajo, tosco y medio calvo, con la túnica arrugada, nos da involuntariamente la respuesta; acaba de realizar una ofrenda en un pequeño templete, depositando un poco de comida a los pies de la estatua de una divinidad. Al darse la vuelta para marcharse, se ha quedado quieto, como fulminado. Seguimos su mirada fija y llena de interés en dirección a lo que a nosotros al principio nos parece solo una mancha de vivos colores entre la gente. Mientras la figura se aproxima, la multitud que va delante de ella se aparta poco a poco y aparece, en toda su explosión de colores, una prostituta. Advertimos que es precisamente la prostituta que habíamos visto pasar por la plazoleta al principio de este libro...

En Roma, las prostitutas se reconocen enseguida porque tienen, por así decirlo, un «uniforme»: por ley están obligadas a llevar una toga, que es una prenda típicamente masculina. Y eso es para diferenciarlas de las matronas. Siempre lucen colores vistosos y llamativos. Esta muchacha, por ejemplo, viste una toga de color azul claro. Lleva el pelo teñido con una tonalidad naranja chillón, y la túnica que lleva debajo de la toga es transparente y deja entrever unos senos incontenibles, a duras penas sujetos con una faja y que se bambolean a cada paso por entre su amplio escote. Lleva a propósito la cabeza alta, los ojos entornados en una mirada aparentemente llena

de deseo. Su carga erótica se esparce por toda la calle y atrae como un imán las miradas de los hombres. Su juventud y su físico perfecto hacen de ella una prostituta fuera de lo corriente. No nos extrañaría que muy pronto diera un salto cualitativo y pasara a moverse entre los círculos de la alta sociedad. La piel de su rostro es tersa, clara y está muy cuidada, mucho más que la de las mujeres que pasan junto a ella, evitándola con una mueca de desprecio. En efecto, las prostitutas romanas tienen un cuidado casi obsesivo por su aspecto y saben que a sus clientes les gustan las «redondeces», pero no fláccidas, y sobre todo una piel bonita. Por eso las prostitutas tienen cuidado de mantenerse en forma y utilizan cremas de belleza y maquillaje. Algunas tienen pelucas de color naranja o azul, unos tintes «símbolo» que indican su profesión. Naturalmente, no todas pueden permitírselo. En efecto, en Roma existen distintas clases de meretrices, desde las más pobres, que van semidesnudas o vestidas con una túnica sucia y raída, hasta las cortesanas de la alta sociedad, cuyos vestidos darían envidia incluso a las reinas de otras épocas... Son prendas carísimas, que cambian en función de la ocasión y del gusto del cliente. En efecto, la ropa es una herramienta de trabajo, sobre todo para las prostitutas de nivel inferior, las de la calle (como todavía lo es hoy en día). Según Plauto, las prostitutas de calle se ponen vestidos estudiados a propósito para atraer psicológicamente al cliente. Por consiguiente, hay vestidos «de reina», «de mendiga», «de noble», «de mujer exótica», etcétera.

Pero, ¿cuántos tipos de prostitutas existen en Roma? ¿Qué tipo de mujeres son y de dónde proceden? Es lo que vamos a intentar averiguar a continuación.

En la Suburra, descubriendo las distintas categorías de prostitutas

La prostitución está muy difundida en la antigua Roma, exactamente igual que en todas las civilizaciones hasta nuestros días. La diferencia respecto a hoy es que en la antigua Roma las prostitutas no están especialmente mal vistas, es más, se les reconoce una utilidad social (incluso pagan impuestos, como veremos, igual que cualquier otra profesión). Hasta Cicerón las defiende: «Necesarias tanto para la higiene como para la tranquilidad de las mujeres y los niños libres por

nacimiento, las prostitutas, en Roma como en otros lugares, desempeñan una función de salud pública».

Nadie se escandaliza si un hombre o un joven entra en un prostíbulo para acostarse con una prostituta, pero curiosamente está mal visto que lo haga un anciano. Con una edad avanzada hay que dejar de hacerlo, eso es cosa de jóvenes, que tienen que desfogar sus pulsiones. Un hombre maduro debería hacer uso de su sabiduría y no seguir siendo rehén de sus instintos.

La situación de una prostituta es muy difícil, salvo en los casos de las *escorts* de altos vuelos: el tremendo machismo de la sociedad romana y la esclavitud daban lugar a que la mayoría de las prostitutas fueran mujeres-objeto, casi carentes de derechos o de tutela y víctimas de una explotación impresionante.

Nos estamos adentrando en la Suburra y nos damos cuenta de que basta con cruzar una calle para ver cómo todo cambia de repente. Las calles son de tierra batida, por cuyo centro discurre todo tipo de aguas negras. Los muros de la parte baja de los edificios están sucios y desconchados, y hay pequeñas acumulaciones de basura que no resulta fácil identificar: harapos, trozos de loza, restos de verdura pisoteados, fragmentos de cuero... a toda velocidad, un ratón pasa como una sombra de un cúmulo de basura al siguiente. No obstante, en medio de esta sordidez, la gente pasea charlando, sin prestar atención a la suciedad, ni al olor punzante y nauseabundo de las aguas negras, ni a las moscas... Los gritos de una mujer que está discutiendo con alguien nos llegan de repente desde un piso alto. No nos da tiempo a intentar distinguir sus palabras porque sus voces se suman a las de un vendedor ambulante que viene hacia nosotros por la calleja, intentando ofrecernos unas escobas hechas de ramas atadas. A pesar de que todavía es joven, parece un hombre acabado; tiene la cara quemada por el sol, surcada por unas profundas arrugas, y una sonrisa casi completamente desdentada. Su túnica raída a duras penas le cubre el cuerpo y va descalzo. Mientras se detiene para enseñarnos sus escobas, nos damos cuenta de que tiene los dos pies dentro del regato de aguas negras... pero le da igual. En vista de nuestro desinterés, se marcha de repente, anunciando a gritos su mercancía. Bienvenidos a la Suburra...

Al fondo de la calleja divisamos una marquesina mugrienta que se está cayendo a pedazos, bajo la que hay algunas mujeres sentadas. Llevan ropa barata y tienen un aspecto descuidado. Algunas son viejas, otras son gordas, con la nariz peluda y el cabello desordenado.

Otras son tan poco atractivas que parecen hombres disfrazados de mujer. Sin embargo, nos miran sonriéndonos y nos preguntan si queremos acostarnos con ellas... Son las denominadas prostitutas de *pergula*, las últimas en la categoría de las meretrices. Son las prostitutas que están demasiado viejas o son demasiado feas como para atraer a una clientela normal. Sus lenones (chulos) se las ofrecen a la escoria de la sociedad, a los clientes más bajos y más miserables. Habitualmente ejercen su profesión bajo ese tipo de lugares cubiertos, en las callejas y las calles de los barrios populares, a unos precios irrisorios.

Prostitutas callejeras y prostitutas a domicilio

Seguimos adelante. Un poco más allá vemos a un par de mujeres apoyadas contra una pared. Ambas tienen el pelo azul celeste, por lo que deben de ser prostitutas. Un hombre se acerca a la de menor estatura, que tiene los labios carnosos, y empieza a decirle cosas en voz baja. Mientras tanto, ella acaricia el rostro del hombre y le pone una mano alrededor de la cintura. Indudablemente están negociando la tarifa de la prestación... Les bastan unos segundos para ponerse de acuerdo. Ella le agarra de la mano y se lo lleva un poco más allá, levantándose un poco el borde de la toga roja para no manchárselo. Al cabo de pocos metros, la mujer descorre una cortina y aparece una sencilla habitación que da directamente a la calle. Es pequeñísima, no tendrá más de dos o tres metros cuadrados. Está casi totalmente ocupada por una cama. Lo mínimo para un coito. Esas pequeñas habitaciones son muy comunes en el panorama de la prostitución y se denominan *cellae meretriciae*. Mientras el hombre se sienta sobre la cama, levantándose la túnica y dejando ver su sexo, ella se inclina sobre él al tiempo que corre la cortina, aislándose del resto del mundo. Mientras tanto, su compañera, que se ha quedado sola, le ha echado el ojo a un apuesto muchacho que camina por en medio de la calle; como si quisiera cometer un atraco, la prostituta se le acerca disimuladamente por detrás y de repente le abraza y empieza a darle besos. El muchacho pega un respingo, se resiste y, mientras la insulta, consigue zafarse del abrazo. Ella le contesta en el mismo tono, soltándole una catarata de palabrotas y maldiciones con los brazos en jarras, y cuando ha terminado de despacharse a gusto escupe en el

suelo en dirección al muchacho. Pero él ya está lejos y, sin darse la vuelta, le enseña el dedo corazón... La mujer vuelve a su puesto, paseándose de un lado a otro junto a la pared, a la espera de otro cliente...

Estas prostitutas son *ambulatrices*, es decir, literalmente, «paseantes». Trabajan por la calle, pescando a sus clientes entre la multitud, como un cazador ante un rebaño de posibles presas. El cebo que utilizan son su aspecto juvenil y la agresividad de la invitación, así como exhibir, gracias a unas túnicas que llevan astutamente debajo de la toga, algunas partes de su cuerpo para «calentar» y atraer a los hombres. Los lugares donde realizan el acto sexual son pequeñas habitaciones, no lejos de algún lupanar, que tiene alquiladas el proxeneta.

En cambio, las prostitutas callejeras que trabajan de noche se denominan *noctilucae*, mientras que las que esperan a sus clientes bajo los pequeños arcos (*fornices*) de un pórtico reciben el nombre de *fornicatrices*: de ellas procede el verbo «fornicar»...

En realidad, también existen otros tipos de prostitutas, como las que acuden directamente al domicilio del cliente: son las que hoy se denominan «de lujo». Un noble, o incluso un comerciante rico, nunca entraría en un lupanar, que es básicamente un lugar para pobres, o por lo menos para hombres de clase baja (como por ejemplo marineros, soldados, libertos o incluso esclavos). En el caso de los ricos, las prostitutas son las que acuden a su casa. Es algo parecido a pedir una pizza por teléfono para no tener que ir a la pizzería. Por consiguiente, además de con su esposa, con su(s) concubina(s), con su esclava y con su amante, en su casa el hombre romano puede tener relaciones sexuales con una quinta categoría de mujer: la prostituta. Pero no se trata de meretrices de tres al cuarto. Normalmente, esas prostitutas a domicilio se escogen en los mejores lupanares y saben cantar, bailar, tocar un instrumento... Así pues, no van solo a prostituirse, sino que acuden a animar los banquetes de la élite romana, independientemente de que después, si se lo piden, se acuesten con el señor de la casa o con sus invitados. O con ambos.

La *escort* romana: un tiburón

Por último, está la categoría más «alta» entre las prostitutas. La de

las *escorts* de lujo. Son las cortesanas de altos vuelos. Se trata de prostitutas muy bellas, capaces de «hacer carrera» independizándose de su chulo, también gracias a alguna dote particular, como cantar bien, tocar la cítara o saber arreglarse. Pero, sobre todo, poseen modales refinados y buenas maneras. Todo consiste en echarle el lazo a un buen «pollo». En ese sentido, la prostituta de altos vuelos tenía una aliada, una agente, una «empresaria»: la alcahueta. Una vez que le ha echado el lazo al individuo adecuado, gracias a él la prostituta empieza a frecuentar la alta sociedad, con sus banquetes, sus fiestas, sus invitaciones, etcétera, para a continuación pasar a manos de otro hombre rico, al que ha conocido en alguno de esos eventos y que resulta más apetecible económica o socialmente. Y más tarde esta mujer-rapaz pasará a estar con otro hombre, y así sucesivamente. Para ir trepando cada vez más arriba en la élite romana.

Habitualmente estas prostitutas tienen un nombre artístico que recuerda a alguna mujer famosa de la edad de oro de Grecia: Delia, Tais, Lais, etcétera. Y son verdaderas tigresas sociales, dotadas de un agudísimo instinto a la hora de reconocer a un pollo al que desplumar, como el vástago un tanto ingenuo de una riquísima familia romana al que hace caer en sus redes mediante el sexo y la coquetería femenina. La consecuencia es que esas mujeres, auténticos tiburones que nadan en el acuario de peces de colores de la alta sociedad, pueden conseguir que un hombre dilapide todo su patrimonio y son capaces de acumular para sí, a base de regalos, concesiones y propiedades, inmensos patrimonios personales. Ningún autor latino se muestra misericorde con ellas. Plauto, en su obra *Trinummus*, describe la llegada de una de esas prostitutas de altos vuelos: «Se presentan con toda su familia al completo: doncella, masajista, guardiana de las joyas, portadoras de abanico, guardián de las sandalias, cantantes, porteadoras de cofrecitos, mensajeros, depredadores del banquete y de la despensa...».

Plauto deja claro que si por una parte la cortesana, o prostituta de altos vuelos, nos ofrece sexo intenso y apasionado y una compañía muy refinada, por otra parte nos acarrea un sinfín de disgustos, empezando por graves problemas de tipo económico. En efecto, estas mujeres se caracterizan por un cinismo y una ferocidad impresionantes. Muy hábiles con su sensualidad y su feminidad, consiguen enamorar a un hombre tras otro, a los que despluman y devoran «vivos» para después abandonarlos en su desesperación, sin piedad y sin mirar atrás.

Dónde encontrar prostitutas

Mientras seguimos andando por la calle, nos damos cuenta de que los lugares de la antigua Roma donde pueden encontrarse prostitutas son mucho más numerosos que hoy en día. Si tuviéramos que poner un ejemplo con los locales modernos, diríamos que un romano podía encontrar fácilmente una prostituta (y tener relaciones sexuales allí mismo) en: restaurantes, bares, enotecas, hoteles, estadios de fútbol, circuitos automovilísticos, teatros, balnearios y centros deportivos, ferias, mercados, festivales y conciertos de música, cuarteles, iglesias y cementerios...

En efecto, cualquier taberna, *popina* o restaurante, es decir, en cualquier lugar donde dan de comer, el romano sabe que, además de la comida y el vino, puede acostarse con una esclava o incluso, si ella accede, con la mujer que gestiona el establecimiento, o con su hija (en este caso, probablemente con los clientes más adinerados, por encargo del propio *patronus*). El acto sexual se consuma en un cuartucho situado en la trastienda del local o en la planta superior. Esos locales para comer suelen ser muy ruidosos, malolientes y están llenos de humo de la cocina. La clientela es casi siempre de baja extracción social, cuando no directamente criminal, y suele haber peleas porque alguien ha bebido de más o porque ha hecho trampa en los juegos de azar, como los dados: aunque el juego estuviera prohibido, se practicaba por doquier. Pensándolo bien, es exactamente la misma atmósfera de los *saloons* del lejano Oeste, donde, no por casualidad, también había prostitutas que trabajaban en la planta superior. En otras palabras, ese rostro de la prostitución nunca ha cambiado: todavía hoy, en muchísimos lugares del planeta, sobre todo en el Tercer Mundo, pueden verse situaciones idénticas.

Las carreras de cuadrigas en los circos, los espectáculos en la arena de los anfiteatros y las comedias en los teatros, que congregan a tanta gente, no solo atraen a los comerciantes y a los vendedores ambulantes, sino evidentemente también a quienes ponen en venta su propio cuerpo. Para buscar una prostituta, basta con darse una vuelta por las arcadas de esas grandes construcciones: la encontraremos con toda seguridad, acompañada de su chulo.

Un caso particular son las prostitutas que trabajan en las termas. En la antigua Roma, las termas son el equivalente de nuestros gimnasios, con sus centros de bienestar y sus spa. Son muchos los

servicios que se ofrecen: se puede realizar actividad física, recibir masajes, beber, comer, discutir y... practicar el sexo. La prostitución (tanto masculina como femenina) se considera uno de los placeres asociados a las termas: «Baños, vino y amor corrompen nuestros cuerpos, pero baños, vino y amor son nuestra vida» (*Balnea, vina, Venus corrumpunt corpora nostra, sed vitam faciunt balnea, vina,Venus*). Era un dicho de los romanos, que se encontró en la inscripción de la tumba de un tal Tito Claudio Segundo, liberto del emperador Claudio, y que data de 50 d. C.

Mientras que un noble no entra en los lupanares para acostarse con prostitutas, es perfectamente normal que lo haga en las termas. Habitualmente los empleados son esclavos o libertos. Y los encargados de vigilar nuestra ropa mientras entramos en las termas son prostitutas o prostitutos: en resumidas cuentas, ¡no es más que una fachada! También por ese motivo, los gestores de las termas o de los pequeños baños públicos de barrio son equiparables a los proxenetas. No obstante, en el interior de las termas es posible encontrar prostitutas que trabajan de forma autónoma, es decir, *freelance*...

Incluso existen prostitutas itinerantes que no tienen una residencia fija, sino que viajan junto con sus protectores por las distintas ferias, mercados o espectáculos públicos.

Además, junto a los cuarteles y a los campamentos militares siempre encontramos prostitutas, cuya actividad al parecer es gestionada por los propios soldados por tratarse de una «propiedad» de las legiones.

Un lugar «clásico» donde encontrar prostitutas son los cementerios, donde estas profesionales, denominadas *bustuarie*, aprovechan el constante ir y venir de hombres (en efecto, los cementerios siempre están situados a lo largo de las arterias de entrada a las ciudades) y la posibilidad de practicar el sexo con total privacidad, al amparo de las tumbas.

Por último, junto a los templos, lugares muy frecuentados, cuando no incluso en el interior del recinto sagrado, siempre encontraremos prostitutas, una viejo legado de cultos más antiguos, como los fenicios, babilonios o griegos, donde existía la prostitución sagrada.

Los lupanares

Seguimos avanzando por la calle de la Suburra. A nuestro alrededor se palpa la pobreza. Vemos mujeres sentadas en sillas, charlando delante de los portales de los grandes edificios de viviendas de construcción popular, en su mayoría destartalados. Niños semidesnudos, en medio de la suciedad de la calle, con los mocos colgando. Niñas que se encargan de cuidar a sus hermanos pequeños porque su madre no está y su padre nunca ha aparecido por allí. En estos ambientes no circulan las literas de las matronas ni pasean ricos romanos con sus togas. Esto es el «Tercer Mundo» de la ciudad de Roma. Aquí se esfuman todas las normas sociales que hemos venido enumerando hasta ahora, todos los tabúes de la alta sociedad, todos los trucos de seducción de Ovidio. Aquí rigen otras normas, las de la supervivencia. Y delante de nosotros, en medio de la indiferencia general, hay un lupanar, con un grupo de prostitutas que se están peinando unas a otras en el balcón de la primera planta. Están semidesnudas, pero eso no le preocupa a nadie.

Los lupanares forman parte del urbanismo de Roma, no se mantienen ocultos ni segregados en «barrios del sexo»: son como nuestros supermercados: surgen, a la vista de todo el mundo, allí donde se puede hacer un buen negocio porque hay demanda. Y en la Suburra hay muchísimos lupanares porque, dado que su clientela la forman hombres de clase media-baja, hay más burdeles justamente en estos barrios populares.

Pero, ¿qué palabra tenemos que emplear para designar un burdel en la antigua Roma? Lupanar (del latín *lupanar*, y evidentemente de *lupa*, que significa «prostituta»), o bien *lustrum*, *stabulum* (que sin embargo designa más bien una posada de carretera, mientras que en Petronio es justamente un hotel por horas) y, en la época tardo-imperial, *prostibulum*.

Cabe señalar que no todos los lupanares son iguales. Algunos son lujosos, otros muy pobres. Como media, en un lupanar trabajan cuatro prostitutas, pero en los grandes hay muchas más y existe una auténtica plantilla de empleados, como cocineros, aguadores, un equipo de buscadores de clientes e incluso un peluquero para peinar a las prostitutas.

¿Los romanos hacían más el amor que nosotros?

¿Cuántos lupanares existen en la Roma imperial? Tan solo podemos formular hipótesis basándonos en la ciudad de Pompeya. Según el experto Thomas McGinn (que ha escrito un libro muy elocuente sobre el tema, titulado *La economía de la prostitución en el mundo romano*), en la ciudad que quedó sepultada por la erupción del Vesubio debía de haber unos treinta o treinta y cinco locales dedicados a la prostitución, entre burdeles y *cellae meretriciae*, para una población de entre diez mil y veinte mil habitantes. McGinn calcula una media de cuatro prostitutas/os por burdel, con un total de entre ciento veinte y ciento cuarenta. Eso significa aproximadamente una prostituta por cada setenta o por cada ciento sesenta y seis habitantes (dependiendo de las cifras que escojamos), de modo que, «salomónicamente», vamos a escoger el valor intermedio, es decir, una prostituta por cada cien habitantes, aproximadamente. Sin embargo, de esos cien habitantes, la mitad eran mujeres, y por consiguiente se llega a un promedio de una prostituta por cada cincuenta hombres. Dado que una prostituta tenía varios clientes al día, probablemente una media de cinco, es como si redujéramos la proporción a una prostituta por cada diez hombres... Sin embargo, muchos de ellos eran niños pequeños, chavales o ancianos, que indudablemente no entraban en los lupanares y, por consiguiente, la proporción se reduce todavía más. Si además añadimos todas las prostitutas a tiempo parcial (más adelante hablaremos sobre ello), las concubinas, las prostitutas de altos vuelos, las prostitutas de las termas y las de las tabernas... tenemos que reducir aún más la cifra... Y si a todo eso le añadimos el torbellino de amantes que caracterizaba a la sociedad romana a todos los niveles sociales y además las relaciones homosexuales del hombre romano, llegamos a la conclusión de que, en aquellos tiempos, se practicaba muchísimo el sexo...

En resumen, el sexo estaba verdaderamente al alcance de todos. Y si había tantas prostitutas y ocasiones para practicar el sexo (concubinas, amantes, etcétera), no tenemos más remedio que concluir que los romanos practicaban mucho, pero muchísimo más el sexo que nosotros y, sobre todo, con una frecuencia mucho mayor.

Eso encaja perfectamente con la gran libertad sexual de aquella época, pero también con la libertad que la gente tenía en su fuero interno: no existían los sentimientos de culpa que nuestra moral asocia

al sexo, a los que hay que añadir el temor a las enfermedades, etcétera. Todo esto, naturalmente, no son más que hipótesis, entonces no había nadie que se dedicara a echar cuentas, pero las conclusiones son verdaderamente sorprendentes.

Entramos en el lupanar

Tenemos ante nosotros el tipo de lupanar más común, de nivel medio-bajo. Consta de dos plantas: en la planta baja se consuman las prestaciones, mientras que en la planta superior viven las prostitutas, en sus dormitorios. Nos aproximamos y descubrimos que encima de la puerta de entrada hay un farol que permite reconocer el lupanar también por la noche. Y además hay un cartel inequívoco: tiene un dibujo de las tres gracias desnudas junto a una mujer corpulenta que está sentada: son las prostitutas y la alcahueta... Un rótulo completa el cartel de mármol: *AD SORORES IIII*, es decir, «Las cuatro hermanas»... Es un cartel que actualmente se encuentra en el museo de Berlín y que probablemente procede justamente de aquí, del barrio de la Suburra de la capital. Entramos. Enseguida nos envuelve la atmósfera cruda del lupanar. Hay un primer ambiente, una primera sala, donde el proxeneta, junto con alguna muchacha, da la bienvenida a los clientes y donde estos, si lo desean, también pueden comer y beber algo mientras esperan su turno. Las muchachas deambulan desnudas. Les han dicho que se presenten todas, porque justo antes que nosotros ha llegado un cliente que tendrá que elegir entre ellas... La alcahueta del cartel ya no está. Era un cartel antiguo. Ahora el lupanar se ha ampliado, y el que lo gestiona es un hombre, un proxeneta de ojos muy avispados y al mismo tiempo despiadados. El proxeneta presenta a sus chicas una por una y describe las prestaciones que se les dan mejor. Los nombres que escuchamos son todos orientales y griegos. Sin embargo, el cabello rubio y pelirrojo delata una procedencia muy distinta, pero a los hombres romanos de los burdeles de baja categoría les gusta ese «calor» mediterráneo. Todas las chicas son jovencísimas, pero no todas se encuentran bien. Es más, algunas están demasiado delgadas y desnutridas, y un par de ellas tienen algo de fiebre; una, palidísima, incluso tiene que apoyarse contra la pared: no puede ni tenerse en pie. Este es el panorama desolador de los típicos burdeles de la Suburra; los más pobres, donde las condiciones son infernales. Por decirlo sin rodeos, estas prostitutas tendrán una carrera breve. Aquí las chicas viven poco: son realmente de usar y tirar. Y el proxeneta lo sabe: las explota al máximo, las exprime como limones que después arroja a la basura.

Vida de prostituta

Para designar a una prostituta, un romano utiliza toda una gama de términos: – *Lupa*, de donde deriva la palabra «lupanar».

– *Meretrix*, o sea, «la que gana dinero»: ese era el término empleado en los documentos oficiales.

– *Scortum*, es decir, «la piel», en sentido despectivo.

– *Spurca*, es decir, «la sucia», también en sentido despectivo.

¿Pero quiénes son esas muchachas? En su mayoría son esclavas, a veces también libertas. Las prostitutas esclavas proceden de los mercados de esclavos (en Roma hay muchos, con días distintos según el tipo de esclavo que se vende, como explicábamos en el libro *Un día en la antigua Roma*) o de otras fuentes, siempre terroríficas. A veces son chicas que fueron recogidas de niñas por mercaderes del sexo porque sus familias las habían abandonado, dejándolas «expuestas» en la calle. O bien fueron raptadas en las zonas rurales (exactamente igual que sigue ocurriendo hoy en día en los Balcanes) o fueron secuestradas por los piratas. Estas muchachas al final acaban en los mercados de esclavos que hay por todo el Mediterráneo (los mas grandes están en Grecia, y el más famoso se encuentra en Delos). Los precios oscilan mucho. Marcial nos informa de una muchacha de la Suburra que se vendió por 600 sestercios (1.200 euros de hoy); no es mucho, si tenemos en cuenta que el emperador Heliogábalo compró una bellísima esclava por la increíble cifra de 100.000 sestercios (aproximadamente 200.000 euros).

Sin embargo, a veces, a causa de la pobreza, son los propios progenitores los que encaminan a sus hijos a la prostitución, como hemos visto en un capítulo anterior.

Pero, ¿cuántos años tiene que tener una prostituta para «ejercer»? Habitualmente su «carrera» comienza a los catorce años, pero a menudo incluso antes. Puede acabar en un lupanar como el que estamos visitando o, si es atractiva y tiene suerte, puede aspirar a convertirse en una *escort* de altos vuelos.

Mientras el cliente vacila en su elección, un muchacho se asoma

tímidamente y se coloca junto a las otras chicas. Es un prostituto, es decir, un chico destinado a las relaciones homosexuales. Todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre las muchachas prostitutas sigue siendo válido para los chicos...

Ahora entra en el lupanar una mujer vestida como una prostituta, pero de alguna forma parece «distinta» de las chicas que están de pie, desnudas. Es mayor que ellas y tiene una mirada más viva. Se acerca al proxeneta y le da dinero, susurrándole algo al oído. Después vuelve a salir del lupanar discretamente. Esa mujer también es una prostituta, pero de otro tipo: no es una esclava sino una ciudadana romana... Se ofrece en una *cella meretricia*, a pocos metros de aquí. Su historia es muy frecuente aquí en Roma. Es una viuda, y en un capítulo anterior ya hemos podido ver la suerte que corre una familia cuando fallece el marido. En aquel caso, la madre prostituía a sus hijas. Aquí, en cambio, es ella misma la que se prostituye a tiempo parcial. Y lo mismo le ocurre a muchas mujeres solteras que tienen problemas económicos. ¿No podrían dedicarse a otro oficio? El problema es que los únicos oficios que pueden practicar las mujeres en la sociedad romana, en el ámbito de la artesanía, de las joyas, de los tejidos o del pequeño comercio no les dan para sobrevivir. Resulta muy fácil echar las cuentas. Una jornada de trabajo en un telar, por ejemplo, suponía una paga de 8 ases (equivalente a 4 euros). Si una mujer se prostituía conseguía ganar más: calculando una media de cinco actos sexuales al día (aunque en el caso de las esclavas eran muchos más) a 3 ases cada uno, la mujer ganaba 15 ases al día. Aun teniendo en cuenta que tenía que darle al proxeneta una tercera parte (según algunos expertos era una quinta parte) de sus ingresos, a la mujer le quedaban por lo menos 10 ases (5 euros), frente a los 8 (4 euros) que habría ingresado tejiendo. En el caso de muerte prematura de su marido, para muchas mujeres libres la prostitución seguía siendo la única posibilidad de supervivencia... pero con un riesgo: aunque trabajaban como prostitutas a tiempo parcial, corrían el riesgo de acabar en manos de usureros sin escrúpulos (que a veces eran los propios proxenetas del burdel donde habían empezado a prostituirse) que, a la espera de la devolución de la deuda, las reducían a la condición de esclavitud.

A veces se daba el caso de que las matronas de la alta sociedad obligaban a sus esclavas o a sus libertas a prostituirse para tener una «renta» constante. En algunos casos, habilitaban una habitación-lupanar en su propia villa o *domus* para recibir a los clientes. Y no solo a los clientes, porque obviamente también se aprovechaban de ello el

marido y los hijos, convirtiendo en un infierno la vida de la mujer...

Volvamos a nuestro lupanar. El hombre se ha decidido: quiere a la chica de ojos verdes, bonito rostro, caderas anchas y trasero voluminoso. Nos damos cuenta de que también ella estaba presente en la plazuela que veíamos al principio del libro, junto con los demás personajes. Jamás habríamos imaginado encontrárnosla aquí y descubrir que se dedicaba a esta profesión... El proxeneta hace un gesto y la muchacha baja la cabeza, resignada. Es su undécimo cliente de hoy. ¿Cuánto tiempo podrá resistir una mujer en estas condiciones? Todo el mundo sabe que no podrá durar eternamente, pero al proxeneta le da igual y le exige al cliente que pague por adelantado.

A propósito, ¿cuánto va a tener que desembolsar? Como hemos visto, una prestación media oscila en torno a los 3 ases. El as es una pequeña moneda de bronce (o de cobre rojo puro): vale la cuarta parte de un sestercio. Naturalmente, los precios varían en función de la prestación que se solicita y también de una provincia a otra. Basándonos en las inscripciones halladas en Pompeya, la tarifa varía desde 1 as (en el caso de las prostitutas más pobres) hasta 16 ases (8 euros), pero en la mayoría de los casos la tarifa oscila entre 2 y 3 ases (de 1 a 1,50 euros).

Como hemos dicho, el tipo de prestación influye en el precio. Por ejemplo, sabemos que para una *fellatio* las prostitutas habitualmente pedían la mitad de la tarifa de una relación completa. En Pompeya han aparecido muchas inscripciones con el precio de esa práctica y ello ha llevado a los expertos a concluir que la *fellatio* era una de las relaciones sexuales preferidas por las prostitutas, porque eliminaba el riesgo de embarazo.

No obstante, en Pompeya también se encontró una inscripción «al contrario», a saber, la de un hombre que se ofrecía a las mujeres para practicar el *cunnilingus*, es decir, para darles placer oralmente. Lo hacía tan solo por 2 ases (1 euro). ¿Era un prostituto o solo un bromista? Nunca lo sabremos...

Naturalmente las tarifas no tienen límite en el caso de las prostitutas de lujo, que cobran en joyas y en vestidos carísimos.

Sin embargo, existe una práctica curiosa. En vez de pagar a una prostituta por una prestación, un hombre puede «alquilarla» durante un mes o un año, como si fuera un coche. Incluso se estipula un contrato para que el cliente pueda asegurarse la «exclusiva» de las relaciones sexuales con la mujer. Si ella no lo cumple, pierde sus emolumentos. En cierto sentido, esta prostituta garantiza su fidelidad,

nunca puede ser infiel a su cliente...

En un universo tan variado como el de la prostitución, existen unas reglas, a pesar de todo. Sobre todo fiscales. En efecto, las prostitutas pagan sus impuestos. Tienen que ingresar en la hacienda imperial entre el 17 y el 25 por ciento de sus ingresos mensuales. La prostituta —o, como ocurría en la mayoría de los casos, su protector— tenía que pagar todos los días la suma equivalente a una relación sexual.

La prostituta se adentra con su nuevo cliente por el largo pasillo que lleva a su celda. Todavía lleva en la espalda y en las nalgas las marcas de los cachetes y de los agarrones del último cliente. Al llegar al fondo, aparta la cortina y entra con desgana, se coloca en posición sobre la cama a la espera de ser penetrada. El hombre cierra la cortina de golpe. En ese momento, la mente de la muchacha se abstrae: aunque se la oye gemir desde el vestíbulo de entrada, lo hace solo mecánicamente, sin pensar en ello. De repente, de otra habitación, sale un cliente y, acercándose muy despacio, llega hasta la celda donde la prostituta y su cliente están practicando el sexo. Agacha la cabeza teniendo sumo cuidado de no hacer ningún ruido y observa a la pareja a través de un agujero de la cortina. Ha pagado justamente para eso: para ver hacer el amor a otros. No está solo. La prostituta que ha elegido se arrodilla delante de él y le ayuda a alcanzar el placer.

Miramos a nuestro alrededor. Este lupanar está sucio, el techo tiene un color oscuro, ennegrecido por el humo de los candiles que cuelgan de él y, en las paredes, además de marcas de manos, hay inscripciones que probablemente han ido dejando los clientes a la espera de su turno. El aire de este tipo de locales es denso, está lleno de humo, rezuma del aceite quemado de los candiles; el sudor de los cuerpos de miles de clientes parece haberse quedado pegado por todas partes, en las cortinas y en las paredes. Resulta incomprensible que alguien pueda practicar el sexo en estos lupanares, hay ruidos por doquier: los de la pareja de al lado haciendo el amor, prostitutas andando por el pasillo y llamándose a voz en grito, clientes riéndose a carcajadas, el proxeneta dando voces... un verdadero infierno.

Pero no siempre es así. Los lupanares tienen unos horarios. Parece que deben permanecer cerrados hasta la hora novena, es decir, aproximadamente entre las 14 y las 16, según la estación del año, exactamente a la hora en que cierran todas las tiendas y los talleres y por toda la ciudad se esparce un ejército de hombres que se dirigen a las termas o dondequiera que deseen pasar el resto del día. El lupanar

es una de sus opciones.

Sin embargo, no siempre es una buena decisión. En efecto, en los lupanares son muy frecuentes las peleas, y, teniendo en cuenta el ínfimo nivel de la gente que acude a ellos, a menudo uno se topa con criminales. A veces es el propio proxeneta el que no tiene el mínimo reparo en desplumar a sus clientes, ofreciéndoles por mediación de su prostituta un vino adulterado para que pierdan el conocimiento y así poder robarles todo lo que tienen. Otro golpe clásico es el del «adulterio fingido»: mientras el cliente está teniendo relaciones con la prostituta, la cortina se abre de golpe y entra un «falso» marido que, después de montar una escena, le pide dinero al pobre desventurado para no partirle la cara a puñetazos o para no denunciarle. En resumen, los lupanares pueden ser una trampa peligrosísima para los clientes, pero también para las prostitutas y los proxenetas. Tenemos noticias de la existencia de bandas de jóvenes de familias nobles que realizan incursiones nocturnas, echando la puerta abajo y violando a las prostitutas e incluso llevándoselas a otro lugar para seguir con la diversión. Teniendo en cuenta sus apellidos, nadie puede hacer nada, ni el proxeneta ni los guardias que pudieran estar pasando de ronda en ese momento.

Salimos del lupanar, encantados de poder respirar el aire contaminado de la Suburra. Aunque haya aguas negras por doquier, siempre es más agradable que la atmósfera que se respira allí dentro.

¿Existían prostitutos varones? ¿Y eran para el hombre o para la mujer?

Como hemos visto en el lupanar, existen los prostitutos varones. Son niños a los que todavía no les ha salido la barba ni el vello corporal, y eso los convierte en presa para los deseos homosexuales o pedófilos de los hombres romanos. Sin embargo, según los historiadores, durante la época republicana la mayoría de los prostitutos varones servía para satisfacer a las mujeres. Las cosas cambiaron de medio a medio más tarde, con el Imperio.

Los prostitutos se denominaban de distintas formas: *spintria* (el mismo nombre que tenían unas fichas donde se representaban distintas posturas sexuales y que, probablemente, como veremos a continuación, servían para realizar los pagos en los burdeles) o

exoletus.

Comprensiblemente, dada la mentalidad de «macho» del hombre romano, los prostitutos varones estaban mal vistos e incluso fueron ocupando un escalafón social cada vez más bajo hasta su desaparición cuando, a mediados del siglo III d. C., el emperador Filipo el Árabe ilegalizó la profesión.

Las tarifas de sus prestaciones (por lo poco que puede deducirse de la escasísima información disponible) debían de ser más altas que las de las mujeres y, de todos modos, variaban según los casos. Sin embargo, sabemos que los prostitutos de altos vuelos pedían cifras astronómicas, mucho más elevadas que las de las prostitutas de la alta sociedad (profundizaremos sobre este tema en el capítulo dedicado a la homosexualidad), mientras que en los lupanares las tarifas eran básicamente las mismas que las de sus colegas femeninas. Las inscripciones encontradas en Pompeya nos informan de que la prestación de un prostituto costaba 4 ases (2 euros), es decir, entre 1 y 2 ases más que las mujeres.

Los «chaperos» de la antigua Roma: los eunucos

Mención aparte merecen los eunucos, que, muy poca gente lo sabe, también existían en tiempos de los romanos y que empezaron a difundirse poco a poco por la urbe con la expansión del dominio de Roma por el Mediterráneo y el contacto con diferentes culturas y religiones, por ejemplo, el culto oriental de Cibeles, en el que los sacerdotes se autocastraban.

Los romanos subdividían a los eunucos en tres categorías: los *spadones*, a los que les habían cortado los testículos; los *thlasiae* (del griego «aplasto»), a los que les habían aplastado los testículos; y los *castrati*, que ya no tenían ni testículos ni pene. Es inevitable intentar establecer una comparación entre aquellos hombres y los actuales chaperos.

En efecto, los *spadones*, aunque ya no pudieran engendrar hijos, habían conservado a pesar de todo su capacidad de ser sexualmente activos en la cama y a menudo acababan siendo muy demandados, sobre todo entre las clases altas, donde se convertían en cortesanos de altos vuelos, como si fueran juguetes eróticos de carne y hueso. Su sexualidad, la imposibilidad de tener hijos, lo que desactivaba

cualquier tipo de celos masculinos, y tal vez alguna característica afeminada en ellos (en caso de que la castración se hubiera producido antes de la pubertad) como su aspecto, su voz, etcétera, hacían de este tipo de eunuco una figura a medio camino entre la virilidad del varón romano y la feminidad de las matronas, lo que les acerca mucho a la figura moderna de cierto tipo de chaperos, los travestidos, que tienen un aspecto externo de mujer (desde su ropa y sus labios hasta sus pechos de silicona) pero mantienen intacto el aparato genital masculino para tener también una parte activa en las relaciones sexuales.

Esta «ambigüedad» de los *spadones*, igual que la del resto de eunucos en general, desempeñaba un papel muy provocativo en el universo sexual de la alta sociedad, como si los eunucos fueran una «variedad extra» además de las parejas tradicionales; una tercera figura, además del hombre y la mujer, que aunaba y mezclaba muchas de las características de ambos. La curiosidad y el morbo de hombres y mujeres hacía el resto, lo que convirtió a los eunucos en figuras muy solicitadas. Por otra parte, nosotros ya habíamos visto a uno de ellos cruzando la plazuela al principio del libro. Sus andares y su porte, siempre en el límite entre los dos sexos, nos habían llamado la atención. Llevaba un paso regio pero rápido: evidentemente se dirigía a casa de un nuevo cliente...

La difusión de los eunucos entre la alta sociedad romana llegó a un nivel tan alto que el emperador Domiciano se vio obligado a prohibir y a perseguir penalmente la castración de hombres.

Obviamente, también este aspecto, como tantos otros que hemos examinado en este libro, debe tomarse con la debida cautela: los eunucos, por ejemplo, estaban muy difundidos sobre todo entre la alta sociedad y no frecuentaban las clases inferiores, por lo que su «éxito» se limitaba tan solo a un reducido sector de la población, que era la clase que mandaba.

¿Existían las enfermedades venéreas?

¿Cuando un romano acudía a un lupanar corría el riesgo de contraer alguna enfermedad? La respuesta es sí, pero esas enfermedades venéreas nunca llegaron a ser una emergencia, como por ejemplo lo es hoy el sida. Su menor virulencia se deduce del hecho

de que no se tienen noticias de epidemias extraordinarias, como en el caso de la sífilis que trajeron de América los marineros de Colón.

¿De qué enfermedades venéreas se trataba? De las mismas que existen hoy en día: – La gonorrea (Celso describe perfectamente sus síntomas, como una emisión continua de «esperma» del órgano genital, hasta la consunción del paciente y su muerte). Era una enfermedad que se consideraba vergonzosa, porque se vinculaba a los que se excedían en sus prácticas sexuales.

– El chancroide venéreo, una ulceración del pene, no dolorosa pero extensa, y acompañada de una coloración oscura.

– Otras enfermedades eran: el *herpes genitalis*, la candidiasis, el condiloma (o crestas de gallo, que se forman en los genitales o incluso en el ano y que los romanos lograban extirpar con pequeñas intervenciones quirúrgicas), la brucelosis (de origen bacteriano, afecta a los animales y raramente al ser humano, provocando incluso el aborto en las mujeres embarazadas: Dion Casio informa de dos epidemias de esta enfermedad en los comienzos de la historia de Roma, en 510 y en 477 a. C.).

– Por último, sobre la sífilis, no hay consenso entre los historiadores. La mayoría tiende a excluirla; otros, aun admitiendo la falta de pruebas fidedignas, se muestran más posibilistas, sobre todo respecto a una forma atenuada, menos virulenta, que la que llegó a Europa a raíz del descubrimiento de América. Para respaldar su tesis hay un pasaje enigmático de Celso donde habla de úlceras sólidas en los genitales, un síntoma típico de la sífilis.

Pese a que no son enfermedades venéreas, cabe señalar que entre las enfermedades que afectaban a los aparatos reproductores de hombres y mujeres estaban los tumores. Sorano de Éfeso describe los síntomas del tumor de útero, pero al no ser posible intervenir ni con medicinas ni quirúrgicamente, las mujeres estaban condenadas a una muerte segura. En cambio, la mujer que padecía de un tumor de mama corría una suerte distinta. Los romanos utilizaban la misma palabra que nosotros, *tumor*, y el más generalizado era el de mama: aparte de que así nos lo indican los muchos exvotos de cerámica con forma de mama que se han encontrado en los santuarios y en los templos, están las descripciones de los médicos romanos. Galeno dice así: «Surgen en cualquier parte del cuerpo y sobre todo en los senos de

las mujeres tras la menopausia».

El principal tratamiento era una intervención quirúrgica, con la que se extirpaba el nódulo o, a veces, la mama entera.

¿Las monedas del sexo?

Entre todos los objetos encontrados que pueden relacionarse con el mundo de la sexualidad de los romanos, hay uno que ha suscitado todo tipo de interrogantes. Es la *spintria*, la moneda que se utilizaba para pagar las prestaciones en los burdeles. En teoría, en ese tipo de locales estaba prohibido utilizar monedas con la efigie del emperador, y de ahí el uso de las *spintriae*. Son unas «fichas» de bronce, en una de cuyas caras figura la imagen de una pareja en una postura sexual (cada vez distinta: han llegado hasta nosotros nueve posturas diferentes), y en la otra un número que, según el tipo de moneda, va de I a XVI (en números romanos). Por desgracia, las posturas sexuales no se corresponden siempre con la misma cifra, y eso suscita dudas. En un principio se pensó que las cifras indicaban el precio en ases de la postura representada: desde 1 as hasta 16 ases. Pero no está claro. Estas «fichas» del sexo, que había que entregar a la entrada de los burdeles, supuestamente se regalaban al pueblo llano de parte del emperador, o de la persona que organizaba los juegos en los anfiteatros, y se lanzaban entre el público. Sin embargo, hay dos problemas. El primero es que nunca se ha encontrado una *spintria* en una excavación o en un yacimiento romano, ni siquiera en Pompeya y Herculano, donde se había conservado de todo; y, si es cierto que eran monedas para usar en los burdeles, tendrían que haber sido más bien corrientes y deberían haber aparecido un poco por doquier en los distintos yacimientos. En cambio, las fichas de que disponemos hasta el momento proceden exclusivamente del mercado de los anticuarios y eso resulta, cuanto menos, bastante extraño. El segundo problema es que en todo el Imperio romano, y a lo largo de casi mil años de historia de Roma en Occidente, el número de *spintriae* que tenemos es realmente ridículo: aproximadamente doscientas cincuenta... No sabemos nada de ellas. Y eso resulta sospechoso. No nos queda más remedio que pensar que tenían otro uso, más limitado (¿acaso un juego erótico de la alta sociedad?). O bien habría que tomar en consideración la posibilidad de que se trate de falsificaciones que

alguien puso en circulación en el mercado de los anticuarios en el pasado, durante el transcurso de los tres últimos siglos... En cualquier caso, sigue siendo un asunto discutido y polémico.

Filtros de amor

Inducir el amor y aumentar las capacidades sexuales ha sido durante miles de años el sueño de muchas generaciones, y también era así en el caso de los romanos. Ellos distinguían entre los filtros capaces de despertar el amor en una persona a la que se deseaba, y los alimentos y recetas afrodisíacos capaces de reavivar los apetitos y las facultades sexuales.

Los filtros de amor, o *amatoria pocula*, eran muy comunes en la época imperial. Pero, al tiempo que se daba una tolerancia general, también había mucha vigilancia por parte de las autoridades para que no provocaran auténticos envenenamientos (algo parecido a una sobredosis de una droga mal adulterada). Al parecer, el poeta y filósofo Lucrecio fue justamente víctima de un envenenamiento por un «filtro amoroso» con unos efectos permanentes y devastadores que le llevaron al suicidio, y lo mismo le ocurrió al general Lúculo, según Plinio el Viejo. El propio Ovidio aconsejaba evitar los filtros de amor porque «dañan la mente y provocan la locura». Y debían de ser muy comunes, teniendo en cuenta que incluso llegó a promulgarse una ley contra los envenenamientos.

Pero, ¿qué ingredientes se utilizaban? Aquí cabe pensar en algo parecido a las recetas de brujería. Incluso a la hora de conseguir esos ingredientes, se recurría a prácticas y ritos que hoy nos hacen sonreír y que nos introducen en el mundo de la superstición romana, como el hecho de recolectar algunas plantas por la noche, con luna llena, pronunciando unos determinados encantamientos. Se invocaba a Mercurio (portador de misterios), a la Luna, a Venus, etcétera.

Las sustancias que se utilizaban eran repugnantes. Esto es lo que dice Horacio: huevos y plumas de *striges* (una misteriosa ave nocturna que se alimentaba de carne humana). Posteriormente de la palabra *strix* derivó el término italiano «*strega*» (bruja). En realidad, se recogían plumas de búhos, cárabos y lechuzas, empapadas en sangre de sapo, huesos arrebatados a una perra hambrienta, hierbas venenosas procedentes de la Cólquida y de Hispania, barbas de lobo, colmillos de serpiente... ¿Alguien quería tener una erección segura? Plinio (muy crítico con los que practicaban magia) informa de los ingredientes para una pomada que había que untar sobre el pene:

«Hiel de jabalí (o sebo de asno) mezclada con grasa de oca, o bien pene de asno sumergido siete veces en aceite hirviendo».

Apuleyo, en sus *Metamorfosis*, es mucho más explícito. He aquí los ingredientes para un filtro de amor: «Aromas de todo tipo, pequeñas láminas de plomo con inscripciones incomprensibles [las famosas maldiciones escritas para fomentar la mala suerte contra alguien y que se colocaban en las tumbas], restos de barcos naufragados, miembros de cadáveres, narices, dedos, clavos arrancados de los crucificados con la carne todavía pegada, sangre extraída de una víctima de asesinato».

Algunos filtros eran a base de sustancias tóxicas, auténticas drogas que provocaban estados alterados en la mente de quien los ingería. Entre esas sustancias estaba el beleño negro (*Hyoscyamus niger*), que provoca efectos alucinógenos y narcóticos. Algunas sustancias eran puras invenciones, como el *hippomane*, un supuesto humor viscoso segregado por los genitales de una yegua en celo.

Decía Plinio: «Su olor, por sí solo, excitará sexualmente a los animales, a los hombres y sobre todo a las mujeres».

Es una lástima que no existiera...

Afrodisíacos

Según los romanos, determinados alimentos tenían marcadas propiedades afrodisíacas. Sobre todo los alimentos cuya forma recordaba a un órgano sexual. Empezando por las ostras, pero también los huevos, los espárragos... estimulaban el coito y la fertilidad. Se consideraba que sus sugerentes formas eran en realidad una marca que los dioses habían dejado a propósito.

He aquí una pequeña lista de alimentos afrodisíacos para los romanos: – Ajo: sagrado para Ceres, diosa de la fertilidad, se consumía en grandes cantidades durante los banquetes (imagínense ustedes los problemas con el aliento...). Cuando se machacaba con cilantro fresco y se tomaba con vino puro, supuestamente era un potente estimulante sexual.

– Espárrago.

– Albahaca.

– Jacinto comoso o hierba del querer (*Muscari comosum*): Marcial cita esta planta (junto a la rúcula y la ajedrea) como los tres alimentos

más excitantes. He aquí su feroz epigrama: «Hace tiempo, oh, Luperco, que tu pene ya no se levanta, y sin embargo tú, loco, te esfuerzas para que se levante. Pero no tienen el mínimo efecto ni la rúcula ni los jacintos excitantes, y la lasciva ajedrea ya no te brinda ninguna ayuda. Con tus riquezas has empezado a corromper bocas inocentes. Pero tu aparato ni siquiera se despierta excitándolo de esa forma. Cómo podría uno asombrarse lo suficiente o creer que lo que no se levanta te cuesta, oh, Luperco, muy caro».

– Mandrágora: se creía que quien la consumía lograba ver su amor correspondido.

– Menta.

– Miel.

– Ortiga: era un potente afrodisíaco, sobre todo si se utilizaban sus semillas disueltas en vino.

– Pimienta.

– Piñones.

– Rúcula o roqueta: si se consume abundantemente, «despierta a Venus» y excita a los maridos perezosos.

– Ajedrea: «la hierba de los sátiros».

A continuación van los afrodisíacos animales: – Langosta: excitante para las actividades amatorias.

– Vísceras y mollejas de animales con intensas actividades reproductivas, como toros, gallos, carneros, jabalíes. Los riñones, el tuétano y los sesos favorecían la formación del semen.

– Ostras y moluscos.

– Palomas y huevos de paloma: por su intensa actividad amatoria, se creía que consumir huevos de paloma favorecía el coito.

En cambio, contra la impotencia y la esterilidad se recomendaban: el anís, la zanahoria, los berros, el hinojo (estimula el apetito sexual y mejora la calidad del semen. Los emplastes a base de hinojo en los genitales supuestamente favorecían una erección sostenida).

La Viagra de los romanos

¿Los romanos tenían una píldora azul? Marcelo Empírico, escritor latino que vivió entre los siglos IV y V d. C., escribió un tratado sobre las medicinas, recuperando fuentes más antiguas, desde Plinio y Galeno hasta Dioscórides, y en su tratado describió la receta para realizar unas pastillas (*globulos*) para avivar los apetitos sexuales: «[Coger] semillas de rúcula, jacintos comosos, piñones, puntas de lavanda. Machacarlo todo junto y mezclarlo. Con la pasta obtenida hacer unas pastillas con forma de avellana». Esas pastillas del amor debían tomarse en ayunas, disueltas en leche de cabra. Se trata de unos ingredientes que ya hemos visto en la lista de alimentos afrodisíacos. En realidad, no tenemos ningún dato que nos informe de la eficacia real de estos comprimidos, pero por cómo habla de ellos este escritor da la impresión de que a su juicio sí funcionaban...

XI. sexo y poder

Chicas para una noche

Hasta ahora hemos visto lo muy presente que estaba el sexo en la vida cotidiana de los romanos, partiendo de los peldaños más bajos, como los esclavos y las prostitutas de los lupanares, hasta llegar a la nobleza, que vivía en el lujo. Pero, ¿qué ocurría «más arriba», en las casas de los hombres poderosos? Si pudiéramos entrar en una de las villas del Palatino, donde vivía un poderoso senador que decidía sobre las leyes y sobre la vida de los romanos, en resumen, el equivalente a un influyente político de hoy en día, ¿qué veríamos durante la celebración de un banquete nocturno? Podemos intentar imaginárnoslo. Para ello contamos con la ayuda de la experiencia de un gran estudioso de la civilización romana, incluso en sus manifestaciones más cotidianas, el profesor Romolo Augusto Staccioli, que con sus escritos y sus publicaciones ha esclarecido numerosos aspectos poco conocidos y sorprendentes de la Roma de hace dos mil años.

Los banquetes que organizaban los poderosos, como es sabido, eran sinónimo de lujo, y con ellos se pretendía sorprender a los invitados con recetas raras y platos caros. Las copas de plata y los objetos de oro formaban parte de la vajilla de aquellas (nobles) mesas. En la primera sala de la casa, el atrio, con su gran estanque donde se recogía el agua de lluvia, un esclavo nos habría lavado los pies. Y mientras lo hacía, habríamos empezado a mirar a nuestro alrededor, donde distinguiríamos los bustos de los antepasados del senador, a la vista de todo el mundo, como enormes fichas de ajedrez. En realidad eran sus máscaras mortuorias, una tradición, como ya hemos tenido ocasión de señalar, destinada a mostrarle a todo el mundo los orígenes tan nobles que tenía cada familia. En otro lado del atrio veríamos un arcón-cofre, reforzado con tiras de metal y grandes tachuelas, que contenía los bienes más preciados de la familia, desde las monedas de oro a las joyas de la esposa del senador, o los contratos comerciales, tal vez lo más importante de todo. Esta «caja fuerte», colocada bien a la vista en el atrio, indicaba a todo el mundo la desahogada posición económica del propietario de la casa y estaba custodiada por un esclavo situado junto a ella en posición de firmes. Además, veríamos

festones, lucernas, antorchas, ramos de flores, mientras una servidumbre silenciosa se encargaba de que todo saliera bien.

Obviamente, también la compañía femenina tenía que estar a la altura, y era posible... contratarla, exactamente igual que se hace con los camareros para una cena de cumpleaños o con un esmoquin. En efecto, igual que hoy en día existen agencias que ofrecen chicas «de compañía» para las cenas de negocios, también existía algo equivalente en la antigua Roma. Bastaba con ponerse en contacto con los «agentes» de las prostitutas de lujo de hace dos mil años. Eran

tratantes de esclavos que «alquilaban» chicas para una noche. Eso ocurría básicamente con las cenas solo para hombres, no en los banquetes con parejas amigas o en los «de representación», las auténticas tertulias de la antigua Roma, organizadas con invitados importantes y sus esposas. Es un aspecto que hay que aclarar, porque se ha generalizado mucho la idea de que los banquetes de los romanos acababan siempre en orgías obscenas, regadas con vino y lujuria. Se trata de un error de bulto, tan apartado de la realidad como difícil de erradicar. Muchas novelas, muchas películas y, en los últimos años, muchas series de televisión ambientadas en la antigua Roma han mostrado sexo, orgías y todo tipo de depravaciones en los banquetes, básicamente con la finalidad de vender o de conseguir más audiencia pero desde luego no en aras de una correcta divulgación histórica.

El único dato cierto es que los romanos, en general, practicaban el sexo más que nosotros, porque tenían una mentalidad más libre y carecían de cualquier tipo de imposición moral o religiosa que vinculara el sexo al pecado. Pero no por ello eran depravados. Y en los banquetes el sexo no se daba automáticamente por sentado: ni más ni menos que lo que ocurre hoy en día en nuestras cenas. La gente se reunía para estar en compañía con sus amigos o para conocer y hablar con la gente que contaba en la sociedad.

Podía darse el caso de que un comensal se retirara con una mujer y practicara el sexo (como hizo Augusto, según mencionábamos en otro capítulo, llevándose de la mano delante de todos nada menos que a la esposa de un cónsul). También podía ocurrir que un hombre y una mujer se pusieran de acuerdo para verse al día siguiente y hacer el amor. Pero en aquellos banquetes con parejas (entre amigos, o cenas «oficiales» y, por consiguiente, formales), nadie se ponía a practicar el sexo encima de las mesas.

Otra cosa distinta eran, en cambio, los banquetes solo para hombres. Ese tipo de cenas fue lo que generó la idea de las orgías. En efecto, esas eran las cenas de mala fama a las que se invitaba a las prostitutas. Cosa que sigue ocurriendo hoy en día, cuando en una cena «de trabajo» a la que solo asisten hombres también hacen su aparición las denominadas *escorts*.

Como especifica el profesor Staccioli, se trataba de mujeres jóvenes y atractivas, de modales sumamente refinados, que habían sido educadas al estilo de las *geishas* para hacer de mujeres de compañía a los invitados. Por consiguiente, no acudían necesariamente para practicar el sexo, sino para hacer que la atmósfera fuera más

agradable, con un toque de sensualidad, alegría y conversaciones brillantes, todo ello condimentado con miradas penetrantes, sonrisas de complicidad y también abrazos y besos apasionados. Un maquillaje adecuado, poca ropa y, sobre todo, transparente o que diera realce a las formas, como los famosos vestidos de la isla de Coos (las *Coae vestes*), eran la norma.

Naturalmente, aquellas chicas también eran capaces de cantar, bailar o tocar la flauta. No faltaban las famosas bailarinas de Cádiz (*Gades*), las *puellae gaditanae*. Al son de sus castañuelas, eran habilísimas a la hora de realizar bailes sinuosos y excitantes, «agitando las nalgas hasta el suelo», como nos cuenta Juvenal.

Aquellas muchachas sabían hacer muy bien su trabajo: literalmente seducían a los invitados. Durante el transcurso de la velada, la atmósfera iba cargándose de erotismo, con finales no preestablecidos pero que podemos intuir fácilmente. Se podía ir desde una simple relación oral o un coito fugaz hasta auténticas orgías colectivas.

Además de las prostitutas de lujo que enviaban las «agencias», también estaban las *freelance* que trabajaban por cuenta propia. Normalmente se trataba de libertas que podían poner a disposición de sus clientes pequeñas salas para ese tipo de reuniones. Se las llamaba, de un modo un tanto confidencial, *amicae*...

Los «*bunga bunga*»[1] de los emperadores

Y si llegamos a la cúspide de la sociedad romana, ¿qué ocurría en el palacio del emperador? En la imaginación del pueblo y de muchos autores antiguos, la figura del emperador a menudo era también la de... un «monstruo» sexual. Podía permitírselo todo. Y siempre circulaban rumores que venían a alimentar esa convicción. Orgías donde los emperadores se emborrachan rodeados de chicas jóvenes y de concubinas. Es un estereotipo que ha llegado hasta nosotros: los festines de Nerón, Calígula o Domiciano son casi legendarios. ¿Pero de verdad era así? Ninguno de nosotros estuvo presente. Tan solo los autores que vivieron aquella época, o que recogieron testimonios directos, pueden decirnos algo... Es lo que hizo Suetonio a comienzos del siglo II d. C., es decir, en la época que estamos examinando. Contó la vida de Julio César y de los once emperadores que vinieron después en una obra que nos ha llegado prácticamente intacta en sus ocho

tomos, *Vidas de los césares* (*Vitae Caesarum*), y donde no faltan referencias a su conducta sexual. Aparte de Claudio (que era estrictamente heterosexual) y de otros pocos, como Galba, Otón y Vitelio, cuya permanencia en el trono fue demasiado breve (los tres llegaron a ser emperadores y fueron asesinados antes de cumplir un año en el cargo), el cuadro que dibuja Suetonio es verdaderamente impresionante, hasta el extremo de que el profesor Staccioli habla abiertamente de los «*bunga bunga* de los césares» en un trabajo que ha publicado sobre el tema.

Se empieza con César, gran seductor de mujeres (preferiblemente casadas) hasta el extremo de que sus legionarios, cuando desfilaban triunfalmente por Roma, cantaban: «Encerrad a vuestras esposas en casa, ciudadanos, porque os traemos a un calvo adúltero», pero también hacían alusión a la presunta relación homosexual de Julio César con el rey de Bitinia, que mantuvieron cuando le enviaron a aquellas tierras en misión militar. César, cabe decir, recorrió todas las «categorías» del amor: homosexual (se rumoreaba que incluso había tenido una relación con Octavio), heterosexual, se casó tres veces, fue infiel a sus esposas, y a su vez ellas le traicionaron con otros hombres, y también tuvo amantes y concubinas. Entre sus conquistas cabe recordar a Cleopatra, a Eunoe, esposa del rey de Mauritania, a Tértula, esposa de Marco Craso, a Postumia, esposa de Servio Sulpicio, a Mucia, esposa de Cneo Pompeyo, a Lolia, esposa de Aulo Gabinio, y quién sabe cuántas más... ¿Tuvo hijos? Sí, uno, de Cleopatra. Era Cesarión, que posteriormente fue asesinado por orden de Octavio tras la conquista de Egipto. Y también tuvo una hija de su primera esposa, Cornelia. Pero muchos expertos consideran que, aparte de los hijos desperdigados por doquier, y de los que nunca se supo nada, tuvo otro que se hizo famoso... En efecto, entre sus amores verdaderos, además del que sintió por Cleopatra, hubo otro, el que sintió por Servilia, a la que Julio César amaba desde que era un muchacho y con la que mantuvo una profunda relación durante décadas... Y Servilia era la madre de Bruto, ¡uno de los asesinos de César! Oficialmente, tenía que ser el hijo de Servilia y de Marco Junio Bruto (el nombre de su marido, que posteriormente también adoptó a su hijo), pero muchos creen que en realidad era hijo del propio César. Y, por consiguiente, tendrían sentido las últimas palabras de César, que pronunció antes de morir bajo una lluvia de puñaladas: «¿Tú también, Bruto, hijo mío?» (efectivamente, cuando a uno le asestan veintitrés puñaladas, no está precisamente del humor ideal para pronunciar frases «poéticas» y de

un profundo significado filosófico...).

Como es bien sabido, Augusto mantuvo un largo matrimonio con Livia Drusila. Pero detrás de aquel matrimonio «perfecto», que duró cincuenta años, había un lado oscuro: ella estaba casada con otro, él la sedujo y se la arrebató a su marido oficial cuando estaba embarazada de seis meses. Le fue infiel reiteradas veces (además de en los banquetes, como hemos apuntado), incluso con las esposas de sus adversarios, a fin de averiguar sus secretos y sus proyectos. Además de las experiencias homosexuales como César, Augusto tenía un lado débil: le encantaba acostarse con muchachas jóvenes o adolescentes. Escuchemos lo que nos cuenta al respecto Suetonio: «Según dicen, siempre estaba dispuesto a desvirgar muchachas, que le traían de todas partes, incluso se las procuraba su esposa».

De ese modo Livia, según el profesor Staccioli, evitaba un posible divorcio y le garantizaba el futuro a su hijo Tiberio.

Según Suetonio, Tiberio en su villa de Capri organizaba auténticas orgías y llevaba «rebaños de muchachas y de invertidos [...]. Ordenaba que los ataran con una triple cadena y les obligaba a copular unos con otros delante de él para reanimar su sexualidad en declive».

Suetonio cuenta que en las habitaciones de la villa había estatuas y cuadros eróticos inspirados en los manuales de Elefantis (véase el apartado dedicado al *Kamasutra* de los romanos). En cambio, en los jardines, tenía a chicos y chicas disfrazados de sátiros y ninfas que se prostituían... Por último, cuentan que se bañaba con unos niños a los que llamaba «pececitos» y que habían sido entrenados para «estimularle» de distintas formas entre las piernas mientras nadaba.

Calígula tenía relaciones incestuosas con sus hermanas y también se acostaba con las esposas de sus invitados a palacio (para posteriormente declamar ante todo el mundo sus virtudes y defectos eróticos). Además, según Suetonio, Calígula montó un burdel dentro de su palacio y distribuyó en los distintos cuartitos a matronas y muchachos de familias importantes para después llevar como clientes a hombres corrientes que mandaba traer de la calle y a los que «invitaba» a copular con aquellos...

Nerón, «además de cometer pederastia con muchachos libres y concubinato con mujeres casadas, también violó a la virgen vestal Rubria», cuenta Suetonio. Incluso inventó un juego erótico: «Cubierto con la piel de un animal feroz, salía de una jaula y atacaba a hombres y mujeres que estaban atados a unos postes, ensañándose con sus

genitales, y después iba a practicar el sexo con el liberto Doríforo, interpretando el papel de esposa y gimiendo como tal [...]. Después de haber mandado cortarle los testículos al muchacho Esporo, incluso intentó transformarlo en mujer y mandó que se lo llevaran en ceremonia solemne, sin olvidar su dote y su velo rojo como en las grandes bodas, y lo mantuvo a su lado como si fuera una esposa...».

Aquel hombre que cambió, muy a pesar suyo, de sexo y de nombre (pasó a llamarse Sabina), acompañó a Nerón hasta Grecia, donde fue tratado como una primera dama...

Los demás emperadores tampoco le anduvieron a la zaga, unos más y otros menos, según Suetonio. Tito se embarcaba en largas orgías con eunucos y pederastas. En cambio Domiciano tenía relaciones cotidianas que él llamaba sus «ejercicios gimnásticos». Le encantaba nadar con prostitutas famosas y tenía una pasión peculiar: depilar personalmente a sus concubinas...

Y, a propósito de mujeres y poder, qué decir de Julia, la hija de Augusto, que, según Macrobio, «se entregaba a todos con gran facilidad y a quienes, conociendo sus aventuras sexuales, se sorprendían de lo inequívocamente que se parecían sus cinco hijos a su esposo, el famoso Agripa, ella contestaba: "Nunca acepto pasajeros a bordo si antes no he llenado la bodega..."».

Es posible que la mujer poderosa que más dio que hablar fuera Teodora, la esposa del emperador bizantino Justiniano. Teodora, hija del guardián de los osos para los espectáculos del Hipódromo, tras la muerte de su padre se inició en la carrera de actriz y bailarina de mimo a instancias de su madre. ¿Su número más sonado? Según Procopio de Cesarea, permanecer completamente desnuda (salvo por un «tanga» finísimo: el desnudo integral estaba prohibido en Constantinopla), echarse en el suelo y pedir que le cubrieran el pubis con granos de cebada que unas ocas amaestradas iban a picotear uno por uno, recordando el mítico apareamiento de Zeus, transformado en cisne, con Leda. El futuro emperador vio a Teodora en el teatro y se quedó atónito, la convirtió en su amante y se casó con ella cuando accedió al trono. Así fue cómo una estrella del porno llegó a ser emperatriz, y al parecer incluso ejercía una gran influencia sobre su marido. Ahora se puede ver su retrato en los espléndidos mosaicos de Rávena junto a su (último) hombre, pero con toda seguridad no es el único caso a lo largo de los siglos hasta nuestros tiempos de una mujer del espectáculo que llegó a ser primera dama...

¿Y qué decir de la famosa Mesalina? A juzgar por lo que dicen

Juvenal y Tácito, por la noche, cuando su marido, el emperador Claudio, se quedaba dormido, Mesalina se colocaba una peluca rubia para tapar su cabellera negra, se ponía una capa, salía del palacio imperial y se colaba en un lupanar de la Suburra, donde bajo el nombre de Licisca se ofrecía a todo el mundo y se marchaba la última, a la hora de cierre, sin haberse quedado satisfecha.

¿Cuánto hay de cierto en todo esto? Esta última historia de Mesalina es francamente excesiva. En cambio, por lo que respecta a Julio Cesar y a los once emperadores, nunca sabremos la verdad. Muchos expertos consideran que Suetonio se dedicó a desacreditarles intencionadamente para ensalzar la figura de Adriano, durante cuyo reinado escribió sus obras. Probablemente la verdad está a mitad de camino. Algunos emperadores fueron muy disolutos, otros poco, otros nada en absoluto. Tiberio, al que se presenta como un monstruo, en realidad se retiró a Capri precisamente para mantenerse alejado de palacio, de sus intrigas y de sus cotilleos, y fue un cuidadoso administrador de las finanzas del Imperio. Nunca sabremos si efectivamente mandaba «raptar» muchachas en la isla para saciar sus instintos. Pero ya se sabe, un hombre poderoso tiene que desarrollar forzosamente un lado perverso.

Los rumores, los cotilleos y las habladurías, sobre todo las de contenido sexual, siguen afectando hoy en día no solo a los poderosos, sino también a la gente normal cuya única culpa ha sido hacerse famosa en el deporte o en el mundo del espectáculo. También lo observamos en nuestra vida cotidiana: es algo que está todavía más presente en las oficinas y en los rellanos de los bloques de viviendas, donde llega a convertirse en el deporte favorito de los que a menudo viven de la envidia y la mediocridad, desacreditando a los demás para tapar sus propios límites y frustraciones. Así pues, no hay que olvidar que también los grandes emperadores del pasado fueron víctimas de este sencillísimo mecanismo, que acaso pusieron en marcha sus adversarios y enemigos y que más tarde acabaría llegando hasta quienes escribieron sus biografías, mucho tiempo después de su muerte, y que a menudo también se mostraban hostiles a su poder.

[1] Este término designa justamente el tipo de cenas solo para hombres poderosos con presencia de prostitutas del apartado anterior y recientemente ha irrumpido en el lenguaje periodístico a raíz de las fiestas organizadas por Silvio Berlusconi en su residencia privada; a su vez, el exprimer ministro italiano afirmaba haber tomado prestada la expresión del coronel Gadafi. *(N. del T.)*.

XII. el «vicio griego»

La homosexualidad

La homosexualidad, como ya hemos tenido ocasión de decir a lo largo del libro, estaba muy difundida en el mundo romano. Mientras que hoy en Occidente la homosexualidad se basa en la libertad de amar, en el amor por un compañero o una compañera o simplemente en el placer o la curiosidad, en la antigüedad las cosas eran muy distintas. En el mundo griego, la homosexualidad era básicamente «educativa»: un muchacho tenía como «maestro» a un hombre maduro y su homosexualidad se veía como un paso de la virilidad, una enseñanza de la vida, como podría hacer un guerrero experimentado con un joven combatiente. Pero la «relación» debía terminar en cuanto al muchacho empezaba a salirle el vello: más allá de ese momento, se consideraba pederastia y su relación se condenaba duramente.

Para los romanos, la cosa era distinta. La homosexualidad masculina era «punitiva»: se sodomizaba a los prisioneros, a los enemigos, a los esclavos, a los libertos o a los extranjeros, para dominarlos. Se sojuzgaba la virilidad ajena. Era una manifestación de poder y dominio, no de placer. Sin embargo, tras la expansión de Roma en Grecia, a la urbe llegaron muchísimos aspectos de la cultura griega, desde las estatuas de escultores legendarios, pasando por el saber de los médicos y filósofos griegos hasta el gusto por los placeres de la vida, y también se difundió lo que los romanos más apegados a la tradición denominaron el «vicio griego», que supuestamente reblandecía el antiguo vigor de Roma. Veámoslo más claramente.

Los romanos no eran contrarios a la homosexualidad, porque les parecía absolutamente normal que un hombre casado (un *paterfamilias*) se llevara a la cama a un esclavo o pagara a un prostituto para sodomizarlo. Pero había dos cosas que no estaban dispuestos a aceptar: la pederastia, es decir, el amor por un muchacho libre, y dar placer a otro hombre.

Incluso llegaron a promulgar leyes a ese respecto, la mas famosa de las cuales fue la *Lex Scatinia*, que castigaba el *stuprum cum puero*, es decir, cualquier forma de sexo con muchachos romanos libres y menores de catorce años y la posición pasiva de un ciudadano romano durante una relación homosexual (un romano no debía ser

sodomizado, ni practicar sexo oral a otro hombre, ni, peor todavía, ser obligado a hacerlo). La multa podía llegar a los 10.000 sestercios.

Si sodomizar (*paedicare*) a un joven ciudadano romano estaba prohibido, en cambio no lo estaba sodomizar a un joven esclavo.

Un ejemplo estremecedor nos lo brinda el propio Marcial, que en uno de sus epigramas admite que su falo le ha reprendido severamente por no haber adquirido un esclavo jovencísimo, demasiado caro, por el que sentía una fortísima atracción física...

Actualmente la ley condena cualquier forma de pederastia, pero en la antigua Roma, no: la justicia únicamente protegía a los adolescentes romanos libres, pero no al resto de muchachos, como los esclavos, a los que, pese a ser también adolescentes, se consideraba sencillamente «cosas» y así se les trataba. No podemos más que imaginarnos el sufrimiento y los traumas psicológicos que padecieron millones de muchachos que sufrieron abusos sexuales, a veces de forma cotidiana, en la oscuridad de los dormitorios de sus amos romanos. Aquí es obligado hacer un paréntesis también a propósito de las niñas esclavas que eran objeto de las atenciones de sus amos y de los adultos: la pedofilia no se consideraba un delito en la antigua Roma, salvo la que se perpetraba contra una niña libre (no esclava), ciudadana romana. La ley condenaba ese crimen, pero si la que padecía los abusos era una niña de las clases más bajas, al noble le bastaba con indemnizar a la familia y el problema estaba resuelto.

En resumidas cuentas, para un hombre romano los amoríos homosexuales lícitos eran con esclavos o prostitutos: y precisamente estos se convirtieron en una categoría especial en el mundo de la prostitución, en una verdadera élite. Mientras que las prostitutas se vendían por poco dinero, ellos en cambio pedían sumas muy elevadas y regalos carísimos. «Guapos e imposibles», así los ha definido la profesora Eva Cantarella. Jóvenes, sensuales, deseados por muchos, los prostitutos a menudo eran como niños mimados y caprichosos y obligaban a sus amantes a realizar auténticos sacrificios económicos, incluso en forma de alimentos muy preciados (como tinajas de caviar traído del mar Negro). Hasta el extremo de que Catón el Censor llegó a decir que por un prostituto se derrochaba tal cantidad de sestercios que uno habría podido comprar con ella una granja entera.

En lo referente a las mujeres, la cosa era distinta. Mientras que se aceptaba la homosexualidad masculina, aunque fuera con algunas prohibiciones, la homosexualidad femenina era absolutamente condenable en todas sus manifestaciones.

La sociedad romana era machista, como hemos dicho, y a la mujer tan solo se la consideraba en función de su capacidad reproductiva, de la educación de sus hijos y del cuidado del hogar. Aunque eran ciudadanas libres, estaban sometidas a muchas restricciones, empezando por el hecho de que, por ejemplo, en los banquetes, aunque podían tumbarse y comer al lado de los hombres, durante la segunda parte del ágape, cuando los invitados se dedicaban al vino, ellas tenían que levantarse y marcharse a otro lugar. Por lo menos eso era lo que ocurría en aquella época.

Así pues, la homosexualidad femenina se veía como la peor de las depravaciones en una mujer. No solo se consideraba una inclinación «contra natura» (incluso en el análisis de los sueños eróticos de Artemidoro), sino que se equiparaba a un adulterio y como tal podía ser objeto de castigo, cosa que sin embargo no ocurría si un hombre se acostaba con otro hombre o con un prostituto.

En la mente de un varón romano, incluso abierto a las alegrías del sexo como Marcial, la homosexualidad femenina era una práctica monstruosa y repugnante. Más tarde, con la llegada del cristianismo, las cosas empeoraron. Entre las causas de la ira divina contra los paganos que cita san Pablo figura precisamente la homosexualidad de sus mujeres... A pesar de todo, las lesbianas se amaban, se cortejaban, se hacían regalos y practicaban el sexo a escondidas. En una pared de Pompeya han salido a la luz dos inscripciones de unas lesbianas dirigidas a sus compañeras. En una de ellas, una mujer pone en guardia a su amada para que no vuelva a estar con ningún hombre, porque no son de fiar y no traen nada bueno. En suma, de esa inscripción podemos deducir que no solo la homosexualidad, sino también la bisexualidad tenía cierta difusión entre las mujeres romanas.

Los subterráneos del sexo

Volvemos a encontrarnos en las calles de Roma: avanzamos lentamente en medio de la multitud y delante de nosotros nos abren el camino dos hombres de negocios que van charlando, precedidos por sus esclavos que van apartando a la gente para facilitarles el paso. Un mendigo nos tira de la ropa y nos detenemos: se desplaza con dificultad apoyándose en dos muletas triangulares de madera.

Rebuscamos en nuestra pequeña bolsa de cuero. Un sestercio ilumina el rostro del mendigo con una amplia sonrisa sin dientes... Nos quedamos parados durante unos instantes: una hilera de esclavos que portan ánforas de vino nos aparta con cortesía pero con firmeza. Van entrando como si fueran hormigas en algunos *horrea*, es decir, en unos almacenes. Por las inscripciones a mano que figuran en el cuello de las ánforas (auténticas «etiquetas») nos enteramos de que se trata del famoso vino de Falerno, que se produce en la región de Campania y se exporta a todo el Imperio. A saber cuántos banquetes se regarán con esas ánforas... Nos damos la vuelta justo a tiempo para ver pasar a nuestro lado a un esclavo que lleva agarradas por las patas media docena de gallinas que cuelgan cabeza abajo. Tienen la mirada fija por el terror y sacuden inútilmente las alas, desprendiendo cada vez una nube de plumas que algunos niños que corretean detrás compiten por aferrar al vuelo. El juego de los niños provoca la sonrisa de un marinero que está sentado a la mesa de un local en compañía de dos pescadores: han traído hasta Roma pescado conservado en salazón y ahora están a punto de volver a zarpar... Pero no de inmediato. Se levantan haciendo tintinear sobre la mesita de madera algunas monedas de bronce y se ponen en marcha, codo con codo, por en medio de la calle, como si fueran una ronda. Pasan por delante de un *pistrinum*, es decir, de una panadería, de donde sale, envolviéndonos, toda la fragancia del pan recién horneado. Observando los distintos ambientes del interior, divisamos una sala apartada donde dan vueltas las muelas para triturar el grano; las mueven unos asnos y unos esclavos que van dando vueltas empujando una viga, como si fuera la pesada manecilla de un reloj. Es un trabajo infernal, donde el hombre y el animal faenan codo con codo con una única y sutil diferencia: al primero se le considera un *instrumentum vocalis*, y al segundo, *instrumentum semivocalis*...

Ante nosotros hay un edificio muy alto, una *insula*, y enseguida advertimos una puerta que las demás *insulae* no tienen: lleva abajo, a lo que nos parecen los sótanos. Los tres hombres entran por ella y desaparecen en la oscuridad. Nosotros les seguimos.

De repente entramos en un ambiente oscuro, donde nos falta el aire: hay un olor de cuerpos sudados en una atmósfera rancia. Deslumbrados por la luminosidad de la calle, nuestros ojos todavía no se acostumbran a la débil luz de los candiles. Poco a poco todo va cobrando forma. El ambiente en que nos encontramos parece el pasillo de nuestros sótanos, con distintos cuartos trasteros a los lados. Pero

hay algo que hace que el conjunto se antoje muy distinto. Hay personas de pie delante de todas las habitaciones, cerradas con puertas de madera. Y todos son hombres.

De vez en cuando se abre una de las puertas... Por la que está a nuestra derecha sale un hombre que se está colocando bien la túnica. En cambio, de la habitación que tenemos delante surge un hombre semidesnudo al que una mujer está echando a empujones con todas sus fuerzas: él se da la vuelta, intenta sujetar a la mujer, pero ella se resiste y las manos del hombre solo consiguen arañarle los pechos; en ese momento dos poderosos brazos levantan al hombre y se lo llevan en volandas entre las carcajadas de los asistentes. El que le ha parado los pies es uno de los gigantescos porteros del local, que ahora arroja al hombre al polvoriento suelo de la calle entre las atónitas miradas de los transeúntes. Efectivamente, estamos en un lupanar en pleno centro de Roma. Sin embargo, en comparación con los burdeles que hemos visto en otros capítulos, este es muy diferente. Es más grande, está más desperdigado, es casi «inhumano»: una especie de supermercado del sexo, en comparación con los pequeños locales que hemos conocido hasta ahora. Brilla totalmente por su ausencia una relación «humana» entre las prostitutas y los clientes. Es todo muy mecánico. Casi parece una cadena de montaje. En efecto, el lupanar está formado por un largo pasillo en forma de «L» a cuyos lados se abren muchísimos cuartuchos para un sexo sumamente fugaz. También hay pequeños pasillos laterales con más celdas. En resumidas cuentas, es un auténtico «barrio del sexo» subterráneo.

Echamos una ojeada furtiva por el interior de uno de los cuartos. Son más bien pequeños: cada uno tiene una cama de obra con un colchón relleno de paja, mugriento, lleno de manchas y de desgarrones. En la parte alta de la pared hay un pequeño tubo de cerámica para garantizar una mínima renovación del aire. Además, cada una de las celdas tiene un agujero con una rejilla de cerámica: es un desagüe-retrete, conectado directamente con la alcantarilla que pasa justo por debajo. Las paredes están cubiertas con las habituales inscripciones soeces, exceptuando los dos versos de una poesía amorosa que dejaría vaya usted a saber quién.

Seguimos adelante en nuestro recorrido. Captamos las miradas vivaces de unos hombres que están esperando desahogarse y las miradas apagadas de los rostros de las muchachas que se asoman de vez en cuando para dejar entrar a un nuevo cliente. Estas chicas jovencísimas son verdaderamente prostitutas «de usar y tirar»: en

efecto, no soportarán durante mucho tiempo la vida en estos ambientes húmedos, oscuros y sucios, sometidas a constantes y rápidas relaciones sexuales.

Gritos, carcajadas, empujones... este lugar recuerda mucho a un tren abarrotado de gente. Y su clientela no tiene nada que ver con la riqueza y los perfumes de la alta sociedad: esclavos, marineros, pescadores, obreros, estibadores, delincuentes... A veces estallan peleas que los porteros, siempre pendientes de controlar a la clientela, aplacan a base de puñetazos y porrazos.

Al fondo del pasillo vigila el gerente del lupanar, que trabaja por cuenta del proxeneta, el propietario del burdel y de las prostitutas. Está sentado en un escaño de madera y apunta y recoge el dinero que le llevan los esclavos, que tienen órdenes de no dejar entrar a nadie en los cuartitos sin haber pagado por anticipado.

Ya hemos visto suficiente. Queremos salir, precisamente mientras detrás de nosotros, a lo lejos, estalla otra pelea... Pero, ¿dónde está la salida? Está al fondo del pasillo en forma de «L», es decir, en el extremo opuesto a la entrada. Todo esto se corresponde justamente con lo que cuenta Petronio en su *El Satiricón*, donde hace referencia a un lupanar (probablemente de Pozzuoli) con dos accesos que dan a dos calles distintas: una al cardo y otra al decumano. Una triquiñuela para garantizar la «privacidad» de sus parroquianos. O tal vez, simplemente para gestionar mejor el «tráfico» de los clientes...

Efectivamente, los arqueólogos han encontrado dos construcciones de esas características en dos lugares distintos: una de ellas justamente en Pozzuoli, en el barrio de Terra, y la otra en el corazón del Foro Romano, a poca distancia del Arco de Tito. En el caso de esta última, todavía subsiste el debate sobre su utilidad efectiva: ¿era un lupanar o bien una serie de pequeñas celdas (*ergastula*) donde dormían los esclavos de una gran *domus*? ¿O bien se trataba de pequeños cuartos de alquiler para los viajeros que estaban de paso?

Más allá de las interpretaciones, la increíble semejanza con el lupanar del extraordinario barrio romano sepultado de Terra parece sugerir que existían enormes burdeles con un ritmo casi «industrial» allí donde la clientela era numerosa, continua y apremiante. Pozzuoli era uno de los mayores puertos del Mediterráneo, y desde luego no debía de faltar un flujo constante de clientes, como marineros, comerciantes, viajeros, soldados...

conclusión

Entonces, en cuestión de amores, ¿los romanos «eran como nosotros»? ¿O bien: «¡Madre mía, qué pervertidos eran!»? Al principio de nuestro viaje nos habíamos planteado justamente esas dos preguntas. Y al llegar al final, tras esta larga jornada que hemos pasado en la antigua Roma siguiendo a distintas personas que vivieron en 115 d. C. y que nos han aclarado lo que significaba para ellos el sexo o el amor, tal vez podemos intentar dar una respuesta... Que es muy sencilla: ninguna otra civilización o cultura del pasado, incluso durante los siglos más recientes, se ha aproximado tanto a la nuestra en lo referente a la vida cotidiana, al amor y al sexo. Los romanos tienen mucho en común con nosotros. Ustedes lo han visto. Mucho más que una población asiática, africana, sudamericana o «bárbara», es decir, del otro lado del *limes*, de la frontera. Por eso, sí, en general, los antiguos romanos amaban y «eran» como nosotros.

Sin embargo, en cualquier caso, pertenecían a un mundo antiguo, con características distintas: esclavitud, machismo, pedofilia legalizada, derecho de matar a la esposa cuando era infiel (por lo menos durante la primera fase de la civilización romana), prohibición de besarse o de tocarse en público, posibilidad de ser polígamos y «obligación moral» de ser bisexuales (en el caso de los hombres). También es cierto que muchas de las reglas de Ovidio que hemos descrito se aplicaban sobre todo a las clases altas y que sabemos muy poco de las normas y del nivel de libertad sexual del pueblo llano. Pero, sea como fuere, la cultura romana ha sido descrita a fondo por los estudiosos modernos y se parece mucho a la nuestra.

Así pues, es innegable que si los romanos se parecían a nosotros en muchas cosas, también eran muy diferentes por otros conceptos. Un hombre romano se habría adaptado mal a nuestro mundo, que se le habría antojado lleno de prohibiciones: prohibición de tener relaciones con una menor, ya que la pedofilia es un delito, obligación de respetar a la mujer, obligación de monogamia, inexistencia de esclavas (salvo, qué casualidad, y por desgracia, justamente las mujeres vinculadas al negocio del sexo en nuestras calles), etcétera. Habría encontrado categorías desconocidas para él («homo-», «hetero-», «bi-»), mientras que para él únicamente existía la sexualidad y nada más. Las prostitutas le habrían parecido carísimas (en la antigua Roma, en tiempos de Trajano, una relación con una prostituta

solía costar 1 euro, aproximadamente), e inconcebible el uso del preservativo, que era un obstáculo para su virilidad y su fuerza vital procreadora. Le habrían echado de las cenas en casa de algún conocido por intentar seducir a la señora de la casa o por agredir sexualmente a la doncella en un momento que se encontrara a solas con ella. Le habrían detenido por tocamientos o por acosar sexualmente a las cajeras de las tiendas, a las camareras de los restaurantes o los hoteles, cuando a él la cosa le parecería algo totalmente normal (eso era lo que se hacía en aquella época con las mujeres que trabajaban en los locales, que además se prostituían).

Sin embargo, eso no significa que los romanos fueran unos depravados. Todo lo contrario. Significa que, pese a ser muy parecidos a nosotros, tenían otra moral. En el caso de la aventura Clinton-Lewinsky, le habría parecido totalmente normal que un hombre poderoso, un «emperador», hubiera realizado actos sexuales con una mujer que no era su esposa, por añadidura de un estatus social inferior y, por último, que fuera ella la que le proporcionara placer a él y no viceversa. Ningún emperador romano tuvo jamás quebraderos de cabeza políticos por haberse desahogado sexualmente con una mujer corriente, aun estando casado. Hemos visto que han quedado para la historia las orgías y las actividades sexuales de casi todos los emperadores... En realidad es ella, Monica Lewinsky, la que habría sido criticada por la mentalidad romana, al tratarse de una matrona, de una mujer de buena familia que se abandonó a una conducta «amoral e impura», «indigna» de su nivel social.

Aparte de esas pocas normas que eran válidas sobre todo para la élite, en general en materia de sexo, los romanos tenían unas reglas mucho más libres que las nuestras. A un romano le habría parecido inconcebible el gran sentimiento de culpa con el que vivimos el sexo y lo muy criticada y asociada al pecado que está la sexualidad (junto con la comida, algo que, dicho sea de paso, un romano amaba con pasión), coartando y distorsionando conductas totalmente naturales.

Hemos visto que el amor se consideraba un regalo de los dioses (de Venus y de Príapo en particular), y por consiguiente había que disfrutar de él en todas sus formas, como cuando uno desenvuelve un regalo o se come una tarta de cumpleaños. Una vida mucho más corta que la nuestra (aproximadamente la mitad), las dificultades cotidianas, la muerte siempre al acecho y la ausencia de un más allá gratificante y recompensador (salvo los Campos Elíseos, para los pocos que se hicieran merecedores de ellos) provocaban que los romanos

concentraran en su día a día todos los placeres de la vida. Desde una buena comida o un buen vino hasta la amistad, el juego, las risas en el teatro, el sexo y el amor...

Un romano escribió una vez: «¡Cazar, ir a las termas, jugar, reír, eso es vivir!» (*Venari, lavari, ludere, ridere, hoc est vivere!*).

Esa frase fue esculpida en una losa de piedra de una ciudad romana situada en el desierto argelino (Timgad) y es el testigo mudo de una época, de una forma de pensar y de unas gentes que ya no existen. Parece sin duda alguna un grito de vida congelado en la piedra para la eternidad y ahora envuelto en el silencio del desierto y de los siglos.

Así pues, cuando nos encontremos ante un fresco que reproduce escenas de sexo «explícito» o ante amuletos y estatuas que recrean el mundo del amor físico, siempre debemos mirarlos con un «intérprete» cultural en nuestra mente y considerarlos en su justa dimensión: exactamente igual que cuando viajamos a otro país. El respeto cultural, que está en la base de nuestras democracias, también debe aplicarse retrospectivamente en el tiempo, a fin de apreciar sobre todo un hecho extraordinario: mientras que alrededor de los romanos todo el mundo estaba sumido en la oscuridad del analfabetismo y de unas culturas todavía muy atrasadas, ellos supieron crear un mundo que era muy parecido, cuando no, en determinados aspectos, casi idéntico al nuestro, en lo que respecta a la globalización del comercio, la red de transportes —por la que circulaban también el correo y las ideas (el Internet de aquellos tiempos)— la tolerancia racial, el derecho, la pluralidad religiosa, la alfabetización generalizada... Pero también, y sobre todo, por la forma de pensar. Y de amar. Porque el amor se vivía con una gran naturalidad y una gran pasión.

La última mirada de Venus

Ya ha oscurecido, las calles están desiertas. Tan solo vemos sombras que circulan apresuradamente por las calles, como si aceleraran el paso para no ser vistas, y después entran en sus respectivos portales, cerrándolos enérgicamente para guarecerse en el calor y en la seguridad de sus casas.

La iluminación es verdaderamente escasa para tratarse de las calles de la capital del Imperio. No existe la iluminación pública. Tan solo

hay algunos faroles delante de las posadas, de los «restaurantes» o de los lupanares. Pero también la religión ilumina las calles: como ocurre en todas las ciudades antiguas, en los cruces a menudo se ven *lararii*, es decir, pequeños templos que son el equivalente de los nichos que bordean nuestras calles.

Nos acercamos a uno de ellos, atraídos por el resplandor de sus pinturas. En efecto, tiene unos colores muy vivos, como esos pequeños templos que se ven en la India. Está dedicado a los doce dioses: a la luz de algunos candiles que regularmente son alimentados por los devotos, podemos reconocer el relato de las tareas de Hércules y las estatuillas de las divinidades más importantes de la religión romana: Júpiter, Juno, Minerva, Neptuno, Marte, Baco... Parece el programa en 3D de una película de Bollywood. Los dioses están representados en masa a fin de conseguir protección y benevolencia en la ciudad más caótica del Imperio.

Otra luz llama nuestra atención por el rabillo del ojo: en la penumbra azulada de una calleja ondea la llama anaranjada de una antorcha. Viene hacia nosotros: por la amplitud del paso y por el sonido decidido nos damos cuenta de que se trata de un hombre. Al cabo de unos instantes está junto a nosotros, y su rostro iluminado por la antorcha nos sonríe y nos mira fijamente durante una fracción de segundo con sus ojos azules. Después desaparece. Instintivamente le seguimos. Su sonrisa casi ha sido una invitación. Nos abre camino por una Roma que está sumiéndose en la noche. Aquí y allá, en una esquina o bajo los pórticos, divisamos pequeños bultos oscuros, «amontonados» en el vano de una tienda cerrada. Se mueven. Son personas envueltas en sus capas, alguna sola y otras en grupos. Son los indigentes, a veces familias enteras. Desahuciados por sus caseros porque no pueden pagar el alquiler, viven en la calle en busca de un nuevo alojamiento.

Caminando por las calles y levantando la mirada, ante nosotros se yerguen las masas oscuras e inmensas de las *insulae*, los «bloques de viviendas» romanos, que parecen árboles de Navidad: tienen una infinidad de pequeños puntos encendidos y de ventanas iluminadas por los candiles que arden dentro de las casas. Detrás de cada una de esas luces está ocurriendo algo, un fragmento de vida cotidiana; conversaciones entre marido y mujer, peleas entre niños, órdenes a un esclavo, una nana que le canta una madre a su hijo, risas entre parejas durante un banquete, palabras de amor entre enamorados, los gemidos de unos amantes... Son cosas que acaecieron una noche y que

se perdieron para siempre, como pétalos de flores desperdigados por el viento. Nos han quedado algunos testimonios de aquella vida ya desaparecida desde hace casi dos mil años: los objetos que podemos ver en los museos. Sobre todo los más sencillos y ordinarios, los que se usaban en la vida de todos los días, como platos corrientes, jarras, peines de hueso, colgantes y broches sencillísimos. Esos objetos fueron testigos de la vida cotidiana de los romanos. Pero están mudos, inmóviles y silenciosos dentro de sus vitrinas: es tarea nuestra conseguir que hablen, utilizando nuestra imaginación y todo lo que sabemos sobre la antigua Roma.

Nuestros pensamientos se interrumpen repentinamente debido al ruido del cerrojo de una puerta. El joven ha entrado en una *domus* elegante, situada en una calle pavimentada al final de la cual se levanta una hermosísima estatua de una mujer que nos está mirando. Es Mater Matuta, la madre de todos los comienzos. Su forma de mirarnos se nos antoja de buen auspicio...

Entramos nosotros también en la *domus*. En medio del silencio recorremos el pasillo de entrada y dejamos atrás el cuarto del esclavo-portero, que ha vuelto a quedarse dormido. La antorcha del joven, apagada en un rincón, nos indica que ha pasado por aquí.

Salimos al atrio y nos detenemos. Observamos el estanque que sirve para recoger el agua de lluvia, el *impluvium*, que ya es más bien un adorno en esta lujosa casa donde también llega el agua por cañerías de plomo. Pero el estanque ha creado en este preciso instante un efecto mágico. Reflejada en su espejo de agua, vemos la luna llena que ahora se alza sobre Roma.

Nos detenemos a contemplar su «sonrisa», que parece muy serena. Después, como por arte de magia, la sonrisa se mueve, se anima, y casi parece entrecerrar los labios y abrir la boca de un modo malicioso y sensual... Es una burla que nos hace una ligera ráfaga de viento que acaricia el agua. Pero tal vez también quiere sugerirnos lo que está ocurriendo ahora mismo en esta elegante *domus*. Seguimos adelante. Oímos ruidos. Proceden del *peristilium*, del jardín. La curiosidad nos empuja a aproximarnos y a embocar el estrecho pasadizo que conduce al jardín. Mientras caminamos a oscuras, un perfume femenino cada vez más intenso nos envuelve y penetra en nuestros pulmones, un indicio de que por aquí ha pasado una mujer hace muy poco tiempo. Por fin hemos llegado. Estamos bajo la elegante columnata que rodea todo el jardín. Ahora el perfume de la mujer se ha mezclado con los aromas de las plantas olorosas de este pequeño Edén. Oímos palabras

a media voz, breves silencios interrumpidos por el murmullo grave de una voz de hombre seguido del suspiro sonriente de una mujer. ¿Pero dónde están? La única luz es la de la luna, que ilumina lateralmente los setos, proyectando sobre el suelo y las columnas las formas geométricas de los arbustos y de las plantas podadas con forma de bola o de cono por hábiles jardineros.

Finalmente, un movimiento nos revela dónde se encuentra la pareja. Está en el centro del jardín, junto a una pequeña pila donde se alza una estatua de Venus desnuda. A sus pies, tumbados sobre una capa, vemos a ambos abrazados. Han estado mirando la luna largo rato, hablando de amor, de la belleza de la vida, de las sensaciones que experimentan cuando están juntos, del infinito que hay dentro de ellos y sobre sus cabezas en esta noche estrellada. Ahora reina el silencio; el hombre se da la vuelta y envuelve a la mujer en sus brazos. La está acariciando dulcemente y con una mirada intensa, profunda, penetra en los ojos de ella, llega hasta su corazón y lo alimenta con esa «totalidad» que a ella le produce escalofríos. Los susurros ya no son suficientes, ahora un beso dulce y prolongado pone el sello definitivo a su pasión. Los largos y esbeltos dedos de la mujer acarician los anchos hombros del hombre, bajando por su espalda, como transportados por la onda de su curvatura y por la prominencia de sus músculos. Sus dedos se detienen al llegar al final de la espalda, donde las yemas reconocen esos dos pequeñas hoyuelos, no mayores que un pulgar, que preceden a los glúteos. Después descienden delicadamente, los acarician, llenándose con su volumen, con su solidez, con su redondez. Impulsivamente, como llevadas por el demonio del deseo, las manos clavan los cinco dedos en las formas pronunciadas y firmes del joven. Al mismo tiempo, la boca de la mujer se acerca con los labios entreabiertos al rostro del hombre, pidiendo más. Ahora sus manos resbalan por los antebrazos de él, excitadas por las venas que los envuelven como plantas trepadoras. Sus ojos lo abrazan, hambrientos de amor. Es el momento...

El hombre sonríe. Su sonrisa crea pequeños pliegues a los lados de su boca y de sus ojos. Después, sin apartar la mirada de la de ella, agarra con las dos manos la túnica de la mujer. Durante un instante, sus puños se emparejan sobre los senos de ella, sujetando firmemente el borde de su vestido, ligero y transparente: la violencia del esfuerzo que se avecina se manifiesta en los nudillos abultados y en los arabescos de las venas hinchadas del hombre. Todo ocurre en un segundo. Con un gesto decidido, se desvanece el último obstáculo

entre los dos cuerpos. El ruido del desgarramiento de la túnica resuena por la columnata; repentino como un relámpago, profundo como un trueno.

El contacto de los cuerpos, el calor de la piel, tan esperado y por fin sentido, enardece aún más el ánimo de los amantes. Ahora los dos cuerpos se buscan. El cabello negro de la mujer, extendido sobre la capa, alrededor de su rostro, parece una extensión de la noche que reina en el jardín. Sus ojos brillan de deseo como las estrellas en invierno. Su boca está caliente y ávida de los besos de su hombre. Y, mientras le besa, ella hunde sus manos en el mar agitado del cabello de su amante, como delfines jugando en aguas revueltas.

La luna llena confiere a la piel de los amantes el mismo color cándido y purísimo que el de la estatua de Venus. Ese mismo color parece venir a confirmarnos que ahora los amantes forman parte del mundo de la diosa, el mundo del placer de los sentidos: sobre sus cuerpos iluminados por la luna, sobre su piel tan blanca, sus dedos se deslizan como patinadoras sobre un estanque helado.

Los dos amantes ya se han fundido en un solo cuerpo, unidos por la pasión, por los gemidos, por el amor, por la vida que corre por sus venas, por su respiración, por sus ideas. Nadie sabe lo que traerá consigo el día de mañana. La vida es breve. El amor en este momento aporta una felicidad y un placer absolutos, inesperados. Es el regalo más preciado de los dioses. Y en este abrazo, entre las fragancias del jardín y el silencio de una noche de luna llena, se resume toda la idea del amor, del sexo y de la vida de quienes vivían en Roma en el año 115 d. C.

Muy cerca de allí, en un rincón de esta casa, iluminado por la tenue luz de un candil, un rostro les contempla y nos mira con los ojos del amor. Tiene los pómulos redondos y pronunciados, las pupilas profundas, los labios carnosos... Es el rostro de Venus con el que nos hemos topado al principio de nuestro viaje, pintado en la pared, que ha cobrado vida en esta oscuridad de la noche gracias al oasis de luz creado por esa diminuta llama.

Parece que nos sonríe, como si estuviera satisfecha de habernos desvelado todos los secretos del amor de su época. O, tal vez, es solo una ilusión, creada por una suave corriente de aire que ha agitado la llama del candil... Nunca lo sabremos.

bibliografía

Fuentes antiguas

Agustín de Hipona, *Confesiones de un pecador*, Taurus, Madrid, 2012.

Antología Palatina. Poemas de amor y muerte: libro V y selección del libro VII, Akal, Madrid, 1999.

Apicio, *De re coquinaria: gastronomía en la antigua Roma imperial*, R&B Ediciones, San Sebastián, 1995.

Apuleyo, *Apología (de magia)*, Coloquio, Madrid, 1990.

—, *Las metamorfosis o El asno de oro*, Alianza, Madrid, 2010.

Aristófanes, *Lisístrata*, Alianza, Madrid, 2011.

Artemidoro, *La interpretación de los sueños*, Gredos, Madrid, 2002.

Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos*, Gredos, Madrid, 1998.

Aulo Gelio, *Noches áticas*, Akal, Madrid, 2009.

Baehrens, E. (ed.), «Epithalamium Laurentii», en *Poetae latini minores*, vol. III, Teubner, Leipzig, 1879.

Calímaco, *Himnos, epigramas y fragmentos*, Gredos, Madrid, 2000.

Cano, P. L. y Velázquez, J. (eds.), *Carmina Priapea. A Príapo, dios del falo*, Servicio de Publicaciones de la UAB, Barcelona, 2000.

Catulo, *Poesía completa*, Hiperión, Madrid, 1993.

Celso, Aulo, *Los ocho libros de la medicina*, Iberia, Barcelona, 1966.

Cicerón, *El orador*, Alianza, Madrid, 1991.

—, *Cartas III: cartas a los familiares I; Cartas IV: cartas a los familiares II*, Gredos, Madrid, 2001.

—, *Cartas a Ático: libro VIII*, Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2009.

—, *Discurso de Marco Tulio Cicerón en defensa de M. Celio*, Cátedra, Madrid, 2009.

—, *Discursos contra Marco Antonio o Filípicas*, Cátedra, Madrid, 2010.

Claudio Eliano, *Sobre los animales*, Hyspamerica, Madrid, 1988.

Columela, *Los doce libros de la agricultura*, Extramuros, Mairena del Aljarafe, 2011.

Crinágoras de Mitilene, *Epigrammi votivi e sepolcrali. Il 6º e 7º libro dell'Antologia Palatina*, Neri Pozza Editore, Vicenza, 1965.

Dion Casio, *Historia romana*, libros XLIV-XLVII, Gredos, Madrid, 2011.

Dioscórides, *De materia médica*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2005.

Galeno, *De la localización de las enfermedades*, Madrid, Gredos, 2002.
—, *Patologías y su tratamiento*, Fonoll, Juneda, 2013.
Herodas, *Mimiambos. Fragmentos mímicos. Sufrimientos de amor*, Gredos, Madrid, 1981.
Hipócrates, *Juramento hipocrático*, Liber, Pamplona, 2005.
Horacio, *Sátiras*, Gredos, Madrid, 2010.
Juvenal, *Sátiras*, Cátedra, Madrid, 2007.
Lucrecio, *De la naturaleza de las cosas*, Folio, Barcelona, 2003.
Marcelo Empírico, *De medicamentis liber*, Leipzig, Teubner, 1916.
Marcial, *Epigramas completos*, Cátedra, Madrid, 1990.
Minucio Félix, *Octavio*, Ciudad Nueva, Madrid, 2000.
—, *Odas y epodos*, Alianza, Madrid, 2012.
Ovidio, *Amores*, Alianza, Madrid, 2001.
—, *El arte de amar; Remedios de amor; Cosméticos para el rostro femenino*, Espasa, Madrid, 2001.
—, *Fastos*, Gredos, Madrid, 2006.
—, *Las metamorfosis*, Espasa, Madrid, 2007.
Petronio, *El Satiricón*, Gredos, Madrid, 2001.
Plauto, *Anfitrión*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992.
—, *El sorteo de Cásina*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1995.
—, *Epídico*, Madrid, Ediciones Clásicas, Madrid, 2000.
—, *Miles gloriosus* o *El soldado fanfarrón*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2000.
—, *Tres monedas*, Gredos, Madrid, 2002.
—, *Cistellaria: la cestilla*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2003.
—, *Poenulus*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2005.
—, *El mercader*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2008.
—, *Truculento*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2010.
Plinio el Joven, *Cartas*, Gredos, Madrid, 2005.
Plinio el Viejo, *Historia Natural*, Cátedra, Madrid, 2002.
Plutarco, *Sobre el amor*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
—, *Cuestiones romanas*, Akal, Madrid, 1991.
—, *Demetrio, Antonio*, Gredos, Madrid, 2010.
Polibio, *Historias*, Gredos, Madrid, 2002.
Propercio, *Elegías*, Gredos, Madrid, 2001.
Quintiliano, *Sobre la formación del orador*, Universidad Pontificia, Salamanca, 2007.
Quinto Sereno Samónico, *La medicina in Roma antica. Il «Liber medicinalis»*, UTET, Turín, 1996.
Safo, *Poemas y fragmentos*, Hiperión, Madrid, 2010.

Séneca, *Sobre los beneficios*, Salvat, Barcelona, 1986.
—, *Contro il matrimonio, ovvero perché all'uomo saggio non convenga prender moglie*, Palomar, Bari, 1997.
—, *Epístolas morales a Lucilio*, Gredos, Madrid, 1999.
—, *Consolaciones*, Gredos, Madrid, 2001.
—, *De la ira*, Alpha, Barcelona, 2008.
—, *Cuestiones naturales*, Cátedra, Madrid, 2014.
Servio Honorato, *Commentario alle «Bucoliche» di Virgilio: nell'incunabolo di Bernardo e Domenico Cennini*, Polistampa, Florencia, 2011.
Sexto Pompeyo Festo, *De verborum significatu quae supersunt cum Pauli epitome*, Teubner, Leipzig, 1997.
Sorano de Éfeso, *Ginecologia (Gynaecia)*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991.
Suetonio, *Vita di Q. Orazio Flacco*, Osanna Edizioni, Venosa, 1995.
—, *Vidas de los doce césares*, Madrid, Gredos, Madrid, 1996.
Tácito, *Historias*, Cátedra, Madrid, 2006.
—, *Anales*, Akal, Madrid, 2007.
Teofrasto, *I profumi*, La Vita Felice, Milán, 2009.
Terencio, *El eunuco; Formión; La suegra*, Alianza, Madrid, 2005.
Tertuliano, *Des spectaculis*, Il Cerchio, Rimini, 2005.
Tibulo, *Elegías*, Gredos, Madrid, 2011.
Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, Madrid, 1990.
Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*, Akal, Madrid, 1988.
Virgilio, *Bucólicas*, Gredos, Madrid, 2010.

Estudios modernos

Adams, J. N., *Il vocabolario del sesso a Roma. Analisi del linguaggio sessuale nella latinità*, Argo, Lecce, 1966.
Angela, P., *Ti amerò per sempre. La scienza dell'amore*, Mondadori, Milán, 2005.
Astolfi, R., *La Lex Iulia et Papia*, Padua, CEDAM, 1986.
—, *Il fidanzamento nel diritto romano*, CEDAM, Padua, 1994.
—, *Il matrimonio nel diritto romano classico*, CEDAM, Padua, 2006.
Boels-Janssen, N., *La vie religieuse des matrones dans la Rome archaïque*, École Française de Rome, Roma, 1993.
Boriani, F., Taveggia, A. y Cravero, L., «Obesity and Body Contouring: Contemporary Lessons from a Historical Example», *Obesity Surgery*,

15, 2005, p. 1.218.
Canali, L. , *Amore e sessualità negli autori latini*, Bompiani, Milán, 2001.
— y Cavallo, G., *Graffiti latini*, Rizzoli, Milán, 2008.
Cantarella, E., *La calamidad ambigua: condición e imagen de la mujer en la Antigüedad griega y romana*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1991.
—, *Según natura: la bisexualidad en el mundo antiguo*, Akal, Madrid, 1991.
—, *Pasado próximo*, Cátedra, Madrid, 1997.
—, *Dammi mille baci*, Feltrinelli, Milán, 2009.
Cappelli, G., *Autoerotismo. Un problema morale nei primi secoli cristiani*, EDB, Bolonia, 1986.
Carazzali, G., *Apicio. L'arte culinaria*, Bompiani, Milán, 2004.
Carcopino, J., *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.
Caselli, G. C., «Concubina pro uxore. Osservazioni in merito al c. 17 de primo concilio di Toledo», *Rivista di Storia del Diritto Italiano*, 37-38, 1964-1965, pp. 168 y ss.
Cenerini, F., *La donna romana. Modelli e realtà*, Il Mulino, Bolonia, 2002.
—, *Dive e donne. Mogli, madri, figlie e sorelle degli imperatori romani da Augusto a Commodo*, Angelini, Imola, 2009.
Clarke, J. R., *Sexo en Roma, 100 a. C.-250 d. C.*, Océano, Barcelona, 2003.
Coletti Strangi, A., *Gli afrodisiaci nel mondo romano*, Biemme, L'Aquila, 1996.
Criniti, N., *Imbecillus sexus. Le donne nell'Italia antica*, Grafo, Brescia, 1999.
Danna, D., *Amiche, compagne, amanti. Storia dell'amore tra donne*, Mondadori, Milán, 1994.
De Caro, S., ed., *Il gabinetto segreto del Museo Archeologico Nazionale di Napoli*, Electa, Nápoles, 2000.
Dosi, A., *Otium. Il tempo libero dei romani*, Edizioni Quasar, Roma, 2006.
—, *Eros. L'amore in Roma antica*, Edizioni Quasar, Roma, 2008.
Duby, G. y Ariès, P., *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1990.
Duncan-Jones, R., *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies*, Cambridge University Pres, Cambridge, 1974.
Dupont, F. y Eloi, T. *L'érotisme masculin dans la Rome antique*, Belin, París, 2001.
Fayer, C., *La familia romana. Aspetti giuridici e antiquari*, vol. II,

Sponsalia, matrimonio, dote, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2005.
—, *La familia romana. Aspetti giuridici e antiquari*, vol. III, *Concubinato, divorzio, adulterio*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2005.
Forberg, F. K., *De figuris Veneris*, Ediciones Clásicas, Madrid, 2006.
Fornaciari, E., *Donne di piacere nell'antica Roma*, EDIS, Milán, 1995.
Fornés Pallicer, M. A. y Puig Rodríguez-Escalona, M., *El porqué de nuestros gestos: la Roma de ayer en la gestualidad de hoy*, Octaedro, Barcelona, 2008.
Foucault, M., *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
Frasca, R., *Educazione e formazione a Roma. Storia, testi, immagini*, Dedalo, Bari, 2011.
Friedman, D. M., *Con mentalidad propia: historia cultural del pene*, Península, Barcelona, 2007.
Galimberti, U., *Las cosas del amor*, Destino, Barcelona, 2006.
Giardina, A., *El hombre romano*, Alianza, Madrid, 1991.
Giunti, P., *Adulterio e leggi regie. Un reato fra storia e propaganda*, Giuffrè, Milán, 1990.
Gourevitch, D. y Raepsaet-Charlier, M. T., *La donna nella Roma antica*, Giunti, Florencia-Milán, 2003.
Grimaldi Bernardi, G., *Botteghe romane. L'arredamento*, Edizioni Quasar, Roma, 2005.
Guarino, A., «Le matrone e i pappagalli», en *Inezie di giureconsulti*, Jovene, Nápoles, 1978.
Hallett, J. P., *Roman sexualities*, Princeton University Press, Princeton, 1997.
Jacobelli, L., *Le pitture erotiche delle Terme Suburbane di Pompei*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1995.
Johnson, M., *Sexuality in Greek and Roman Literature and Society: A Sourcebook*, Routledge, Londres, 2005.
Kleberg, T., *Hôtels, restaurants et cabarets dans l'antiquité romaine. Études historiques et philologiques*, Almqvist & Wiksells Boktryckeri, Uppsala, 1957.
Krause, J. U., *La criminalità nel mondo antico*, Carocci, Roma, 2006.
Mancioli, D., *Giochi e spettacoli*, Edizioni Quasar, Roma, 1987.
McGinn, T. A. J., *Prostitution, Sexuality and the Law in Ancient Rome*, Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 1998.
—, *The Economy of Prostitution in the Roman World: A Study of Social History and the Brothel*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2004.
Mello, M., *Rosae. Il fiore di Venere nella vita e nella cultura romana*, Arte

Tipografica, Nápoles, 2003.
Nardi, E., *Procurato aborto nel mondo greco e romano*, Giuffrè, Milán, 1971.
Paoli, U. E., *Urbs: la vida en la Roma antigua*, Iberia, Barcelona, 1973.
Penso, G., *La medicina romana. L'arte di Esculapio nell'antica Roma*, Ciba-Geigy, Saronno, 1985.
Petrocelli, C., *La stola e il silenzio. Sulla condizione femminile nel mondo romano*, Sellerio, Palermo, 1989.
Pillivuyt, G., *Storia del profumo, forme e fragranze di un'arte antica*, Mondadori, Milán, 1989.
Pomeroy, S. B., *L'assassinio di Regilla. Storia di una donna, del suo matrimonio e del tempo in cui visse*, Laterza, Bari, 2009.
Revelli Sorini, A. y Cutini, S., *Tacuinum de'afrodisiaci. Le ricette della seduzione*, Ali&no, Perugia, 2007.
Riddle, J. M. *Contraception and Abortion from the Ancient World to the Renaissance*, Harvard University Press, Cambrige-Londres, 1994.
Robert, J. N., *Los placeres en Roma*, Edaf, Madrid, 1992.
—, *Rome*, Les Belles Lettres, París, 2000.
Rodríguez-Almeida, E., *Note di topografia romana. Cosmus myropola, il vicus unguentarius e i «Penetralia Pallados nostrae» (Mart. IV, 53)*, Istituto Nazionale di Archeololgia e Storia dell'Arte, Roma, 1987.
Russo, L., *La rivoluzione dimenticata. Il pensiero scientifico greco e la scienza moderna*, Feltrinelli, Milán, 2001.
Salles, C., *I bassifondi dell'antichità. Prostitute, ladri, schiavi, gladiatori: dietro lo scenario eroico del mondo classico*, Rizzoli, Milán, 2001.
Saltelli, E., *L'epitaffio di Allia Potestas (CIL VI 37965; CLE 1988). Un commento*, publicación *online* de la Biblioteca Científica de la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad Ca' Foscari, 2003, *http://lettere2.unive./it/saltelli/*.
Salza Prina Ricotti, E., *L'arte del convito nella Roma antica*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1983.
—, *Amori e amanti a Roma tra Repubblica e Impero*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1992.
Sampoli, F., *Le grandi donne di Roma antica. Le diciannove domine che hanno avuto un ruolo nel centro del potere nell'antica Città Eterna*, Newton Compton, Roma, 2003.
Squillace, G., *Il profumo nel mondo antico*, Olschki, Florencia, 2010.
Staccioli, R. A. *Mulieres, donne di Roma antica*, vols. I-II, Archeoroma, Roma, 2011.
Storoni Mazzolani, L., *Iscrizioni funerarie romane*, Rizzoli, Milán, 2007.

Tannahill, R., *Storia dei costumi sessuali*, Rizzoli, Milán, 1985.
Torelli, M., *Lavinio e Roma. Riti iniziatici e matrimonio tra archeologia e storia*, Edizioni Quasar, Roma, 1984.
Traina, G., «Licoride la mima», en A. Fraschetti (ed.), *Roma al femminile*, Laterza, Roma-Bari, 1994.
Tramunto, M., *Concubini e concubine nell'Italia romana*, Fabriano Edizioni, Fabriano, 2009.
Treggiari, S., *Roman Marriage. Iusti coniuges from the Time of Cicero to the Time of Ulpian*, Clarendon Press, Oxford, 1991.
Varone, A., *Erotica pomeiana. Iscrizioni d'amore sui muri di Pompei*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 1994.
—, *L'erotismo a Pompei*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 2000.
Veyne, P., *La sociedad romana*, Random House, Barcelona, 1991.
—, *La vita privata nell'Impero romano*, Laterza, Roma, 2000.
—, *Sexo y poder en roma*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2010.
Vilsteren, V. van y Weiss, R. M. (eds.), *100.000 Jahre Sex: Liebe und Erotik in der Geschicthe*, Konrad Theiss Verlag, Stuttgart, 2004.
Virgili, P., *Acconciature e maquillage*, Edizioni Quasar, Roma, 1989.
Volterra, E., *Per la storia del reato di bigamia in diritto romano*, Giuffrè, Milán, 1934.
Weeber, K., *Flirtare alla maniera degli antichi romani*, Apeiron, Roma, 2011.

agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos aquellos que han hecho posible que este libro cobre forma y vida. En comparación con otros libros que he escrito, este ha supuesto un desafío peligroso, porque aquí no se trata de explorar un yacimiento arqueológico, sino la mente y la forma de pensar de personas que dejaron de existir hace siglos, hijas de una cultura *parecida*, pero en cualquier caso *diferente* de la nuestra: esa semejanza puede llevarnos fácilmente a cometer el error de interpretar sus actos a través de nuestros ojos. Hacían el amor como nosotros, pero *no eran* como nosotros: esa sutil diferencia está en la raíz de los errores de bulto con los que nos topamos en muchas novelas, películas o series de televisión, donde se nos presenta a los romanos como unos depravados, ávidos de sexo y dedicados a celebrar banquetes entre vino y orgías... No es así, ya lo han visto ustedes. Pero ello ha generado muchos estereotipos sobre el amor y el sexo en la antigua Roma. En el fondo, esos mismos estereotipos son los que han llevado al lector a comprar este libro. Sencillamente, ellos tenían otras normas, que podemos compartir o no, pero que en cualquier caso eran producto de aquella época: alrededor de los romanos había poblaciones analfabetas, ancladas en la edad del hierro, que les cortaban la cabeza a los enemigos derrotados y que desde luego no concedían a la mujer la emancipación de que gozó en la civilización romana ni la complejidad de sus juegos amorosos.

Esta puntualización es imprescindible para comprender lo importante que era remontarse directamente a las fuentes antiguas e interpretarlas de la forma correcta. Por eso quisiera darle las gracias a todos los expertos en los que he confiado y que conocen a fondo las normas que regían el amor y el sexo hace dos mil años. Empezando por el profesor Romolo Augusto Staccioli, que leyó atentamente el manuscrito, aconsejándome interpretaciones puntuales.

Quiero dar las gracias de todo corazón a la profesora Francesca Cenerini, que, gracias a su profundo conocimiento de aquel mundo femenino, me permitió comprender mejor a la mujer romana y su forma de vivir y de pensar.

Mi agradecimiento también a todos los arqueólogos, los estudiosos y los historiadores, empezando por la profesora Eva Cantarella, que desvelaron el mundo de los sentimientos y de las relaciones entre los dos sexos en aquel lejano pasado.

Además, quiero darle las gracias a la doctora Arianna Vernillo, que me desveló los «misterios» de las piezas del Gabinete prohibido del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Evidentemente, esta obra no habría podido ver la luz sin la profesionalidad y la experiencia de Gabriella Ungarelli y de Alberto Gelsumini, de la editorial Mondadori, a quienes manifiesto todo mi aprecio: Alberto y Gabriella, ¡lo conseguimos!

También quiero expresar mi gratitud a Emilio Quinto, cuidadoso explorador de aquella «tierra» lejana en el tiempo y en la forma de pensar. ¡Gracias!

Asimismo, quisiera recordar las escrupulosas correcciones realizadas por el Studio Leksis en la fase de revisión del manuscrito.

La idea del libro —seguir a un puñado de romanos por las calles de la antigua Roma y descubrir «su» forma de vivir el amor—ha sido magistralmente retratada por el lápiz de Luca Tarlazzi, que ha hecho renacer unos rostros, unas atmósferas y un *sex appeal* desaparecidos desde hace siglos. En efecto, son precisamente el mundo y la seducción de Venus los que han animado los temas y las escenas que he relatado: así pues, es de justicia una mención de gratitud también a... todos los hombres y mujeres que, sin saberlo, al amar hace dos mil años «escribieron» cada uno de ellos un capítulo de este libro.

Y te doy las gracias a ti también, lector, que has seguido leyendo más allá de la conclusión y has llegado hasta aquí. Dentro de ti llevarás los conocimientos que has adquirido y que espero compartas con los demás, como he hecho yo a lo largo de estas páginas.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento a mi familia: gracias por haber hecho posible, durante estos meses tan duros, la redacción de este libro y por haberme recibido con los brazos abiertos tras mis largas noches de trabajo, cuando me levantaba del ordenador para sentarme directamente a desayunar con vosotros, pasando de las sonrisas de ayer a las de hoy. Gracias.